

el **Pastor**
renovado

Richard
Baxter

Por Richard Baxter
el extraordinario pastor puritano

EL PASTOR RENOVADO

Dedicatoria

A mis reverendos hermanos bien amados, fieles ministros de Cristo en Gran Bretaña e Irlanda, la gracia y paz en Jesucristo les sean aumentadas.

REVERENDOS HERMANOS:

El asunto de este tratado es tan importante para nosotros, y las congregaciones a nuestro cargo, que me animo a dirigirlo a mis hermanos a pesar de las imperfecciones que pueda haber en él, y el conocimiento de mi gran indignidad para ser su monitor.

Antes de llegar a la raíz del asunto, quiero explicar los motivos de la obra presente y la libertad con la cual me he expresado, que tal vez no sea del agrado de todos.

Cuando el Señor despertó a los pastores del condado de Worcestershire y sus entornos a su deber en la tarea del catecismo e instrucción particular de todos sus feligreses que no se obstinaron en rechazar su ayuda, y habiendo suscrito un acuerdo en cuanto a sus resoluciones para llevar la tarea a cabo en el futuro, consideraban que no era digno emprender la tarea sin humillarse solemnemente ante el Señor a causa de su negligencia de un deber tan grande y necesario. Por eso acordaron reunirse en Worcester el 4 de diciembre de 1655 para humillarse y unirse en sincera oración a Dios, pidiendo perdón por nuestra negligencia y una ayuda especial en la labor emprendida, y por su éxito entre la gente que teníamos a nuestro cargo. Entonces se me pidió, entre otros, que predicara, y preparé el discurso siguiente; y aunque resultó demasiado largo para compartir en uno o dos sermones, en ese momento determiné compartir aquella parte que fuera más adecuada para la ocasión, reservan-

•
:
:

do el resto para otro momento. Pero antes de la reunión sufrí un aumento del dolor y debilidad habituales en mí, de manera que no pude acudir. Para compensar esta omisión involuntaria, cedí de buen grado a la petición de varios hermanos de editar el material que había preparado para que pudieran leer lo que no les fue posible escuchar.

Ante la posible objeción de que no debía haber hablado con tanta franqueza contra los pecados de los pastores, o que no debía haberlos publicado ante el mundo; o que por lo menos debía haberlo hecho en otro idioma, y no para los oídos de la plebe, especialmente en una época en que los cuáqueros y papistas se esfuerzan por colmar el ministerio pastoral de desprecio, y la gente presta oídos fácilmente a sus insinuaciones; confieso que esta objeción me parecía muy considerable, pero no logró alterar mi decisión, entre otras, por las siguientes razones:

Acordamos humillarnos solemnemente, y este material fue preparado para este fin. ¿Cómo humillarnos sin una clara confesión de pecado?

Se trataba principalmente de la confesión de nuestros propios pecados. ¿Quién se puede ofender con nosotros por confesar nuestros propios pecados y asumir la culpa y la vergüenza de ellos según el dictado de nuestras conciencias?

Habiéndolo preparado en mi lengua materna, no tenía tiempo para traducirlo al latín.

Cuando el pecado es evidente ante los ojos del mundo, es inútil intentar esconderlo; todo intento de hacerlo solo aumenta y agrava la vergüenza.

La libre confesión es la condición para la plena remisión; cuando el pecado es público, la confesión también debe serlo. Si los pastores de mi país solo pecaran en latín, me las habría arreglado para amonestarlos en latín, o me habría callado. Pero si pecan en su lengua materna, han de escuchar la reprimenda en ella. El pecado sin perdonar no admite ni descanso ni prosperidad, por mucho que nos esforcemos en taparlo; tarde o temprano nuestro pecado se descubrirá, aunque no nos demos cuenta. El fin de la confesión es reconocer el pecado, asumiendo la vergüenza que supone; y si es verdad que "el que [...] confiesa y se

aparta [de sus pecados] alcanzará misericordia", no resulta sorprendente que "el que encubre sus pecados no prosperará" (cf. Pr. 28:13). Si somos tan remilgados que nos cuesta confesar nuestros pecados, Dios tendrá que plasmarlos por nosotros. O nos llevará a confesar por conciencia, o su juicio proclamará nuestra iniquidad ante el mundo.

Demasiados que han emprendido la obra del ministerio se obstinan en el interés, la negligencia, el orgullo y otros pecados, de manera que nos vemos obligados a amonestarlos. Si viéramos que los tales se prestaran a reformarse sin esta repreensión, de buena gana evitaríamos publicar sus faltas. Pero cuando la amonestación resulta tan ineficaz que se ofenden más por ella que por el pecado en sí, y prefieren que dejemos de reprenderlos en lugar de dejar ellos de pecar, creo que es hora de usar un remedio más fuerte. ¿Qué más podemos hacer? Dejar al hermano por incurable es cruel, mientras quede otro medio en la mano. No debemos odiarlos, sino reprenderlos francamente, y no dejarlos en su pecado. Pasar por alto el pecado de un pastor es fomentar la ruina de la Iglesia, ya que la depravación del pastor es la forma más rápida de viciar y descarriar la congregación. La forma más eficaz de fomentar la reforma es intentar reformar a los líderes de la Iglesia. Por mi parte, he hecho lo que quisiera que hicieran conmigo; y por la seguridad de la Iglesia y el amor hacia mis hermanos, me atrevo a reprenderlos —no para su oprobio, sino para sanar los males que lo causan— para que ningún enemigo encuentre motivos para reprocharnos. Especialmente, lo hago porque nuestro esfuerzo fiel es tan necesario para el bien de la Iglesia y la salvación de las almas, que no es consistente con el amor ser negligentes con nosotros mismos ni permitir la negligencia de los demás. Si miles de personas estuvieran en un barco que hiciera aguas, y los que debían baldear o cerrar las entradas estuvieran jugando o dormidos, e incluso buscando su provecho en perjuicio de todos los demás, ¿acaso no los despertarías a su labor, animándolos a trabajar por sus vidas? Y si usaras un tono perentorio o importuno con los perezosos, ¿acaso tendrías por cuerdo a aquel que se ofendiera, acusándote de orgullo, arrogancia, o falta de educación porque presumieras hablar francamente con tus colegas, o que te dijera que menoscabas su reputación? ¿No le responderías

más bien, "Hay que trabajar o todos moriremos. El barco se hunde, ¡y tú hablas de tu reputación! ¿Acaso prefieres correr peligro a ser reprendido por tu pereza?". Hermanos, este es nuestro caso. ¡Hay que hacer la obra de Dios! Las almas no deben perderse mientras te ocupas de tus negocios y placeres mundanos, descansando o riñendo con tus hermanos. ¡Tampoco podemos guardar silencio mientras tú ayudas a la gente a condenarse, trayendo confusión y peligro a la Iglesia por temor a ser bruscos contigo o disgustar a tu alma impaciente! Ojalá fueras tan impaciente con tus pecados como con nuestra reprensión; entonces no oírías más de nosotros, ya que todos estaríamos de acuerdo. Pero ni Dios ni los hombres buenos te dejarán tranquilo en tus pecados. Si te hubieras dedicado a otra cosa, de manera que tus pecados solo te afectaran a ti mismo y te condenaras solo, no nos veríamos obligados a molestarte; pero si emprendes la labor del ministerio, tan necesaria para la preservación de todos nosotros, de manera que si te dejamos pecar libremente arriesgamos la pérdida de la Iglesia, no nos culpes por hablarte con más franqueza que delicadeza. Si estuvieras enfermo y menospreciaras el remedio, o si tu casa estuviera ardiendo y tú estuvieras cantando o riñendo en las calles, posiblemente podría yo dejarte tranquilo —lo cual por caridad sería difícil— pero si te dedicaras a ser médico en un hospital, o a tratar a toda una ciudad aquejada de la peste, o te dedicaras a apagar todos los incendios de la ciudad, no podría pasar por alto tus faltas, por mucho que te disgustara. Cualquiera que fuera tu reacción, habría que llamarte la atención; y si eso no sirviera, habría que hacerlo más claramente. Si aún no prestaras atención, habría que rechazarte tanto como reprenderte; tú solo tendrías la culpa. Esto lo digo solamente a los culpables.

De manera que ya he explicado las razones que me impulsaron a publicar de esta manera tan franca los pecados de los pastores en este tratado. Supongo que mientras más humildes y penitentes sean mis lectores, y mientras más deseosos estén de la verdadera reforma de la Iglesia, con mayor facilidad y plenitud aprobarán la libre confesión y reprensión. Pero bien sé que será imposible evitar ofender a los que son a la vez culpables e impenitentes; la única manera de evitarlo sería guardar silencio o que ellos fueran pacientes. No puedo guardar silencio, por los

mandamientos de Dios; y ellos no tendrán paciencia, a causa de su culpabilidad impenitente. Pero los que hablan francamente siempre serán aprobados al final; y llega el momento en que confesarás que estos eran tus mejores amigos.

Ahora tengo el atrevimiento, hermanos, de constituirme su maestro en cuanto a algunos de los deberes necesarios de los cuales hablaré en el discurso que sigue. Si alguno de mis lectores me acusara de arrogancia o falta de modestia por ello, como si por la presente les acusara de negligencia o me considerara capaz de amonestarles, les pido una interpretación cándida de este atrevimiento. Les aseguro que no obedezco el consejo de la carne en este asunto, sino que me disgusta a mí tanto como a algunos de mis lectores; y preferiría la paz del silencio, si fuera acorde con mi deber y con el bien de la Iglesia. Pero la misma necesidad de las almas y mi deseo de verlas salvadas y la Iglesia prosperada me obligan a esta arrogancia y falta de modestia, si así ha de llamarse. ¿Quién que tiene lengua podrá callar cuando peligra la gloria de Dios, el bien de su Iglesia, y la felicidad eterna de tantas almas?

El asunto *principal* que quiero tratar es este: ¿Acaso no es el deber incuestionable de la mayoría de pastores de la nación emprender la labor de instruir individualmente en el catecismo a todos los que tienen a su cargo y que se someten a ello? No tengo que probar esto aquí, ya que lo hago en el discurso siguiente. ¿Crees que la santa sabiduría lo negará? ¿Acaso el celo por las cosas de Dios, o el deleite de su servicio, o el amor por las almas lo negarán?

Hay que enseñar a la gente los principios de la fe, y los asuntos más necesarios para la salvación; de esto no cabe duda.

Espero que estemos de acuerdo en que hay que enseñárselo de la manera más edificante y provechosa.

Tampoco se puede discutir que la conversación, examen, e instrucción personales conllevan muchas ventajas.

Las Escrituras mismas y la costumbre de los siervos de Cristo nos recomiendan la instrucción personalizada, y la avalan los piadosos de todas las edades; en mi experiencia esto no tiene contradicción.

No cabe duda que debemos desempeñar esta gran labor con

todas las personas posibles; porque el amor y cuidado de las almas debe incluir a todas. Si hay 500 o 1000 personas ignorantes en tu congregación o parroquia, mal desempeñarás tu cargo si hablas de vez en cuando con unos pocos, dejando a los demás en su ignorancia cuando puedes ayudarles.

No es menos cierto que esta gran labor debe ocupar gran parte de tu tiempo. En último lugar, es igualmente cierto que todos los deberes deben hacerse en lo posible ordenadamente, en su momento justo. Si estamos de acuerdo en practicar estas verdades reconocidas, no debe haber desavenencias en cuanto a las circunstancias dudosas.

Ahora, en el nombre de Cristo, y por el bien de su Iglesia y las almas inmortales, ruego a todos los pastores fieles de Cristo que emprendan esta labor de forma eficaz. Únanse para ello, para que se sometan las personas a ella con mayor facilidad. He de confesar que he visto por experiencia que esta tarea, con la ayuda de la gracia de Dios que obra en nosotros, efectúa un cambio real; expulsará la ignorancia reinante; quebrantará los corazones endurecidos de los pecadores; responderá a sus vanas objeciones y quitará sus prejuicios; reconciliará sus corazones con los pastores fieles y hará eficaz la predicación pública, haciendo que la verdadera piedad sea mucho más común que antes. Nunca antes ha existido un plan tan acertado para demoler el reino de las tinieblas. Me sorprende que yo mismo equivocara durante tanto tiempo un deber tan claro y excelente. Pero supongo que mi caso fue parecido a los demás. Durante mucho tiempo estuve convencido de esta verdad, pero las dificultades me parecían insuperables, y la comprensión de mi deber demasiado pequeña, de manera que me vi estorbado. Me imaginaba que la gente se burlaría, y que solamente los que tuvieran menos necesidad se someterían a este ejercicio; pensé que me faltarían fuerzas para la tarea, pues ya tenía grandes cargas. Por eso demoré tanto, por lo cual ruego al Señor de la misericordia que me perdone. Al intentarlo, vi que las dificultades eran mínimas —aparte de mi gran debilidad física— y los beneficios y consuelos de la obra tales que no quisiera haberlo dejado por todos los tesoros del mundo. Dedicamos el lunes y el martes, desde la mañana hasta la noche, a la tarea, acogiendo a

unos quince o dieciséis familias por semana para poder visitar a toda la parroquia —compuesta de unas ochocientas familias— en un año; y puedo decir que, hasta ahora, ninguna familia ha rechazado francamente la oportunidad de visitarme, y pocos se han excusado. Veo más señales externas de éxito con los que acuden, que en toda la predicación pública. Si me dices que no es así en muchos lugares, te respondo: Ojalá no sea por culpa de los pastores. Sin embargo, si alguno rechaza tu ayuda, esto no te excusa de prestársela a los que la aceptan de buen grado. Si me preguntas qué orden sigo, puedo decir que cuando entrego las copias del catecismo, tomo nota de todas las personas alfabetizadas de la parroquia. El secretario visita a cada familia la semana antes para informarles del día y la hora de la cita (una familia a las ocho, otra a las nueve, otra a las diez, etc.). Me veo obligado por el número de familias a tratar con toda la familia junta; pero normalmente no permito la presencia de otras personas.

Hermano, ¿acaso te invito a emprender esta obra sin la autoridad de Dios, el consentimiento de toda la antigüedad y de los teólogos de la Reforma, o sin la convicción de tu propio corazón? Veamos lo que dice la Asamblea de Westminster en sus directrices sobre la visitación de los enfermos: “Es el deber del pastor no solamente enseñar a las personas a su cargo en público, sino también en privado, y particularmente amonestarlas, exhortarlas, corregirlas y consolarlas en todo momento justo, en la medida que permiten el tiempo y sus fuerzas y seguridad personal. Debe exhortarlos a prepararse para la muerte cuando aún se encuentran con salud. Para este fin, deben consultar a menudo con el pastor sobre el estado de sus almas”, etc. Lee esto de nuevo, y considéralo bien. Escucha la voz de Dios si quieres tener paz con Dios. Escucha la voz de tu conciencia si quieres tenerla tranquila. Estoy decidido a hablar con franqueza, aunque te desagrade. Después de esta exhortación, no puedo creer que el que tenga un corazón sinceramente entregado a Dios no se decida a emprender esta tarea tan importante y obvia. No puedo creer que aquel que tenga una chispa de la gracia salvadora y aquel amor a Dios que se deleita en hacer su voluntad que comparten todos los santificados, rechace o se oponga a una labor como esta, si no es bajo el poder de una ten-

tación parecida a la que tuvo Pedro cuando negó a Cristo, o cuando le animó a evitar el sufrimiento y, como resultado, fue casi excomulgado: “¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (cf. Mt. 16:23). Has puesto tu mano en el arado; estás doblemente entregado a él, como cristiano y como pastor; ¿acaso te atreves a echarte atrás y rechazar la obra? Ves que la obra de la Reforma se ha quedado parada; tienes la obligación de fomentarla de muchas maneras; ¿acaso te atreves a desestimar los medios por los cuales se puede lograr? ¿Te atreverás a presentarte ante una congregación cristiana como ministro del Evangelio, orando por la reforma, la conversión y salvación de tus oyentes, y la prosperidad de la Iglesia para luego rechazar los medios eficaces de efectuarlo? Sé que a la mente carnal nunca le faltan palabras y razonamientos para contradecir aquella verdad y deber que aborrece. Es más fácil poner reparos a un deber que cumplirlo; pero espera al final antes de juzgar. ¿Acaso puedes convencerte que podrás repasar cómodamente tu negligencia, o rendir cuentas tranquilamente por ella ante Dios? Me atrevo a pronosticar, por lo que conozco de la naturaleza de la gracia divina, que todos los pastores piadosos de este país emprenderán y cumplirán este deber concienzudamente, menos aquellos que por algún accidente extraordinario se vean incapacitados, o los que padecen las tentaciones antes mencionadas. No intento persuadirte contra toda esperanza, sino que doy por sentado que se cumplirá. Si algún hipócrita perezoso, malicioso o celoso pone reparos a ello, o quiere esquivar el deber, los demás no lo harán, sino que tomarán la oportunidad sin resistir la voz del Señor. Dios descubrirá pronto a estos hipócritas, y les hará conocer para su gran dolor lo que significa tratar a la ligera con Él. ¡Ay de aquellos que han de rendir cuentas por las almas! Las razones que les han bastado para esquivar su deber no les servirán entonces, sino que se manifestarán como los efectos de su necedad, enraizados en su voluntad corrompida e intereses carnales. Tampoco su conciencia aceptará a la hora de la muerte aquellas razones que ahora les parecen aceptables. Entonces sentirán el dolor de saber que no les queda consuelo alguno para el alma moribunda al repasar la

negligencia de este deber que se parezca al consuelo de aquellos que se han entregado totalmente al servicio del Señor. ESTOY SEGURO DE QUE MIS ARGUMENTOS A FAVOR DE ESTE DEBER SE VERÁN MÁS FUERTES AL FINAL, CUANDO SE MIREN EN LA HORA DE LA MUERTE, EN EL DÍA DEL JUICIO, Y ESPECIALMENTE A LA LUZ DE LA ETERNIDAD.

Ahora, hermanos míos, les ruego en el nombre de Dios y por el bien de las almas de sus feligreses, que no hagan esta labor a la ligera, sino con vigor y todas sus fuerzas; que sea su trabajo principal y más serio. Hace falta gran juicio para lograrlo; por tanto, estudien de antemano la manera de hacerlo como estudian para preparar sus sermones. Recuerdo lo seriamente que hablé con algunos miembros del último parlamento para que nombraran catequistas en las congregaciones; pero ahora verdaderamente no lamento que no diera resultado, con la excepción de algunas de las congregaciones más grandes. Porque ahora me doy cuenta de que toda la vitalidad de la obra, bajo Dios, estriba en la dirección prudente y eficaz, para escudriñar los corazones y comunicarles la Verdad a sus conciencias. Al pastor más competente le faltan fuerzas para ello, y pocos entre inferiores podrán lograrlo. Mi mayor temor es que muchos pastores que predicán bien se verán poco cualificados para esta obra, especialmente entre pecadores viejos e ignorantes de corazón muerto. Si los pastores no son reverenciados por sus congregaciones, antes se resistirán y discutirán con ellos que someterse a aprender de ellos con humildad; ¿cuánto más será este el caso de los pastores inferiores? Entonces, sabiendo que la tarea es nuestra, y que si no la hacemos nosotros se quedará sin hacer, hagámosla con todas nuestras fuerzas. Cuando hables con tu congregación, hazlo con toda seriedad y prudencia, como tratando un asunto de vida o muerte; síguelo tan de cerca como lo haces con tus exhortaciones públicas desde el púlpito. Tengo que decir, una vez más, que a mi me resulta la tarea más cómoda que nunca he desempeñado, con la excepción de la predicación pública, pues allí mis palabras llegan a mayor número, aunque con menos ventaja individual; y no me cabe duda de que será así para ti, si lo llevas a cabo con fidelidad.

Mi *segunda* petición a los pastores de este país es que se dedi-

quen unánimemente y sin más demora a la práctica de aquellos aspectos de la disciplina eclesiástica que son incuestionablemente necesarios, y que forman parte de su trabajo. Es triste que los hombres buenos se contenten con pasar por alto constantemente un deber tan importante. Normalmente claman: "Nuestras congregaciones no están dispuestas para eso, no lo soportarán". ¿Pero no será que tú no soportas los problemas y el odio que ocasiona? Si de veras proclamas que nuestras iglesias son incapaces de soportar el orden y gobierno de Cristo, simplemente rindes la causa a los que se separan de nosotros, incitando a la gente a buscar sociedades mejores, donde puede que se aplique esta disciplina. Aunque en algunos casos se pueden omitir la predicación y los sacramentos hasta un momento más propicio, y también la disciplina, es duro permitir la negligencia constante como norma durante tantos años como nosotros hemos hecho, a menos que la labor fuera completamente imposible. Si así fuera, a causa de nuestra incapacidad material, constituiría un llamamiento claro a cambiar nuestra constitución para facilitar el asunto. Más adelante hablaré claramente de este tema, y espero que merezca una seria consideración. Ahora me limito a rogarte, si quieres poder rendir cuentas cómodamente al Gran Pastor, sin ser hallado infiel en la casa del Señor, que no retrases esta labor por negligencia ni voluntariamente, como si fuera innecesaria; ni te echés atrás por las molestias que ocasiona para la carne; porque eso es un triste indicio de hipocresía. Además, los deberes más difíciles suelen ser los más consoladores; y puedes estar seguro de que Cristo correrá con todos los gastos.

Mi *última* petición es que todos los pastores fieles de Cristo se unan y asocien sin más demora para ayudarse mutuamente en la obra del Señor y mantener la unidad y la concordia en las iglesias. Que no dejen de hacer reuniones fraternales para este fin, ni las desaprovechen, sino que sean para su edificación y el cumplimiento eficaz de la obra. Recomiendo la lectura de la excelente carta escrita por Edmund Grindal, arzobispo de Cantórbery a la reina Isabel I, en la que trata el asunto de las reuniones y ejercicios pastorales. Se encuentra en la *Historia de la Iglesia de Inglaterra* escrita por el Sr. Fuller.

DEDICATORIA

Hermanos, les pido perdón por las debilidades del presente texto; con el anhelo del éxito de su labor, rogaré diariamente a Dios que les persuada a asumir los deberes aquí recomendados, conservándoles y prosperándoles contra toda sutileza e ira del enemigo que intente oponérseles y estorbar la obra.

Su indigno consiervo

RICHARD BAXTER
15 de abril de 1656

Nota introductoria

Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre (Hechos 20:28).

Aunque algunos opinan que la exhortación de Pablo a estos ancianos demuestra que mandaba sobre ellos, los que hoy nos dirigimos a nuestros hermanos de parte del Señor esperamos poder hacerlo libremente, sin excitar los celos que llevan a dicha conclusión. Aunque enseñamos a nuestros feligreses como líderes puestos sobre ellos en el Señor, también podemos enseñarnos mutuamente como hermanos de oficio, al igual que de fe. Si las personas que tenemos a nuestro cargo deben “[enseñarse y exhortarse] unos a otros en toda sabiduría” (cf. Col. 3:16), sin duda lo mismo pueden hacer los maestros sin supremacía alguna de grado ni de poder. Tenemos que mortificar los mismos pecados y avivar y fortalecer las mismas virtudes que nuestros feligreses. Tenemos tareas mayores que ellos que desempeñar, y mayores dificultades que vencer; por eso necesitamos que se nos aconseje y despierte al igual que ellos, si es que no necesitamos instrucción. De manera que me parece que tales reuniones deberían ser más frecuentes, si no tuviéramos otros quehaceres. Deberíamos ser tan francos y abiertos en el trato mutuo como lo son los más serios de nosotros con sus feligreses; pues si solo estos reciben amonestaciones y reprobaciones agudas, solo ellos tendrán una fe sana y viva. Estoy convencido de que este era el juicio de Pablo, para lo cual no necesito más pruebas que la exhortación conmovedora y estimulante hecha a los ancianos de Éfeso en Hechos 20:28 anteriormente citada. ¡Fue un sermón

corto, pero cuesta aprenderlo! Si los obispos y maestros de la Iglesia aprendiesen bien esta corta exhortación, aunque dejaran de lado muchos libros con los cuales han ocupado su tiempo, granjeándose así los aplausos del mundo, qué gran alegría sería para la Iglesia y para ellos mismos.

Para tratar a fondo esta cita, propongo seguir el siguiente método:

Primero: Considerar en qué consiste la vigilancia de nosotros mismos.

Segundo: Demostrar las razones por las cuales debemos vigilarnos.

Tercero: Considerar en qué consiste la vigilancia de todo el rebaño.

Cuarto: Ilustrar la manera como debemos vigilar el rebaño.

Quinto: Citar algunos motivos por los cuales debemos vigilar a todo el rebaño.

Sexto: Hacer una aplicación de todo lo mencionado.

La vigilancia de nosotros mismos

Sección 1

La naturaleza de esta vigilancia

Consideremos en qué consiste la vigilancia de nosotros mismos.

1. Asegúrate de que la obra de la gracia salvadora sea completa en tu propia alma. Cuídate, no vayas a carecer de aquella gracia salvadora de Dios que ofreces a los demás, desconociendo la obra eficaz del Evangelio que predicas; y no sea que mientras proclamas al mundo la necesidad del Salvador, tu propio corazón lo desconozca y pierdas tu parte en Él y en los beneficios de su salvación. Cuídate de morir mientras avisas a los demás contra el peligro de muerte, y de morir de hambre mientras preparas su comida. Aunque existe la promesa a efectos de que “los que enseñan la justicia a la multitud” brillarán como las estrellas (cf. Dan 12:3), esto presupone que ellos mismos la han aprendido primero. En términos sencillos, su propia sinceridad de fe es la condición de esta gloria, aunque su gran labor pastoral pueda ser condición de la promesa de mayor gloria. Muchos han exhortado a los demás a no caer en el Infierno a la vez que ellos mismos corrían allá; más de un predicador que clamó muchas veces a sus oyentes para que escaparan de la condenación, está ahora en el Infierno. ¿Acaso resulta razonable imaginar que Dios le salvara a uno por ofrecer la salvación a los demás mientras él mismo la rechazaba; o por contar aquellas verdades a los demás que él mismo dejó de lado o de las cuales abusaba? Más de un sastre que hace trajes caros para los demás anda vestido de harapos; y más de un cocinero apenas se lame los dedos cuando prepara platos suculentos para otros. Créanme, herma-

nos míos; Dios nunca salvó a nadie por ser predicador, por muy capacitado que fuera, sino por ser justificado y santificado, y, por consiguiente, fiel en la obra de su Maestro. Por tanto, examina primero tu propia vida, y asegúrate de que eres lo que incitas a tus oyentes a ser, y crees lo que los persuades a creer, y acoges bien al Salvador que ofreces a los demás. Aquel que te mandó amar a tu prójimo como a ti mismo quiso decir que te amaras a ti mismo, y no que te odiaras y destruyeras a ti mismo y a ellos.

Es terrible profesar la fe sin ser santificado, pero peor es el estado del predicador sin santificar. ¿No te hace temblar el abrir la Biblia, por si allí leyeras tu propia condena? Cuando escribes tus sermones, ¿se te ocurre pensar que estás trazando acusaciones contra tu propia alma? Cuando reprendes el pecado, ¿agravas el tuyo propio! Cuando proclamas ante la congregación las riquezas insondables de Cristo y su gracia, ¿estás publicando tu propia iniquidad al rechazarlas, y tu propia desgracia al perderlas! ¿Qué harás si, al persuadir a la gente a venir a Cristo, al sacarla del mundo e incitarla a una vida de fe y santidad, tu propia conciencia se despierta y te dice que todo lo que dices redundará en vergüenza para ti? Si hablas del Infierno, hablas de tu propia heredad; si describes el gozo del Cielo, describes tu propia desgracia, ya que no tienes derecho a "la herencia de los santos en luz" (cf. Col. 1:12). ¡Gran parte de lo que dices irá en contra de tu propia alma! ¡Qué vida más desgraciada! ¡Que uno estudie y predique contra sí mismo, pasando sus días en un camino de condenación propia! Un predicador sin experiencia personal de la gracia es uno de los seres más desdichados de la Tierra, y, sin embargo, no suele reconocer su desgracia, porque tiene tantas monedas que parecen del oro de la gracia redentora y tantas piedras brillantes que se parecen a las joyas cristianas, que pocas veces le turban los pensamientos de su pobreza; sino que cree que es rico, y se ha enriquecido, y de ninguna cosa tiene necesidad; cuando en realidad es un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo (cf. Ap. 3:17). Conoce las Sagradas Escrituras, ejerce su santo deber, no peca de forma abierta ni grosera. Sirve ante el altar de Dios, reprende las faltas de los demás, predicando la santidad del corazón y la vida; ¿cómo

podrá ser este hombre menos que santo? ¡Cómo aumenta la desgracia morir en medio de la abundancia, y perecer de hambre con el pan de vida en la mano que tendemos a los demás, animándolos a comer! ¡Que los mismos medios de la gracia divina, instituidos como medio de convicción y salvación, sean nuestro engaño! Mientras tendemos el espejo del Evangelio a los demás para mostrarles el rostro de su alma, nosotros solo miramos la parte de atrás, que no refleja nada, o lo miramos de lado para ver una imagen distorsionada de la nuestra. Si el que se encuentra en esta desgracia toma mi consejo, tomará una postura firme, pidiendo cuentas a su corazón y vida, y llevará un tiempo predicándose a sí mismo, antes de seguir predicando a los demás. Considerará si la comida que se mastica sin tragar le puede servir de alimento, y si no será mejor que aquel que invoca el nombre de Cristo se aparte de la iniquidad (cf. 2 Ti. 2:18). ¿Acaso Dios escuchará sus oraciones si ha mirado a la iniquidad en su corazón (cf. Sal. 66:18)? ¿De qué le servirá decir en el Día del Juicio: "Señor, Señor, hemos profetizado en tu nombre", si escucha esta terrible respuesta: "Nunca os conocí; apartaos de mí"? (cf. Mt. 7:22-23). ¿Acaso Judas se pudo consolar cuando fue a su propio lugar (cf. Hch. 1:25), al recordar que predicaba en la compañía de los Apóstoles, o que se sentaba con Cristo, que lo trataba de "amigo"? Cuando estas ideas hayan entrado en tu alma y obrado un poco para el bien de tu conciencia, te aconsejo que acudas a la congregación para predicar el sermón de Orígenes sobre el Salmo 50:16-17: "Pero al malo dijo Dios: ¿Qué tienes tú que hablar de mis leyes, y que tomar mi pacto en tu boca? Pues tú aborreces la corrección, y echas a tu espalda mis palabras". Y cuando hayas leído este texto, que te sientes para exponerlo y aplicarlo con lágrimas, haciendo una confesión plena y libre de tu pecado y lamentándolo ante toda la asamblea, pidiendo sus oraciones para recibir el perdón y la virtud de la renovación, para que después pueda predicar un Salvador al que conoce personalmente, y hablar de corazón, elogiando las riquezas del Evangelio por experiencia propia.

¡Ay! Es un peligro y calamidad frecuente en la Iglesia el tener pastores inconversos y sin experiencia, y que tantos se hagan predicadores antes de ser cristianos, siendo santificados por el

rito de la ordenación ante el altar como sacerdotes de Dios antes de santificarse por una entrega de corazón como discípulos de Cristo, de manera que adoran a un Dios desconocido y predicán al Cristo que no conocen, orando por un Espíritu desconocido y recomendando un estado de santidad y comunión con Dios, y una gloria y felicidad que desconocen, y que probablemente nunca conozcan. El predicador que no tenga al Cristo y la gracia divina que predica en su propio corazón probablemente será un predicador despiadado. ¡Ojalá todos los estudiantes universitarios (*) consideraran esto bien! Es un mal negocio para ellos pasar el tiempo adquiriendo cierto conocimiento de las obras de Dios, y de los nombres impuestos en ellos por los distintos idiomas de las naciones, ¡sin conocer a Dios mismo ni exaltarlo en sus corazones, ni conocer aquella única obra renovadora que les puede brindar la felicidad! Su camino es vano, y pasan la vida como los que sueñan, ocupando su inteligencia y su lengua con multitud de nombres y nociones a la vez que desconocen a Dios y la vida de los santos. Si Dios alguna vez los despierta con su gracia redentora, tendrán cosas mucho más serias para ocuparlos que estos estudios y disputas profanas, de manera que confesarán que antes solo soñaban. Se crean un mundo de ocupaciones de la nada, mientras desconocen voluntariamente al Ser primitivo, independiente y necesario que es el todo en todos. No se puede conocer nada a derechas si no se conoce a Dios; tampoco se estudia bien, ni con propósito, si Dios no es estudiado. Poco sabemos de la criatura hasta comprender su relación con el Creador; las letras y sílabas sueltas no sirven de mucho. Aquel que mira al "Alfa y la Omega, el principio y el fin" (cf. Ap. 22:13) sin ver en Él el todo, es ciego. Todas las criaturas en sí son como sílabas sueltas; aparte de Dios no significan nada. Si se separaran del todo, dejarían de ser, y la separación sería su aniquilación; cuando los separamos en la mente, no nos sirven de nada. Es una cosa conocer las criaturas a la manera de Aristóteles, y otra hacerlo como cristiano. Solo el cristiano puede leer una frase de la Física y comprenderla correctamente. Es un estudio alto y excelente, y más útil de lo que muchos creen; pero Aristóteles solo nos puede revelar una ínfima parte de ello.

Cuando el hombre fue creado perfecto y colocado en un mundo perfecto, donde todo estaba en perfecto orden, toda la Creación le sirvió de libro en el cual podía leer la naturaleza y voluntad de su gran Creador. Toda criatura llevaba tan claramente grabado el nombre de Dios que el que corriera podía leerlo. El hombre no podía abrir los ojos sin ver alguna semejanza de Dios; ¿y dónde de forma tan viva y plena como en sí mismo? Por lo tanto, su tarea era estudiar todo el libro de la Naturaleza, y más a sí mismo. Y si la Humanidad hubiera seguido este curso, habría profundizado su conocimiento de Dios y de sí misma; pero cuando quiso conocer y amar a las criaturas y a sí misma aparte de Dios, perdió tanto el conocimiento del Creador como de sí misma, en la medida que edificara y mereciera el nombre de conocimiento. En su lugar, ahora tiene el triste conocimiento que deseaba, esto es, las nociones vacías y conocimientos fantásticos de las criaturas y de sí misma, separada de Dios. De manera que aquel que vivía para el Creador, y en Él, ahora vive en y para las criaturas y para sí; entonces, todo hombre en su mejor estado, o “en la plenitud de su vigor —tanto eruditos como analfabetos— es solo un soplo. Sí, como una sombra anda el hombre; ciertamente en vano se afana” (cf. Sal. 39:5,6 LBLA). Se ve claramente que como Dios no abandonó la relación de Creador al hacerse nuestro Redentor, ni sus derechos de propiedad y gobierno sobre nosotros en esta relación, sino que la obra de la redención está de cierta forma subordinada a la de la creación, y la ley del Redentor a la del Creador; igualmente, nuestro deber para con Dios el Creador no ha cesado, sino que nuestro deber para con el Redentor como tal está subordinado a ello. La obra de Cristo nos trae de vuelta a Dios, y nos restaura a la santidad y obediencia perfectas; y como Él es el camino al Padre, la fe en Él es nuestro camino de vuelta para poder servir y disfrutar de Dios como antiguamente. Espero que captes lo que quiero decir con todo esto; es decir, que el hombre se dedicaba en su estado perfecto a ver a Dios reflejado en sus criaturas, amándole y conversando con Él. Esto dista tanto de dejar de ser nuestro deber, que la obra de Cristo consiste en llevarnos de vuelta a Él por la fe. Por eso los hombres más santos son los mejores estudiantes de las obras de Dios, y solo los santos pue-

den estudiarlas y conocerlas debidamente. “Grandes son las obras de Jehová, buscadas de todos los que las quieren” (Sal. 111:2), pero no por sí mismas, sino por Aquel que las hizo. El estudio de la Física y otras ciencias no vale nada si no se busca a Dios en él. La única verdadera Filosofía es ver y admirar, reverenciar y adorar, amar y deleitarse en Dios tal y como se revela en sus obras; lo contrario es una mera vanidad, y así lo llama Dios una y otra vez en su Palabra. Los estudios se santifican al dedicarlos a Dios como el fin, propósito y vida de ellos.

Por eso me atrevo a decirte, a propósito, que es un gran error que conlleva consecuencias peligrosas para las academias cristianas —y perdona la censura de parte de uno tan indigno de hacerla, viendo la necesidad que hay— que estudien a las criaturas antes que al Redentor, y que se dediquen a la Física, la Metafísica, y las Matemáticas antes que la Teología, cuando ninguno que carece de un conocimiento vital de la Teología puede ir más allá de ser un necio con la Filosofía. La Teología ha de poner los cimientos y abrir camino en todos nuestros estudios. Si hay que buscar a Dios en la búsqueda de la criatura —y no debemos intentar separar los dos—, entonces los maestros deben revelar a Dios a sus alumnos en todo; la Teología ha de ser el principio, el centro, el final, la vida, la esencia de sus estudios. La Física y la Metafísica humanas deben reducirse a la Teología, y la Naturaleza debe leerse como uno de los libros de Dios, escrito específicamente para ser una revelación de sí mismo. Las Sagradas Escrituras son el libro más fácil; cuando primero has aprendido de este libro sobre Dios, y has aprendido su voluntad en cuanto a las cosas más necesarias, aplícate entonces al estudio de sus obras, investigando a toda criatura desde el punto de vista del cristiano y del teólogo. Si no ves que tú y todas las cosas en Él viven, y se mueven, y son (cf. Hch. 17:28), eres ciego, por mucho que creas ver. Si uno no percibe en su estudio de las criaturas que Dios lo es todo y en todo, y “de él, y por él, y para él, son todas las cosas” (Ro. 11:36), puede creer, quizá, que “se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo” (1 Co. 8:2). No tengas una opinión tan baja de la Física y de las obras de Dios como para creer que solo son estudios preliminares para niños. Forma una parte altísima y

noble de la santidad el buscar, admirar, y amar al gran Creador en todas sus obras. ¡Cuánto tiempo han dedicado los santos de Dios a este ejercicio alto y santo! El libro de Job y el de los Salmos nos demuestran que la Física no está tan apartada de la Teología como creen algunos.

Por eso, y motivado por el celo por el bien de la Iglesia y su propio éxito en esta labor tan necesaria, propongo que todo maestro piadoso considere la necesidad de leer o hacer leer a sus alumnos, con frecuencia y diligencia, las secciones principales de la teología práctica —ya que no existe otra— tanto como las ciencias. ¿Acaso no deberían estudiarse juntas desde el principio? Está bien escuchar sermones, pero eso no es suficiente. Si los maestros se dedicaran principalmente a enseñar a sus alumnos la doctrina de la salvación, esforzándose por dejarla grabada en sus corazones para que todo se reciba según su debido peso, y desarrollaran el resto de la instrucción de manera que se viera que queda subordinada a ella, y que sus alumnos estén conscientes del propósito final de todo; así enseñarían toda su Filosofía *in habitu theologico*, y podría ser el medio de crear una Iglesia y un país dichosos. Pero cuando dedican casi todo su tiempo y esfuerzo a las lenguas y la Filosofía, y en lugar de leerlas como teólogos, leen la Teología como filósofos, como si no tuviera mayor importancia que una lección de Música o de Aritmética en lugar de tratarse de la doctrina de la vida eterna, esto es lo que corta a tantos en flor, y llena la Iglesia de maestros sin santificar. Por eso hay tantos mundanos que predicán la felicidad invisible, y tantos carnales que declaran los misterios del Espíritu, y —ojalá no tuviera que decirlo— tantos inconversos que predicán a Cristo, y tantos ateos que predicán al Dios viviente. Cuando se les enseña la Filosofía con preferencia a la fe o sin ella, ¡no resulta sorprendente que la Filosofía sea la mayor parte o toda su religión!

Una vez más, por tanto, quiero dirigirme a todo aquel que esté involucrado en la formación de los jóvenes, especialmente en la preparación para el ministerio. Si eres maestro o tutor, debes empezar y terminar con las cosas de Dios. Habla a diario a los corazones de tus alumnos sobre las cosas que deben suceder en sus propios corazones; si no, va todo perdido. Pronuncia

a menudo palabras penetrantes en cuanto a Dios, el estado de sus almas, y la vida eterna. No digas que son demasiado jóvenes para comprenderlas o aplicarlas. No sabes el impacto que puedan tener. No solo el alma de un muchacho, sino muchas más pueden tener motivos de alabar a Dios por tu celo y diligencia y por las palabras oportunas. Tienes más oportunidades que otros para hacerles bien; tratas con ellos antes que alcancen la madurez, y te escucharán cuando no prestan oídos a ningún otro. Si están destinados para el ministerio, los estás preparando para un servicio especial a Dios. ¿Acaso no deben primero conocer al que tendrán que servir? ¡Imagínate lo triste que sería para sus propias almas, y qué desgracia para la Iglesia de Dios, si salen de tus manos con corazones vulgares y carnales, para emprender esa gran tarea espiritual! De cien alumnos que asisten a nuestros colegios, ¿cuántos puede haber que sean jóvenes serios, experimentados y piadosos? Si se les envía a una obra para la cual la mitad no está preparada, ¡qué calamidad para la Iglesia y el país! Si tú puedes ser el instrumento de su conversión y santificación, ¿cuántas almas te bendecirán, y qué mejor servicio podrás prestar a la Iglesia? Una vez afectados sus corazones por la doctrina redentora que estudian y predicán, la estudiarán con mayor interés, y la predicarán de corazón; su propia experiencia les conducirá hacia los asuntos más adecuados y les ayudará a comunicarlos a los corazones de sus oyentes. Asegúrate, por tanto, de no trabajar de manera que provoque los lamentos de la Iglesia, ni des lugar al gran torturador de los asesinos de almas.

2. Asegúrate no solamente de estar en estado de gracia, sino de ejercer las virtudes de forma enérgica y vigorosa, y de predicarte a ti mismo los sermones que escribes antes de predicarlos a los demás. Aunque lo hicieras solamente para tu propio provecho, no sería un trabajo perdido; pero lo digo por el bien público, para que lo hagas por el bien de la Iglesia. Cuando fijas tu mente en las cosas santas de arriba, tus feligreses probablemente participarán del fruto. Tus oraciones, alabanzas y doctrina les serán dulces y celestiales. Probablemente se darán cuenta cuando has pasado mucho tiempo con Dios: lo que más ocupa tu

corazón resonará más en sus oídos. Confieso que lo digo por mi propia experiencia lamentable; declaro ante el rebaño el malestar de mi propia alma. Cuando dejo enfriar mi corazón, la predicación resulta fría; cuando estoy confuso, la predicación también. Observo a menudo en el mejor de mis oyentes que cuando me he enfriado en la predicación, ellos también se enfrían; y las próximas oraciones que escucho de sus labios se parecen demasiado a mi predicación. Somos las nodrizas de los pequeñuelos de Cristo. Si no nos alimentamos bien, les dejamos morir de hambre; pronto se les verá adelgazar, y cumplirán torpemente con su deber. Si dejamos enfriar el amor, no podremos avivar el suyo. Si descuidamos nuestro temor santo y el cuidado, será evidente en la predicación; y si no resulta evidente en la materia, en la manera de hacerlo sí. Si nos alimentamos de errores o controversias inútiles, nuestros oyentes padecerán por ello. Pero si abundamos en la fe, en el amor y en el celo, rebosarán y refrescarán a la congregación, y se verá cómo aumentan en ellos las mismas virtudes. Hermano, cuida entonces tu propio corazón: evita las pasiones, los malos deseos y las inclinaciones mundanas; profundiza en la vida de fe, el amor y el celo; pasa mucho tiempo en casa, y en la presencia de Dios. Si no te dedicas a diario a escudriñar tu propio corazón, desarraigar la corrupción, y andar con Dios —si no te ocupas en esto constantemente—, todo saldrá mal y tus oyentes morirán de hambre. Si finges el fervor, no puedes esperar una bendición de lo alto. Sobre todo, pasa mucho tiempo en la meditación y oración en privado. De allí saldrá el fuego celestial para encender tus sacrificios; recuerda que si abandonas tu deber, no serás el único dañado. Muchos otros saldrán perdiendo contigo. Entonces, por el bien de tu congregación, guarda tu corazón. Si sientes las punzadas del orgullo espiritual, y caes en algún error nocivo que te hace sacar a relucir invenciones tuyas para atraer discípulos, puede resultar una herida mortal para la congregación que presides; y puedes resultar una pestilencia en lugar de una bendición, haciéndoles desear que nunca hubieran visto tu rostro. Entonces, vigila tus propios juicios y deseos. La vanidad y el error se insinúan sutilmente, y suelen llegar bajo disfraces hermosos; los grandes males y apostasías suelen empezar poco a poco. El príncipe de

las tinieblas a menudo se presenta como ángel de luz, para llevar de nuevo a los hijos de la luz a las tinieblas. ¡Qué fácilmente se tuercen nuestros deseos y el primer amor, apagando el temor santo y la vigilancia! Vigila, entonces, por tu propio bien y el de los demás.

Además de esta vigilancia general, creo que el pastor debe guardar especialmente su corazón antes de presentarse ante la congregación. Si está frío en ese momento, ¿cómo podrá hacer arder los de sus oyentes? Por tanto, debes acudir especialmente a la presencia de Dios por tu vida: lee algún libro estimulante, o medita en el peso del asunto que vas a tratar, y en la gran necesidad de las almas de tus feligreses, para que puedas entrar en la casa del Señor con celo santo. Así podrás mantener viva la gracia de Dios que está en ti, para que se vea en todos tus sermones; así, todo aquel que llegue frío a la congregación entrará un poco en calor antes de marcharse.

3. Asegúrate de que tu ejemplo no contradiga tu doctrina. No vayas a poner tropiezo ante los ciegos, para su ruina; no vayas a desmentir con tu vida lo que dices con la lengua, estorbando como nadie el éxito de tu propia labor. Es un gran estorbo para nuestro trabajo cuando otros contradicen en privado durante toda la semana lo que les declaramos en público de la Palabra de Dios, porque no estamos presentes para revelar su necedad. ¡Será un estorbo mucho mayor si te contradices a ti mismo; si tus acciones desmienten tus palabras, si edificas en un par de horas con la boca lo que te dedicas a derribar con las manos el resto de la semana! Así harás creer a los demás que la Palabra de Dios es un cuento de hadas, y que la predicación es mera palabrería. El que habla de corazón hará lo que dice. Bastará una sola palabra soberbia, malhumorada y altanera, una disputa innecesaria, un solo acto codicioso, para matar muchos sermones, echando a perder el fruto de toda tu labor. Dime, hermano, con el temor de Dios: ¿Miras por el éxito de tu trabajo, o no? ¿Anhelas ver el fruto en las almas de tus oyentes? Si no es así, ¿para qué predicas ni estudias? ¿Para qué te haces llamar ministro de Cristo? Pero si así es, seguramente no querrás estropear todo tu trabajo con una ñadería. ¿Acaso mirarás por el éxito de

tu labor, y, sin embargo, no quieres dar a los pobres, ni soportar un insulto, ni te rebajarás ante los humildes, ni dejarás tu comportamiento altanero y mundano; ni siquiera por ganar almas y lograr tu propósito? Aquel que tan barato vende su éxito y no se esfuerza lo más mínimo por lograrlo, lo tiene en bien poco.

Es un error palpable de algunos pastores esta desproporción entre su predicación y su manera de vivir. Se esfuerzan mucho por predicar con exactitud, y no cuidan su estilo de vida. Una semana es poco tiempo para trazar un discurso de dos horas; pero les parece excesivo una hora de esfuerzo para saber vivir toda la semana. Les horroriza una palabra mal usada en un sermón, o alguna debilidad notoria —y no les culpo, por tratarse de un asunto santo y de mucha importancia— pero no se preocupan por las emociones, palabras y acciones mal empleadas a lo largo de su vida. ¡A cuántos he visto predicar con mucho esmero, y vivir descuidadamente! Se esfuerzan tanto por preparar sus sermones que pocas veces la predicación les parece una virtud, con tal que su lenguaje sea elegante; todos los autores retóricos que pueden encontrar les sirven para adornar más el estilo, y a menudo sus adornos más preciados son meras garrambinas. Son tan exigentes al escuchar a los demás que nadie que hable con franqueza, o no suprima las emociones, o no adormezca el corazón con la nota dominante de un humor fantástico, les place. Sin embargo, al llegar a la práctica fuera de la Iglesia, ¡qué poco se esmeran, y qué poco vigilan sus palabras ni acciones, con tal de no avergonzarse con algo palpablemente grosero! ¡Con que el que predica con tanta solicitud, no vive de igual manera! ¡Qué diferencia hay entre sus discursos en el púlpito y su lenguaje diario? Los que más se impacientan con el uso de los barbarismos, solecismos, y paralogismos en un sermón, bien los toleran en su vida y conversación.

Es cierto, hermano, que tenemos motivos para vigilar nuestros actos tanto como nuestras palabras; si queremos ser verdaderos siervos de Cristo, no ha de ser de boquilla, sino de hecho, para ser hacedores de la Palabra y bienaventurados en lo que hacemos. Nuestros feligreses deben ser “hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores” (cf. Stg. 1:22); de igual manera, nosotros debemos ser hacedores, y no tan solamente predicado-

res, no vaya a ser que nos engañemos a nosotros mismos. Una doctrina práctica se predica en la práctica. Debemos esforzarnos tanto al pensar cómo vivir de forma correcta como al predicar de forma correcta. Debemos considerar una y otra vez la manera de componer nuestras vidas para alcanzar la salvación de las personas, tanto como nuestros sermones. Cuando estás pensando cómo predicar ante la congregación, si te preocupan sus almas, pensarás a menudo: “¿Cómo me haré con ellos? ¿Qué puedo decir para convencerlos, convertirlos y fomentar su salvación?”. Debes aplicar la misma diligencia a estas preguntas: “¿Cómo puedo vivir, qué haré, y qué uso haré de mis bienes para alcanzar la salvación de las almas?”. Hermano, si tu propósito es salvar almas, ¡seguro que quieres hacerlo tanto fuera del púlpito como dentro! Si ese es tu propósito, vivirás para ello, y todos tus esfuerzos contribuirán a ese fin. Dirás en cuanto al dinero que tienes en el bolsillo, tanto como de las palabras que tienes en la boca: “¿De qué manera puedo gastarlo para el mayor bien, especialmente para las almas?”. ¡Ojalá que piensas a diario cómo usar tu dinero, tus amistades, y todo lo que tienes para Dios, al igual que la lengua! Entonces veríamos los frutos de tu labor que nunca se verán de otra manera. Si piensas que tu ministerio acaba en el púlpito, pareces considerarte pastor solamente mientras estás allí. Si es así, creo que no eres digno de llamarte tal cosa.

Quiero rogarte que hagas el bien, tanto como hablar bien. Sé “celoso de buenas obras” (cf. Tit. 2:14). No repares en gastos si puedes adelantar la obra de tu Maestro.

(1) Mantén tu inocencia, y anda sin ofender. Que tu vida condene el pecado, y persuada a la gente al deber. ¿Acaso querrás que tus feligreses cuiden más sus almas que tú mismo cuidas la tuya? Si quieres que rediman el tiempo, no lo malgastes tú. Si no quieres que su conversación sea de cosas vanas, asegúrate de hablar palabras edificantes, que tienden a ministrar la gracia a sus corazones (cf. Ef. 4:29). Ordena bien tu familia, si quieres que hagan lo mismo. No seas soberbio, si quieres que sean humildes. Para ninguna virtud hará más tu ejemplo —al menos para quitar los prejuicios— que para la humildad, la mansedumbre y la abnegación. Perdona las faltas. “No seas vencido

de lo malo, sino vence con el bien el mal (cf. Ro.12:21)". Haz como nuestro Señor "[...], quien cuando le maldecían, no respondía con maldición [...]" (cf. 1 P. 2:23). Cuando los pecadores son obstinados, fuertes y desdeñosos, la carne te persuade a usar sus propias armas para dominarlos con medios carnales; pero no es la mejor manera, aparte de la seguridad necesaria y el bien público. En su lugar, véncelos con bondad, paciencia y mansedumbre. Los medios carnales tal vez demuestren que tienes mayor poder mundano que ellos —aunque suelen ser demasiado duros para los fieles—, pero solo los medios espirituales les mostrarán que los superas en la excelencia espiritual. Si crees que es mejor imitar a Cristo que al Cesar o Alejandro Magno, y que es más glorioso ser cristiano que vencedor —un hombre en lugar de una bestia, aunque estas a menudo son más fuertes que nosotros—, usa el arma del amor en lugar de la violencia; enfrenta la fuerza con la mansedumbre, el amor y la paciencia, y no una fuerza contra otra. Recuerda que estás obligado a ser el siervo de todos "[...], asociándoos con los humildes [...]" (Ro. 12:16). No ignores a los pobres de la congregación; podrán interpretarlo como un desprecio. La amistad con fines santos puede hacer abundancia de bien. No hables de manera altanera e irrespetuosa, sino sé cortés con el más humilde, como tu hermano en Cristo. El trato amable es la manera más sencilla de hacer el bien.

(2) Te ruego que abundes en obras de caridad y benevolencia. Acude a los pobres para saber sus necesidades, mostrando compasión inmediatamente por sus almas y cuerpos. Cómprales el catecismo y otros libros cortos que les pueden hacer bien, haciéndoles prometer leerlos con cuidado y atención. Gasta todo lo que puedas, haciendo todo el bien posible. No pienses enriquecerte; no busques grandes cosas para ti mismo ni tu descendencia. Si te haces pobre por hacer un gran bien, ¿será una pérdida, o una ganancia? Si crees que Dios es el mejor de los banqueros, y que gastar en su servicio es prestar a los pobres, demuéstales que eso es lo que crees. Sé que la carne se queja antes de perder la presa, y nunca le faltarán palabras contra este deber que va en contra del interés; pero escucha bien mis palabras, y que el Señor las grave en tu corazón: aquel que

atesora tanto algo de este mundo que no es capaz de entregarlo a Cristo si se lo pide, no es un verdadero cristiano. El corazón carnal no cree que Cristo lo pide cuando él no lo quiere entregar, y así se engaña a sí mismo; a este le digo que aquel que no se convence de su deber porque no es capaz de dar lo necesario por Cristo, no es un verdadero cristiano. El corazón falso corrompe el entendimiento, y esto aumenta el engaño del corazón. Entonces, no creas que es una desgracia ganar amigos por medio de las riquezas injustas y hacerte tesoros en el Cielo (cf. Lc. 16:9), aunque tengas poco en la Tierra. No perderás ventajas en el Cielo al ser pobre; porque, como dice el refrán: el que viaja poco cargado, viaja mejor.

Ya me doy cuenta de que, en el caso del corazón carnal y codicioso, las palabras no sacan el dinero de los bolsillos; todo esto lo podrán decir a los demás, pero decir es una cosa y creer es otra. Con los verdaderos creyentes creo que estas ideas tendrán el efecto deseado. ¡Qué gran bien podrían hacer los pastores si vivieran por encima del mundo y sus glorias y riquezas, gastando todos sus bienes en el servicio del Señor y apretando la carne, para tener los medios para hacer el bien! Así se abrirían más corazones para recibir su doctrina que con toda la oratoria del mundo; y sin esto, la práctica evidente de la fe parece mera hipocresía, y probablemente lo sea. Minucius Félix, autor de una obra titulada *Octavius* (Octavio), que vivió en el s. II o III, escribió: "El que practica el desinterés ora al Señor; el que saca al prójimo del peligro ofrece un rico sacrificio; estos son nuestros sacrificios santos ante Dios. El más devoto entre nosotros es el más sencillo". No hay que hacer como los papistas, que entran en monasterios y renuncian la propiedad, pero todo lo que tenemos debe ser para Dios.

4. Asegúrate de no cometer aquellos pecados contra los cuales predicas, haciéndote culpable de lo mismo que condenas a diario. ¿Acaso puedes dedicarte a glorificar a Dios, para luego deshonrarlo como los demás? ¿Proclamarás el gobierno de Cristo para luego rebelarte y despreciarlo? ¿Predicarás sus leyes para luego romperlas voluntariamente? Si el pecado es malo, ¿por qué vives así? Y si no, ¿por qué intentas alejar a los demás de

ello? Si es un peligro, ¿cómo te atreves a aventurarte así? Y si no, ¿por qué se lo dices a los demás? Si las amenazas de Dios son verdaderas, ¿por qué no las temes? Y si son falsas, ¿por qué molestas a la gente, asustándola sin causa? ¿No has “[...] entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte [...]” (cf. Ro. 1:32), y, sin embargo, las practicas? “Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? [...]. Tú que dices que no se ha de adulterar” —o emborracharse, o codiciar— ¿haces estas cosas? “Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonras a Dios?” (cf. Ro. 2:21-23). ¿Acaso los mismos labios que hablan en contra del mal pueden hablar mal? ¿Podrán esos labios condenar, calumniar y criticar a tu prójimo, para luego predicar contra estas mismas cosas y otras en los demás? Cuídate de criticar el pecado sin vencerlo, y de intentar eliminarlo en los demás mientras tú mismo eres su esclavo: “[...] Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció” (cf. 2 P. 2:19). “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?” (cf. Ro. 6:16). ¡Ah, hermano mío! Es más fácil criticar el pecado que vencerlo.

5. Finalmente, asegúrate de que no te falten las cualidades necesarias para la obra. El que quiere enseñar a los demás los misterios de la salvación no debe ser un bebé en la sabiduría. Aquel que tiene un cargo como el nuestro debe estar muy cualificado. Hay grandes dificultades teológicas que resolver, que atañen a los principios fundamentales de la fe. Hay muchos pasajes oscuros de la Palabra que explicar. Hay deberes en los cuales nos podemos descarriar a nosotros mismos y los demás si no estamos bien informados en cuanto al asunto, su propósito y la forma de cumplirlo. Hay muchos pecados que no se pueden evitar sin entendimiento y precaución. Hay muchas tentaciones sutiles a las cuales tenemos que abrir los ojos de nuestras congregaciones para que puedan eludirlas. Casi a diario tenemos que resolver casos de conciencia de peso y complejidad. ¿Acaso puede hacer esta clase de trabajo un hombre inculto y sin experiencia? ¡Tenemos muchas fortalezas que derribar! Y podemos

esperar encontrarnos con una resistencia sutil y obstinada de todos los corazones que tratamos. El prejuicio nos ha cerrado el camino de manera que apenas nos escuchan con paciencia. No podemos abrir brecha en sus esperanzas infundadas y su paz carnal sin que busquen veinte razones para volverla a cerrar, y veinte enemigos que parecen amigos, para ayudarles. No disputamos con ellos en términos iguales. Tenemos que razonar como con niños que no nos comprenden. En lo espiritual, parece que argumentamos con locos, que nos responden gritando disparates furiosos. Tratamos con gente voluntariosa y rebelde que, aunque lleguen a callarse, no quedan convencidos, y que, cuando no pueden darte razones, responden con empeño. Mira el caso de Salvian, un autor cristiano que vivió en Marsella durante el s. V: tuvo que tratar con uno que estaba resuelto a devorar los bienes de un pobre; cuando le rogó que desistiera, el hombre respondió que no podía, porque había hecho juramento de hacerlo; de manera que el predicador se vio obligado a marcharse con motivo de este pecado tan religioso. Disputamos nuestro caso contra la voluntad y los deseos de la gente, al igual que contra su entendimiento; no prestan oído ni se avienen a razones. Su mejor argumento es: "No te creeré ni a ti ni a todos los predicadores del mundo. No cambiaré ni de parecer ni de forma de vivir; no dejaré el pecado, ni seré tan exigente como tú, cualquiera que sea el resultado". Cuando nos dedicamos a la salvación de los pecadores, no tenemos que luchar contra una sola pasión desenfundada o enemigo contradictorio, sino contra multitudes a la vez, como aquel que se defiende en una feria o motín contra una muchedumbre de contrarios violentos. ¿Cómo se podrá esperar un trato justo, ni tener éxito? Sin embargo, esta es nuestra tarea y debemos cumplirla.

¡Hermano mío! Los que nos dedicamos a ella debemos ser hombres hábiles, decididos y diligentes sin falta. Pablo clamó: "[...] Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?" (cf. 2 Co. 2:16). Entonces no podemos dejar lugar a la pereza, el orgullo o la negligencia como si fuéramos autosuficientes. Pedro dice a todo cristiano en cuanto al gran cambio por venir: "[...] ¡Cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir [...]" (cf. 2 P. 3:11). De igual manera yo digo a todo pastor:



“Considerando que tenemos todo esto que hacer, ¡cómo no debemos andar en todo esfuerzo santo y empeño para el trabajo!”. No es una carga adecuada para los hombros de un niño. Cada aspecto de la labor requiere gran habilidad; ¡y qué importante es cada parte! Me parece que predicar un sermón no es lo más difícil; sin embargo, se requiere gran capacidad para dejar clara la verdad, convencer a los oyentes, y alumbrar de forma irresistible y permanente sus corazones, grabando la Verdad en sus mentes y abriendo sus corazones a Cristo. Tenemos que responder a toda objeción y resolverla claramente; frenar a los pecadores y hacerles ver que no les queda esperanza alguna, sino que irremediablemente han de convertirse o condenarse; y tenemos que hacer todo esto de una manera y con un lenguaje adecuado para nuestra obra tanto como para la capacidad de los oyentes. Esto, y mucho más que se debe hacer en cada sermón, requiere una gran habilidad santa. El gran Dios cuyo mensaje traemos debe ser honrado en la forma de transmitirlo. Es lamentable que al traer el mensaje del Dios Celestial, de importancia eterna para las almas de los hombres, nos comportemos de manera tan débil, censurable, imprudente, o irresponsable que todo se vaya al traste entre nuestras manos, deshonorando a Dios y difamando su obra de manera que los pecadores se endurecen en lugar de convertirse. ¡Y todo esto por nuestra propia negligencia o debilidad! ¡Cuántas veces los carnales se han burlado de las fallas palpables y deshonorosas del predicador! ¡Cuántos duermen bajo nuestro ministerio porque nuestras lenguas y corazones están adormecidos, y no tenemos habilidad ni celo para despertarlos!

Además, se necesita mucha habilidad para defender la Verdad contra los que la contradicen, y tratar con los murmuradores según la necesidad y el caso! Si fracasamos por nuestra debilidad, ¡cómo se burlarán de nosotros! Pero eso es lo de menos. ¿Quién sabe cuántos débiles se pueden descarriar por ello y condenarse, para gran turbación de la Iglesia? Se necesita mucha destreza incluso para tratar en privado con una pobre alma ignorante para su conversión.

¡Hermano! ¿No te estremeces y tiembles bajo la sombra del peso de toda esta labor? ¿Acaso bastará para todo esto una

medida corriente de capacidad santa, prudencia y demás? Sé que a veces la Iglesia tolera a los débiles por necesidad; pero ¡ay de nosotros si toleramos nuestra propia debilidad! ¿No te dicen el corazón y la razón que si te atreves a aventurarte en una obra tan alta como esta, no debes escatimar esfuerzos al capacitarte para ella? No bastarán los ratos perdidos de estudio para formar a un teólogo sano y capaz. Sé que la pereza ha aprendido a decir que todo estudio es vano, porque el Espíritu nos capacita completamente y nos ayuda en la tarea; como si Dios nos diera los medios para luego permitirnos desestimarlos; como si tuviera por norma prosperarnos en la desidia, transmitiéndonos su sabiduría en sueños mientras dormimos, o llevándonos al Cielo para mostrarnos sus propósitos mientras nosotros no pensamos en nada, sino que perdemos el tiempo aquí en la Tierra. ¿Cómo se atreve uno, por pereza, a apagar el Espíritu, diciendo luego que el Espíritu le llevó a hacerlo? ¡Sería un ultraje, una vergüenza desnaturalizada! Dios nos manda ser “en lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor” (Ro. 12:11). Debemos incitar a nuestros oyentes a hacerlo tanto como a nosotros mismos. ¡Hermano, no pierdas más tiempo! Estudia, ora, consulta y practica; son las cuatro maneras de aumentar tu capacidad. Cuídate de ser débil por negligencia propia, estropeando la obra de Dios con tu debilidad.

Sección 2

Los motivos para esta vigilancia

Una vez explicado en qué consiste la vigilancia de nosotros mismos, quiero abordar los motivos que te despertarán a este deber.

1. Al igual que los demás, debes ocuparte de tu salvación, pues tu alma también se salvará o se condenará para toda la eternidad. Por eso debes empezar por tu casa, cuidando de ti mismo tanto como de los demás. La predicación bien puede llevar la salvación a terceros sin que tu corazón y tu vida sean santificados; por lo menos es posible, aunque no es normal. Pero es imposible que así te salves tú. El Señor dice en Mateo 7:22-23: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”. ¡Cuántos han predicado en el nombre de Cristo, y han perecido por no haberse acogido a la salvación en Él! ¡Cuántos de los ahora condenados han predicado los tormentos del Infierno, aconsejando a la gente que huya de ellos! ¡Cuántos han predicado la ira de Dios contra los pecadores, y ahora la padecen! ¿Acaso hay algo más triste en el mundo que el caso de aquel que se dedicó a proclamar la salvación y ayudar a los demás a llegar al Cielo, para verse él mismo excluido al final? ¡Ay! Tenemos tantos libros en las bibliotecas que nos indican el camino al Cielo; pasamos tantos años leyéndolos y estudiando la doctrina de la vida eterna, ¡y al final nos la perdemos! ¡Estudiar tantos sermones sobre la salvación para no acogernos a ella! ¡Predicar tantos sermones sobre la condenación, para luego condenarnos nosotros! Y todo porque predicamos tanto sobre Cristo, a la vez que le desconocemos a Él; sobre el Espíritu, a la vez que lo resistimos; sobre la fe que nosotros mismos no tenemos; sobre el arrepentimiento y la conversión, mientras continuamos impenitentes e inconversos; y de la vida celestial, mientras nosotros mismos permanecemos carnales y terrenales. Si solo somos teólogos de lengua y título, sin la impronta divina en el alma y sin entregarnos a la gloria y la voluntad de Dios, no es sorprenden-

te que nos veamos separados de la presencia de Dios y sus frutos para siempre. Créeme, hermano, Dios no hace acepción de personas; no salva a la gente por su atuendo ni su vocación; una vocación santa no salvará al impío. Si te pones a la puerta del Reino de la gracia para ayudar a los demás a entrar, y tú mismo no entras, llamarás en vano a las puertas de la gloria por no haber entrado por la puerta de la gracia. Entonces descubrirás que tu lámpara debía estar llena del aceite de la gracia tanto como la de los dones ministeriales —de la santidad tanto como de la doctrina—si querías participar en la gloria que antes predicabas. ¿Acaso tengo que decirte que los predicadores del Evangelio serán juzgados por ese mismo Evangelio? Se presentarán en la misma corte, y serán sentenciados en los mismos términos severos que los demás. ¿Acaso crees que tu oficio pastoral te salvará, para que pases con las palabras: “Tenía el aspecto de un clérigo” cuando se debía oír: “Creía y vivía como un cristiano”? ¡Ay, no podrá ser! Y tú lo sabes. Entonces, cuídate por tu propio bien, ya que tienes un alma inmortal que salvar o perder, como los demás.

2. Al igual que los demás, tienes una naturaleza caída e inclinada al pecado. Si el inocente Adán tenía que cuidarse, y cayó llevándonos tras él por no hacerlo, ¡cuánto más debemos vigilarnos nosotros! El pecado mora en nosotros por mucho que prediquemos en su contra; un paso prepara el corazón para otro, y un pecado inclina la mente a otro. Si entra un ladrón en casa, abrirá la puerta a otros, porque todos tienen la misma disposición y propósitos. Una chispa enciende la llama, y una enfermedad ligera puede causar otra más grave. El que sabe que es miope debe vigilar sus pasos. Es una lástima que en nuestro propio corazón, tanto como en el de nuestros oyentes, exista una resistencia a Dios, un desconocimiento de Él, y pasiones desordenadas e irracionales. En el mejor de los casos, quedan restos de orgullo, incredulidad, egoísmo, hipocresía y todos los pecados más odiosos y mortales. ¿Acaso no debemos ser vigilantes? Queda en nosotros mucho del fuego infernal sin extinguir. Hay traidores en el mismo corazón; ¿no los vigilaremos? Uno no deja a su hijo pequeño andar solo mientras está aún débil, sin acon-

sejarlo que tenga cuidado para no caerse. ¡Qué débiles son los que parecen más fuertes! ¡Tropezamos con una pajilla! Cualquier nadería nos hace cometer disparates; enciende las pasiones y deseos desordenados al pervertir el juicio, debilitar la razón, enfriar el celo santo, y aplacar la vigilancia. Los pastores no solamente son hijos de Adán, sino pecadores contra la gracia de Cristo como los demás; y esto aumenta su pecado radical. En alguna ocasión el corazón traidor te engañará si no lo vigilas. Los pecados que parecen ya muertos cobran vida: resurge el orgullo, la mundanalidad, y muchos otros vicios que creías ya arrancados de raíz. Por eso es tan necesario que los hombres débiles cuiden la vigilancia de sus propias almas.

3. Sé vigilante, porque estás expuesto a mayores tentaciones que los demás. Si quieres ser el líder contra el príncipe de las tinieblas, solo Dios podrá refrenarlo contra ti. Ataca con mayor malicia a aquellos que le hacen más daño. Odia a Cristo más que todos, por ser el General de la batalla y el Capitán de nuestra salvación que hace más que ninguno contra su reino oscuro; igualmente, odia a los líderes que están a sus órdenes más que a los soldados rasos. Sabe el daño que les puede hacer si ven caer a sus líderes. Lleva mucho tiempo luchando así, no comparando los grandes con los pequeños, sino hiriendo a los pastores para dispersar a las ovejas; y ha tenido tanto éxito que seguirá haciéndolo mientras pueda. Entonces, hermano, cuídate, porque el enemigo te vigila especialmente. Te asaltará continuamente con insinuaciones sutiles, sugerencias incesantes, y ataques violentos. Por muy sabio e instruido que seas, cuídate, no vaya a engañarte; el diablo es más experto que tú, y hábil en el debate. Se transforma en ángel de luz para engañar mejor; entrará y te hará la zancadilla antes que te des cuenta; sin que lo percibas hará un juego de manos que te robará la fe o la inocencia, haciéndote creer que la ha aumentado o multiplicado cuando en realidad la has perdido. No verás ni anzuelo ni sedal, cuanto menos al sutil pescador, mientras te tiende el cebo. Y ese cebo será tan adecuado a tu temperamento y disposición que seguramente hallará ventajas en ti, para que te traicionen tus propios principios e inclinaciones; y cuando te haya llevado a la

ruina, serás su instrumento para arruinar a otros. Cree haber hecho una gran conquista si puede hacer a un pastor perezoso e infiel, o si puede tentarlo a caer en la codicia o el escándalo. Se jactará contra la Iglesia diciendo: “¡Allí tienes a tus santos pastores! Ya ves adonde les lleva su diligencia”. Se jactará contra Cristo mismo, diciendo: “¡Allí tienes a tus paladines! Puedo hacer que tus siervos principales te insulten; puedo hacer infieles a los mayordomos de tu casa”. Insultó a Dios mismo por una idea falsa, diciendo que podía hacer que Job blasfemara a Dios en su misma presencia; ¿y qué hará si prevalece contra ti? Al final dirá los mismos insultos de ti, porque pudo hacer que traicionaras tu gran cargo, mancillaras tu santa profesión, y sirvieras bien a tu adversario. No gratifiques así a Satanás, ni le sirvas de diversión; no permitas que te trate como los filisteos a Sansón, quitándote primero la fuerza, y luego sacándote los ojos para burlarse de ti con desprecio.

4. Sé vigilante porque muchos te observan, y verán tus caídas. No podrás descarriarte sin que todo el mundo retumbe. Los eclipses solares nunca carecen de testigos. Si te consideras una luz para la congregación, puedes estar seguro que la gente te observará. Aunque otros puedan pecar en secreto, tú no. Debes considerar el tener tantos observadores y tantos que te avisen de tus fallas una misericordia muy grande, ya que tienes más ayuda que los demás para evitar el pecado. Aunque lo hagan maliciosamente, a ti te resulta una ventaja. ¡No quiera Dios que seamos tan descarados como para hacer el mal delante de todos, pecando voluntariamente a la vista del mundo! “Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan” (1 Ts. 5:7). Considera que tú siempre estás expuesto a la luz; la luz de tu propia doctrina revelará tu pecado. Si eres una luz puesta en una colina, no pienses esconderte. Cuídate entonces, y trabaja como aquel que sabe que el mundo lo observa con el ojo avizor de la malicia, dispuesto a tomarlo todo a lo peor y encontrar la falla más pequeña para exagerarla, publicarla y aprovecharla para sus propios fines, inventado fallas donde no las hay. ¡Con qué cuidado, entonces, debemos andar ante tantos observadores malpensados!

5. Sé vigilante, porque tus pecados llevarán peores agravantes que los de los demás. El rey Alfonso decía que "un gran hombre no puede cometer un pecado pequeño"; mucho más podemos decir que el erudito o maestro no puede cometer un pecado pequeño, o por lo menos que el pecado que comete es grande aunque sea pequeño cuando otro lo comete.

(1) Es más probable que tú peques a sabiendas, ya que tienes mayor conocimiento que los demás; o por lo menos peques contra mayor luz, teniendo más medios de conocimiento. ¿Acaso no sabes que la codicia y la soberbia son pecados? ¿No sabes en qué consiste faltar a tu cargo y traicionar a las almas por negligencia o egoísmo? Conoces la voluntad de tu Señor, y si no haces conforme a su voluntad, recibirás muchos azotes (cf. Lc. 12:47). La medida del conocimiento demuestra la medida de voluntariedad en el pecado.

(2) Tus pecados son más hipócritas que los de los demás en la medida en que has predicado contra ellos. ¡Es muy serio saber agravar el pecado al máximo y hacerlo odioso a la vista de la congregación, para luego vivir en pecado, atesorando en secreto lo que vilipendias en público! Qué gran hipocresía dedicar la vida a denunciar el pecado que cometes; decir en público que no es nada lo que en privado es tu compañero más íntimo; atar fardos pesados a las espaldas de los demás que tú no tocas con un dedo. ¿Qué dices al juzgar esto? ¿Tienes tan mala opinión del pecado como dijiste, o no? Si no, ¿por qué fingiste predicar contra él? Y si la tienes, ¿por qué lo cometes? No llesves el distintivo del fariseo hipócrita: "Dicen pero no hacen". Muchos ministros del Evangelio se verán tan avergonzados que no podrán levantar la vista por esta grave acusación de hipocresía.

(3) Tus pecados son más pérfidos que los de los demás en la medida de tu compromiso. Además del compromiso normal del cristiano, tu compromiso como pastor es mucho más profundo. ¿Cuántas veces has denunciado la gravedad y el peligro del pecado, urgiendo a los pecadores a dejarlo? ¿Cuántas veces has proclamado contra él la ira terrible del Señor? Todo esto implica seguramente tu renuncia personal. Cada sermón predicado contra el pecado, cada exhortación, cada confesión por parte de la congregación te compromete a dejarlo. Cada niño que has

bautizado y cada celebración de la Santa Cena implican tu renuncia del mundo y la carne, y tu compromiso con Cristo. ¿Cuántas veces has testificado abiertamente del carácter odioso y maligno del pecado? ¿Entonces podrás entretenerlo a pesar de todas estas profesiones y testimonios tuyos? Es alta traición denunciarlo desde el púlpito para luego entretenerlo en el corazón, cediendo el lugar debido a Dios, y prefiriéndolo a la gloria de los santos.

6. Sé vigilante porque tus obras requieren mayor virtud que las de los demás. Los dones y virtudes más débiles pueden bastar para una vida más tranquila y menos expuesta a las grandes pruebas. Una fuerza menor puede servir para obras y cargas menores. Pero si te aventuras en la gran obra del pastorado, si quieres liderar a las tropas de Cristo contra Satanás y sus secuaces, si te comprometes a luchar contra principados y potestades y espíritus de maldad en los lugares celestiales; si intentas sacar a los pecadores cautivos de las garras del diablo, no creas que una vida descuidada bastará para lograr una obra tan grande. Si piensas emprender una labor tan importante de manera negligente, ya puedes esperar salir avergonzado y con más profundas heridas de conciencia, que de haber vivido una vida normal. No solo hay que vigilar la obra sino también al obrero, para que sea adecuado para una obra tan importante. Hemos observado que muchos cristianos privados con buena reputación de inteligencia y piedad, al emprender una tarea legal o militar por encima de sus dones, y con tentaciones por encima de sus fuerzas, cayeron en el escándalo y la desgracia. Otros cristianos privados de buen nombre que han tenido una opinión demasiado alta de sus propios dones y se han metido en el pastorado han resultado ser débiles y vacíos, siendo mayor carga para la Iglesia que algunos que hemos intentado expulsar. Podrían haber servido mejor a Dios como hombres privados de alto rango, que entre los pastores más viles. Entonces, si te aventuras en medio de los enemigos, soportando la carga y el calor del día, cuídate.

7. Sé vigilante, porque eres más responsable del honor de tu Señor y Maestro, y de su santa Verdad y sus caminos, que los

demás. Al igual que puedes servirle mejor, le puedes hacer más daño que los demás. Mientras más se acerca uno a Dios, más lo deshonra al descarriarse; y los necios imputarán estas deshonras a Dios mismo. El duro juicio que cayó sobre Elí y su casa vino porque menospreciaron los sacrificios y ofrendas: "Era, pues, muy grande delante de Jehová el pecado de los jóvenes; porque los hombres menospreciaban las ofrendas de Jehová" (cf. 1 S. 2:17). A causa de esta grave indignación, por la cual los enemigos de Jehová blasfemaron (cf. v. 14), Dios trató más severamente con David de lo que de otra manera hubiera hecho. Si de verdad eres cristiano, valorarás la gloria de Dios por encima de tu vida. Entonces, cuídala como cuidas tu propia vida. ¿Acaso no te dolería de corazón oír reprochar el Nombre y la Verdad de Dios por tu causa; que la gente te apuntara con el dedo diciendo: "Ese es un pastor codicioso, un bebedor en secreto, un hombre escandaloso; es de los que predicán la estrechez a la vez que viven tan livianamente como los demás; nos condena con sus sermones y se condena a sí mismo por su forma de vivir; a pesar de su palabrería, es tan malo como el que más"? Oh hermano, ¿acaso tu corazón soportaría oír como los demás tiran el barro de tus pecados a la cara del Dios santo y del Evangelio, y de todos los que desean temer a Dios? ¿No te partiría el corazón saber que los cristianos piadosos a tu alrededor sufrieran reproche por culpa tuya? Si uno de los líderes de la congregación se ve atrapado alguna vez en la red de un delito escandaloso, los que buscan la salvación con diligencia, al oírlo, además de la pena que sienten por el pecado, verán como los impíos de su entorno se lo echan en cara, por mucho que ellos mismos lo lamenten y detesten. El marido inconverso dirá a su esposa, y los padres inconversos a sus hijos, y los vecinos y criados inconversos dirán: "¡Vaya pastores santos! Ya ves el resultado de tanto predicar. ¿Acaso tú eres mejor que los demás? Todos son iguales". Todos los cristianos del entorno oirán palabras como estas por tu culpa. "[...] Porque es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo! (cf. Mt. 18:7). Hermano, cuida cada palabra que sale de tu boca, y de cada paso que das, porque llevas el Arca del Señor; ¡se te ha confiado ese honor! Si eres de los que "[...] conoces su volun-

tad, e instruido por la ley apruebas lo mejor, y confías en que eres guía de los ciegos, luz de los que están en tinieblas, instructor de los indoctos, maestro de niños" (cf. Ro. 2:18-20); si tú vives contrario a tu doctrina, y "[...] con infracción de la ley deshonras a Dios [...], el nombre de Dios es blasfemado entre los [ignorantes e impíos] por causa [tuya]" (cf. v. 24). No desconoces el decreto eterno del Cielo: "[...] Yo honraré a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco" (cf. 2 S. 2:30). Cuando uno deshona a Dios, siempre le redunda en mayor deshonra para sí. Dios tiene maneras de quitar las manchas que caen sobre Él; pero no te resultará tan fácil enjugar la pena y vergüenza de ti mismo.

8. En último lugar, el éxito material de tus tareas depende de tu grado de vigilancia. Dios suele capacitar a la gente para las grandes obras antes de emplearlos como sus instrumentos. Ahora bien, si la obra del Señor no se lleva a cabo a fondo en tu propio corazón, ¿cómo esperas que Él bendiga tu labor en los demás? Puede hacerlo, si gusta, pero tienes motivos para dudar que lo haga. Daré algunas razones para demostrar que el que quiere ser instrumento de salvación para los demás debe vigilar su propia vida, y que Dios no suele prosperar la obra del corazón sin santificar.

(1) En comparación con otros pastores, ¿acaso se puede esperar que Dios bendiga la obra de uno que no trabaja para Dios, sino para sí mismo? Pues este es el caso de todo corazón sin santificar. Solamente el convertido tiene a Dios por meta principal, haciéndolo todo por su honra; otros solo ven en el ministerio un medio de ganarse la vida. Lo eligen en lugar de otra profesión por deseo de sus padres, o porque les permite gozar de un sueldo acomodado; porque en el desempeño del oficio tendrán más oportunidad de investigar todas las ciencias; o, para los más cómodos, porque acarrea menos esfuerzo físico; porque conlleva el respeto y la reverencia de los demás, y porque les gusta ser líderes y maestros y que otros reciban la Ley de su boca. Por eso se hacen pastores, y por eso predicán; si no fuera por estas recompensas, u otras parecidas, pronto lo dejarían. ¿Acaso se puede esperar que Dios bendiga la obra de hombres así? No

predican para Él, sino para su propia reputación o ganancia. Buscan servirse a sí mismos, no a Dios; por eso no resulta sorprendente que les deje buscar el éxito por sus propios medios, de manera que su labor no recibe mayor bendición que la que ellos mismos pueden dar, y la Palabra no llega más allá de lo que sus propias fuerzas pueden promulgarla.

(2) ¿Crees que tendrá éxito aquel que no trabaja fielmente y de corazón, que no cree sus propias palabras, y que no es en verdad serio incluso cuando parece más diligente? ¿Crees que el hombre sin santificar podrá desempeñar el trabajo pastoral seriamente, y de corazón? Puede que lo tome con cierta seriedad, como la que procede de una fe u opinión común, que dice que la Palabra es verdad; o puede actuar por fervor natural, o para sus propios fines; pero carece de la seriedad y fidelidad del verdadero creyente que pretende dar gloria a Dios y salvar a las almas. Hermano, toda tu predicación y persuasión de los demás serán una hipocresía vil y soñadora hasta que la obra se haga a fondo en tu propio corazón. ¿Cómo puedes dedicarte noche y día a una obra que tu corazón carnal aborrece? ¿Cómo puedes llamar con serio fervor a los pecadores al arrepentimiento para que se vuelvan a Dios, si tú mismo nunca te has arrepentido ni vuelto? ¿Cómo puedes importunar a los pobres pecadores para que se cuiden del pecado y lleven una vida santa, si nunca has sentido el mal del pecado ni el valor de la santidad?

Estas cosas no se conocen hasta sentirlas, ni se sienten hasta poseerlas; el que no las siente en su propio corazón no podrá hablar de ellas de manera conmovedora a los demás, ni ayudarles a sentirlas. ¿Cómo puedes rogar a los pecadores con el corazón lleno de compasión y los ojos de lágrimas, en el nombre del Señor, que paren en su carrera, que vuelvan y vivan, si no has tenido compasión de tu propia alma? ¿Acaso puedes amar a los demás mejor que a ti mismo? ¿Puedes tener compasión de ellos, y ninguna de ti mismo? ¿Acaso crees que serán diligentes en salvar las almas del Infierno aquellos que no están íntimamente convencidos de la existencia de tal lugar? ¿O llevarlas al Cielo, si no creen de corazón que existe? Calvino comenta así Hechos 20:28: "El hombre que descuida su propia salvación nunca será diligente para cuidar la salvación de los demás". El que no tiene

una creencia fuerte en la Palabra de Dios y la vida eterna que le ayude a apartar su corazón de las vanidades de este mundo y le estimule al santo celo por la salvación, no será fiel al buscar la salvación de los demás. Seguramente aquel que se atreve a condenarse a sí mismo se atreverá a dejar a otros en el camino de la condenación; aquel que, como Judas, vende a su Maestro por dinero no se frenará al hacer mercadería del rebaño; el que deja su esperanza del Cielo en lugar de las delicias carnales y mundanas, no las dejará para salvar a los demás. Podemos comprender que no tendrá lástima de los demás aquel que es voluntariamente cruel consigo mismo. No se puede confiar las almas a alguien que es infiel con su propia alma, y que la vende al diablo a cambio de los placeres efímeros del pecado. CONFIESO QUE NUNCA TENDRÁ MI CONSENTIMIENTO PARA ENCARGARSE DE LAS ALMAS DE OTRAS PERSONAS, CUIDÁNDOLAS PARA SU SALVACIÓN, AQUEL QUE DESCUIDA SU PROPIA ALMA, excepto en el caso de una necesidad absoluta, cuando no haya posibilidad de algo mejor.

(3) ¿Crees probable que el siervo de Satanás luche contra él con todas sus fuerzas? ¿Hará estragos en el reino del diablo un súbdito de aquel reino? ¿Será fiel a Cristo aquel que ha pactado con su adversario? Ahora bien, este es el caso de todo hombre sin santificar, cualquiera que sea su rango o profesión. Son siervos de Satanás, y súbditos de su reino; él reina en sus corazones. ¿Acaso serán fieles a Cristo los que son gobernados por el diablo? ¿Qué príncipe elige a los amigos y siervos de su enemigo para llevar a sus tropas a la guerra contra él? Esto ha hecho que tantos predicadores del Evangelio sean enemigos de la obra del Evangelio que predicán. No nos sorprenda entonces que tales personas desprecien la santa obediencia de los fieles; ni que a la vez que se dedican a predicar la vida santificada, ¡reprochen a aquellos que la practican! En todas las épocas ha habido muchos traidores como estos en la Iglesia de Cristo, que han hecho más en su contra bajo su propia bandera de lo que hubieran podido hacer en el campo abierto. Hablan bien de Cristo y de la santidad en general, pero por detrás hacen lo posible para traer la desgracia, haciendo creer que los que buscan a Dios de corazón son un hato de fanáticos o hipócritas. Y cuando la vergüenza

evita que hablen así desde el púlpito, lo hacen en privado entre amigos. ¡Cuántos lobos mandan sobre las ovejas! Si hubo un traidor de esta calaña entre los Doce más cercanos a Cristo, no nos sorprenda que haya muchos ahora. No se puede esperar que el esclavo de Satanás, “[...] cuyo dios es el vientre, y [...] que solo [piensa] en lo terrenal” (cf. Fil. 3:19), sea otra cosa que el enemigo de la Cruz de Cristo. ¿Y qué si vive de forma civilizada, y predica de manera convincente, y mantiene una profesión externa de la fe? Puede estar tan atrapado en las redes diabólicas de la mundanalidad, la soberbia, el odio secreto de la santidad diligente, o un corazón mal sano que no está arraigado en la fe ni entregado sin reservas a Cristo, como otro lo pueda ser por el alcohol, la impureza, u otro pecado parecido. Los publicanos y las rameras entran en el Cielo antes que los fariseos, porque se convencen antes de su pecado y desgracia.

Aunque muchos de estos hombres parezcan predicadores excelentes, y denuncien el pecado con la misma fuerza que los demás, su fervor es fingido y a menudo es un rugido inútil, ya que el que acaricia el pecado en su propio corazón nunca lo denuncia sinceramente en los demás. Sé ciertamente que el hombre malo puede estar más dispuesto a la reforma de los demás que a la suya propia, de manera que demuestra cierto interés en persuadirlos a abandonar sus malos caminos. Le cuesta menos predicar contra el pecado que dejarlo, y la reforma de otro puede ser consistente con el disfrute de sus propios malos deseos. Por tanto, más de un pastor o padre impenitente urge a sus feligreses o hijos a enmendarse, porque no pierde sus propios placeres o provecho pecaminoso por la reforma de otro, ni requiere el sacrificio de la reforma propia. Sin embargo, no demuestra aquel celo, resolución y diligencia hallados en todo verdadero seguidor de Cristo. No enfrenta el pecado como un enemigo de Cristo que pone en peligro las almas de los feligreses. Un comandante traidor, que solo dispara cartuchos de fogueo contra el enemigo, puede hacer tanto ruido con sus armas como con las que llevan balas, sin hacerle daño alguno al enemigo. Igualmente, un hombre de esta clase habla con voz fuerte y fervor fingido, pero pocas veces hace algo contra el pecado y Satanás. Solo se lucha bien contra el enemigo odiado,

o con gran ira; no luchará contra aquel que ama por encima de todo. Toda persona sin regenerar dista mucho de odiar en serio el pecado; es su tesoro máspreciado. Ya ves que el hombre sin santificar, que ama al enemigo, no es apto para ser líder de las tropas de Cristo, ni para incitar a los demás a renunciar el mundo y la carne, ya que los considera su mayor bien.

(4) La gente no suele tener buena opinión de la doctrina de tales hombres, cuando se dan cuenta de que no viven lo que predicán. Pensarán que no habla en serio si no practica lo que dice. Difícilmente creerán a un hombre que no parece creerse a sí mismo. Si uno te insta a huir porque te persigue una fiera o enemigo, pero él mismo no corre, pensarás que está de broma y que no existe tal peligro. Cuando los pastores predicán la necesidad de la santidad y que sin ella nadie verá a Dios y, sin embargo, permanecen sin santificar, la gente pensará que solo hablan por pasar el rato y ganar su sueldo, y que todo es mera palabrería. Podrás clamar contra el pecado largo tiempo antes que crean en la existencia de tal peligro, si ven que el mismo que lo denuncia lo atesora en su corazón como una delicia. Los tentarás a creer que conlleva algún bien y que solo lo rebajas como hacen los glotones con un plato que codician especialmente, para reservárselo entero. Mientras tengan ojos para ver además de los oídos, creerán *ver* lo que quieres decir además de *oírlo*; y tenderán más a creer lo que ven que lo que oyen. Cada acto del pastor es una especie de sermón; si vives de forma codiciosa o descuidada, predicás estos pecados a la congregación por la práctica. Si bebes, o juegas, o pierdes el tiempo con palabras necias, será como si les dijeras: "Hermanos, así deben vivir todos; pueden seguir este camino sin peligro". Si vives como los profanos y no enseñas el temor de Dios a tu familia, ni contradices los pecados de tus semejantes, ni desvías su charla vana, ni les hablas francamente de su salvación, será como si les predicaras que tales cosas son innecesarias, y que pueden hacer lo mismo sin temor. Peor aún, los enseñarás a pensar mal de aquellos que son mejores que tú.

¡Cuántos pastores fieles y cristianos privados son odiados y reprochados a causa de la gente como tú! ¿Qué les dice la gente? "Eres tan exagerado, hablas tanto del pecado y el deber; montas

tanto escándalo por estos asuntos, y mientras tanto tal y cual pastor —tan erudito como tú y mejor predicador— es alegre, bromea con nosotros y nos deja tranquilos; nunca nos molesta a nosotros ni a sí mismo con tales palabras. Tú nunca estás quieto, sino que haces más ruido de lo necesario; te encanta asustar a la gente hablando del Infierno, mientras los teólogos serios, eruditos y pacíficos viven tranquilamente como los demás”. Así piensa y habla la gente a causa de tu negligencia. Te permiten que prediques desde el púlpito contra su pecado y a favor de la santidad con tal que los dejes tranquilos después, dándoles un trato amable y alegre cuando hayas terminado, hablando y viviendo como ellos. Consideran el púlpito una especie de escenario donde sale el predicador a hacer su papel durante una hora, diciendo lo que quiera; no tomarán en serio lo que dices si no demuestras al decírselo directamente que va en serio, y va por ellos. ¿Acaso puede hacer algún bien, o sirve para ministro de Cristo, aquel que habla a su favor durante una hora el domingo y en su contra toda la semana con su forma de vivir, desmintiendo sus propias palabras en público?

Si alguno de los feligreses es lo suficientemente inteligente para negarse a seguir el ejemplo de tales personas, la vileza de su vida hará menos eficaz su doctrina. Aunque sepas que la carne es sana, un estómago débil no la soporta si el cocinero o el criado que la sirve tiene lepra en las manos, o las tiene sucias. Vigílate entonces, si quieres hacer algún bien a los demás.

En último lugar, considera que el éxito de tu labor depende de la ayuda y bendición del Señor. ¿Dónde está escrito que haya prometido su ayuda y bendición a los impíos? Aunque promete a su Iglesia una bendición aun por medio de los impíos, no les promete nada *a ellos*. Ha prometido estar con sus siervos fieles, y que les dará su Espíritu y pondrá su Palabra en sus bocas, y que Satanás caerá ante ellos como un rayo del Cielo. ¿Dónde se lee tal promesa para los pastores profanos? ¿No provocas a Dios con tu hipocresía y tus abusos a dejarte, y malograr todos tus intentos; por lo menos en lo que a ti se refiere, aunque bendiga a los elegidos? No niego que Dios haga bien a su Iglesia a través de los malos, pero no suele hacerlo ni con la frecuencia ni tan destacadamente como a través de sus siervos.

Lo que he dicho de los malos puede decirse, en parte, de los cristianos que dan escándalo y se descarrían, en proporción a la gravedad de su pecado.

La vigilancia del rebaño

Sección I

La naturaleza de esta vigilancia

Una vez demostrado en qué consiste la vigilancia de nosotros mismos, ahora quiero demostrar en qué consiste la vigilancia del rebaño.

Primero fue necesario considerar lo que el pastor debe ser y lo que debe hacer a favor de su propia alma, antes de tratar lo que hay que hacer para los demás: "Uno no puede sanar con éxito las heridas de los demás si no se ha ocupado de sanar sus propias heridas. No aprovecha ni a su prójimo ni a sí mismo. No levanta a otros, sino que él mismo cae"¹. No echas a perder todo tu trabajo porque tu vida y tu corazón están en mal estado. "Porque algunos, aunque son expertos en el ministerio especial, andan de manera voluntariosa; y aunque actúan de manera inteligente, pisotean todo el bien que hacen. Enseñan por encima lo que solo puede santificarse con la meditación; impugnan lo que proclaman en público con su conducta. Como pastores, siguen caminos demasiado ásperos para las ovejas"¹. Cuando las hemos llevado al agua viva, si la enturbiamos con una vida ruin, tal vez perdamos la labor y no les sirvamos de provecho alguno.

Antes de hablar de la labor en sí misma, fijémonos en algunos conceptos sacados del texto de Hechos 20:28.

1. Se implica que cada rebaño debe tener pastor propio, y cada pastor su rebaño. Al igual que cada tropa o regimiento de soldados tiene su propio capitán y otros oficiales, y cada soldado conoce su a comandante y su bandera, es la voluntad de Dios

que cada congregación tenga su propio pastor, y que cada discípulo de Cristo conozca los maestros que le gobiernan en el Señor. Aunque el pastor es un oficial de la Iglesia universal, de manera especial vela por la congregación particular de la cual está encargado. Cuando uno es ordenado ministro sin un cargo especial, tiene licencia y orden de hacer lo mejor para todos, según tenga oportunidad de ejercer sus dones; pero cuando emprende un cargo en particular, limita el ejercicio de los dones especialmente a su congregación, de manera que no gasta en otras lo que ella necesita de su tiempo y ayuda, excepto cuando el bien público lo requiere; sin duda esto va en primer lugar. A partir de esta relación entre el pastor y el rebaño surgen todos los deberes mutuos entre ellos.

2. Cuando se te manda vigilar a todo el rebaño, queda implícito que el rebaño no será demasiado grande para que lo vigiles. Dios no pide lo que es naturalmente imposible; no exige que uno salte hasta la luna, toque las estrellas, ni cuente la arena del mar. Si el oficio pastoral consiste en vigilar el rebaño, entonces el número de almas bajo el cuidado de cada pastor no debe ser superior al que pueda vigilar debidamente. ¿Acaso Dios pide a un obispo encargarse de tantas parroquias o miles de almas que no pueda conocer ni cuidar de ellas, gobernándolas solo, mientras los maestros de cada una en particular queden libres del cargo? ¿Acaso Dios exigirá la sangre de tantas parroquias a manos de un solo hombre si no puede hacer lo que ni diez, ni veinte, ni cien, ni trescientos hombres pueden hacer, al igual que yo no puedo mover una montaña? ¡Ay de los pobres prelados, si esto fuera así! Resulta doloroso que los hombres serios y eruditos pidieran este cargo como un privilegio deseado; que asumieran voluntariamente tal carga. ¿No debían temblar al pensar en una carga como esta? Ojalá por el bien de la Iglesia tanto como por los obispos, que la medida mencionada aquí por el Apóstol se observara aun hoy; que la diócesis no fuera mayor de lo que los ancianos y obispos pudieran vigilar y gobernar, para poder cuidar de todo el rebaño; o que se multiplicaran los pastores en armonía con el crecimiento de las congregaciones, y se proporcionara el número de vigilantes al de las almas, para que

el trabajo no quede sin hacer mientras ellos hacen alarde de títulos vacíos y emprenden tareas imposibles. Mejor orar al Señor de la mies que envíe obreros en proporción a la mies, en lugar de intentar hacerlo todo. No puedo elogiar la humildad ni la prudencia de un obrero que —por muy capaz que fuera— no solamente intentara recoger por su cuenta toda la cosecha de toda la región so pena de muerte y condenación, sino que también contendiera por el privilegio.

Tal vez alguno diga: "Hay otros para enseñar, aunque solo uno tenga el mando".

A esto yo respondo: Gloria a Dios por ello; no es gracias a algunos. El gobierno es tan importante para el bien de las almas como la predicación, ¿no es así? Si no, ¿para qué existen las autoridades de la Iglesia? Y si es así, entonces aquellos que lo niegan al asumir tareas imposibles emprenden la ruina tanto de la congregación como de sí mismos. Si solo es necesaria la predicación, no tengamos más que predicadores; ¿para qué preocuparse tanto por el gobierno de la congregación? Pero si también resulta necesaria en su debido momento la disciplina, excluirla sería perjudicial para la salvación de las almas; y será necesariamente excluida cuando forma parte del deber de aquel que no tiene capacidad natural para la tarea. El general que quiera mandar a todo un ejército él solo bien podría decir: "Que se destruya por falta de dirección". El rector que quiera administrar todas las escuelas del condado sin ayuda bien podría decir: "Que no se administre ninguna"; el médico que quiera cuidar de todos los enfermos de la nación o el condado cuando no puede visitar ni a la centésima parte, mejor diría: "Que todos mueran".

Pero hay que reconocer que, en casos de necesidad, cuando no hay más remedio, uno puede asumir el cuidado de mayor número de almas de las que puede vigilar bien en persona. En ese caso solo debe comprometerse a hacer lo posible por ellas, y no será todo lo que un pastor normalmente debería hacer. Algunos se ven en el caso de estar encargados de parroquias tan grandes que no pueden prestar ese cuidado especial propio de su estado. Por mi parte, no tengo el valor de aquellos que se atreven a gobernar a toda una región. Ni por todas las riquezas

del país quisiera ser uno de los dos que deben cumplir toda la tarea pastoral exigida por Dios en la parroquia donde vivo, si no supiera de buena conciencia que a causa de las necesidades de la Iglesia no existe la posibilidad de emplear a más obreros. Por eso tengo que hacer todo lo posible en lugar de dejarlo todo sin hacer porque no puedo hacerlo todo. Los casos de necesidad apremiante no son el estado normal de la Iglesia; o por lo menos eso no es lo más deseable. Feliz sería la Iglesia de Cristo si sus obreros fueran capaces y fieles, proporcionados al número de las almas, de manera que hubiera tantos pastores, o congregaciones tan pequeñas, que se podría mirar por todo el rebaño.

Una vez notados estos presupuestos, consideremos ahora el deber recomendado en Hechos 20:28: "Por tanto, mirad [...] por todo el rebaño [...]"

Ya ves que debemos mirar por *todo* el rebaño, esto es, cada miembro a nuestro cargo. Para ello es necesario conocer a cada miembro de la congregación; ¿cómo podemos mirar por una persona desconocida? Hay que esforzarnos para conocer no solamente a las personas, sino su estado, sus inclinaciones y conversación; a qué pecados se arriesgan más, qué deberes suelen dejar de lado, y qué tentaciones suelen acosarlos. Si no conocemos ni su temperamento ni sus debilidades, no seremos buenos médicos del alma.

Una vez que conocemos el rebaño, hay que cuidarlo. Uno se imagina que cualquier hombre razonable reconociera esto sin más pruebas. El buen pastor vigila a cada oveja individual, y el buen maestro a cada alumno; el buen médico cuida a cada paciente en particular, y el buen comandante vigila a cada soldado. Entonces es de esperar que los pastores, maestros, médicos y guías de la Iglesia de Cristo miren por cada miembro en particular de sus congregaciones. Cristo mismo, el gran Buen Pastor, tiene que mirar por todos, pero también cuida a cada uno individualmente; es Aquel que, como dice en la parábola, "[...] deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla" (cf. Lc. 15:4). En muchos casos los profetas fueron enviados a una persona en particular. Ezequiel fue puesto por atalaya de individuos, y se le mandó decir a los impíos: "De cierto morirás" (cf. Ez. 3:18). Pablo enseñó a la

gente “públicamente y por las casas” (cf. Hch. 20:19); en otro pasaje dice que andaba “[...] amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre” (cf. Col. 1:28). Muchos otros pasajes de la Escritura dejan claro que debemos cuidar de cada individuo del rebaño, y muchos pasajes sacados de los antiguos Concilios demuestran claramente que esta era la práctica normal en los tiempos antiguos. Citaré solamente a Ignacio: “Que las asambleas se reúnan con frecuencia; pregunta por cada uno por su nombre; no desprecies a los criados”. Ya ves que entonces se consideraba necesario mirar por cada miembro del rebaño individualmente, sin exceptuar los criados más humildes.

Alguno podría objetar: “La congregación a mi cargo es tan grande que es imposible conocer a todos, cuanto menos cuidarlos a todos individualmente”.

Mi respuesta es esta: ¿Has emprendido este cargo por necesidad, o no? Si no, disculpas un pecado cometiendo otro. ¿Cómo te atreviste a emprender una tarea que sabías que no podías sobrellevar, cuando no te veías obligado a ello? Parece que la emprendiste por tus propios fines, y que nunca pensaste ser fiel a tu cargo. Pero si crees que lo has emprendido por necesidad, te pregunto: ¿No podrías haber buscado ayuda para un cargo tan grande? ¿Has hecho todo lo posible para conseguir de tus amigos y vecinos lo necesario para que otro obrero te ayude? ¿Es tu sueldo suficiente para que lo puedas compartir con otro? Aunque no sea suficiente para permitirte una vida acomodada, ¿no resulta más razonable apretar un poco la carne y a tu familia, que emprender una tarea que no puedes cumplir y desamparar las almas de muchos miembros del rebaño? Sé que esto parecerá duro para algunos; pero no cabe duda de que, aunque solo tengas un sueldo limitado, es tu deber reservarte solamente una parte, dejando el resto para pagar a un ayudante competente, en lugar de desatender a tu congregación. Si tú dices: “Es una medida muy dura, y mi esposa e hijos no podrán vivir así”, yo te respondo: “¿Acaso muchas familias de tu congregación no se las arreglan con menos? ¿Cuántos pastores capacitados en la Antigüedad se alegraban de tener menos, con tal de tener liber-

tad para predicar el Evangelio! He oído que aún viven algunos que han ofrecido a los obispos contratarse para predicar sin sueldo alguno, por tener libertad para predicar el Evangelio. Si te empeñas en decir que no puedes vivir como los pobres, te pregunto si tus feligreses soportarán mejor la condenación que tú la necesidad. ¿Qué es esto? ¡Te atreves a hacerte llamar pastor, pero las almas son tan viles a tus ojos que prefieres que perezcan eternamente en lugar de que tú y tu familia vivan de manera humilde! Mejor que pidas limosna antes de arriesgar la salvación de los demás por una desventaja. ¿Cómo te atreves a arriesgar la condenación de una sola alma? Hermano, es una enorme desgracia estudiar y hablar del Cielo y el Infierno, y los pocos que se salvan, y la dificultad de salvarse, si no lo haces en serio. Si lo hicieras así, nunca podrías dejarte desanimar por estas cosas, dejando que tu congregación se vaya al Infierno para que tú puedas vivir mejor en este mundo. La próxima vez que prediques, recuerda que no se podrán salvar sin el conocimiento. Escucha tu corazón, y oirás a tu conciencia decir: "Probablemente llegarían a tener este conocimiento, si recibiera cada uno individualmente la instrucción y exhortación diligente en privado; si tuviera a otro obrero para ayudarme, se podría hacer. Si negara la carne y viviera de manera frugal, podría pagar a un ayudante. ¿Me atrevo a permitir que la congregación viva en la ignorancia que yo mismo les he dicho que les condenará, en lugar de dejar que mi familia y yo pasemos un poco de necesidad?"

¿Acaso tendré que abrir la Biblia para mostrar a un pastor dónde está escrito que el alma vale más que el mundo entero (y, por tanto, más que el sueldo de un año) y muchas almas, mucho más? ¿Y que tanto nosotros mismos como todos nuestros bienes pertenecen a Dios, y deben emplearse enteramente en su servicio? ¿Y que es una crueldad inhumana dejar que las almas vayan al Infierno por temor a que mi esposa e hijos lo pasen mal, o vivan humildemente, cuando según la manera normal en que Dios obra a través de los medios naturales, yo mismo podría evitar en gran medida su desgracia si me decidiera a humillar un poco mi carne, que a fin de cuentas ha sido crucificada junto con sus deseos, como todo aquel que pertenece a

Cristo? Todos deben dar a Dios lo que es de Dios, y tener presente que esto abarca todo su ser y sus bienes. Las cosas son santificadas para nosotros al apartarlas y consagrarlas a Dios. Todo talento es suyo, y debe emplearse en su servicio. Todo cristiano debe preguntar de antemano: "¿De qué manera debo honrar a Dios con mis bienes?". ¿Acaso no predicamos estas cosas? ¿Y acaso son aplicables para los demás, y no para nosotros? Además, el dinero de la congregación debe consagrarse de manera especial al servicio de Dios para la congregación; entonces, lo emplearemos para fomentar en la mayor medida posible sus propósitos. Si un pastor puede probar que sirve mejor a Dios gastando la mitad de su sueldo en sí mismo, o su esposa e hijos, que pagando a uno o dos ayudantes eficaces para fomentar la salvación del rebaño, no le reprocharé el gasto; pero donde no se pueda probar esto, que no se justifique.

Además, diré que la pobreza no es tan intolerable ni peligrosa como se suele imaginar. ¿No te contentas con tener abrigo y sustento? ¿Qué más necesitas para capacitarte para la obra de Dios? No es necesario para esto vestir lino fino y púrpura y comer manjares todos los días. "[...] La vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee" (cf. Lc. 12:15). Si tienes ropas de abrigo y comida sana, te ayudará tanto a servir a Dios como si tu carne estuviera satisfecha en todo. Un abrigo remendado puede dar calor, y el pan y el agua alimentan. Al que no le faltan estas cosas, tiene poca excusa para arriesgar las almas de los hombres por alimentarse de manjares.

Pero si bien es nuestro deber mirar por todo el rebaño, hay que prestar una atención especial a ciertos grupos. Muchos no comprenden bien este concepto, de manera que entraré en algunos detalles.

1. Debes trabajar, de manera especial, para la conversión de los inconversos.

La conversión de las almas es nuestra meta principal; debemos dedicar todas nuestras fuerzas a ella. Es tan grande la desgracia de los inconversos que clama por nuestra compasión. Si cae un pecador realmente convertido, solo caerá en un pecado

perdonable; no corre el mismo peligro de condenarse que los demás. Dios odia sus pecados al igual que los de otros, y no es que le dejará entrar en el Cielo a pesar de una vida páfida, sino que el Espírfitu que mora en él no le dejará vivir páfidamente, ni pecar como los impíos. El caso de los inconversos es muy distinto. Están “en hiel de amargura y en prisión de maldad” (cf. Hch. 8:23), sin parte en el perdón de los pecados ni la esperanza de gloria. Por eso tienes que desempeñar una labor más necesaria para ellos, esto es, “para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban [...] perdón de pecados y herencia entre los santificados” (cf. Hch. 26:16). El que ve a uno enfermo de muerte y a otro con un mero dolor de muelas siente más compasión por el primero que por el último, y se apresurará a ayudarlo aunque sea un desconocido, y el otro su hijo o su hermano. Es triste ver cómo las almas se condenan, sabiendo que si se mueren en ese estado se perderán para siempre; creo que no deberíamos poder dejarlos, ni en público ni en privado, cualesquiera que sean nuestras otras obligaciones. Confieso que a menudo me veo obligado a dejar de lado lo que debía fomentar el aumento del conocimiento de Dios en los cristianos, por la necesidad lamentable de los inconversos. ¿Quién podrá dedicarse a las controversias o los detalles innecesarios, o incluso las verdades menos necesarias —por excelentes que sean— al tener delante a un grupo de pecadores ignorantes, carnales y desgraciados que deben transformarse o condenarse? ¡Casi los veo ya entrando en la perdición eterna! ¡Casi les oigo clamando por una pronta ayuda! Su desgracia es mayor porque no tienen ánimo para pedirla ellos mismos. Muchas veces me he dado cuenta de que tenía delante a un grupo de oyentes que buscaba rarezas fantásticas y despreciaba el ministerio si no les contaba algo fuera de lo común; sin embargo, no me atrevía a dejar de lado las necesidades de los impenitentes con tal de caerles bien. Tampoco puedo dejar de hablar de la salvación a los pecadores desgraciados para hablar al gusto de estos caprichosos, ni siquiera hacer lo posible, como en otros casos, para aumentar y confirmar a los santos débiles en la gracia. De la misma manera que el espíritu de Pablo “[...] se enardecía viendo la ciudad [de

Atenas] entregada a la idolatría [...]” (cf. Hch. 17:16), creo que nos afectaría igualmente ver a tantas almas en peligro de la ruina eterna. Creo que si las viéramos con los ojos de la fe como estando a un paso del Infierno, soltaría nuestras lenguas de forma eficaz, como ocurrió al hijo de Creso cuando lo vio en peligro². El que deja que un pecador se condene por no hablarle, valora menos las almas que el Redentor de ellas, y hace menos por su prójimo que la caridad corriente permite hacer por su peor enemigo. ¡Entonces, hermano, no desampares a los más desgraciados, pase lo que pase! Si olvidas algo, que no sean las pobres almas condenadas y malditas bajo la Ley, que esperan a cada instante la ejecución infernal si no se efectúa una pronta transformación. Clama a los impenitentes, y dedícate a esta gran obra de evangelización, cualquiera que sea la tarea que dejas sin hacer.

2. Debes estar preparado para dar consejo al que acude a ti bajo convicción de pecado; especialmente el gran caso que plantearon los judíos a Pedro, y el carcelero a Pablo y Silas: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” (cf. Hch. 16:30). El pastor no es solamente un predicador, sino un asesor de almas, al igual que el médico socorre el cuerpo, y el abogado los bienes; de manera que cada persona que tenga dudas y aprietos pueda traer su caso en busca de una respuesta, como Nicodemo acudió a Cristo, y según la costumbre del pueblo que acudía al sacerdote: “Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley; porque mensajero es de Jehová de los ejércitos” (cf. Mal. 2:7). Al igual que la gente ya no conoce el oficio pastoral ni su propio deber y necesidad al respecto, nos incumbe dárselo a conocer, invitándoles públicamente a acudir en busca de consejo en cuanto a las preocupaciones de sus almas. No solamente debemos estar dispuestos a hacer esto, sino que debemos invitarlos a acudir a nosotros. Así podríamos hacer mucho bien. Sin duda se puede lograr mucho al cumplir con este deber. He oído de muy pocos que han animado de corazón a la congregación a hacerlo. Es triste que las almas se arriesguen y perjudiquen por el abandono total de este gran deber, y que los pastores casi nunca lo mencionen para despertarlas. Si

tus oyentes estuvieran conscientes de la necesidad e importancia de esto, acudirían a ti con mayor frecuencia para compartir sus penas y buscar tu consejo. Te ruego que les animes a este deber en el futuro; y asegúrate de atenderlos bien cuando buscan tu ayuda. Para ello es muy necesario tener conocimiento de casos prácticos, y particularmente de la naturaleza de la gracia redentora, para poder ayudarlos a determinar su estado y resolver la cuestión principal referente a la vida o la perdición eternas. Una palabra de consejo prudente para los necesitados en el momento justo de la boca del pastor puede hacer más que muchos sermones. Salomón nos recuerda el gran valor de la palabra dicha como conviene en Proverbios 25:11.

3. Hay que edificar a los que ya son verdaderos participantes de la gracia divina. Este aspecto de la labor varía según los distintos estados de los cristianos.

(1) Muchos del rebaño son jóvenes y débiles, y les falta fuerza y eficacia aunque lleven mucho tiempo convertidos. Es el estado más común de los creyentes. La mayoría se contenta con un grado inferior de virtud, y cuesta mucho hacerles subir. Es fácil llevarlos a una opinión superior —esto es, del error a la verdad—, pero no resulta tan fácil aumentar su conocimiento y sus dones; y aumentar sus virtudes es lo más difícil. Es triste la debilidad de los cristianos; los expone a peligros, apaga sus consuelos y deleite en Dios, quitando la dulzura de los caminos de la Sabiduría; les hace menos útiles para Dios y para el hombre, de manera que glorifican menos a su Maestro y hacen menos bien a quienes los rodean. Aprovechamos poco los medios de la gracia. Resulta demasiado fácil jugar con los cebos de la serpiente, y vernos atrapados en sus redes. El seductor nos zarandea fácilmente, el mal llega a tener la apariencia del bien, la Verdad la apariencia del error, el pecado la apariencia del deber, y viceversa. Somos menos capaces de resistir en las pruebas. Caemos más pronto, y nos cuesta más levantarnos; es más probable que traigamos el escándalo y el reproche sobre nuestra profesión de fe. Nos conocemos menos a nosotros mismos, y caemos más fácilmente en errores en cuanto a nuestro estado, por no observar la corrupción que nos asedia. Traemos deshonor al

Evangelio por esta debilidad, y servimos poco a los que nos rodean. En resumen, aunque nuestra vida resulte menos provechosa para nosotros mismos y los demás, estamos poco dispuestos y nada preparados para morir.

Viendo el triste resultado de la debilidad de los conversos, debemos ser muy diligentes al fomentar y aumentar sus virtudes. La fuerza de los cristianos es la gloria de la Iglesia. Cuando arden con el amor a Dios, y viven por la obra vital de la fe, teniendo en poco los beneficios y honras mundanas y amándose mutuamente con fervor y corazón puro, sobrellevando y perdonando de corazón las faltas y sufriendo por la causa de Cristo; cuando se esfuerzan en hacer el bien, andando de manera inofensiva en el mundo y dispuestos a servir a todos para su bien, haciéndose de todo a todos, para que de todos modos salven a algunos, absteniéndose de toda apariencia de mal y sazonando todos sus actos con una dulce mezcla de prudencia, humildad, celo, y la mente de Cristo ¡Qué gran honor dan los tales a su profesión! ¡Qué grandes adornos para la Iglesia, y qué servicio rinden a Dios y al hombre! La gente estaría más dispuesta a creer que el Evangelio es la Verdad celestial si vieran más de estos efectos en los corazones y las vidas de los que profesan la fe. El mundo lee mejor la naturaleza de la fe en la vida de un hombre que en la Biblia. Los que no creen a la palabra pueden ser ganados por la conducta de los eminentes ejemplos de piedad (cf. 1 P. 3:1). Por eso es una parte importante de nuestra labor esforzarnos más para pulir y perfeccionar a los santos para que sean fuertes en el Señor y aptos para servir al Maestro.

(2) Otra clase de conversos que necesita una ayuda especial se compone de los que padecen alguna corrupción en particular que ahoga sus virtudes y les hace una carga para los demás y para sí mismos. Por desgracia hay demasiados casos de estos. Algunos son soberbios, y otros mundanos; algunos son adictos a los deseos sensuales, y otros son rebeldes o presos de otras pasiones. Ahora bien, es nuestro deber ayudar a todos ellos, disuadiéndoles, revelando lo odioso del pecado, o dando un remedio adecuado para ayudarlos a vencer las imperfecciones. Somos los líderes del ejército de Cristo contra las potestades infernales, y debemos resistir toda obra de las tinieblas donde-

quiera que la encontremos, aunque sea entre los hijos de luz. No debemos tener más consideración con el pecado del creyente que con el del incrédulo, ni mostrar favor ni amistad. El amor que le tenemos al cristiano se demuestra al oponernos a sus pecados. Ya podemos esperar encontrar cierta resistencia en la gente, especialmente cuando el pecado ha ganado terreno y muchos se han enamorado de él; serán tan sensibles e impacientes ante la reprensión como algunas personas peores; incluso pueden llegar a hacer que la piedad tome parte por sus fallas. Pero el pastor de Cristo ha de cumplir con su deber a pesar de toda resistencia, sin odiar a su hermano hasta el punto de no reprenderlo ni permitir que el pecado permanezca en su alma. Sin duda hay que hacerlo con mucha prudencia, pero hay que hacerlo.

(3) Otra clase de persona que requiere una ayuda especial es el cristiano descarriado que ha caído en algún pecado escandaloso o se ha enfriado en su celo y diligencia, demostrando que ha perdido su primer amor. El estado del descarriado es muy penoso; por eso debemos esforzarnos en recuperarlo. Es triste que pierda tanto de la vida, paz y servicio a Dios, y sirva tanto a Satanás y su causa. Es triste ver que nuestra labor termina así, cuando nos hemos tomado tantas molestias y hemos esperado tanto bien de ellos, para vernos frustrados hasta este punto. Es más triste aún saber que Dios es deshonrado por los que tanto amó, y por quienes tanto ha hecho, y que Cristo sea herido así en casa de sus amigos. Además, el desvío parcial suele llevar naturalmente a la apostasía total; a no ser por la gracia divina, ese sería el resultado final.

Mientras más penoso sea el estado de tales cristianos, más debemos esforzarnos para recuperarlos. Debemos restaurar a aquel que fuere sorprendido en alguna falta con espíritu de mansedumbre (cf. Gá. 6:1), asegurándonos, sin embargo, de que la llaga se desinfeste y sane bien, y el hueso se entablille correctamente, cueste lo que cueste. Debemos cuidar especialmente el honor del Evangelio, asegurando que den tales pruebas del arrepentimiento sincero, con una confesión libre y plena del pecado, que permitan hacer alguna reparación a la Iglesia y su profesión de fe por la herida causada. La restauración de un

alma en este estado exige gran habilidad.

(4) La última clase que requiere una atención especial, son los fuertes; porque también ellos necesitan nuestra ayuda para conservar su virtud, para ayudarlos a seguir adelante, y para aumentar su fuerza en el servicio de Cristo y la ayuda de los hermanos; también para perseverar, para poder alcanzar la corona.

Todos estos son objeto de la labor pastoral, y debemos "mirar por todo el rebaño", incluyendo a cada uno.

4. Debes vigilar especialmente a las familias para que sean ordenadas, cumpliendo los deberes implícitos en cada relación. La vida de fe y el bienestar y la gloria tanto de la Iglesia como del Estado dependen en gran parte del gobierno y deber familiares. Si abandonamos a la familia, lo arruinamos todo. ¿Qué podremos hacer para reformar una congregación, si lo tenemos que hacer todo nosotros, y los padres de familia dejan de lado su propio deber necesario, por el cual están obligados a ayudarnos? Si se empieza alguna buena obra en el alma por el ministerio, la familia sin oración, descuidada y mundana probablemente la ahogue o estorbe; pero si se puede conseguir que los cabezas de familia cumplan con su deber, emprendiendo la obra donde tú la has dejado y fomentándola, se podría hacer abundancia de bien. Te ruego, entonces, que si deseas la reforma y el bien de tu congregación, que hagas todo lo posible por fomentar la fe de la familia. Para este fin, te ruego que te ocupes de lo siguiente:

(1) Infórmate del orden reinante en cada familia, para saber cómo proceder en el intento de ayudarlas.

(2) Visítalos ocasionalmente cuando están desocupados, y pregunta al padre de familia si ora con su familia, si lee la Biblia, etc. Intenta convencer a los que no lo hacen de su pecado; y si tienes la oportunidad, ora con ellos antes de partir, dando un ejemplo de lo que deseas que hagan. Tal vez también sería buena idea conseguir que prometan esforzarse más en este deber en el futuro.

(3) Si encuentras que alguno sea incapaz de orar, por ignorancia o falta de práctica, convéncelo de la urgencia de estudiar

sus propias necesidades para así tocar su corazón. Aconséjalo que use mientras tanto una oración escrita en lugar de no orar. Sin embargo, dile que es un pecado vergonzoso vivir tan descuidadamente que ni siquiera sabe orar a Dios, cuando todo por-diosero sabe pedir limosna; por tanto, la oración formal solo sirve para la necesidad, como la muleta del cojo que no puede pasar sin ella. Pero él debe decidirse a no contentarse con eso sino aprender a mejorar cuanto antes, ya que la oración debe brotar del corazón, variándose según las necesidades y circunstancias de cada uno.

(4) Asegúrate de que cada familia posea algunos libros útiles además de la Biblia. Si no los tienen, persuádelos a comprar alguno; si no pueden, dales alguno si puedes. Si no puedes hacerlo tú, busca alguna persona acomodada y dispuesta a hacer esta buena obra. Pídeles que lean por la noche, en su tiempo libre, y especialmente en el Día del Señor.

(5) Enséñales la mejor manera de pasar el Día del Señor; cómo ordenar sus asuntos mundanos para evitar las ocupaciones y distracciones; y cuando hayan asistido a la iglesia, cómo pasar el resto del tiempo con sus familias. La vida de fe depende en gran parte de esto, porque los pobres no disponen de otro tiempo libre considerable; por eso, si este se disipa lo pierden todo, permaneciendo ignorantes y brutos. Persuade a cada padre de familia a hacer que sus hijos y criados le repitan el catecismo cada domingo por la tarde, y que expliquen algo de lo que han oído en la iglesia durante el día.

Te ruego que no abandones esta faceta importante de tu trabajo. Si consigues que los padres de familia cumplan con su deber, no solamente te ahorrarán mucho trabajo sino que fomentarán en gran medida el éxito de tu labor. Si el capitán consigue que los oficiales que están bajo su mando cumplan con su deber, gobernará a los soldados con mucho menor esfuerzo que si lo intenta hacer todo él mismo. No verás una reforma general hasta procurar la reforma de la familia. Podrá haber algo de fe aquí y allá, pero mientras se limite a los individuos y no se fomente en las familias, no prosperará ni dará gran fruto.

5. Debes ser diligente al visitar a los enfermos, ayudándolos a



prepararse bien para una vida fructífera, bien para una feliz muerte. Aunque debe ser una labor de toda tu vida y la suya, en estos momentos requiere un cuidado tanto por su parte como por la tuya. Cuando el tiempo se acaba, y deben reconciliarse con Dios ahora o nunca, es muy importante redimir el tiempo y que se aferren a la vida eterna. Cuando vemos que probablemente nos queden pocos días u horas para hablarles para su bien eterno, solo un pagano o un zoquete dejaría de pasar tiempo con ellos, haciendo todo lo posible a favor de su salvación en el corto plazo que queda.

¿No despierta la compasión el ver a alguien que está enfermo de muerte, pensando que dentro de poco su alma estará o en el Cielo o en el Infierno? Es una verdadera prueba de la fe y del compromiso de los pastores el tener que tratar mucho con los moribundos. Así tienen la oportunidad de descubrir si ellos mismos toman en serio la vida venidera. La muerte efectúa un cambio tan grande que, al ver a alguno a punto de morir, debe despertarse tu sensibilidad y compasión de manera que sirvas de ángel menor para el alma antes de que salga del cuerpo, para que esté preparado para recibir a los ángeles superiores que la llevarán a la herencia de los santos en luz (cf. Col. 1:12). Cuando un hombre está casi al final del camino y el próximo paso le lleva al Cielo o al Infierno, ayúdale si puedes mientras quede esperanza.

De la misma manera que su necesidad presente debe hacer que aproveches la oportunidad para su bien, debes aprovechar la ocasión de la enfermedad y el temor de la muerte. Aun el pecador más endurecido te escuchará desde su lecho de muerte, aunque antes te haya despreciado. Entonces se enfriará su furia, haciéndose tan manso como un cordero cuando antes era fiero como un león. En mi experiencia, nueve de cada diez de los infelices más obstinados y arrogantes de mi parroquia, ante el temor de la muerte se humillan, confiesan sus pecados, parecen arrepentidos y prometen reformar su vida si se recuperan. Cipriano dice a los sanos: "El que todos los días recuerda que se está muriendo, desprecia el presente y se apresura hacia lo venidero. Mucho más, aquel que siente que está en trance de muerte". Cuando ve que la muerte viene por él y que debe partir sin

remedio, el peor de los pecadores parece decidido a abandonar el pecado y prometer reformarse, denunciando su propia necesidad y la vanidad de este mundo. Tal vez digas que estos cambios forzados no se hacen de buen grado, y que por eso no podemos esperar que efectúen ningún bien duradero para la salvación. Confieso que es muy común que los pecadores se asusten y formen propósitos sin resultado, pero no es tan común que en ese momento se convierten al Señor y Salvador. S. Agustín ha dicho: "No podrá morir mal aquel que vive bien; y difícilmente morirá bien el que vive mal". Pero "difícilmente" y "nunca" no es lo mismo. Tanto ellos como nosotros debemos ser más diligentes mientras tengamos salud, por ese "difícilmente"; pero también al final debemos esforzarnos para emplear los mejores remedios, porque no es "nunca".

Como no es mi intención aquí dar directrices para toda la obra pastoral, no comentaré en detalle lo que se debe hacer para las personas en trance de muerte, sino que señalaré solo tres o cuatro cosas que merecen especial atención:

(1) No esperes hasta acabarse sus fuerzas y su entendimiento, quedando tan poco tiempo que casi no sabes qué hacer; acude en cuanto sepas que está enfermo, aunque no te haya llamado.

(2) Cuando queda tan poco tiempo que no puedes instruirle ordenadamente en los principios de la fe, asegúrate de explicar las verdades principales que más fomentarán su conversión. Muéstrale la gloria de la vida venidera y cómo se nos compró, el gran pecado y la locura de haber descuidado su salvación mientras tenía salud, y la posibilidad de obtenerla aún si cree en Cristo como único Salvador y se arrepiente de sus pecados.

(3) Si se recupera, asegúrate de recordarle las promesas y decisiones que tomó durante la enfermedad. Visítale expresamente para dejar estas cosas claras en su mente; y si después ves que falta a estas cosas, recuérdale lo que dijo en el lecho de sufrimiento. Esto ha sido muy útil para los que se han recuperado y ha sido el medio de conversión para muchas almas; por eso es muy necesario acudir a los que no están enfermos de muerte tanto como a los moribundos, para moverlos al arrepentimiento y poder después usar esto contra sus pecados. Se dice que un

obispo de Colonia, cuando el emperador Segismundo le preguntó por la manera de salvarse, respondió que debía ser lo que prometió ser la última vez que le molestaban la gota y la piedra del riñón.

6. Debes reprender y amonestar a aquellos que viven de forma ofensiva o impenitente. Antes de traer estos asuntos ante la congregación o los ancianos, es costumbre que el pastor intente hacer algo en privado para llevar al pecador al arrepentimiento, especialmente si no es un delito público. Se necesita mucha habilidad para esto, y se deben discernir los distintos temperamentos de los ofensores; pero con la mayoría será necesario hablar con gran franqueza y poder para conmover el corazón endurecido y hacerle ver la gravedad de entretenerse con el pecado, el mal que conlleva, y los tristes efectos que tiene tanto para con Dios como para consigo mismo.

7. El último aspecto de esta vigilancia que notaré aquí consiste en el ejercicio de la disciplina eclesiástica. Después de la reprensión en privado ya mencionada, consiste en una reprensión pública combinada con la exhortación al arrepentimiento, la oración por el pecador, la restauración del penitente, y la exclusión y separación del impenitente.

(1) En el caso de las ofensas públicas, incluso de naturaleza más privada, cuando el pecador permanece impenitente hay que reprenderlo delante de todos e invitarle de nuevo a arrepentirse. Aunque se haya practicado poco este deber, no es por eso menos necesario. No solamente es mandamiento de Cristo informar a la congregación, sino que también Pablo manda: "A los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos [...]" (cf. 1 Ti. 5:20). Esta era práctica común de la Iglesia antigua hasta que el egoísmo y el formalismo hicieron que se abandonaran este y otros deberes. No cabe duda de que es nuestro deber, y tampoco de que hemos sido infieles en su cumplimiento. Pocos a quienes les avergonzaría admitir que dejan de predicar o de orar han considerado la gravedad de lo que hacemos al dejar voluntariamente de lado ese deber y otros aspectos de la disciplina durante tanto tiempo. No nos damos cuenta de que atrae-

mos sobre nosotros mismos la culpa de la maledicencia, embriaguez, fornicación y otros pecados al no emplear los medios puestos por Dios para remediarlos.

Si alguno dice: "Es poco probable que sirva de mucho reprenderlos en público; antes se enfurecerán ante la vergüenza que sienten", yo respondo lo siguiente:

[a] Es indigno de la criatura decir que los medios de la gracia divina sean inútiles, o traer reproche al servicio de Dios en lugar de cumplirlo, oponiéndose así a su Creador. Dios sabe hacer útiles los medios de su gracia; de otra manera no los habría instituido.

[b] La utilidad de la disciplina resulta aparente al humillar al pecador, traer vergüenza sobre el pecado, y demostrar la santidad de Cristo, su doctrina y su Iglesia ante todo el mundo.

[c] ¿Qué harás con los pecadores impenitentes? ¿Acaso los dejarás por imposibles? Esto sería más cruel que reprenderlos. ¿Qué otros medios podrás emplear? Se supone que se han probado otros remedios sin éxito; este es el último recurso.

[d] El fin principal de la disciplina pública no es el pecador en sí, sino la congregación. Suele ser muy eficaz para frenar a los demás de cometer tales ofensas, manteniendo puras tanto la congregación como su adoración. Séneca dijo: "El que disculpa el mal presente lo transmite a la posteridad"; y también: "El que disculpa al culpable hiere al bueno".

(2) Une a la reprehensión la exhortación al ofensor al arrepentimiento y la profesión pública de ello para la restitución ante la congregación. La congregación no debe tener comunión con los impenitentes escandalosos, de manera que cuando recibe pruebas del pecado, también debe recibir pruebas del arrepentimiento; pues sin evidencia no puede saber que el ofensor se ha arrepentido, ¿y qué prueba resulta más convincente que una profesión de arrepentimiento seguida de la reforma real?

Confieso que hay que ejercer gran prudencia en estos procedimientos, por no hacer más daño que provecho; pero la prudencia cristiana debe ajustar el deber a sus fines. No se debe emplear una prudencia carnal que los rebaja o excluye. Al cumplir con este deber, debemos tratar a todos con humildad aunque también con firmeza, haciendo ver que no procede de la ira,

soberbia, ni ganas de vengar el daño, sino que se trata de un deber necesario que no podemos pasar por alto. Por eso tal vez sea necesario demostrar a la congregación que los mandamientos de Dios nos obligan a actuar de esta manera, con palabras como las siguientes:

“Hermanos, el pecado es tan odioso ante la vista del Dios Santísimo, por mucho que los pecadores quieran disculparlo, que ha diseñado los tormentos eternos del Infierno para castigarlo; no hay remedio menor para este castigo que el sacrificio del Hijo de Dios, aplicado a los verdaderamente arrepentidos que abandonan el pecado. Por eso Dios, que llama a todos al arrepentimiento, nos ha mandado: “Exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado” (cf. He. 3:13). También dice la Palabra: “No aborrecerás a tu hermano en tu corazón; razonarás con tu prójimo, para que no participes de su pecado” (cf. Lv. 19:17). Si un hermano nos ofende, debemos decírselo en privado; y si no nos escucha, que nos acompañen dos o tres; si no presta atención, que lo digamos a la congregación; y si no escucha a la congregación, debemos tenerle por gentil y publicano (cf. Mt. 18:15-17). La primera epístola a Timoteo nos dice: “A los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman” (cf. 5:20), y que los reprendamos con toda autoridad (cf. Tit. 2:15). Aunque sea un apóstol de Cristo, si peca abiertamente, debemos reprenderlo abiertamente, como Pablo reprendió a Pedro (cf. Gá. 2:11, 14). Si no se arrepiente, debemos evitar su compañía, y ni siquiera comer con tales personas (cf. 2 Ts. 3:6, 11-12, 14; 1 Co. 5:11-13).

“Habiendo oído de la conducta escandalosa de “fulano de tal” de esta congregación, y habiendo recibido pruebas suficientes de que ha cometido el odioso pecado de —, lo hemos tratado seriamente con él a fin de llevarlo al arrepentimiento. Para dolor nuestro, no percibimos resultado satisfactorio alguno de nuestros esfuerzos, porque parece seguir impenitente, o bien, persiste en el mismo pecado aunque verbalmente profese estar arrepentido. Por eso lo consideramos nuestro deber emplear el remedio final mandado por Cristo; y le rogamos en el nombre del Señor y sin más demora, que tome conciencia de la grave-

dad de su pecado, el daño que ha hecho a Cristo y a sí mismo, y el escándalo y dolor causados a los demás. Le ruego sinceramente, por el bien de su propia alma, que considere qué provecho puede sacar de su pecado e impenitencia, si cree que compensará la pérdida de la vida eterna, y cómo piensa comparecer ante Dios en el Juicio, o ante el Señor Jesucristo cuando la muerte separe su alma de su cuerpo, si aún se halla en este estado impenitente. También le ruego, por el bien de su propia alma, y como mensajero de Jesucristo le exijo, si piensa responder al contrario en el Juicio Final, que abandone la contumacia e impenitencia de su corazón, confesando y lamentando sinceramente su pecado ante Dios y esta congregación. Declaro aquí el deseo—Dios sabe que no es por mala voluntad hacia su persona sino por amor a su alma y en obediencia a Cristo que lo ha hecho mi deber— de que, si es posible, se salve de su pecado, del poder de Satanás y de la ira eterna de Dios, reconciliándose con Dios y su Iglesia; y por ello, que se humille con verdadera contrición antes de verse humillado por una condenación sin remedio”.

Creo que debemos proceder de esta manera en la amonestación pública; y en algunos casos en que el pecador tiene en poco su ofensa, tal vez sea necesario subrayar los agravantes, citando particularmente algunos pasajes de la Escritura que tratan del peligro y mal que conllevan.

(3) Con estas reprensiones y exhortaciones, debes unirte a la oración de la congregación a favor del pecador. Esto debe hacerse en todo caso de disciplina, pero particularmente si el ofensor no está presente para recibir la amonestación, o no da pruebas de arrepentimiento ni desea que la congregación ore por él. En estos casos será especialmente necesario pedir personalmente las oraciones de la congregación a su favor, rogándoles que consideren el estado temible de los impenitentes, y que tengan compasión de la pobre alma tan ciega y endurecida por el pecado y Satanás que no puede tenerla de sí misma; y que consideren el caso de uno que se presenta ante el Dios vivo en este estado. Por eso hay que pedir que se unan en oración sincera ante Dios, para que le abra los ojos y reblandezca y humille su corazón obstinado, antes de que se condene sin remedio. Ora sinceramente a Dios, de manera que la congregación se anime a unir-

se a tu oración. Tal vez Dios escuche la oración y el corazón del pecador se quebrante por ella más que por todas tus exhortaciones.

A mi juicio hacen bien algunas congregaciones que suelen pedir tres días seguidos de oración congregacional para que Dios abra los ojos del pecador, quebrante su corazón y lo salve de la impenitencia y muerte eterna.

Si los pastores cumplen concienzudamente este deber a fondo y de manera abnegada, bien pueden esperar una bendición como resultado. Pero cuando uno intenta escurrir todo aspecto peligroso y mal agradecido del trabajo, rehuyendo todo lo costoso o molesto, no puede esperar que el empleo tan carnal y parcial de los medios dé mucho fruto. Aunque tal vez alcance a uno aquí y otro allá, no se puede esperar que el Evangelio corra y se glorifique cuando se cumple con el deber de manera tan defectuosa y holgazana.

(4) Restaura al penitente a la comunión de la Iglesia. Al igual que no debemos enseñar al pecador a tener en poco la disciplina por una benignidad excesiva, tampoco hay que desanimarlo por exceso de severidad. Si parece verdaderamente arrepentido y sensible a la gravedad del pecado cometido, hay que asegurar que confiese su culpa y prometa evitar tales pecados en el futuro, andar con mayor cuidado y vigilarse más estrechamente, evitar la tentación, desconfiar de sus propias fuerzas, y depender de la gracia de Cristo Jesús.

Confírmale en las riquezas del amor de Dios y la suficiencia de la sangre de Cristo para perdonar sus pecados si cree y se arrepiente.

Asegúrate de que pida volver a la comunión de la Iglesia y desee las oraciones de la congregación por su perdón y salvación.

Manda a la congregación imitar a Cristo al perdonar y acoger al penitente; o si ha sido expulsado, al restaurarlo a la comunión. Nunca deben reprocharle su pecado ni echárselo en cara, sino perdonarlo como Cristo lo hace.

Finalmente, da gracias a Dios por su recuperación, orando por su confirmación y conservación futura.

(5) La última parte de la disciplina eclesiástica abarca la

exclusión de la comunión de la Iglesia a aquellos que, después de una prueba suficiente, permanecen impenitentes.

Existen distintos grados dentro de la exclusión de la comunión de la Iglesia o excomunión que no deben confundirse, pero el grado que se debe practicar normalmente consiste simplemente en apartar al pecador impenitente de la comunión de la Iglesia hasta que el Señor se sirva llevarlo al arrepentimiento.

En el caso de esta exclusión o excomunión, el pastor o los ancianos de la congregación deben exhortar a la congregación en el nombre del Señor a no tener trato con el expulsado, pronunciando que la congregación debe evitar la comunión con él, lo cual deben hacer con esmero con tal que el orden del pastor no contradiga la Palabra de Dios.

Sin embargo, debes orar por el arrepentimiento y la restauración aun de los excomulgados; si Dios les lleva al arrepentimiento, se les debe volver a recibir con gozo en el seno de la congregación.

Ojalá fuéramos tan fieles en la práctica de esta disciplina como para satisfacernos tanto de la manera de hacerlo como de sus motivos; ¡y que no la reprocháramos por nuestra negligencia a la vez que escribimos o decimos los más altos elogios de ella! ¿Quién será acusado de mayor culpa referente a este asunto en el Juicio de Dios: aquellos que han reprochado y estorbado la disciplina con la lengua por desconocer su naturaleza y necesidad, o los que la hemos vilipendiado por la omisión constante a la vez que la elogiamos con nuestra lengua? Si la hipocresía no es pecado, ni la desobediencia grave a la voluntad conocida del Maestro, tal vez estemos mejores que ellos. Pero si son grandes males, necesariamente estaremos mucho peor que los que condenamos con tanta fuerza. No aconsejaré a los que mantienen celosamente la importancia de la disciplina que se obstinan en dejar de lado, que se desdigan enteramente hasta que estén dispuestos a actuar en consonancia con sus palabras; tampoco que retracten sus defensas de la disciplina hasta que estén dispuestos a practicarla; tampoco que quemen todos los libros que hayan escrito a su favor y las memorias de todo lo que hayan gastado y arriesgado por ella, no vayan a juzgarlos sus propias obras para vergüenza suya. Pero quiero persuadir-

les sin más demora a conformar sus actos a los testimonios dados, por si se puede probar que mientras más han elogiado la disciplina, más se han condenado a sí mismos al abandonarla.

Me ha asombrado oír a algunos teólogos que yo suponía piadosos denunciar a los "sacramentalistas" y "disciplinarios" como sectas. Cuando les pregunté de quiénes hablaban, respondieron que se referían a aquellos que no dan la Santa Cena a toda la parroquia indistintamente, y a aquellos que hacen distinciones con la disciplina. En mi opinión, el Tentador tendría una gran victoria al conseguir que un solo pastor piadoso abandonara la disciplina, como si consiguiera que dejara de predicar, cuanto más si consiguiera que este aprobara dicho abandono. Pero parece que ha conseguido que algunos se burlen de los que cumplen con el deber que ellos mismos desestiman. Estoy seguro de que si se comprendiera bien la medida en que el trabajo y la autoridad pastorales consisten en la dirección de la congregación, también se vería que estar en contra de la disciplina es casi estar en contra del ministerio; y que estar en contra del ministerio es casi estar completamente en contra de la Iglesia; y que estar en contra de la Iglesia es casi estar completamente en contra de Cristo. No reproches la dureza de esta inferencia hasta que puedas evitarla, librándote de esta acusación ante el Señor.

Sección 2

La manera de vigilar

Una vez considerada la naturaleza de esta vigilancia, examinemos la manera de llevarla a cabo; no cada parte por separado, por no ser tedioso, sino en general.

1. La tarea pastoral debe hacerse únicamente por Dios y la salvación de las almas, y no con fines personales. El fin equivocado hace que la obra sea nociva, por buena que sea en sí misma. No servimos a Dios, sino a nosotros mismos, si no lo hacemos por Dios sino por nosotros mismos. Los que emprenden la tarea como si fuera un negocio cualquiera para ganarse la vida verán que se han equivocado de profesión, aunque sea un buen empleo. La abnegación es una necesidad absoluta para todo cristiano, pero es doblemente necesaria para el pastor, ya que sin ella no puede servir fielmente a Dios ni durante una hora. La erudición, el estudio, y la predicación excelente con fines equivocados solo resultan en la hipocresía más gloriosa. Ya sabes lo que dijo S. Bernardo: "Algunos desean el conocimiento por tenerlo; y eso es una curiosidad vergonzosa. Algunos desean el conocimiento para venderlo; y esto también es una vergüenza. Algunos desean el conocimiento para aumentar su reputación; esto es vanidad vergonzosa. Pero otros desean el conocimiento para edificar a los demás, lo cual es digno de alabanza; y también hay algunos que desean el conocimiento para edificarse a si mismos; esto es sabiduría".

2. La obra pastoral se ha de llevar a cabo con diligencia y esmero, siendo sumamente importante para nosotros y los demás. Queremos edificar el mundo y salvarlo de la ira de Dios, perfeccionar la creación, lograr los propósitos de la muerte de Cristo, salvarnos a nosotros mismos y a los demás de la condenación, vencer al diablo y destruir su reino, edificar el Reino de Cristo, y alcanzar y ayudar a otros a alcanzar el Reino glorioso de Dios. ¿Acaso tales obras se pueden hacer con la mente distraída o la mano perezosa? ¡Asegúrate entonces de trabajar con todas tus fuerzas! Estudia mucho, porque el pozo es profundo y nuestros

cerbros limitados. Como dice Casiodoro, el diplomático e historiador italiano del s. VI: "No se debe uno limitar al nivel común del conocimiento; se demuestra aquí la verdadera ambición. Mientras más profundo sea el conocimiento buscado, mayor honra hay en conseguirlo". Esfuérzate especialmente en la práctica y el ejercicio de tu conocimiento. Ten siempre presentes las palabras de Pablo: "[...] Me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!" (1 Co. 9:16). Medita siempre en la importancia de lo que tienes entre manos: "Si no me ocupo de esto, tal vez Satanás prevalezca y perezcan mis feligreses, y Dios requerirá su sangre de mi mano. Al huir del trabajo y el sufrimiento, atraeré sobre mí mismo mil veces más de lo que evito; pero por la diligencia presente preparo el camino para la bendición futura". Ninguno ha salido perdedor con Dios.

3. La obra pastoral se ha de llevar a cabo de manera ordenada y prudente. Hay que ofrecer la leche antes de la carne; hay que poner los cimientos antes de intentar levantar el edificio. No se puede tratar a los niños igual que a los hombres adultos. Las personas deben llegar al estado de gracia antes de esperar de ellos las obras de la gracia. Hay que enseñar primero, frecuentemente y en profundidad la conversión, el arrepentimiento de obras muertas y la fe en Cristo. No podemos sobrepujar constantemente la capacidad de la congregación, ni enseñarles la perfección si no han aprendido los principios de la fe. En palabras de Gregorio de Nisa, sacerdote de Capadocia en el s. IV: "No se enseña a los niños los preceptos profundos de la ciencia; se empieza por el abecedario, luego el silabario, etc. Los directores de la Iglesia enseñan primero a sus oyentes ciertos documentos elementales; poco a poco les van explicando los asuntos más perfectos y misteriosos". Por eso la antigua Iglesia cuidaba tanto la enseñanza de los catecúmenos antes de bautizarlos; no querían colocar piedras sin labrar en el edificio.

4. En el transcurso del ministerio, debes insistir en las verdades más importantes y necesarias, dejando poco lugar a lo demás. Si logras enseñar a Cristo a la gente, les enseñas todo. Si encuen-

tran el camino al Cielo, tendrán conocimiento suficiente. Las grandes verdades reconocidas de la fe son aquellas en las cuales deben vivir los hombres, y son los grandes instrumentos para destruir el pecado y levantar el corazón a Dios. Por eso debemos tener siempre presente la necesidad de la gente. Recuerda que "solo una cosa es necesaria" (cf. Lc. 10:42); eso te apartará de los ornamentos superfluos y las controversias sin provecho. Hay muchas cosas deseables para saberse, pero esto es vital; de otra manera la gente se pierde para siempre. Confieso que creo que la NECESIDAD debe ser lo que decida el curso del estudio y trabajo pastorales. Si bastáramos para todo, bien podríamos intentarlo todo, tomando en orden toda la Enciclopedia; pero la vida es corta y somos torpes, lo eterno es lo necesario y las almas que dependen de nuestra enseñanza son preciosas. Confieso que la necesidad ha dirigido mis estudios y mi vida. Ella elige los libros que leo, cuándo y por cuanto tiempo. Elige mi texto y decide la forma y el tema de mis sermones, hasta donde pueda evitar mi propia corrupción. Aunque sé que la expectación constante de la muerte ha sido gran parte del motivo de esto, no veo razón alguna por la que el sano no asegure primero las cosas más necesarias, teniendo en cuenta lo corta e incierta que es la vida. Jenofonte dijo: "No hay mejor maestro que la necesidad, que lo enseña todo con suma diligencia". ¿Acaso puede uno ocuparse en estudiar, predicar ni hacer otras cosas cuando sabe que esto es imperativo? ¿Podrá perder el tiempo cuando la necesidad lo urge? En las palabras del soldado: "Ante la necesidad no hay que discutir mucho, sino luchar con fuerza y rapidez". Así debemos actuar, ya que nuestra empresa es más importante. Sin duda es la mejor manera de redimir el tiempo; no perderemos ni una hora si la dedicamos solo a lo más necesario. Es la manera de servir mejor a los demás, aunque no necesariamente con mayor agrado y aplausos por su parte. A causa de la debilidad humana, Séneca dice con razón: "Nos atraen más las novedades que las grandezas".

De ahí que el predicador deba repasar frecuentemente las mismas cosas, porque las más necesarias son pocas en número. Tampoco hay que fingir la necesidad ni dedicarnos a muchas cosas superfluas para contentar a los que buscan novedades;

simplemente debemos revestir las mismas verdades de varias maneras al predicar. Los grandes tomos y controversias tediosas, que tanto nos turban y nos hacen perder el tiempo, suelen consistir en opiniones en lugar de verdades necesarias. En las palabras de Ficino, el filósofo italiano del s. XV: "La necesidad es muy limitada, la opinión no". Séneca y Gregorio Nacianceno, sacerdote de Capadocia del s. IV, dicen a menudo: "Lo necesario es común y evidente; lo superfluo nos hace perder el tiempo, trabajar duro y quejarnos porque no lo alcanzamos". Por eso el pastor debe observar a su rebaño, para saber lo que les es más necesario, tanto referente al asunto como la manera de tratarlo. Normalmente hay que considerar primero los asuntos a tratar, siendo más importantes que la manera de hacerlo. Si eliges con cuidado los autores que lees, ¿acaso no prefieres aquellos que te dicen cosas que no sabes, explicando claramente las verdades más necesarias aunque usen un lenguaje poco elegante, en lugar de los que te dicen de manera erudita y elegante cosas falsas o vanas, esforzándose mucho en no decir nada? Yo pienso seguir el consejo de S. Agustín: "Cede el primer lugar al significado de la Palabra, al igual que se da preferencia al alma sobre el cuerpo; por eso buscamos los discursos más verídicos y juiciosos, al igual que elegimos a los más sensatos para ser nuestros amigos tanto como los más hermosos". Seguramente debo esmerarme tanto en enseñar a los demás como lo hago en los estudios para mi propia edificación. Los hombres vacíos e ignorantes suelen ser los que carecen del conocimiento sustancioso y verdadero, siendo más curiosos y solícitos en cuanto a la palabrería superflua; los más ancianos, experimentados y eruditos abundan en las verdades sustanciosas, que suelen presentar de manera sencilla. Aristóteles dice que la mujer es más adicta al atuendo ornamentado que el hombre porque, siendo consciente de su poca valía interior, intenta compensarla con adornos exteriores. Este es el caso de los predicadores vacíos y sin valor que intentan parecer lo que no son, ya que de otra manera no se les tiene gran estima.

5. Toda la enseñanza debe ser tan sencilla como sea posible. Esto es lo mejor para lograr los fines del maestro. El que quiere

hacerse comprender, debe hablar según la capacidad de sus oyentes. La Verdad ama la luz, y es más hermosa al desnudo. El enemigo envidioso oculta la Verdad, y el hipócrita solo finge revelarla; por eso los sermones relamidos y oscuros, como las vidrieras pintadas que excluyen la luz, a menudo son señal de un hipócrita pintado. Si no quieres enseñar, ¿para qué te pones en el púlpito? Y si quieres hacerlo, ¿por qué no hablas de forma comprensible? Sé que a veces no se nos entiende por tratar un asunto de mucho peso, aunque nos hayamos esforzado en dejarlo claro; pero cuando uno voluntariamente revista el asunto con palabras extrañas, ocultando sus pensamientos de la congregación a la que finge instruir, es la mejor manera de hacer que los necios admiren su profunda sabiduría, y que los sabios vean su necedad, soberbia e hipocresía. Algunos ocultan sus sentimientos bajo una supuesta necesidad, a causa de los prejuicios de los demás, diciendo que las mentes corrientes no están preparadas para recibir la Verdad. Pero la Verdad vence el prejuicio a la luz de las evidencias, y no hay mejor manera de hacer prevalecer una buena causa que dejarla conocer con toda la sencillez y amplitud posibles; esta luz convencerá a la mente sin preparar. En el mejor de los casos, si uno no es capaz de explicar un asunto claramente a los demás, es señal de que él mismo no lo ha comprendido bien. Hay que hablar tan claramente como admita la naturaleza del asunto, habiendo preparado la capacidad de la gente para recibirlo con la presentación previa de las verdades necesarias para su comprensión. Ya sé que algunos no pueden comprender al presente ciertas verdades, por muy llanamente que se les hable. Tampoco el niño que está aprendiendo el abecedario podrá comprender las reglas más básicas de la gramática, por muy sencilla que sea la lección.

6. Debes trabajar con gran humildad. Tu comportamiento debe ser humilde y manso con todos; si enseñas a los demás, debes estar dispuesto a aprender de todo aquel que te pueda enseñar algo, sin explayar tu propia soberbia ni despreciar todo lo que la contradiga en algún punto, como si hubieras llegado a la cima del conocimiento y estuvieras destinado al trono, con los demás sentados a tus pies. La soberbia es un vicio muy feo para el que

debe guiar a los demás al Cielo por el camino de la humildad; cuidémonos, entonces, de llegar a la puerta para descubrir que es demasiado estrecha para nosotros. En las palabras de Grocio: "La soberbia nació en el Cielo, pero no sabe que el camino hacia allá se ha cerrado, y que no podrá volver allí después". Dios expulsó al ángel soberbio; no dará cabida al predicador orgulloso. Creo que debemos recordar, al menos, el título de *Ministro*, despreciado por los curas papistas pero no por nosotros. Es esta raíz de soberbia que alimenta el resto de nuestros pecados. De aquí surgen la envidia, la contienda y la falta de paz entre pastores; esto es lo que frena toda reforma. Todos quieren ser líderes, y pocos quieren seguir ni estar de acuerdo. También estriba en la soberbia la falta de eficacia de muchos pastores, porque son demasiado orgullosos para aprender. La humildad les enseñaría muchas cosas. Yo digo de los pastores lo que dijo S. Agustín a S. Jerónimo de los ancianos entre ellos: "Aunque lo idóneo es que los ancianos enseñen en lugar de aprender, es mucho mejor aprender que ser ignorante".

7. Tanto en la predicación como en la disciplina debes emplear una mezcla prudente de severidad y mansedumbre, dominando cada cual según el carácter de la persona o la calidad del asunto a tratar. Si nunca empleas severidad alguna, se despreciarán tus amonestaciones; pero si la empleas siempre, te tendrán por usurpador del dominio en lugar de uno que quiere persuadirles de la Verdad.

8. Debes ser serio y celoso en cada aspecto del trabajo. La obra requiere mayor habilidad y especialmente más vida y celo de lo que nadie puede traer a ella. No es una tontería ponerse delante de la congregación para compartir el mensaje de la salvación o la condenación de parte del Dios vivo y en el nombre del Redentor. No resulta fácil hablar tan claramente que nos comprendan los más ignorantes, tan seriamente que los corazones más endurecidos se conmuevan, y de manera tan convincente que se callen los que quisieran murmurar y poner dificultades. La importancia del asunto a tratar condena la frialdad y el adormecimiento. Debes estar seguro de estar bien despierto para

estar en condiciones de despertar a los demás. Si no se afilan tus palabras como clavos, los corazones duros no las notarán. Hablar con frialdad y ligereza de las cosas del Cielo es casi tan malo como callar.

9. Todo el ministerio debe llevarse a cabo con tierno amor hacia la gente. Debes dejarles ver que solo te agrada lo que les beneficia; que lo que les aprovecha, te aprovecha también; y que su dolor es el tuyo. Debes tener un corazón de padre para con tus feligreses; el amor tierno de una madre no debe superarlo. Tienes que sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ellos (cf. Gá. 4:19). Deben ver que no te importan las cosas externas, ni riquezas, ni libertad, ni honra, ni la vida, en comparación con su salvación; sino que, como Moisés, te contentarías con que se borre tu nombre del libro de la vida —esto es, ser quitado de entre los vivos— para que el de ellos aparezca en el libro de la vida del Cordero. Debes estar dispuesto, según dice Juan, a poner tu vida por los hermanos (cf. Jn. 15:13), y como dice Pablo, a no estimar preciosa tu vida para ti mismo, con tal que acabes la carrera con gozo, y el ministerio que recibiste del Señor Jesús (cf. Hch. 20:24). Cuando vean tu amor sincero para con ellos, escucharán tus palabras y soportarán todo lo que hagas. S. Agustín dice: “Ama a Dios y haz lo que quieras”. Todos aceptan de buen grado a aquel que saben que les ama profundamente. Soportan un azote dado por amor antes que un insulto proferido con malicia o ira. La mayoría juzga el consejo según el amor del que lo ofrece; por lo menos lo oirán. Entonces, asegúrate de tener un tierno amor para con tus feligreses, y que se vea en tu conducta y se oiga en tus palabras. Que vean que gastas tus recursos y tus fuerzas por su bien, y que lo haces todo por ellos y no por tus propios fines. Para esto son necesarias las obras de caridad, hasta donde lleguen tus bienes; obras son amores y no buenas razones. Pero si no tienes para dar, demuestra que darías si tuvieras algo, y haz todo el bien que puedas: Asegúrate de que tu amor no sea carnal ni se estribe en el orgullo, como aquel que se representa a sí mismo y no a Cristo, amando porque le aman, o para hacerse amar. Cuídate, por tanto, de no fomentar el pecado de la gente bajo disfraz de amor,

porque esto contradice la naturaleza y el propósito del amor. La amistad debe mezclarse con la piedad. El malvado no puede ser un verdadero amigo; y si eres amigo de su maldad, demuestras la tuya propia. No finjas amarlo si favoreces su pecado sin buscar su salvación. Al dar lugar a su pecado, demuestras la enemistad con Dios; ¿cómo puedes amar así a tu hermano? Si eres su mejor amigo, ayúdale contra su peor enemigo. No creas que la severidad contradice al amor; los padres corrigen a sus hijos, y Dios mismo disciplina a todo aquel a que ama (cf. He. 12:6). Como dice S. Agustín: “Es mejor que el amor vaya acompañado de severidad, que engañar por exceso de indulgencia”.

10. Debes llevar la obra con paciencia. Hay que soportar muchos abusos e insultos de los que queremos ayudar. Cuando les has estudiado, exhortado, orado por ellos y les has rogado con toda sinceridad y tolerancia, dándoles lo que puedas y cuidándoles como si fueran tus hijos, puedes esperar que muchos te paguen con desprecio y odio, considerándote su enemigo porque “les dices la verdad”. Hay que soportarlo todo con paciencia, no cansándote de hacer el bien, “con mansedumbre [corrigiendo] a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad” (cf. 2 Ti. 2:25). Estás tratando a hombres enloquecidos que atacan a su médico, pero no por eso hay que dejar de atenderlos. El que huye de un paciente frenético porque le insulta, no es digno de llamarse médico. Desgraciadamente, cuando los pecadores te insultan y calumnian por tu amor, estando más dispuestos a escupirte a la cara que a dar gracias por tus consejos, tu corazón se rebelará y todos los restos del viejo Adán —el orgullo y la pasión— lucharán contra la mansedumbre del hombre nuevo. ¡Qué mal parados salen muchos pastores de estas pruebas!

11. Hay que llevar el trabajo con reverencia, como creyendo en la presencia de Dios, y no tratar las cosas sagradas como si fueran corrientes. La reverencia es aquella ternura del alma que surge de una profunda percepción de Dios, y es señal de una mente que lo conoce bien. La falta de reverencia por las cosas de Dios es hipocresía; el corazón no está de acuerdo con la lengua.

No conozco el caso de todos, pero el predicador reverente que habla como si viera el rostro de Dios toca más mi corazón con lenguaje sencillo que el irreverente que se ha preparado con esmero. Por mucho fervor que use, si no se une la reverencia a la vehemencia, de poco sirve. Exceptuando por supuesto la mentira evidente, odio sobre todo aquella predicación que hace reír a los oyentes, o estimula la mente con el humor; se parece a una obra de teatro, en lugar de enseñarles la santa reverencia por el nombre de Dios. S. Jerónimo dice: "Enseña en tu iglesia, no por recibir los aplausos de la gente, sino para que clamen a Dios; las lágrimas de tus oyentes sean tus alabanzas". Mientras más evidente sea Dios en tu trabajo, mayor autoridad tendrás ante los hombres. Debes comportarte como si vieras el trono de Dios y los millones de ángeles en gloria que lo atienden, sintiendo la veneración debida a su majestad cuando te acercas para las cosas santas, con temor a profanarlas y tomar su nombre en vano.

12. Toda la obra debe hacerse con espiritualidad, como hombres poseídos por el Espíritu Santo. Por la predicación de algunos corre un hilo espiritual que los oyentes espirituales captan para su delicia. Otros carecen de este cariz sagrado; aun cuando hablan de las cosas espirituales, parecen tratar asuntos corrientes. Los ejemplos e ilustraciones de la divina Verdad también deben ser espirituales, sacados de las Sagradas Escrituras en lugar de los escritos humanos. No se debe magnificar la sabiduría mundana contra la divina; la filosofía debe rebajarse y servir, dando el lugar principal a la fe. Los grandes eruditos de la escuela de Aristóteles deben cuidarse de gloriarse excesivamente en su maestro, despreciando a aquellos que están por debajo de ellos; no vayan a resultar inferiores en la escuela de Cristo, y el más pequeño en el Reino de los cielos, por muy grandes que sean a los ojos de los hombres. El más sabio se gloría únicamente en la Cruz de Cristo, y se propone no saber cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado (cf. 1 Co. 2:1). Los que tengan por tan cierto que Aristóteles está en el Infierno no deben usarlo como guía en el camino al Cielo. S. Gregorio nos ha dejado un excelente consejo: "En primer lugar Dios reúne a los indoctos, luego a los sabios. No

hace pescadores de los oradores, sino que transforma los pescadores en oradores". Que los más eruditos tengan esto presente.

Concede toda la estima debida a los escritores de este mundo, pero no los compares con la Palabra de Dios. No hay que rechazarlos, sino aborrecerlos como rivales o competidores de esta. El corazón destemplado pierde el gusto por la excelencia de la Escritura. El corazón espiritual participa de la naturaleza divina de la Palabra de Dios, porque esa fue la semilla que lo regeneró. La Palabra es el sello que deja la huella sagrada en el corazón de los verdaderos creyentes, que llevan la imagen de Dios; por eso se parecen a esta Palabra y la estiman grandemente toda la vida.

13. Si quieres prosperar en tu trabajo, asegúrate de mantener el deseo y la esperanza del éxito. Si tu corazón no anhela el fin de tu labor, o no anhelas ver convertidos y edificados a tus oyentes, estudiando y predicando sin esperanza no verás mucho éxito. El corazón falso y egoísta se contenta con seguir trabajando sin ver resultado alguno de su labor. He observado que Dios bendice sobre todo la obra de aquel que anhela el éxito. Es propio de un Judas tener en mayor estima el bolso que el trabajo, importándole poco lo que finge tener en mucho; si tiene su sueldo y el amor y los elogios de la gente, se da por satisfecho. Pero aquel que predica a Cristo para la salvación de los demás no debe darse por contento hasta lograr el fin de su predicación. No va por buen camino el predicador a quien le es indiferente obtener los fines debidos, ni le duele errar ni se goza en ver los resultados deseados. Cuando uno solo busca las frases que decir y la mejor manera de pasar la hora y conseguir los elogios de la gente, y solo le interesa la opinión que tiene la gente de su capacidad de año en año, llega a creer que tal persona solo predica para sí mismo, y no para Cristo, aunque predique a Cristo de manera aparentemente excelente. El medico sabio y compasivo no se contenta con dar medicinas sin ver mejoría alguna entre sus pacientes, sino que todos se mueren; el buen maestro tampoco se contenta con seguir enseñando aunque sus estudiantes no saquen provecho alguno de su instrucción; ambos pronto se cansarían.

Sé que el pastor fiel se consuela aun ante la falta de éxito. "Por demás he trabajado [...] pero mi causa está delante de Jehová, y mi recompensa con mi Dios" (cf. Is. 49:3). No es aceptado según los frutos, sino según la labor; pero el que no anhele el éxito no puede consolarse porque no labora fielmente. Solo digo esto para los que se fijan en la meta y se entristecen de errarla. Esto no es todo el consuelo que debes desear, sino que nos puede tranquilizar, si erramos, lo demás. ¿Y si Dios acepta al médico aunque muera el paciente? A pesar de eso debe trabajar con compasión, anhelando mejores resultados y lamentándose si no los logra. No solamente trabajas por tu propia recompensa, sino por la salvación de otros. Confieso que me asombran algunos ancianos reverendos que han vivido veinte, treinta o cuarenta años entre gente sin provecho, entre los cuales apenas han podido vislumbrar algún fruto de su labor y, sin embargo, persisten con paciencia en la obra. Personalmente, aunque no me atreviera a marcharme de la viña ni dejar mi trabajo, empezaría a sospechar que fuera la voluntad de Dios que me fuera a otra parte dejando mi puesto a otro más capacitado; no me contentaría fácilmente con pasar mis días de esa manera.

14. Toda la obra debe llevarse a cabo con un profundo sentimiento de nuestra propia insuficiencia y dependencia total de Cristo. Debes acudir a Aquel que te envió a la mies por la luz, la vida y la fuerza necesarias. Cuando sientes que tu fe se debilita y tu corazón se entorpece de manera que no puedes hacer la obra, debes recurrir a Él, diciendo: "Señor, ¿acaso me envías con este corazón incrédulo para persuadir a los demás a creer? ¿Cómo puedo hablar a diario con los pecadores sobre la vida y la muerte eternas, sin más convicción de estas cosas importantes en mi propio corazón? No me envíes desnudo y desprovisto a la obra, sino como tú me has mandado hacerlo, dame un espíritu capacitado para ello". Debes cumplir con el trabajo tanto por la oración como por la predicación; aquel que no ora de corazón por su congregación, tampoco predica sinceramente. Si no consigues que Dios les conceda la fe y el arrepentimiento, nunca conseguirás que crean y se arrepientan. Cuando tu cora-

zón y los suyos están en mal estado, si no conseguimos que Dios los arregle y ayude, poco éxito tendrás.

15. Una vez presentados estos aspectos del trabajo pastoral de los cuales cada pastor debe ocuparse individualmente, termino con uno más que es muy necesario para los que colaboramos en la misma obra. Debemos fomentar la unión y comunión entre pastores, y la unidad y la paz de las congregaciones que están a nuestro cargo. Debemos ser sensibles a lo necesario que es esto para la prosperidad de todos, para fortalecer la causa común, por el bien de los miembros individuales del rebaño, y para extender el Reino de Cristo. Por eso los pastores deben dolerse con las heridas de la Iglesia, y lejos de ser líderes en las divisiones, deben dedicarse a evitarlas y sanarlas. Día y noche deben buscar los medios de cerrar las brechas. No solamente deben escuchar las peticiones de unidad, sino formularlas y efectuarlas; no solamente deben meditar en la paz ofrecida, sino buscarla cuando se les escapa. Por eso deben sostener estrechamente la antigua sencillez de la fe cristiana, fundamento y centro de la unidad universal. Deben aborrecer la arrogancia de aquellos que inventan nuevos artilugios para destrozarse y herir la Iglesia de Cristo bajo disfraz de evitar los errores y mantener la Verdad. Hay que sostener la suficiencia de la Escritura sin imponer otras cosas a los demás. Si los papistas u otros nos preguntan por la regla de nuestra fe, debemos enseñarles la Biblia en lugar de alguna confesión de fe u otro escrito de los hombres. Hay que aprender a distinguir entre lo cierto y lo incierto, lo necesario y lo innecesario, las verdades universales y la opinión privada; debemos poner el peso de la paz de la Iglesia sobre los primeros y no sobre los últimos. Hay que evitar la confusión común que suscita el hablar de los que no distinguen entre errores verbales y reales, odiando la locura que antes se propagaba entre teólogos que destrozaban a sus hermanos por herejes antes de comprenderlos. Hay que ver claramente el verdadero estado de las controversias, reduciéndolas al punto en que estriba la diferencia, en lugar de hacer que parezcan más graves de lo que son. En lugar de reñir con los hermanos, debemos unirnos contra el adversario común. Todos los pastores deben unirse para com-

partir la comunión y la correspondencia, reuniéndose constantemente para estos fines, sin dejarse interrumpir por asuntos menores. Deben hacer todo lo posible para la obra de Dios en unión y concordia. Para esto sirven los sínodos: no para señorear unos sobre otros, haciendo leyes, sino para evitar las confusiones, consultar para la edificación mutua, mantener el amor y la comunión, y seguir unánimes en la obra que Dios ya nos ha encomendado. Si los ministros del Evangelio hubieran sido desde un principio hombres de paz con un espíritu unificador en lugar de faccioso, la Iglesia de Cristo no estaría en su estado actual. Los distintos países luteranos y calvinistas y los distintos partidos enfrentados en nuestra nación no buscarían sojuzgar unos a otros, y no habría aquel distanciamiento y amargura que fortalecen a nuestro adversario común y estorban la edificación y prosperidad de la Iglesia.

Sección 3

Los motivos de esta vigilancia

Una vez considerada la manera de vigilar el rebaño, daré algunos motivos de esta vigilancia, limitándome a los que se encuentran en el texto escogido.

1. La primera consideración que sugiere este versículo es nuestra relación con el rebaño: somos *obispos* o “vigilantes”.

(1) La naturaleza del oficio requiere que “miremos por todo el rebaño”. ¿Para qué si no somos pastores? Polidoro Virgilio, eclesiástico e historiador angloitaliano del s. XVI, dice: “‘Obispo’ es un título que implica más trabajo que honor”. Ser obispo o pastor no es constituirse en un ídolo para la adoración de la gente, ni en barrigas torpes que viven para las delicias de la carne, sino guiar a los pecadores al Cielo. Es triste que uno tenga un oficio cuya naturaleza desconoce, y emprende una tarea inexplorada. ¿Acaso toman en serio el cargo aquellos que viven para el ocio y el placer, pasando el tiempo en actividades superfluas y charlas inútiles cuando queda tanto trabajo sin hacer? Hermano, ¿has pensado bien el cargo que has tomado? Has prometido guiar bajo Cristo a una tropa de sus soldados “[...] contra principados, contra potestades [...], contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (cf. Ef. 6:12). Tendrás que liderarlos en batallas cruentas, explicándoles las estratagemas y asaltos del enemigo; tendrás que ser vigilante tú mismo y mantenerlos atentos. Si te descarrías, tanto ellos como tú mismo se perderán. Tu enemigo es sutil; tú debes ser sabio. Tu enemigo es vigilante; tú debes mantenerte atento. Tu enemigo es violento, malicioso y perverso; tú debes ser decidido, valiente e incansable. Estás rodeado de muchos enemigos por todos lados, y si solamente estás atento a uno a la vez, pronto caerás. Tienes mucho trabajo por delante. Si solo tuvieras a un anciano o anciana ignorante que enseñar, te costaría trabajo aunque estuviera dispuesto a aprender. Pero si estuviera poco dispuesto además de ser ignorante, ¡cuánto más difícil sería! Como la mayoría nos encontramos con multitud de ignorantes a nuestro cargo, nos encontramos con mucho más trabajo. ¡Es

duro tener que razonar con los que casi han perdido la capacidad de pensar, o discutir con los que no se entienden a sí mismos ni a ti! Hermano, hay que luchar contra todo un mundo de maldad en una sola alma; y he aquí multitud de mundos. Cuando crees haber logrado algo, dejas la semilla a merced de las aves (cf. Mt. 13: 4); los impíos siempre se levantarán para contradecir lo que has dicho. Tú hablas con el pecador una vez por cada veinte que le hablan los emisarios de Satanás.

Además, el afán y el engaño del mundo pronto ahogan la semilla que has sembrado. Si el único enemigo de la Verdad fuera uno mismo, ¡qué pronto apaga el frío corazón carnal las chispas que tanto te han costado encender! Se apagarán solas por falta de combustible y ayuda. Cuando crees que tu labor ya ha tenido un éxito feliz, y ves cómo la gente confiesa sus pecados y promete reformarse, viviendo como nuevas criaturas y conversos celosos, ¡ay! Al final su corazón puede resultar engañoso; tal vez han sufrido solamente un cambio superficial a causa de las nuevas ideas y compañías, sin haberse renovado realmente de corazón. Muchos, después de un cambio considerable, se dejan engañar por las riquezas y honores del mundo, y se ven de nuevo envueltos en la red de sus antiguos deseos. Otros simplemente cambian una forma vergonzosa de complacer a la carne por otra menos deshonrosa que les deja la conciencia más tranquila. Algunos caen en la soberbia antes de conocer la fe en profundidad; confían en la fuerza de su mentalidad humana y se aferran a todo error que se les presenta bajo el nombre de la Verdad. Como los polluelos que se alejan de la gallina, se ven presos de aquel rapaz infernal por despreciar la dirección y los consejos de los que Cristo ha puesto sobre ellos para su seguridad. ¡Hermano, cuánto trabajo tienes por delante! Todos los que ves pueden darte algo que hacer. Entre los mismos santos, las virtudes cristianas pronto decaen si se dejan desatendidas; caen fácilmente en el pecado para deshonor del Evangelio y su propia pérdida y dolor. Siendo esta la tarea del pastor, ya ves la vida que le espera. Levántate, entonces, y trabaja con todas tus fuerzas; las dificultades deben incitarnos en esta obra tan necesaria, en lugar de desalentarnos. Si no puedes hacerlo todo, haz lo que puedas; porque si lo dejas, ¡ay de ti, y

⋮

de las almas a tu cargo! Si pasas todos estos deberes por alto, pensando que con un sermón tolerable probarás ser ministro fiel y aceptable ante Dios y el hombre, tu recompensa será tan superficial como tu obra.

(2) Recuerda que has emprendido todo este trabajo voluntariamente. Nadie te obligó a hacerte pastor. La honradez común debería obligarte a cumplir fielmente con tu deber.

(3) Recuerda que tu honra debe estimularte en el trabajo. Es un gran honor ser embajador de Dios e instrumento de la conversión de las almas, salvándolas de la muerte y cubriendo multitud de pecados (cf. Stg. 5:20). El honor solo acompaña la labor. Entonces, luchar por la precedencia como han hecho los preladados de la Iglesia a lo largo de la Historia, llenando el mundo de contiendas sobre la dignidad y superioridad de sus puestos, demuestra que hemos olvidado la naturaleza del oficio que hemos emprendido. Pocas veces se ve contender a los pastores por el derecho de entrar en la casa de un pobre para enseñar a su familia el camino al Cielo, ni por el derecho de convertir a los pecadores, ni de hacerse siervo de todos. ¡Qué curioso; a pesar de todas las claras enseñanzas de Cristo, los hombres siguen sin comprender la naturaleza de este oficio! De comprenderlo, no creo que contendieran por ser pastor de más de una región, habiendo tantos miles de pobres pecadores en su entorno que claman por ayuda, y a quienes no son capaces de ayudar ni están dispuestos a hacerlo, cuando pueden vivir tranquilamente entre profanos en su propia casa sin buscar incesantemente su conversión. ¿Cómo querrán ostentar el cargo y el honor de la obra en toda una región cuando no son capaces de hacer el trabajo de una sola parroquia, ya que el honor solo acompaña la labor? ¿Buscan títulos y honores, o el trabajo y sus fines? Si se entregaran de manera fiel, humilde y abnegada a Cristo y su Iglesia sin pensar por un momento en títulos y fama, tendrían la fama sin buscarla; pero al anhelarla la pierden. Este es el caso de la sombra de la virtud: "Huyo de aquel que me persigue; sigo a aquel que me rehuye".

(4) Recuerda que hay muchos privilegios excelentes que te incitan al trabajo pastoral. Entonces, si no haces el trabajo, no tendrás los privilegios. Ya es bastante que te mantenga el traba-

jo de los demás, para que no tengas que dejar la labor, sino que puedas entregarte plenamente a estas cosas, como dice Pablo en Hechos 6:2, sin tener que desatender a las almas para ganar tu sustento. Haz el trabajo, o no aceptes el sueldo.

Tus privilegios son aún mayores. ¿Te parece poco haber recibido una educación cuando otros han tenido que aprender oficios humildes, y disfrutar de tanto conocimiento delicioso cuando el mundo persiste en ignorancia? Recuerda que hablas con hombres eruditos de cosas gloriosas, mientras los demás hablan con gente vulgar y poco instruida. ¡Sobre todo, es un excelente privilegio vivir estudiando y predicando a Cristo, indagar continuamente sus misterios y alimentarte de ellos, considerar a diario la naturaleza, obras y caminos benditos del Señor! Otros se alegran de tener un poco de ocio en el día del Señor y alguna otra hora de descanso ocasional, pero tú puedes disfrutar de un día de reposo continuo. Puedes dedicarte casi exclusivamente a estudiar y hablar de Dios y su gloria, orar y alabarle y absorber su sagrada Verdad redentora. Tu empleo es alto y espiritual. Estando solo o acompañado, trabajas para el otro mundo. ¡Ojalá tu corazón estuviera templado para esta obra! Entonces tu vida sería una bendición de gozo, y el estudio y el púlpito te resultarían dulces. La conversación sobre asuntos espirituales y eternos sería una delicia. Vives con la ayuda excelente que se halla en tu biblioteca en compañía de tantos compañeros sabios y callados; todos estos y otros privilegios parecidos del ministerio reclaman tu diligencia constante en la obra.

(5) Tu trabajo te relaciona con Cristo tanto como con el rebaño. Eres mayordomo de sus misterios y gobernador de su casa; Aquel que te confió la obra te mantendrá en ella. "Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel" (cf. 1 Co. 4:2). Si eres fiel a Dios, no te quepa duda que Él lo será contigo. Si alimentas a sus ovejas, Él te alimentará como lo hizo con Elías; no te dejará pasar hambre. Si estás en la cárcel, abrirá las puertas; pero tendrás que librar a las almas encarceladas. "[Te dará] palabra y sabiduría, la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se opongan" (cf. Lc. 21:15); pero debes usarlas fielmente para Él. Si extiendes tu mano para aliviar a los oprimidos, Él secará toda mano que se levanta contra ti. Estoy

seguro de que los pastores de este país saben esto por experiencia; muchas veces Dios les ha rescatado de las fauces del devorador. Han sido librados de los papistas crueles, de los tiranos perseguidores, y de los hombres apasionados y desatinados. ¿Por qué ha hecho Dios todo esto: por ellos, o por su Iglesia? Solo eres más valioso para Él que los demás a causa de su obra y el bien de la gente. ¿Acaso eres un ángel, o está tu carne hecha de mejor barro que la de tus prójimos? Eres de la misma generación de pecadores, tan necesitado como ellos de la gracia divina. Levántate entonces, y trabaja como redimido del Señor, como uno que ha sido rescatado de la ruina expresamente para su servicio. Si crees que Dios te ha redimido para sí, vive sin reservas para Aquel que te ha liberado.

2. El segundo motivo que se saca del texto es la causa eficaz de esta relación. El Espíritu Santo te ha hecho pastor de su Iglesia, y por ende es necesario prestarle oídos. El Espíritu Santo hace pastores u obispos de la Iglesia en tres aspectos: al cualificarlos para la obra, al dirigir a los que ordenan a discernir sus cualidades y reconocer a los hombres más adecuados, y al dirigir a estos y a las congregaciones a nombrarlos a ciertos cargos en particular. Todo esto se hacía antiguamente de manera extraordinaria, a menudo por la inspiración. Hoy en día se hace de manera normal, siempre con la ayuda del Espíritu. Pero es el mismo Espíritu de antes; y cuando los hombres son llamados correctamente a ser pastores y obispos de la Iglesia, es por su intervención. Es una extraña noción de los papistas que la ordenación a manos de los hombres es más necesaria para el oficio pastoral que el llamamiento del Espíritu Santo. Dios ha determinado en su Palabra que este oficio exista, y en qué consiste su obra y poderes, y la clase de hombre que debe recibirlo. Ninguna de estas cosas puede ser invalidada por el hombre. Dios también da a los hombres las cualidades necesarias, de manera que la Iglesia, sean pastores o feligreses, electores u ordenantes, solo tiene que discernir y determinar cuáles son aquellos que Dios ha cualificado y aceptarlos, instalándolos con su consentimiento en este solemne oficio.

Entonces nuestro llamamiento a la obra nos supone una gran

obligación. Si la comisión viene del Cielo, no podemos desobedecer. Cuando Cristo llamó a los Apóstoles a dejar sus empleos seculares, inmediatamente dejaron sus hogares, amigos y negocios para seguirle. Cuando Pablo oyó la voz de Cristo, no fue rebelde a la visión celestial (cf. Hch. 26:19). Aunque tu llamamiento no sea tan inmediato ni extraordinario, proviene del mismo Espíritu. No es bueno imitar a Jonás y dar la espalda al mandamiento de Dios. Si desatendemos la obra, Dios tiene un agujón para despertarnos; si huimos, tiene mensajeros para perseguirnos, traernos de vuelta y obligarnos a ello. Es mejor hacerlo antes que después.

3. El tercer motivo que se observa en el texto es la dignidad de la causa que nos es encomendada: la *Iglesia de DIOS*, la Iglesia para la cual el mundo se sostiene en gran medida, santificada por el Espíritu Santo, cuerpo místico de Cristo, la Iglesia a la que atienden los ángeles como espíritus ministradores, y cuyos pequeños tienen ángeles en los cielos que ven siempre el rostro del Padre que está en los cielos (cf. Mt. 18:10). ¡Qué importante es el cargo que has emprendido! ¿Cómo podrás ser infiel? Eres mayordomo de la casa de Dios; ¿acaso podrás desatenderla? ¿Podrás desatender la conducta de los santos que vivirán eternamente con Dios en la gloria? ¡No quiera Dios! Te ruego que esta palabra despierte a los descuidados. Si te frenan los deberes dolorosos, desagradables o sufrientes, dejando de lado las almas con formas ineficaces, ¿crees que así tratas bien a la Esposa de Cristo? Las almas son dignas de ver a Dios cara a cara; ¿acaso no valen tus mejores esfuerzos en la Tierra? ¿Acaso crees que la Iglesia de Dios no merece tus mejores cuidados y ayuda? Si fueras pastor de ovejas o cerdos, no los dejarías al azar diciendo: "No vale la pena vigilarlos", especialmente si fueran de tu propiedad. ¿Te atreves a adoptar esta actitud ante las almas que componen la Iglesia de Dios? Cristo anda entre ellas; recuerda que está presente y sé diligente en el trabajo. "[Son] linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que [anuncien] las virtudes de aquel que [los] llamó" (cf. 1 P. 2:9). ¿Podrás desampararlos? ¡Es un gran honor ser uno de ellos, o ser portero en la casa de Dios!



Pero ser sacerdote de estos sacerdotes, gobernar a estos reyes, es un honor que multiplica tus obligaciones a la diligencia y fidelidad en esta tarea tan noble.

4. El último motivo mencionado en Hechos 20:28 abarca el precio pagado por la Iglesia que vigilamos: "la cual él ganó por su propia sangre". Es un buen argumento para despertar a los negligentes y condenar a aquellos que no se despiertan a su deber. Uno de los antiguos doctores de la Iglesia ha dicho: "Si Cristo me hubiera encomendado una sola cucharada de su sangre en una vasija de cristal, la conservaría con tiernos cuidados. Entonces, si me ha encomendado el precio de su sangre, ¿acaso no cuidaré de mi cargo?". Hermano, ¿cómo podemos despreciar la sangre de Cristo! ¿Acaso crees que se derramó por aquellos que no merecen tus mejores cuidados? Ya ves lo grave que es desatender el cargo de pastor. En cuanto a los negligentes, la sangre de Cristo se derramó en vano. Perderían aquellas almas que Él compró a tan alto precio.

Presta oídos a estos argumentos de Cristo cuando te sientas torpe y descuidado: "Yo morí por estas almas; ¿no las cuidarás? Merecieron mi sangre; ¿acaso no merecen tu esfuerzo? Bajé del Cielo a la Tierra para buscar y salvar lo que se había perdido (cf. Lc. 19:10); ¿no serás capaz de ir al vecino, o a la calle, o a los pueblos, a buscarlos? ¡Tu esfuerzo y humillación son tan pequeños comparados con los míos! Yo me rebajé a esto, pero para ti es un honor. He hecho y sufrido tanto por su salvación, y te llamé para ser mi colaborador; ¿te niegas a hacer lo poco que te queda?". Cada vez que mires la congregación, recuerda con fe que fue comprada con la sangre de Jesús, y por eso debes mirar por ella con el más tierno amor e interés. Imagínate la confusión del pastor negligente en el día final, cuando esta sangre del Hijo de Dios clame en su contra; y que Cristo diga: "Desestimaste a los que compré con mi sangre; ¿crees que te salvará a ti?". Ya que la sangre de Cristo nos reclama, que nos reclame al deber, no a la condenación.

Así termino con los motivos que he visto en este versículo. Existen muchos más que se podrían sacar de esta exhortación

del Apóstol Pablo, pero no podemos considerarlos todos. Si el Señor graba estos en tu corazón, no me cabe duda que tendrás motivos suficientes para enmendarte. El cambio del corazón y el ministerio será tal que tanto tú como tu congregación tendrán motivos para alabar a Dios. Sé que soy un maestro indigno, pero necesitas uno; es mejor oír el pecado y el deber declarado por cualquiera, que no declarado. Recibe esta exhortación, y la indignidad del maestro no será motivo de arrepentirte por ello. Pero si la rechazas, el mensajero más indigno tal vez traiga algún día un testimonio contra ti que te dejará avergonzado.

La aplicación

Sección 1

Los usos de la humillación

Estimado hermano, hoy debemos humillarnos ante Dios por las negligencias del pasado, implorando la ayuda de Dios para la obra futura. No podemos esperar lo último sin lo primero. Si Dios nos ayuda en el deber del futuro, primero nos humillará por el pecado del pasado. El que no está tan consciente de sus fallas como para lamentarlas, difícilmente se sentirá impulsado a reformarse. El dolor del arrepentimiento puede existir sin un cambio de corazón ni de vida, ya que es más fácil crear una emoción que una conversión verdadera. Pero no puede haber cambio sin una buena medida de dolor. De hecho, podemos empezar aquí la confesión: es demasiado común esperar algo de los feligreses que no queremos hacer nosotros mismos. ¡Nos esforzamos en humillarlos y no nos humillamos con ellos! Les amonestamos con la esperanza de sacarles alguna lágrima de penitencia, ¡y nuestros ojos permanecen secos! Les damos ejemplo de la dureza de corazón a la vez que intentamos quebrantarlos con nuestras palabras. Si nos esforzáramos un poco para afectar y reformar nuestros propios corazones, como lo hacemos con los de nuestros oyentes, muchos nos veríamos muy cambiados. Poco hacemos por su contrición, pero me temo que algunos de nosotros hacen mucho menos por la suya propia. Demasiados hacen algo por las almas de los demás, olvidando que también tienen un alma que cuidar. Se portan como si lo suyo fuera llamar al arrepentimiento, y les tocara a los oyentes arrepentirse; como si su parte consistiera en causar las lágrimas y el dolor, y la de los demás en llorar y acongojarse; como si lo

suyo fuera predicar el deber para que lo practicaran los oyentes.

Pero vemos en la Escritura que los directores del pueblo de Dios confesaban su propio pecado tanto como el del pueblo. Esdras confesó los pecados de los sacerdotes y del pueblo, llorando y postrándose ante la casa de Dios (cf. Es 9). Daniel confesó tanto su propio pecado como el del pueblo (cf. Dan 9). Si meditamos bien en los deberes ya tratados, y vemos lo mal que los hemos cumplido, no habrá que preguntar si hay motivo suficiente de contrición. Aunque me condeno a mí mismo al decirlo, debo decir que el que lea solamente la exhortación del Apóstol Pablo a los ancianos de la iglesia en Éfeso y compare su vida con ella, será duro y torpe de corazón si no se quebranta al contemplar sus propios errores, postrándose en tierra ante Dios y lamentando sus grandes omisiones, refugiándose en la sangre de Cristo y su gracia perdonadora. Confío, hermano, que no apruebes aquella doctrina libertina que borra la necesidad de la confesión, la contrición y la humillación para el perdón de los pecados. Es una lástima que los corazones no sean tan ortodoxos como las cabezas. Solo has aprendido la mitad de la lección cuando puedes repetirla. Cuando la has comprendido, hay que enseñarla a la voluntad, las emociones, los ojos, la lengua y las manos. Es triste que tantos adormezcan a las congregaciones con la predicación, pero es más triste aún que algunos estudien y prediquen dormidos, hablando tanto tiempo contra la dureza de corazón que el suyo propio se ha endurecido por el ruido de su propia exhortación.

Para que veas que Dios no requiere un dolor sin causa, te pido que recuerdes tus muchos pecados, ordenándolos en tu mente para poder tratarlos franca y fielmente en libre confesión. Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad (cf. 1 Jn. 1:9). Supongo que estarás de acuerdo y que, lejos de ofenderte conmigo aunque te cause alguna vergüenza a ti y algún otro pastor, te acusarás a ti mismo de buen grado y con humildad. En lugar de buscar justificarme por las acusaciones de los demás, francamente firmo como primer acusado. ¿Acaso el triste pecador, culpable de tantas y tan graves transgresiones, podrá presumir justificarse ante Dios? ¿Cómo puede declararse inocente aquel cuya conciencia lo

acusa? Si traigo deshonra al ministerio, no es al oficio sino a mi persona, al descubrir el pecado que me deshonra. La gloria del alto oficio no glorifica el pecado, ya que el pecado es afrenta de las naciones (cf. Pr. 14:34). Sean pastores o feligreses, solo aquellos que lo confiesan y se apartan alcanzarán misericordia (cf. Pr. 28:13), "mas el que endurece su corazón caerá en el mal" (cf. v. 14).

No voy a enumerar los grandes pecados que hemos cometido; por tanto, el pasar por alto alguno no se debe interpretar como una negación ni justificación. Pero considero mi obligación citar algunos que claman a voces por contrición y reforma.

Primero debo establecer esta profesión: a pesar de todas las faltas que cometemos, no creo que este país haya tenido nunca antes pastores tan capacitados y fieles como ahora; y temo que pocas naciones, si hubiera alguna, tengan su igual. Estoy seguro de que los cambios han sido tan grandes en los últimos años que constituye mi mayor gozo. ¡Cuántas congregaciones que antes andaban en tinieblas reciben enseñanza clara y frecuente! Hay muchos más hombres capacitados ahora que antes. Dios ha prosperado por su gracia los estudios de muchos jóvenes, de manera que ahora sobrepujan a sus mayores. Hace menos de veinte años, habría tenido que viajar mucho para escuchar a alguno de los antiguos reverendos cuyas congregaciones han mermado y que se tienen en poca estima a causa de la mejoría notable de estos jóvenes. En particular, el Señor ha mostrado gran misericordia a nuestra región al levantar a tantos que glorifican su oficio sagrado, entregándose de manera abnegada, libre, celosa e incansable por el bien de las almas. Bendigo al Dios que me ha puesto donde puedo tener comunión con tantos hombres capacitados, fieles, humildes, unánimes y pacíficos. ¡Que el Señor tenga misericordia de esta manera admirable durante mucho tiempo de este indigno condado! Espero gozarme en Dios, mientras viva, por el cambio que he observado en otras partes durante mi vida; tantos centenares de hombres fieles que se esfuerzan por salvar las almas, ante el murmurar y crujir de dientes del enemigo; y surgen cada vez más. Sé que algunos, cuya capacidad estimo y que ostentan otras opiniones doctrinales, se ofenderán por la mera mención de estos cambios

felices (*); pero debo confesar que aunque fuera absolutamente a favor del sistema episcopal y conociera mi propio corazón, no podría por menos que regocijarme ante la prosperidad de la Iglesia a causa de una diferencia de opinión humana en cuanto a la ordenación. No podría cerrar los ojos a las misericordias del Señor; las almas no me resultan tan despreciables como para querer quitarles el pan de la vida porque se lo ofrezca una mano sin la aprobación de la Iglesia oficial. ¡Ojalá que todas las congregaciones comieran de él! Pero no se puede hacer todo a la vez. El pastorado corrupto se arraigó hace tiempo, y una vez expulsados los escandalosos e ignorantes, no podemos crear capacidad en los demás para suplirlos; hay que esperar mientras se preparan y maduran. Entonces, si el país no rechaza el Evangelio a causa de sus abusos y rechazo voluntario de la renovación de sus vidas y su odio a la luz, será la nación más feliz de la Tierra. En cuanto a las sectas y herejías que se cuelan a diario para turbarnos, no me cabe duda que el Evangelio en manos de un ministerio capacitado y abnegado podrá dispersarlas y avergonzarlas eficazmente.

Tú dirás que esto no es confesar el pecado, sino aplaudir los pecados de otros que finges confesar. Yo respondo que es el reconocimiento debido de la bondad divina, y una acción de gracias por su misericordia admirable, para no parecer desagradecido en la confesión ni mucho menos enturbiar o vilipendiar la gracia de Dios al descubrir la debilidad que acompaña las virtudes de muchos; aun en los mejores casos hay graves trastornos, como se verá en lo siguiente:

1. Uno de los peores y más palpables pecados es el **ORGULLO**. Este pecado tiene parte excesiva en los mejores, y resulta más odioso e imperdonable en los pastores que en los demás. El orgullo es tan prevaleciente en algunos que dicta sus sermones, elige sus compañeros, se expresa en sus rostros y da énfasis a sus palabras. Llena la mente de algunos de deseos y planes ambiciosos; la satura de pensamientos envidiosos y amargos contra los que les tapan la luz, eclipsan de alguna manera su gloria, o estorban el progreso de su reputación. Este pecado del orgullo es un compañero constante, un comandante tirano, un

enemigo sutil e insinuante. Acompaña a los hombres al sastre, eligiendo la tela, los adornos y la moda que siguen al vestir. Pocos pastores seguirían tan de cerca la moda de vestir y peinarse del mundo si no fuera por este vicio tirano. Ojalá que esto fuera todo, o aún lo peor. Pero también les acompaña frecuentemente en el despacho, y les ayuda a trabajar. A menudo elige el asunto, y más aún, las palabras y figuras empleadas. Dios nos manda hablar con toda la sencillez posible, para informar a los ignorantes, y de forma convincente y sincera para quebrantar y transformar los corazones endurecidos. Pero el orgullo se levanta y lo contradice todo, sacando a relucir sus artilugios y perifoneos. Contamina en lugar de pulir; en lugar de adornar el discurso de forma loable, deshonorra los sermones con necedades infantiles, como si un príncipe se vistiera de bufón o comediante. Les convence para pintar la ventana y así difuminar la luz, diciendo cosas que la congregación no puede comprender, dando a conocer que hablan sin provecho. Si el pastor encuentra un pasaje penetrante, el orgullo embota el aguijón y quita la viveza de la predicación fingiendo pulir lo superfluo y desigual. Cuando Dios le manda tratar con los hombres para su salvación, rogándoles sinceramente, este maldito pecado lo controla todo, condenando los mandamientos sagrados de Dios y diciendo: "¿Quieres que la gente crea que estás loco o que deliras? ¿No puedes hablar con moderación?". Así, el orgullo labra los sermones de más de uno, y lo labrado por el orgullo es obra del diablo. Ya te puedes imaginar la clase de sermones que escribe el diablo, y con qué fin. Aunque sea el asunto las cosas de Dios, si la presentación y el fin son de Satanás, no podrás esperar un gran éxito.

Cuando el orgullo ha escrito el sermón, acompaña al predicador al púlpito, dicta el tono y la expresión, y le hace suprimir lo que pueda ser desagradable por muy necesario que sea, situándole en busca de los aplausos vanos. En resumen, hace que el hombre se busque a sí mismo al estudiar y predicar, negando así a Dios, cuando debería buscar la gloria de Dios y negarse a sí mismo. En lugar de preguntarse: "¿Qué puedo decir y de qué manera para complacer a Dios y hacer el mayor bien posible?", el orgullo le hace preguntarse: "¿Qué puedo

decir y de qué manera para que me tengan por un predicador erudito y me aplaudan?". Cuando el culto ha terminado, el orgullo le acompaña a casa y le hace interesarse más por los posibles halagos de los demás que por las almas salvadas. Si no fuera por vergüenza, sería capaz de preguntar a la gente si les ha gustado, para sacar más aplausos. Si se da cuenta de que lo estiman, se goza por haber alcanzado el fin deseado; pero si lo tienen por un hombre débil o corriente, se molesta porque ha fallado en conseguir el premio que tenía ante sus ojos.

Esto tampoco es todo, ni lo peor, si es que puede haber algo peor. ¡Lástima de aquellos pastores que ambicionan la popularidad y estima de los hombres hasta el punto de envidiar los dones y la reputación de los hermanos que tienen preferencia sobre ellos, como si se les quitaran las alabanzas otorgadas al otro; como si Dios hubiera dado sus dones para servirles de meros adornos y aumentar su reputación en el mundo, y que tuvieran derecho de hollar bajo sus pies los dones de los demás porque parecen estorbar su propia honra! ¿Cómo puede un santo predicador de Cristo envidiar aquello que lleva la impronta de Cristo, calumniando los dones que deben glorificarlo porque parecen estorbar su propia gloria? ¿Acaso no es verdad que todo cristiano es miembro del Cuerpo de Cristo y, por tanto, participa de las bendiciones del Cuerpo y de cada miembro en particular? Todos deben dar gracias a Dios por los dones de sus hermanos; no solamente porque participan de ellos, como el pie que aprovecha la dirección del ojo, sino también porque tanto los dones del hermano como los suyos propios pueden ayudar a lograr sus propios propósitos. Si su meta final no es la gloria de Dios y el bienestar de la Iglesia, no es cristiano. ¿Acaso un obrero calumnia a otro porque le ayuda a trabajar? Sin embargo, por desgracia, este crimen odioso es muy común entre los ministros del Evangelio. Emborronan en secreto la reputación de los que estorban el provecho propio; lo que no pueden hacer abiertamente por vergüenza, porque se revelarían como mentirosos y calumniadores, lo hacen en términos generales y por indirectas maliciosas, sembrando la sospecha cuando no pueden acusar abiertamente. Algunos llegan hasta el punto de no querer que predique en su púlpito un hermano más capacitado

que ellos, para no perder los aplausos de la congregación. Es terrible que un pastor con el menor temor de Dios envidie de tal manera los dones de Dios, que prefiera que sus oyentes carnales permanezcan sin salvar y los dormidos sin despertar antes que lo haga otro que pueda resultar preferido sobre él mismo. Este vicio está tan extendido, que en las congregaciones grandes que necesitan la asistencia de varios predicadores, a menudo resulta difícil que dos de la misma calidad trabajen juntos en amor, paz y unanimidad para llevar a cabo la obra de Dios. A no ser que uno de los dos sea bastante inferior al otro y se contente con ello, o que sea coadjutor bajo las órdenes del otro, contendrán por la precedencia y andarán con envidia, celos y sospecha mutua, para vergüenza de su profesión y perjuicio de la congregación. Me da vergüenza pensar que cuando yo me esfuerzo por convencer a los capacitados e influyentes de la gran necesidad de tener varios predicadores en las congregaciones grandes, me responden que nunca se pondrán de acuerdo entre ellos. Espero que en la mayoría de casos esto sea falso, pero es muy triste que sea verdad en alguno. Algunos están tan carcomidos por el orgullo, que cuando podrían tener un ayudante igualmente capacitado para ayudar en la obra de Dios, prefieren asumir toda la carga, aunque sea superior a sus fuerzas, a compartir el honor con otro o perder algún punto en la estima de su congregación.

De ahí que los hombres ensalcen tanto sus propias opiniones y censuren las que sean distintas aun en las cosas menores, como si contradecirles a ellos fuera contradecir a Dios. Esperan que todos se conformen a sus juicios, como si gobernaran la fe de la Iglesia. A la vez que denunciamos la infalibilidad papal, demasiados queremos ser papas por cuenta propia y que todos los demás acepten nuestras decisiones como si fuéramos nosotros infalibles. Es verdad que somos demasiados modestos para decirlo francamente; decimos que solamente queremos que los demás cedan ante las evidencias a favor de la Verdad según la vemos, y que solo somos celosos de la Verdad y no de nosotros mismos. Pero como queremos que se tome nuestra propia opinión por la Verdad, también hay que dar por válidos nuestros razonamientos. Si se examinan libremente y se revelan

por falsos, nosotros no podemos verlo por ser nuestros; entonces nos enfadamos porque los demás lo han descubierto. Somos tan fieles a la causa de nuestros errores, como si todo lo que se dijera contra ellos fuera contra nosotros mismos, y como si fuera una herida mortal ver refutados los argumentos con los que hemos herido la Verdad y las almas de los hombres. Por orgullo se ha llegado al punto de que si un error o argumento falso se ha patrocinado por algún famoso —lo cual es muy común—, o hay que darle la victoria y vender la Verdad, o insultar a aquel que lo promulgue. Aunque no hables de él personalmente, cae bajo todos los golpes dados a sus argumentos, y los siente tanto como si hubieras hablado de su persona, creyendo que los demás pensarán que un argumento débil es señal de un hombre débil. Entonces, si consideras que es tu deber avergonzar sus errores y razonamientos falsos descubriendo su desnudez, considera que has menoscabado su persona; su nombre sirve de escudo y fortaleza para sus errores, y su reverencia debe defenderlos de todo ataque.

El espíritu humano es tan altanero, que cuando uno se ve obligado a contradecirnos o amonestarnos, nos impacientamos tanto con el hombre como con el asunto. Amamos a aquel que habla como nosotros, compartiendo nuestras opiniones y avanzando nuestra reputación, aunque en otros aspectos sea menos digno de estima. Pero nos desagrada aquel que nos contradice y nos habla francamente de nuestros errores y faltas. Especialmente en los discursos públicos, donde los ojos del mundo están sobre nosotros, casi no podemos soportar la contradicción ni la franqueza. Sé que hay que evitar el lenguaje violento, y que debemos cuidar tanto la reputación de los demás como permita la fidelidad a la verdad. Pero el orgullo hace que demasiados creamos que todo aquel que no nos admira, nos condena; ha de admirar todo lo que decimos, sometiendo su juicio a nuestros errores más palpables. Somos tan sensibles que casi no se nos puede tocar sin herirnos, y tan altaneros que aquel que no conoce el arte del halago apenas nos puede tratar. Si no sabe encajar con nuestras expectativas a cada paso, nuestro espíritu altanero se aferra a alguna palabra o gesto, interpretándolo como un insulto.

Confieso que a menudo me asombra que se tenga en tan poco este pecado odioso, considerándose acorde con la vida y corazón santificados del pastor a la vez que se denuncia la gravedad de pecados muy menores ante la congregación; y me asombra más aún la diferencia entre los pastores piadosos y los pecadores al respecto. Cuando hablamos con los borrachos, mundanos o inconversos ignorantes, les colmamos de injurias y hablamos muy claramente de todo su pecado, vergüenza y desgracia, esperando que no solamente lo soporten con paciencia sino que nos lo agradezcan. La mayoría de los que he tratado sí que lo soportan con paciencia; y muchos pecadores elogian más a los predicadores más francos, diciendo que no quieren oír a aquel que no les diga claramente sus pecados. Pero si amonestamos los errores y pecados de los pastores piadosos sin el honor y la reverencia que creen debidos, hablando con toda la mansedumbre posible, si no mezclamos elogios con la reprensión de manera que predominen los aplausos y ahoguen la fuerza de la amonestación, lo consideran un insulto insufrible.

Hermanos, sé que es triste tener que decirlo, pero debería pesarnos de manera indecible que reine esta condición entre nosotros. Si se pudiera esconder el mal, no lo habría revelado abiertamente ante todos, pero hace tiempo que es evidente para el mundo. Nos hemos deshonrado al hacer un ídolo de nuestra honra; imprimimos y predicamos nuestra propia vergüenza, proclamándola ante el mundo. Algunos pensarán que halago a tales al llamarlos piadosos, si les domina de esta manera el pecado. Sé que donde domina sin ser odiado, lamentado y mortificado, no puede haber verdadera santidad; y ruego a todos que examinen celosamente sus corazones. Pero si todos los culpables de alguna o la mayoría de estas manifestaciones del orgullo han caído de la gracia, que el Señor tenga misericordia de los pastores de este país, y nos dé pronto otro espíritu; porque entonces la virtud es más rara aún de lo que la mayoría pensamos.

He de decir que no hago esta acusación a todos los pastores de Cristo. Alabada sea la gracia divina, hay algunos eminentes por su humildad y mansedumbre, que en este aspecto son ejemplos para el rebaño y sus hermanos. Es y será su gloria, y los

hace hermosos y honorables ante Dios y todos los piadosos, aun ante los impíos. ¡Ojalá que así fueran todos! Pero por desgracia, no es el caso.

¡Ojalá que el Señor nos postrara a sus pies, con lágrimas sinceras de arrepentimiento! Hermano, quiero examinar el caso de mi propio corazón y el tuyo para poder ver la gravedad del pecado y reformarme. El orgullo es el pecado de los demonios, los primogénitos del Infierno. Es la gran señal de Satanás. ¿Acaso se puede tolerar en los hombres que luchan contra él y su reino? El Evangelio debe humillarnos; la obra de la gracia se empieza y se completa por medio de la contrición. La humildad no es solamente el mero adorno del cristiano, sino parte esencial de la nueva criatura. Ser cristiano y no ser humilde es una contradicción. Todo aquel que quiere ser cristiano ha de ser discípulo de Cristo, y aprender de Él a ser manso y humilde de corazón. ¡Cuántos preceptos y ejemplos admirables nos ha legado el Maestro con este fin! Míralo lavando y secando los pies de sus siervos; ¿podrás seguir en la soberbia? Él trataba a los más humildes; ¿podrás considerarlos indignos de tu atención, y que solo los ricos y honorables son candidatos para tu compañía? ¡Cuántos pastores frecuentan más las casas de los acomodados que las casas de los pobres que más necesitan su ayuda! Muchos sentirían vergüenza de tratar a diario a los más necesitados, enseñándoles el camino de la vida y la salvación, como si solo tuvieran a su cargo las almas de los ricos. ¿De qué se sienten tan orgullosos? No será de su cuerpo, que está hecho del mismo material que los animales y que pronto será un cadáver abominable. Y si es de sus virtudes, mientras más orgullosos estén de ellas, menos motivos tienen. La mayor parte de la virtud consiste en la humildad, de manera que es absurdo enorgullecerse por ella. ¿Están orgullosos de sus conocimientos? Si tiene alguna sabiduría, uno se da cuenta que tiene motivos de sobra para ser humilde; si sabe más que los demás, tiene más motivos que ellos para ejercer la humildad. Los más eruditos saben muy poco en comparación con todo lo que desconocen. No será gran motivo de orgullo saber que hay cosas fuera de tu alcance y que eres en realidad muy ignorante. ¿Acaso los demonios no saben más que tú? ¿Y sentirás orgullo por algo en que los demonios te superan?

Tu gran misión es enseñar a tus feligreses la gran lección de la humildad; por tanto, el orgullo está muy fuera de lugar en tu vida. Hay que estudiar la humildad y predicarla; ¿cómo dejar de poseerla y practicarla, entonces? El soberbio que predica la humildad se condena a sí mismo, por decir poco.

Es triste que nos cueste tanto discernir este pecado odioso, y que los más orgullosos lo condenen en los demás sin verlo en su propio carácter. El mundo nota que algunos pastores son ambiciosos, buscan el lugar más exaltado, y ansían gobernar y mandar en donde vayan; si no, no se puede vivir ni trabajar con ellos. En las consultas, no vienen a buscar la verdad sino a imponerse a los que tal vez bien podrían enseñarles a ellos. En resumen, tienen un espíritu tan arrogante y dominante que hace retumbar el mundo, ¡y no se dan cuenta!

Hermano, deseo escudriñar mi corazón y el tuyo. Te ruego que consideres si uno se puede salvar hablando bien de la virtud de la humildad aunque no la posea, o denunciar el pecado del orgullo mientras lo deja reinar en su vida. Muchos tienen motivos para preguntarse si la sinceridad puede coexistir con la gran medida de soberbia que sienten. Cuando uno se dedica a decirle al borracho que no puede salvarse sin practicar la templanza, y al fornicario que no se puede salvar sin practicar la castidad, si él mismo es soberbio tiene motivos de sobra para recordar que no puede salvarse sin practicar la humildad. De hecho, la soberbia es un pecado más grave que la embriaguez y la concupiscencia, y la humildad es tan necesaria como la sobriedad y la castidad. Uno puede correr tan seguramente —y mucho más rápidamente— hacia el Infierno al predicar el Evangelio y fingir el celo por la vida santificada, como por el camino de la embriaguez y la iniquidad abiertas. La santidad consiste en vivir totalmente entregado a Dios, y la condenación en dedicarse a la carnalidad y a vivir para uno mismo. El soberbio vive más para sí mismo y menos para Dios que ningún otro. El orgullo puede impulsarle a uno a estudiar, orar y predicar para sus propios fines, viviendo para sí mismo incluso cuando parece superar a los demás obreros. La obra correcta sin los fines y principios adecuados no le harán justo. La obra es de Dios, pero es posible hacerla para uno mismo. Confieso que per-

cibo un peligro tan constante en este aspecto que me vigilo constantemente para que no estudie, predique ni escriba para mí mismo en lugar de para Cristo; si no, pronto me descarrío. A fin de cuentas, no voy a justificarme a mí mismo cuando debo denunciar el pecado.

Ten presente las trampas que se tienden en la obra pastoral para atraerte al egoísmo aun en medio de la obra más sublime. La fama del hombre piadoso le supone una trampa tan peligrosa como la del erudito. ¡Ay de aquel que se dedica a la fama de piedad en lugar de la piedad misma! “De cierto os digo que ya tienen su recompensa” (cf. Mt. 6:5). En la época en que se favorecía la erudición y el formalismo vacíos, la tentación al orgullo estribaba en estas cosas. Pero ahora, cuando por la gracia indescriptible de Dios se interesan por la predicación vivaz y práctica, la tentación al orgullo estriba en fingir el celo en la predicación y la vida santificada. Es muy bonito ver cómo la gente se agolpa para escucharte y se conmueve por tus palabras, cediendo ante tus opiniones. Es muy cautivador que se te llame el hombre más capacitado y santo del entorno, y tener fama en todo el país de ostentar las cualidades espirituales más excelentes. ¡Ay, hermano! Uno poco de virtud mezclada con estos alicientes servirá para unirte a los más celosos que fomentan la causa de Cristo en el mundo. De hecho, el orgullo es capaz de hacerlo sin virtud alguna.

Cuídate entonces, y entre todos tus estudios asegúrate de dedicarte al de la humildad. “Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido” (cf. Lc. 14:11). He observado muchas veces que casi todos, sean malos o buenos, aborrecen a los soberbios y aman a los humildes. La soberbia se contradice a sí misma hasta el punto de que, consciente de su propia fealdad, a menudo se reviste con el manto sobrio de la humildad. Tienes más motivo para evitarlo por ser un pecado profundamente arraigado en la naturaleza humana, y difícil de arrancar del alma.

2. No nos entregamos a la obra de Dios con seriedad y diligencia, sin reservas, como es debido por hombres de nuestra profesión y compromiso. Alabo a Dios porque hay tantos que sí lo

hacen con todas sus fuerzas, pero por desgracia la mayoría de los que tenemos por pastores piadosos desempeñan sus cargos con negligencia e imperfección. Pocos practican una entrega total al oficio, consagrando todos sus bienes a este fin. Para que veas mis motivos para hacer esta confesión, mencionaré algunos casos de esta negligencia nefasta.

(1) Si estuviéramos realmente entregados a la obra, no seríamos tan negligentes en los estudios. Pocos se toman las molestias necesarias para capacitarse debidamente para la obra. Algunos no disfrutan del estudio, sino que entresacan una hora aquí y allá para esta tarea desagradable a la cual se ven forzados, alegrándose cuando pueden escurrir el bulto. ¿Acaso ni el deseo natural de adquirir conocimientos, ni el deseo espiritual de conocer a Dios y los asuntos pertenecientes a Él, ni el reconocimiento de su propia ignorancia y debilidad, ni el peso de la obra pastoral servirán para que se esmeren más a buscar la Verdad? El pastor debe comprender multitudes de cosas, y la ignorancia es un gran defecto, ya que estos conocimientos le hacen mucha falta en su trabajo. Muchos solo estudian para componer sermones y poco más, habiendo tantos libros disponibles y tantos asuntos que no deben desconocer. Al preparar sus sermones se limitan a reunir unas pocas verdades áridas, sin buscar la mejor manera de usarlas para tocar el corazón y la mente de los oyentes. Hay que descubrir la manera de convencer a los demás para que la Verdad llegue a lo más hondo de su ser, sin depender de la prontitud extemporánea excepto en casos de necesidad. La experiencia te enseñará, sin duda, que uno no se hace erudito ni sabio sin estudiar y trabajar incansablemente.

(2) Si estuviéramos realmente entregados a la obra, la haríamos con mayor vigor y seriedad de la que emplea la mayoría. Pocos pastores predicán con todas sus fuerzas, describiendo el gozo y el tormento eternos de manera que los oyentes los tomen en serio. Resulta doloroso ver una congregación de pecadores muertos y adormecidos sentados ante el pastor sin escuchar ni una sola palabra que les despierte, ya que habla de manera tan soporífera y suave que los pecadores adormilados no le pueden oír. Da golpes tan leves que el pecador endurecido ni siquiera

los nota. La mayoría de pastores ni siquiera se esfuerza en levantar la voz ni hablar de manera convincente. ¡Y si hablan con fervor, pocos son los que tratan asuntos de peso! Y sin embargo, sin eso, la voz sirve de poco; la gente la considera mero ruido cuando no se tratan cosas de sustancia. Es penoso escuchar la sana doctrina que enseñan algunos pastores, dejándola morir entre sus manos por falta de una aplicación sincera y viva; tienen a mano materia de sobra para convencer a los pecadores, pero sacan poco provecho. Podrían hacer mucho bien si llegaran a tocar los corazones, pero o no saben o no quieren hacerlo.

Teniendo un mensaje como este, se debe expresar con franqueza y sinceridad, ¡ya que va en ello la vida o la muerte eterna de tus semejantes! Creo que esta falta de sinceridad es una carencia grave; no hay nada peor que tratar este asunto tan sumamente importante con torpeza o frivolidad. ¿Cómo se puede hablar fríamente de Dios y de la salvación? Si crees que la gente se ha de condenar o salvar, ¿usarás un tono adormecido? En el nombre del Señor, hermano, esfuérgate en despertar tu propio corazón antes de subir al púlpito, para poder despertar los corazones de los pecadores. Recuerda que o se despiertan o se condenan, y que un predicador aletargado no podrá despertar al pecador dormido. Aunque exaltes a lo sumo las cosas sagradas, si lo haces con frialdad, tu comportamiento parecerá desmentir tus palabras. Hablar de los asuntos trascendentales sin emoción ni fervor es una manera de despreciarlos. Debes asegurar que tu manera de hablar dé fuerza a tus palabras. Se nos manda en Eclesiastés 9:10: "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas". Entonces seguramente debes predicar para la salvación de los demás con todas tus fuerzas. ¡Qué pocos lo hacen! Aún entre los mejores pastores, solo hallarás uno aquí y allá que predique de manera poderosa, persuasiva y seria, de forma que la gente lo perciba al escucharle.

No digo que hables siempre a gritos —ya que se tomaría tu fervor por exageración— sino que hables siempre con sinceridad. Cuando sea necesario —por lo menos en la aplicación—, levanta la voz y no freñes la expresión. Dirígete a la congrega-

ción como para despertarla, antes que termine en el Infierno. Mírala con fe y compasión, teniendo presente su gozo o tormento eternos. Creo que esto te ayudará a ser sincero y tener presente su estado. No hables ni una sola palabra fría ni descuidada en cuanto al Cielo y el Infierno. En todo lo que hagas, que la gente vea tu sinceridad. Quedan grandes cosas por hacer, y no debes pensar que podrás hacerlas a la ligera. No se puede quebrantar los corazones con bromas, relatos bonitos ni discursos altisonantes. La gente no abandonará sus deleites por la petición adormilada de uno que no parece hablar en serio ni dar importancia a los resultados. Si me dices que la obra es de Dios y que puede sacar provecho del instrumento más débil, te doy la razón; pero Dios suele emplear los medios normales. Entonces la manera de predicar tanto como el asunto de la predicación es un instrumento para la obra.

Para la mayoría de los oyentes, aun la pronunciación y el tono son de importancia vital. No les conmoverá el mejor sermón del mundo si no se presenta de forma impresionante. Evita a toda costa la pedantería, hablando con toda normalidad, como si hablaras con cada uno personalmente. La falta de un tono y expresión familiares es una gran falla al predicar, y debes remediarla. Cuando uno lee o predica como si fuera un niño recitando la lección, pocos se conmueven con sus palabras. Entonces, despiértate a la obra del Señor y habla con la congregación para salvar sus vidas, arrebatándolas del incendio (cf. Zac. 3:2). No podrás quitarle a Satanás lo suyo con supercherías. Hay que poner sitio a las almas de los pecadores que forman su fortaleza, descubriendo en dónde estriba su fuerza para luego emplear las armas de Dios contra ella para hacer una brecha, sin dejar que la cierren. Tratamos con seres racionales, aunque abusen de su razón contra la Verdad; entonces asegúrate de predicar con convicción, de manera que la luz de las Escrituras y la razón brillen tanto sobre los impíos que por fin puedan ver, a no ser que voluntariamente cierren los ojos. Un sermón compuesto de meras palabras, por muy bien compuesto que esté, si le falta la luz de las pruebas y la vida que da el celo, es un cadáver bien vestido.

La predicación es la comunión entre almas, y se comunica

algo de tu alma a las suyas. Tanto tú como ellos tienen entendimiento, voluntad y emociones, de manera que debes esforzarte por comunicar la plena luz de las evidencias de tu comprensión a la suya y avivar sus corazones, encendiendo en ellos el fuego santo comunicado a su alma desde la tuya. Las cosas vitales que debes encomendar a tus oyentes son muy razonables, y se ven claramente en la Palabra de Dios. Por eso debes reunir toda clase de pruebas para inundar sus mentes y borrar sus vanas objeciones con tus razonamientos y exhortaciones, barriéndolo todo de manera que se vean obligados a ceder ante la fuerza de la Verdad.

(3) Si de verdad nos entregamos de corazón a la obra de Dios, ¿por qué no tenemos compasión de las pobres congregaciones necesitadas que nos rodean, ayudándolas a encontrar ministros capacitados y saliendo mientras tanto de vez en cuando para ayudarlas en nuestros ratos de ocio? Un sermón a los más ignorantes con intención de efectuar alguna conversión y dado por un predicador vivaz y poderoso puede resultar muy útil ante la falta de medios constantes.

3. Otra manera de saber que no nos hemos entregado enteramente al servicio de Dios como es debido, es por el interés prevaeciente por los asuntos mundanos en lugar de los intereses y la obra de Cristo. Daré tres ejemplos de ello:

(1) Los pastores que se conforman a este siglo. No digo que deban contender con los que gobiernan, ni que desobedezcan las órdenes lícitas. Pero la mayoría de pastores, en busca de una ventaja mundana, se conforman al grupo que mejor podrá fomentar sus propios intereses. Si buscan el provecho secular, se adaptan a las autoridades seculares; si quieren granjear aplausos, se adaptan a la moda eclesiástica del momento. Es una triste epidemia. En la época de Constantino prevaecían los ortodoxos; en la de Constancio casi todos se hicieron arrianos, de forma que muy pocos obispos no cayeron en la apostasía o traicionaron la Verdad, aun entre los que habían asistido al Concilio de Nicea. Cuando no solamente cayó Liberio —obispo de Roma de 352 a 366— sino también el gran Osio, obispo de Córdoba (m. 357) que había presidido tantos concilios ortodoxos, ¿qué cabía

esperar de los hombres inferiores? Si no fuera por la ventaja secular, ¿por qué casi todos los pastores de todos los países del mundo siguen las modas religiosas que más favorecen sus intereses mundanos? Entre los griegos, todos son ortodoxos; entre papistas, casi todos son papistas; en Noruega, Suecia, y Dinamarca, casi todos son luteranos; y así en el resto de los países. Qué curioso que en un país todos tienen la razón y en otro todos se equivocan, si la ventaja carnal no tuviera tanto poder sobre el hombre en su busca de la Verdad. La variedad de intelectos, y otras muchas circunstancias, inevitablemente suscita muchas opiniones sobre muchos puntos. Pero si el gobernador y la mayoría de los poderosos toman una postura, la mayoría de los pastores dirá lo mismo, y no resultará difícil encontrarlos. En la historia de Inglaterra se ha observado en muchas ocasiones que los pastores más corrientes variaban su religión según la que profesaba el rey. La cantidad de mártires ingleses da fe de que no lo hicieron todos, pero la mayoría sí. El mismo mal acomodaticio nos persigue hasta hoy; y los adversarios dirán que la reputación y la ambición son nuestra religión y recompensa.

(2) Tomamos un excesivo interés por las cosas mundanas, intentando esquivar los deberes que pueden perjudicar o estorbar los intereses terrenales. Es muy común que los pastores se hundan bajo los negocios mundanos. Demasiados siguen el camino que desean para ellos los sectarios, diciendo que debemos trabajar para ganar el sustento, predicando sin tanto estudio. Esta lección es fácil de aprender. Los hombres no muestran ansiedad por dejar los problemas para dedicarse enteramente a sus propias almas y a la Iglesia.

También se suelen dejar de lado aquellos deberes que, si se cumpliesen, menguarían los bienes. Muchos no se atreven a practicar la disciplina eclesiástica en sus congregaciones porque podría evitar que algunos pagaran sus diezmos. No quieren ofender a los pecadores con la disciplina para que no les afecte a ellos en los bienes. El dinero es un argumento demasiado contundente para algunos que se atreven a proclamar que "raíz de todos los males es el amor al dinero" (cf. 1 Ti. 6:10), dando largos sermones sobre el peligro de la codicia. Solo les digo esto: Si fue un grave pecado que Simón el Mago se ofreciera para com-

prar el don de Dios con dinero, ¿cómo será vender su don, su causa y las almas por el dinero? ¡Motivo de sobra tenemos para temer, no vaya nuestro dinero a perecer con nosotros!

(3) La falta de obras de caridad y de usar todo lo que tenemos en el servicio del Señor. Si el interés mundano no prevaleciera tanto contra el de Cristo y la Iglesia, seguramente la mayoría de pastores serían más fructíferos en las buenas obras, gastando todos sus bienes para su gloria. La experiencia ha demostrado que las obras de caridad son poderosas para borrar el prejuicio, abriendo los corazones ante las palabras de piedad. Si te ven propenso a hacer el bien, creerán más fácilmente en tu bondad y que es bueno lo que les proclamas. Cuando la gente ve tu amor para con ellos, y que buscas su bienestar, confiará más fácilmente en ti. Cuando ven que no buscas las cosas del mundo, sospecharán menos de tus intenciones, dejándose convencer para buscar lo mismo que tú. Los pastores podrían hacer mucho bien si se dedicaran enteramente a hacer el bien con todas sus fuerzas y bienes. No digas que es poca cosa beneficiar a los cuerpos de las personas, y que esto solo ganará su amistad para nosotros y no para Dios, porque el prejuicio es un gran estorbo a la conversión, y eso ayudará a quitarlo. Podrás hacer mayor bien cuando la gente está dispuesta a escucharte; entonces tu diligencia podrá servirles de algo. Te ruego, hermano, que no pienses que espero que practiques la caridad corriente, como tampoco espero que practiques la piedad corriente. Debes sobrepujar a los demás de acuerdo con tus talentos. No basta con dar un poco a los pobres; los demás pueden hacer eso. ¿Cómo dispones de tus bienes en el servicio del Señor? Ya sé que no puedes dar de lo que no tienes; pero debes dar todo lo que tengas a Dios. La gran objeción es: "Tengo una esposa e hijos que mantener; no puedo hacerlo con tan poco, y no hay que dejar que pidan limosna".

Mi respuesta es la siguiente:

[a] Hay pocos versículos de los que se abuse más que de este: "Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo" (1 Timoteo 5:8). Sirve de excusa para reunir bienes para la posteridad, cuando el Apóstol solo se refiere a los que entregan a su

parentela al cuidado de la Iglesia, para ser alimentados de los fondos comunes, cuando bien podrían hacerlo ellos mismos; como si la madre o hermana de uno fuera viuda, y esperara que la mantuviera la congregación cuando él mismo tiene de sobra. El versículo 16 demuestra que está hablando de la provisión presente y no futura: "Si algún creyente o alguna creyente tiene viudas, que las mantenga, y no sea gravada la iglesia, a fin de que haya lo suficiente para las que en verdad son viudas".

[b] Puedes educar a tus hijos como hacen los demás, de manera que sepan ganarse la vida en algún trabajo honrado, sin hacer grandes provisiones para su futuro. Sé que la caridad y el cuidado empiezan en la casa de uno, pero no acaban allí. Debes hacer lo mejor que puedas para educar a tus hijos de manera que sean útiles para Dios, no para enriquecerlos ni dejando otras obras de caridad con tal de buscar su provecho. Debe haber una proporción justa entre la provisión hecha para la familia y para la Iglesia de Cristo. Un corazón realmente caritativo y abnegado que se ha entregado a sí mismo y todos sus bienes a Dios juzgará mejor esta proporción, viendo cómo gastarlos mejor en el servicio de Dios.

[c] Confieso que no quisiera que los hombres sufrieran demasiado tiempo la tentación de la lujuria, no vayan a perjudicarse ellos mismos y a su profesión por su caída. Pero es difícil creer que no se pueda mortificar la concupiscencia de manera que puedan permanecer solteros y libres de las tentaciones que conllevan la esposa e hijos, que les estorban en las obras de caridad que podrían fomentar sus fines pastorales. Si el soltero se desenvuelve mejor que el casado, seguramente los pastores deben esforzarse para hacer lo mejor. Si aquel que "sea capaz de recibir esto" (cf. Mt. 19:12) lo recibe, debe esforzarse en ello. Es uno de los puntos fuertes de la política romana que los obispos, sacerdotes y otras órdenes religiosas deben permanecer célibes. Por no tener descendencia, no consumen los ingresos de la congregación ni se tienen que ocupar en cuidarla, sino que se entregan totalmente al bien público durante sus vidas y se lo legan todo al morir. Lástima que no podamos imitar su abnegación por una causa mejor, donde sea posible.

[d] El que se casa debe escoger una pareja que pueda mante-

nerse con sus hijos (*), o por lo menos llevar el tren de vida que permitan sus medios económicos, dejando el máximo posible de los ingresos de la congregación para el servicio de la congregación.

No quiero que vayas a los extremos, pero en este caso, carne y sangre ejercen una influencia que hace parcial al mejor de los hombres, de manera que consideran extremos sus deberes, por valiosos que sean. De no ser por la ceguera que conllevan las vanidades mundanas, podríamos ver cuando el bien público u otro mayor nos llamaran a negarnos a nosotros mismos y a nuestras familias. ¿Por qué no vivir humildemente en este mundo, en lugar de dejar sin hacer las obras que son de mayor valor que la provisión abundante de nuestras necesidades? Pero consultamos el deber con la carne y la sangre; y ya sabemos el consejo que darán. Nos dicen que hacen falta los medios de subsistencia; y la "subsistencia" de muchos se acerca mucho al tren de vida del rico de la parábola que se lee en Lucas 16:19. Si no visten "de púrpura y lino fino, haciendo cada día banquete", no consideran que tienen medios de subsistencia. El que predica la corona eterna no debe anhelar las vanidades terrenales; y el que predica el desprecio de las riquezas debe demostrarlo con su vida. El que predica la abnegación y la mortificación debe practicar estas virtudes ante sus oyentes, si quiere que crean su doctrina. Todo cristiano es santificado; por eso él mismo y todos sus bienes están consagrados al servicio del Señor. Pero el pastor es doblemente santificado; se entrega a Dios como cristiano y como pastor, y por eso está doblemente obligado a honrarlo con sus bienes.

Hermano, tenemos delante abundancia de buenas obras, ¡pero qué pocas emprendemos! Sé que el mundo espera más de nosotros de lo que tenemos, pero si no podemos responder a las expectativas de los irracionales, hagamos lo posible para responder a las de Dios, las de la conciencia, y las de los justos. "Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos" (1 P. 2:15).

Especialmente aquellos pastores con grandes ingresos deben esforzarse más para hacer el bien. Cito un ejemplo: algunos pastores con sueldos acomodados tienen parroquias a su cargo tan

grandes que no pueden cumplir ni con la cuarta parte del trabajo pastoral, ni visitar personalmente a la mitad de los feligreses aunque sea una vez al año; se limitan a la predicación pública como si fuera todo lo necesario, dejando casi todo lo demás sin hacer para peligro y condenación de las multitudes, en lugar de contratar a uno o dos hombres diligentes como ayudantes. O si tienen un ayudante, es un joven poco cualificado para el trabajo, no un vigilante fiel del rebaño que les pueda dar aquella instrucción personalizada que resulta tan necesaria. Si esto no es negociar con Dios y vender las almas para vivir mejor en este mundo, ¿qué es? Creo que los tales deben temer, no vaya a ser que mientras los hombres los tienen por predicadores excelentes y pastores piadosos, Cristo los tenga por crueles asesinos de almas. No vaya el clamor de los que han traicionado y condenado a resonar eternamente en sus oídos.

¿Acaso bastará predicar un buen sermón sin más, si les niegas la ayuda personal que tanto necesitan, aprovechando para tu propia carne aquellos bienes que deben suponer el alivio de tantas almas? ¿Cómo puedes predicar contra los opresores cuando oprimes no solamente los cuerpos de los hombres, sino también sus almas? ¿Podrás predicar contra la misma falta de compasión que tú practicas, o hablar en contra de los pastores infieles a sus cargos cuando tú mismo eres infiel al tuyo? Un pecado no es pequeño por cometerse en secreto, para evitar el oprobio de los demás, ni porque retienes la ayuda porque los demás te incitan a hacerlo. Satanás mismo, el gran adversario, tiene su consentimiento en la obra de su propia perdición. Por lo tanto, no es una atenuante de tu pecado el que tengas la aprobación de la gente, ya que la puedes conseguir para su perjuicio eterno mejor que para su bien.

Hermano, medita bien lo que he dicho hasta ahora, a ver si no es el pecado más lamentable de los ministros del Evangelio el que no se entreguen totalmente a Dios con todos sus bienes para fomentar la bendita obra que han emprendido. La carnalidad, el egoísmo y el interés aparte de Cristo fomentan el abandono del deber, haciendo que sirvan a Dios de la manera más económica para granjearse más aplausos, apartándose de lo que les supone un gasto y un sufrimiento. Esto demuestra que

demasiados pastores que parecen celestiales son bien terrenales, estimando las cosas de la Tierra mientras predicán el Cielo y haciendo un ídolo de las cosas mundanas a la vez que llaman a los demás a despreciarlas. Salvian dice: "Nadie abandona más la salvación que aquel que prefiere otra cosa a Dios". Los que desestiman a Dios menoscaban su propia salvación.

4. Es triste que no valoremos debidamente la unidad y paz de la Iglesia en general. Casi todos aquellos con quienes me encuentro hablan a favor de la unidad y la paz, o por lo menos pocos se atreven a hablar en su contra; pero no es tan común encontrarte con los que se esfuerzan en fomentarlas como con los que las odian y envidian, si bien no son ellos mismos instrumentos de la división. Los papistas han abusado tanto tiempo del nombre de la Iglesia católica que, por oposición a estos, la mayoría han eliminado la palabra del Credo, o la retienen sin comprenderla ni considerar su significado; o bien piensan que basta creer que existe tal cosa, aunque no se porten como miembros de ella. Si los papistas hacen un ídolo de la Iglesia, ¿acaso eso es motivo suficiente para negarla, desestimarla o dividirla? Es un pecado muy común en el mundo cristiano usar la fe para crear facciones; en lugar de amar y cuidar de la Iglesia universal, limitan ese amor y cuidado a su partido. Es verdad que debemos estimar y mantener más comunión con las partes puras que con las impuras, negándonos a participar en el pecado, pero debemos tener compasión de las partes más enfermas y prestarles toda la ayuda posible, teniendo comunión legítima con ellas en lugar de negársela, si no es por necesidad; de la misma manera que debemos amar a los vecinos aquejados de la peste o la lepra, prestándoles toda la ayuda posible y reconociendo la amistad justa con ellos, aunque tal vez no les tratemos muy de cerca. En el caso de las enfermedades menos infecciosas, debemos medir la cantidad de ayuda prestada por su necesidad.

Entre las multitudes que dicen pertenecer a la Iglesia católica, es poco frecuente encontrar a alguno con un espíritu católico. No se tiene una consideración y respeto universales de la Iglesia en general, sino que se trata al partido de cada cual como si fuera todo. Los llamados luteranos, o calvinistas, u otras divi-

siones y grupos en su mayoría oran con fervor por la prosperidad de su partido en particular, gozándose y dando gracias cuando todo les va bien. Pero si otro grupo sufre, prestan poca atención, como si no supusiera pérdida alguna para la Iglesia mayor. Aunque se trate de un grupo no muy extendido entre las naciones y ciudades de la Tierra, se porta como si fuera la Iglesia entera, y que cuando les va bien a ellos le va bien a toda la Iglesia. Algunos denuncian al papa como el Anticristo por considerar la Iglesia romana toda la Iglesia, y sin duda es un cisma abominable. ¡Pero cuántos lo imitan demasiado a la vez que lo reprenden! De la misma manera que los papistas intercalan la palabra *romana* en su Credo, haciendo de la Iglesia católica la Iglesia católica romana, como si no existieran otros católicos y la Iglesia no fuera mayor, así hacen muchos con sus propios partidos. Algunos quieren que sea la Iglesia católica luterana, otros la Iglesia católica anabaptista, etc. Si no difieren entre sí, poco les importa diferir de los demás, aunque “los demás” sea el resto del mundo cristiano. Consideran la paz de su grupo en particular la paz de la Iglesia. Entonces no resulta sorprendente que no llegue más allá.

Es muy poco común encontrarse con alguien que se duela o sangre por las heridas de la Iglesia, tomándolas a pecho como algo propio, y buscando seriamente un remedio. Casi todos los partidos piensan que la felicidad de todos estriba en unirse a ellos; y denuncian a todos los que no comparten sus ideas, alegrándose de sus caídas porque creen que así sube la Iglesia: esto es, su propio grupo. Pocos comprenden el estado real de las controversias entre los distintos grupos, ni discernen entre las que son mera palabrería y las reales. Si los que comprenden estas cosas las revelan a los demás para su información y reconciliación, se considera una agravante del error y complicidad carnal con ellos en el pecado. Pocos sienten celo por la paz, ni tienen mucha experiencia de los espíritus y principios humanos para mejor percibir el estado verdadero de la Iglesia y sus diferencias hasta llegar a la vejez. Entonces empiezan a escribir su *Irenicon*, de los cuales existen muchos hoy en día. No se considera al hombre joven en el calor de su pasión un buen auditor de la filosofía moral. Igualmente vemos que los mismos jóvenes que

sienten celo por la paz y la unidad, al tener mayor experiencia sienten celo por sus facciones contra los jóvenes que sienten el calor de la juventud. Por eso, estos pacificadores no suelen hacer más que tranquilizar su propia conciencia en el cumplimiento de este gran deber, moderando a unos pocos y evitando que caigan en pecados mayores; y cuando mueren, dejan su testimonio contra un mundo obstinado, engreído y turbulento.

Si uno emprende la obra pacificadora, a menudo se le sospecha de favorecer alguna herejía o de perder el celo, como si no hiciera falta celo para afirmar las grandes verdades fundamentales de la unidad y paz de la Iglesia, sino solo para los partidos y algunas verdades seleccionadas.

La gran ventaja que saca el diablo de todo esto es al emplear a sus propios agentes, esos tristes socinianos que escriben tratados a favor de la unidad y paz católica y archicatólica para sus propios fines. Así, el enemigo de la paz ha conseguido que cualquiera que fomente la paz caiga bajo la sospecha de emplearla para cubrir sus propios errores. Es terrible que se acredite a esta herejía como si ninguno más fuera tan amigo de la unidad y la paz, y que caiga bajo sospecha y desgracia un deber tan grande y necesario, del cual depende el bienestar de la Iglesia.

No digo estas cosas sin motivo aparente. Hay tan tristes divisiones en nuestro país — teniendo en cuenta la piedad de las personas y el poco motivo de discordia— como en cualquier otra nación bajo el Cielo. Lo que más fomenta la división es la forma de gobierno eclesiástico. ¿Acaso es tan grande la distancia que el anglicano, el presbiteriano y el independiente no pueden ponerse de acuerdo? Bien podrían hacerlo, si estuvieran bien dispuestos a fomentar la paz. Yo sé que es así. He hablado con algunos moderados de todos los partidos, y percibo por lo que dicen que sería fácil conseguirlo. Si los corazones fueran sensibles al estado de la Iglesia y estuvieran llenos del amor mutuo no fingido, si se pusieran manos a la obra, sería fácil y agradable hacer las paces. Aunque no pudieran estar de acuerdo en todo, no costaría mucho estrechar las diferencias y tener comunión por el acuerdo en lo principal, determinando la mejor manera de tratar los pequeños desacuerdos restantes sin turbar ni hacer peligrar la Iglesia. ¿Acaso esto se hace? Muy poco.

Dígase para vergüenza de todos: no se hace. Cada partido puede halagarse como quiera; se escribirá para vergüenza de los pastores de este país mientras permanezca el Evangelio en el mundo.

¡Qué odiosas agravantes acompañan este pecado! Creo que nunca, desde la época de los Apóstoles, se ha hecho mayor profesión de santidad. La mayoría de pastores hacen pactos para la unidad y la reforma con grandes juramentos; todos confiesan el valor de la paz, y la mayoría predicán a su favor a la vez que la dejan de lado como si no valiera la pena mirar por ella. Leen y predicán sobre aquellos versículos que nos mandan seguir la paz con todos (cf. He. 12:14) y en cuanto dependa de nosotros, estar en paz con todos los hombres (cf. Ro. 12:18); pero distan tanto de seguir la paz y fomentarla en lo posible, que muchos bufan ante ella, calumniando y censurando a cualquiera que intente fomentarla, como si todo celo por la paz estribara en un enfriamiento del celo por la santidad, y como si la santidad y la paz estuvieran tan separadas que no hubiera manera de reconciliarlas. Sin embargo, se ha visto por la experiencia que la armonía es amiga de la santidad, y la santidad siempre promueve la armonía; por otra parte, los errores y las herejías surgen de la discordia, que a su vez se alimenta de ellos. Con gran dolor hemos visto que cuando los siervos de Dios debían vivir en armonía, con un corazón, un alma y un parecer, fomentando la fe y la santidad de cada uno, amonestando y ayudándose contra el pecado y gozándose en la esperanza de la gloria por venir, al contrario: han vivido con celos mutuos, ahogando el amor santo con contenciones amargas y buscando la manera de desgraciarse y minarse mutuamente y aumentar su propio partido por cualquier medio, bueno o malo. Los que solían gloriarse del amor a los hermanos como sello de la sinceridad de la fe, ahora solo aman a su partido; los contrarios a ese partido reciben más amargura, envidia y malicia que amor. Sé que no es el caso de todos, ni prevalece así con los verdaderos creyentes; pero es tan común que puede hacer cuestionarse la sinceridad de muchos que se consideran a sí mismos muy sinceros.

No solo los pastores se han quemado con esta llama, sino que han atraído hacia ella a sus feligreses, fomentándola de manera

que la mayoría de los santos de la nación han caído en el partidismo, trocando gran parte de su antigua piedad por opiniones y disputas vanas, envidias y animosidades. Antes se consideraba el desprecio de los santos el sello del infeliz sin la gracia de Dios, y ahora pocos evitan calumniar y despreciar en secreto a los que no comparten su opinión. El piadoso que favorece la Iglesia establecida se siente libre para despreciar y calumniar reverentemente al presbiteriano, el presbiteriano al independiente, y el independiente a ambos. Lo que es peor, los ignorantes observan todo esto y no solo los desprecian, sino que se endurecen por ello contra la fe. Cuando uno intenta persuadirlos a creer, ven tantas facciones que no saben a cuál apuntarse, pensando que es mejor no pertenecer a ninguna ya que no saben cuál es la mejor. De esta manera miles de personas han llegado a despreciar toda religión a causa de las divisiones que observan entre cristianos, y muchos pobres carnales llegan a considerar su estado mejor que el de los cristianos, porque se aferran a sus antiguos formalismos mientras nosotros no nos aferramos a nada.

Sé que algunos de estos son sabios y reverendos, y no pretenden tales fines dañinos. No quieren que la gente se endurezca en su ignorancia, pero es lo que ocurre. Pretender el bien y hacer el mal es muy común. ¿Quién podrá callarse por reverencia a alguno mientras ve que la gente corre hacia su propia destrucción, y las almas se pierden por las contenciones de los teólogos a favor de sus distintos partidos e intereses? El Señor, que conoce mi corazón, sabe —si es que yo conozco mi propio corazón— que no soy miembro de partido alguno de estos, de manera que no digo esto por parcialidad hacia uno por encima de otro, cuánto menos por amargura contra alguna persona en particular; pero si me atreviera, me habría callado todo esto por temor a ofender a aquellos que debo honrar. ¿Quién soy yo, sino un siervo de Cristo? ¿Para qué sirve mi vida terrenal, sino para servirle? ¿Acaso el favor de alguno de la Tierra me podrá recompensar de la ruina de la Iglesia? ¿Quién podrá callarse mientras las almas se condenan? Mientras Dios sea mi Señor y su Palabra mi guía, yo no puedo hacerlo; me es necesario estar en los negocios de mi Padre, y el éxito de ellos al salvar las almas es mi pro-

pósito en la vida. ¿Acaso puedo reconciliarme con aquello que estorba los intereses de mi Señor y el propósito de mi vida? No habría dicho ni una palabra de esto con respecto a mi propio cargo, donde —gracias a Dios— la llaga es muy pequeña comparada con otros lugares. Pero al conocer el estado de algunas congregaciones colindantes y otras más lejanas, me siento movido a pronunciarme.

Se puede hablar de la paz durante toda la vida, pero nunca se obtendrá sin volver a la sencillez apostólica. La fe de los papistas es demasiado grande para que todos se pongan de acuerdo sin el refuerzo del fuego, la horca y el potro. Muchos antipapistas imitan a estos al componer confesiones de fe tediosamente largas e imposiciones novedosas que se alejan de dichas cosas en la calidad de lo impuesto. Solo cuando volvamos a la antigua sencillez de la fe volveremos a la antigua paz y el amor. Por eso recomiendo como lo más necesario para la paz de la Iglesia la unión de los pastores en cuanto a las verdades más necesarias, soportándose mutuamente en lo que hay que soportar y sin hacer un credo más extenso y variado de lo que Dios nos ha dado. Para ello, te ruego que hagas lo siguiente: No hagas gran hincapié en las opiniones controvertidas, ya que hay hombres santos y congregaciones enteras en ambas partes. No recalques excesivamente aquellas controversias que se apoyan finalmente en incertidumbres filosóficas, tales como las controversias inútiles sobre el libre albedrío, las operaciones del Espíritu y los decretos de Dios.

No subrayes excesivamente las controversias que, sometidas a un estrecho escrutinio, resultan mera palabrería. Puedo decir a ciencia cierta que la inmensa mayoría hacen mucho ruido en el mundo y fracturan la Iglesia de manera más grave de lo que sus más fervorosos partidarios, con quienes he hablado, parecen comprender ni creer.

No des un peso excesivo a punto alguno de la fe que sea desechado o desconocido para toda la Iglesia de Cristo a lo largo de la Historia desde que recibimos las Escrituras.

Mucho menos hagas hincapié en aquellos puntos de la fe que ignoraban totalmente las épocas más puras y juiciosas.

No destaques punto alguno que no haya sido recibido desde

la época de los Apóstoles, cuando todos en común sostenían lo contrario.

Sé que se dice que uno puede afirmar la veracidad de las Escrituras y los credos antiguos a la vez que practica el socinianismo u otras herejías. Yo respondo a esto que bien podrá pasar otras pruebas que sacas de tu propio cerebro; pero mientras urdas un lazo para cazar a los herejes en lugar de probar la comunión de la Iglesia, errarás el blanco. El hereje, con su conciencia escurridiza, romperá el lazo y tal vez caces a algún cristiano sensible. Tu nuevo Credo tal vez cree nuevas divisiones en la Iglesia si no te aferras a la Palabra.

El que viva en aquella feliz época en que Dios sane a sus iglesias quebrantadas verá todo mi ruego reducido a la práctica. Esta moderación ocupará el lugar del celo faccioso, y se verá establecida la doctrina de la suficiencia de las Escrituras. Todas las confesiones de fe y comentarios humanos se considerarán ayudas secundarias y no la prueba de la comunión de la Iglesia hasta que digan lo mismo que las Escrituras. Hasta que venga la época de la sanidad, no podemos esperar que se dé lugar a las verdades sanadoras, ya que los líderes de la Iglesia no tienen un espíritu sanador. Pero cuando llegue el momento de la obra, se levantarán obreros; benditos los instrumentos de esa obra gloriosa.

5. En último lugar, hemos dejado tristemente de practicar los deberes reconocidos, por ejemplo la disciplina eclesiástica. Si se va a emprender una obra reformadora, muchos no irán más lejos de lo que se les arrastre. Ojalá que todos hicieran ese poco. Cuando es probable que una obra resulte difícil y costosa, nos echamos atrás y ponemos muchas excusas para omitirla. Durante muchos años se ha hablado, orado y luchado por la disciplina. De hecho, muchos son los defensores celosos de una parte u otra de la disputa. Algunos favorecen el camino de los prelados, otros el presbiteriano, otros el congregacionista. Pero en la práctica, por lo que observo, estamos todos de acuerdo: la mayoría no favorece ninguno. A veces me asombro al mirar el país y ver qué pocas congregaciones ejercen de forma considerable la disciplina eclesiástica, considerando los muchos

libros que se han escrito a su favor, y que casi todos los pastores de la nación se pronuncian por ella. Han luchado celosamente por ella, clamando con justicia contra los que se oponen, y a pesar de todo la ejercen muy poco o nada. Me asombra que puedan defender tan celosamente algo que la práctica demuestra que sus corazones rechazan. Pero ya veo que el celo disputador es más natural que el celo santo, obediente y practicante.

Cuántos pastores hay en este país que desconocen su propio cargo, y no pueden citar los nombres de sus miembros; que nunca han expulsado al pecador obstinado, ni lo han llevado a la confesión y promesa de reforma públicas. Ni siquiera han amonestado a alguno en público para llamarlo al arrepentimiento. Pero creen cumplir con su deber si lo excluyen de la Santa Cena —cuando tal vez el pecador mismo la evita voluntariamente— y mientras tanto, figura como miembro de la congregación. Pero la calidad de ser miembro de una congregación no consiste solamente en la participación de la Santa Cena, ya que esto excluye a los niños bautizados de corta edad. Le conceden la plena comunión con la congregación sin llamarlo al arrepentimiento personal por su pecado. Dios ha mandado que se le reprenda y amoneste personalmente, llamándolo públicamente al arrepentimiento y expulsándolo si permanece impenitente. Si la disciplina no forma parte del deber pastoral, ¿por qué se ha hecho tanto ruido en el mundo por ella? Y si es que sí, ¿por qué no se practica? Muchos de estos pecadores obstinados llegan a evitar escuchar la Palabra. La antigua disciplina de la Iglesia era más severa cuando el sexto consejo general de Trull¹ decretó que “aquel que falte tres días seguidos al culto sin necesidad urgente será excomulgado”.

No deseo ofender a nadie, pero tengo que decir que no se pueden tapar estos pecados con excusas, atenuantes ni negaciones. Hemos exaltado mucho tiempo la disciplina, cada partido a su manera particular. ¿Quieres que tu congregación valore tu gobierno, o no? Sin duda es que sí. Si quieres que lo valoren, tendrá que tener alguna cualidad excelente; demuéstrasela. ¿En qué consiste? Si quieres que te crean, no se lo demuestres solo por escrito sino en la práctica; no solamente con palabras sino con obras. ¿Cómo podrán reconocer el valor de la disciplina sin

verla? ¿Acaso has formado tanto ruido por una sombra, un mero nombre? ¿Acaso tendrán por bueno lo que no sirve de nada? Me temo que no sabemos mantener bien nuestra causa; llegamos a traicionarla a la vez que disputamos acaloradamente por ella. Dime la verdad: ¿acaso no son estas dos cosas las que mantienen la reputación de la tan disputada disciplina entre los hombres? Esto es: entre los piadosos, la reputación de aquellos pastores que la defienden, y entre los inconversos, el hecho de no ejercerla, porque la hallan sin dientes y no crea tantos problemas para ellos como temían. Si el gobierno de la nación llegara a mantenerse por los votos de aquellos que debiera expulsar o corregir, y los peores fueran sus amigos por apoyarlos en su pecado, clamaríamos al Señor contra él; y Él clamará contra nosotros. Si se reunieran todos los casos de disciplina eclesiástica ejecutada en todo el país desde que tanto se la defendió, sin duda no serán tan obvios los resultados como para hacer que la quieran los piadosos. No resulta sorprendente que muchos de los que desean obras en lugar de palabras y la verdadera reforma en vez de la mera reputación de ella se unan a las congregaciones independientes porque no ven más que el mero nombre de la disciplina eclesiástica en la tuya.

Todo cristiano valora los mandamientos de Dios, y no los tiene por vanos; por eso no está dispuesto a vivir sin ellos. La disciplina no es algo innecesario para la Iglesia. Si no se hace una distinción entre lo precioso y lo vil por medio de la disciplina, lo hará la gente con la separación. Si mantienes en tu congregación a muchos que son notoriamente ignorantes y destituidos de la fe sin reprenderlos ni en público ni en privado, ni llamarlos al arrepentimiento, ni expulsarlos, no será asombroso que algunas almas temerosas huyan de tu congregación como de un edificio en ruinas, por temor a que se les caiga encima. Te ruego que me respondas: si te portaras con la Santa Cena de la misma manera que llevas la disciplina eclesiástica, limitándote a enseñarles el pan y el vino sin dejarlos catar nunca estos memoriales del amor de su Redentor, ¿crees que el nombre del sacramento les bastaría, o que les gustaría esa clase de comunión? Entonces, ¿cómo crees que se contentarán con el sonido vacío de la frase "gobierno de la Iglesia"?

Considera, además, la desventaja que creas para tu causa en todas tus disputas con personas de distintas opiniones. Si tus principios son mejores que los suyos, y su práctica resulta mejor que la tuya, la gente dará por sentado que la cuestión es si es más deseable el nombre o el objeto, la sombra o la sustancia; y tendrán tu causa por una formalidad engañosa porque ven que la practicas como un mero formalismo, o mejor dicho, que no la practicas. No estoy hablando en contra de tu manera de gobernar la congregación, sino a favor. Te digo que tú mismo luchas contra él bajo disfraz de apoyarlo; lo repudias más por la falta de práctica que el crédito que prestan todos tus argumentos. Verás que el ejercicio fiel de la disciplina será tu mejor argumento. Hasta entonces será como si dijeras abiertamente a la gente: "No amonestamos públicamente a los pecadores, ni exigimos la confesión pública, ni practicamos la excomunión; preferimos no hacer bien alguno bajo el mero nombre de la disciplina".

No quiero fomentar el ejercicio exagerado de este deber. ¿Pero nunca llegará el momento de practicarlo? ¿Acaso pospondrías durante muchos años los sermones y los sacramentos por no ser el momento? ¿Será el mejor momento cuando estés muerto? ¿Cuántos han muerto sin haber emprendido esta gran obra que llevaban tanto tiempo preparando! Sé que algunos padecen mayores estorbos y desánimos que otros; ¿pero acaso estos pueden disculparnos del deber? Además de los motivos ya mencionados, consideremos seriamente los siguientes:

(1) Es triste seguir predicando a la gente mientras omitimos voluntaria y continuadamente un deber reconocido. ¿Cómo podemos hacerlo año tras año, o toda la vida? Si las disculpas quitan el peligro de esto, cualquiera podrá buscarlas.

(2) Demuestra claramente la pereza y la apatía, si no la infidelidad a la obra de Cristo. Digo esto por experiencia. La pereza me alejó mucho tiempo de este deber, y me dio muchas razones para evitarlo. Es una tarea difícil y desagradable que requiere cierta abnegación, ya que trae sobre ti el enojo de los malos. ¿Pero cómo puedes dar la preferencia a la tranquilidad carnal o el amor y la paz con los malos, antes que al servicio de Cristo nuestro Señor? El siervo holgazán no puede esperar gran recompensa. Recuerda, hermano, lo que se escribió en el segun-

do artículo suscrito por los de Worcester como promesa ante Dios: "Acordamos, con la ayuda de Dios, que en la medida que Dios nos revele nuestro deber, intentaremos cumplir fielmente con él, sin desistir por temor ni pérdidas materiales, ni por el enojo de los hombres, ni otro aliciente carnal alguno". Te ruego que estudies esta promesa y consideres tu cumplimiento de ella. No creas que al firmar este acuerdo caíste en una trampa, porque la Ley de Dios te obligaba ya a este mismo deber antes que firmaras el acuerdo. Solamente plantea lo que tanto otros como tú están obligados a hacer.

(3) El abandono de la disciplina eclesiástica tiende a engañar a las almas inmortales, haciéndolas creerse cristianos cuando no lo son, y permitiéndoles ostentar ese título como si no estuvieran separadas de los demás por las ordenanzas de Dios. Si los pastores toleran su pecado, les harán creer a los que dan escándalo que tal comportamiento es aceptable.

(4) Se destruye la reputación del cristianismo ante el mundo, haciendo creer que Cristo no es más santo que Satanás y que el cristianismo no exige más santificación que las religiones falsas del mundo. Si permites que santos y paganos sean ovejas del mismo redil sin ningún medio de separación, difamas al Redentor como si Él tuviera la culpa porque sus preceptos lo admitieran.

(5) Se mantiene la separación al permitir que los peores permanezcan en la congregación sin censura alguna, de manera que muchos cristianos honrados se sienten obligados a separarse de la congregación. He hablado con algunos miembros de las iglesias independientes, hombres moderados, y he discutido con ellos en contra de la separación. Me han asegurado que compartían la doctrina presbiteriana, o que no tenían nada en contra de ella, pero que se habían unido a otras iglesias por pura necesidad, ya que opinaban que la disciplina, como mandamiento de Cristo, debe ser empleada en lo posible. Por eso no se atrevían a pasar sin ella cuando la podían tener; no encontraban congregaciones presbiterianas que la ejercieran tal y como se describe en los escritos. Me dijeron que se habían separado solamente *pro tempore*, hasta que llegaran los presbiterianos a ejercer la disciplina eclesiástica; llegado ese momento volverían de

buena gana a unirse a ellos. Confieso que me duele que tales personas tuvieran ocasión de apartarse así. Evitar que los ofensores participen de la Santa Cena no es motivo suficiente para dejar de ejercer la disciplina eclesiástica mientras sean miembros de la congregación.

(6) Se atrae la ira de Dios tanto sobre el pastor como sobre la congregación, echando a perder el fruto de la labor. Si el ángel de la iglesia en Tiatira fue reprendido por permitir que los seductores permanecieran en la congregación, el pastor que permita la presencia de pecadores escandalosos, descarados e impenitentes podrá verse amonestado por lo mismo.

¿Cuáles son los estorbos que impiden que los pastores de la nación ejerzan la disciplina que tanto han defendido? Por lo que he podido aprender, el gran motivo es este: "La tarea es muy difícil, y podemos incurrir en problemas o sufrimiento al practicarla. No podemos amonestar públicamente a un pecador sin que se subleve y nos guarde un rencor mortal. Convencemos a muy pocos a hacer una profesión pública de verdadero arrepentimiento. Si los excomulgamos, montarán en cólera contra nosotros. Si tratamos según la Ley de Dios a todos los pecadores obstinados de la parroquia, no podríamos vivir entre ellos, porque todos nos odiarían tanto que la vida sería insoportable y el trabajo sin provecho. No nos escucharán si nos odian, de manera que dejamos de lado este deber por temor a que haga más daño que bien".

Estos son los grandes motivos para no ejercer la disciplina eclesiástica, junto con el gran trabajo que crea la amonestación en privado de cada ofensor. Ahora bien, mi respuesta a todo esto es la siguiente:

[a] Estas razones son tan válidas contra el propio cristianismo, especialmente en algunos momentos y lugares, como contra la disciplina eclesiástica. Cristo no vino para traer la paz. Tendremos su paz, pero no la del mundo, porque nos ha dicho que el mundo nos aborrecerá. Bradford, Hooper, o cualquiera de los que fueron quemados en la hoguera en la época de la reina María Tudor, bien podría haber dado mejores motivos que estos contra el deber de sostener la Reforma. Podrían haber dicho: "Nos odiarán, y expondrá nuestras vidas al peligro de la

hoguera". Cristo no tendrá por creyente a aquel que no odia todos sus bienes y su propia vida por Él. ¡Sin embargo, consideramos el riesgo de perder las cosas mundanas un motivo en contra de la obra! Es hipocresía intentar esquivar el sufrimiento y solo asumir tareas seguras y fáciles, convenciéndote a ti mismo de que lo demás no te incumbe. Es la manera más común de evitar el sufrimiento, de pasar por alto el deber que pueda acarrearlo. Si cumplieran fielmente con su deber, los pastores se encontrarían en la misma situación entre los cristianos profesos que sus antecesores entre los paganos. Pero si no puedes sufrir por Cristo, ¿por qué pusiste la mano en el arado? ¿Por qué no te sentaste primero a calcular el precio? Por eso se ejecuta tan mal la obra pastoral, porque se emprende de manera carnal. Los hombres creen que es una vida llena de tranquilidad, honor y respetabilidad, con la cual pueden alcanzar sus propios fines y tener lo deseado por medios lícitos o malos. No esperan hallar ni odio ni sufrimiento, y los quieren evitar al desatender el trabajo.

[b] En cuanto a no poder hacer bien alguno, respondo que esta razón sirve igualmente para negar la necesidad de la predicción franca, la amonestación u otro deber cualquiera que suscite el odio de los malos. Dios bendice a sus medios de gracia para que hagan bien; de otra manera no los habría instituido. Si amonestas públicamente a los que crean escándalo, llamándolos al arrepentimiento y expulsando a los obstinados, tal vez hagas bien a muchos de los amonestados, y aun tal vez a los excomulgados. Por lo menos estoy seguro de que son los medios marcados por Dios; y el último de ellos, cuando las amonestaciones no han servido, es la excomunión. Por eso sería perverso excluir el último de estos medios. No invalides los anteriores simplemente porque no se emplea el último hasta ver que los anteriores no han dado fruto. Sin embargo, puede servir de mucho bien tanto para los de dentro como para los de fuera, aunque al pecador mismo no le aproveche. Dios es glorificado cuando su Iglesia se distingue claramente del mundo, y los herederos del Cielo y del Infierno no se confunden ni se hace creer al mundo que Cristo y Satanás simplemente luchan por la superioridad, teniendo ambos la misma inclinación a la santidad o al pecado.

[c] Permíteme decir que los estorbos no son tantos, ni la disciplina es tan inútil como te imaginas. Alabo a Dios por la prueba que yo mismo hice, aunque tardía y pequeña. Digo por experiencia que no es en vano, ni los peligros que acarrea son tales para disculpar el abandono de ella.

Confieso que si tuviera mi voluntad, se expulsaría al pastor negligente que no gobierna su congregación con la disciplina eclesiástica, de la misma manera que se expulsa al predicador negligente que no quiere predicar. Estoy seguro de que el gobierno es un aspecto del oficio pastoral tan esencial como la predicación.

No seguiré con estas confesiones. Hermanos, solo queda declararnos culpables de todos estos pecados, humillando el alma por habernos desviado del camino del Señor. ¿Acaso hemos mirado por el rebaño y por nosotros mismos? No hemos seguido el patrón dado en el versículo. Si seguimos torpes de corazón e impenitentes, será una desgracia para nosotros mismos y para la Iglesia. Muchos adversarios han amenazado y calumniado a los pastores; y aunque eso demuestra su malicia impía, también puede indicarnos la indignación justa de Dios. Créeme, hermano, los pastores de nuestro país no son ni los últimos ni los más débiles de los pecadores. Entonces, es hora de participar en el arrepentimiento que hace tanto tiempo predicamos a nuestras congregaciones. Si eres inteligente percibirás que Dios se ha ofendido, y que la voz que llama a la nación al arrepentimiento te habla a ti al igual que a los demás. "El que tiene oídos para oír, oiga" (cf. Mt. 11:15) los preceptos de arrepentimiento proclamados en tantas liberaciones y preservaciones admirables. El que tiene ojos para ver, véalos escritos en tantos renglones de sangre. Dios nos ha llamado al arrepentimiento con sangre y fuego. La Primera Epístola de Pedro 4:17 dice: "Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios"; de manera que si el arrepentimiento no empieza allí, será triste para nosotros y para la nación.

No podemos negar ni atenuar nuestros pecados a la vez que llamamos a la gente a la confesión plena y libre. Es mejor dar gloria a Dios por la confesión contrita que buscar hojas de higuera para tapar la propia desnudez, obligando a Dios a

levantar la gloria que nosotros le negamos sobre las ruinas de nuestra propia gloria que preferimos antes que a Él, cayendo bajo un juicio más severo por negarnos voluntariamente a rendirnos ante Él. Si obligas a Dios a buscar su honra como pueda, tal vez lo haga para tu dolor y desgracia eternos. Los pecados abiertamente cometidos que ocultamos son más deshonorosos que los que confesamos. El pecado es lo que conlleva la deshonra, no la confesión. Hemos pecado a la luz del día, de manera que no se puede ocultar, y todo intento de ocultarlo solo aumenta la culpa y la vergüenza. No hay otra forma de reparar las brechas abiertas en el honor, causadas por el pecado, sino por la confesión y la contrición. Solo me atrevo a confesar mis propios pecados; si alguno se ofende porque he confesado los suyos, que sepa que solo actúo de la misma manera que conmigo mismo. Si se atreve a negar la confesión de su pecado, hágalo a su propio riesgo. No me cabe duda de que los pastores de Cristo verdaderamente humildes prefieren verse provocados a lamentar sus pecados solemnemente ante sus distintas congregaciones y prometer la reforma.

Sección 2

El deber de catequizar e instruir al rebaño personalmente

Una vez expuestas y lamentadas la negligencia y desviación personales, el deber para el futuro está claro. No quiera Dios que sigamos cometiendo los pecados confesados con el mismo descuido. Dejando atrás estas cosas, te exhorto ahora a desempeñar fielmente la gran tarea emprendida; esto es, la instrucción personal en el catecismo y la instrucción de cada miembro de la parroquia o congregación que se somete a ello.

Primero, plantearé algunos motivos para este deber.

Segundo, responderé a algunas objeciones a este deber.

Tercero, ofreceré algunas directrices para cumplir este deber.

PRIMERA PARTE

Los motivos para este deber

De acuerdo con este plan, plantearé algunos motivos para este deber. El primero se saca de los beneficios que acarrea; el segundo, de su dificultad; y el tercero, de su necesidad y de las muchas obligaciones que nos impulsan a cumplirlo.

ARTICULO 1

Los motivos sacados del beneficio de esta labor

Cuando considero lo que se puede efectuar con esta obra con la bendición de Dios y el trabajo eficaz, mi corazón salta de alegría. Verdaderamente, hermano, has emprendido una tarea bendita que alegrará tu corazón, a tu congregación, a la nación y al niño aún no nacido. Tal vez miles y millones de personas tengan motivos para alabar a Dios cuando hayas terminado la carrera. Aunque primero tengas que humillarte por haberlo dejado tanto tiempo de lado, tengo tantas esperanzas de un éxito bendito que el día del arrepentimiento se vuelve un día de gozo.

Alabo a Dios por haber vivido para ver un día como este, en el que tantos siervos de Cristo se comprometen a esta obra. Alabo a Dios, que ha honrado a los hermanos de esta región con ser los que emprendan y despierten a la nación a este deber (*). No es motivo de controversias del cual las mentes exasperadas

podrían suscitar contiendas, ni es un invento nuevo para que los envidiosos te acusen de innovador ni los orgullosos negarse a seguir porque tú has abierto el camino. Es un deber bien conocido, y la manera más eficaz y diligente de proseguir la tarea pastoral. No es un invento nuevo, sino la restauración de la antigua tarea pastoral. Como conlleva tantos beneficios para la Iglesia, citaré algunas ventajas que se pueden esperar. Espero que al ver la excelencia de los resultados, te empeñes más en cumplir con este deber y evites frustrarlo ni destruirlo por negligencia ni debilidad propias. Aquel que tiene las verdaderas intenciones de un pastor de Cristo se gozará al hallar mayor esperanza de lograr los fines de su ministerio; nada le vendrá mejor que aquello que adelanta el propósito de su vida.

Ahora demostraré en detalle que este deber está calculado para lograr este fin.

1. Será un medio muy útil para la conversión de los pecadores, ya que une los aspectos que más fomentan este fin.

(1) Trata las cosas más necesarias, como son los principios esenciales de la fe cristiana.

(2) Se lleva a cabo por medio de conferencias privadas, dando la oportunidad de dejar estas cosas grabadas en el corazón y en la conciencia.

La obra de la conversión consiste en dos partes: primero, informar a la mente de los principios esenciales de la fe cristiana, y segundo, cambiar la voluntad por la eficacia de la Verdad. Esta obra nos da excelentes ventajas para ambos aspectos. Es una excelente ayuda fijar el resumen de la fe cristiana en la mente. Las palabras incomprendidas no efectuarán cambio alguno, pero cuando se usa un lenguaje sencillo, la comprensión tanto de la materia como de su significado resulta mucho más fácil. Solo se pueden comunicar las cosas intangibles por palabras o señas. Entonces, aquellos que desprecian el catecismo por ser una forma sin provecho harían mejor en despreciar sus propias palabras cuando hablan para explicarse a los demás. Las palabras escritas que se tienen constantemente a la vista y en la memoria sirven tanto para instruir como las palabras efímeras

del predicador. La palabra sana, lejos de ser inútil, como se imaginan algunos, es admirable y útil para todos.

Además, en las conferencias personales se tiene la oportunidad de descubrir hasta qué punto comprenden el catecismo, y explicárselo poco a poco, insistiendo en aquellos detalles que más falta hacen a nuestros oyentes. Estas dos cosas juntas —el lenguaje sencillo y la explicación clara— logran más que cada una por separado.

Tendrás la mejor oportunidad de dejar grabada la Verdad en su corazón al tratar las necesidades particulares de cada individuo, diciendo al pecador: "Tú eres el hombre", hablando claramente de su caso en particular e impresionándole con la verdad de manera familiar. Esto es lo que más probablemente le hará bien. Comprenderá el lenguaje sencillo aunque no comprenda un sermón, y se lo podrá aplicar más fácilmente a sí mismo. Además, podrás oír sus objeciones y descubrir qué ventaja tiene Satanás sobre él. Podrás mostrarle sus errores, rebatir objeciones y convencerle mejor. Así podrás llevarlo más fácilmente hasta el punto de tomar una decisión para el futuro de participar de los medios de la gracia y reformarse. La mejor prueba de esto es la experiencia. En la mayoría de ocasiones en las cuales trato seriamente en privado con la gente de estos asuntos importantes, parecen convencidos de la gravedad de su estado, sienten remordimiento y prometen una nueva obediencia.

Hermano, al desempeñar esta labor con fidelidad y destreza, podrás asestar un gran golpe al reino de las tinieblas. Si vale la pena salvar muchas almas del tormento eterno, ¡levántate y empieza! Si quieres ser el padre de muchos nacidos de nuevo y ver el fruto de tu trabajo, y poder decir al final: "He aquí, yo y los hijos que Dios me dio" (cf. He. 2:13), ¡levántate y emprende esta obra bendita! Si te hace bien ver a tus conversos entre los santos en gloria alabando al Cordero ante el trono; si te da alegría poder presentarlos sin mancha e irreprochables ante Cristo, prosigue con diligencia y fervor esta oportunidad singular. Si eres un verdadero ministro de Cristo, anhelarás el perfeccionamiento de su Cuerpo y la reunión de sus elegidos. Sufirás dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en las almas de tu congregación (cf. Gá. 4:19). Aprovecharás todas las oportunida-

des que brinda el tiempo de la cosecha, como los días soleados en tiempos de lluvia que no admiten excusas ni pereza. Si tienes una chispa de compasión cristiana, seguramente merecerá el esfuerzo salvar a tantas almas de la muerte y cubrir tan gran multitud de pecados (cf. Stg. 5:19). Si realmente eres colaborador de Cristo, ponte a trabajar y no dejes abandonadas las almas por las cuales Él murió. Recuerda cuando hablas con los inconversos que tienes la oportunidad de salvar un alma y dar gozo a los ángeles del Cielo y a Cristo mismo, expulsando a Satanás de un pecador y aumentando la familia de Dios. "Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe?". Son tus feligreses salvos, "delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida" (cf. 1 Ts. 2:19). Sin duda, ellos son tu gozo y tu corona (cf. Fil. 4:1).

2. Fomentará esencialmente la edificación ordenada de los conversos y los arraigará en la fe. Si no se trabaja ordenadamente, se arriesga, o por lo menos se estorba, toda la obra. No se puede construir si no hay buenos cimientos, ni se puede poner la piedra del ángulo si los muros están en mal estado. La virtud no pega grandes saltos; la naturaleza tampoco. Las verdades secundarias de la fe dependen tanto de las principales que no se pueden aprender antes de estas. Por eso tantos trabajan en vano; "siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad" (cf. 2 Ti. 3:7), porque quieren leer antes de saber deletrear ni conocer siquiera el abecedario. Por eso tantos se alejan de la fe; les sacude todo viento de tentación porque no están bien arraigados en los principios fundamentales. Estos fundamentos los llevarán a verdades mayores y los fortalecerán contra las tentaciones. El que no conoce los fundamentos no sabe nada; el que los conoce bien será feliz; y el que mejor los conoce es el mejor y más sabio de los cristianos. Por tanto, los más piadosos de la congregación verán que vale la pena aprender de memoria el catecismo. Si quieres edificarlos de manera segura y establecerlos firmemente, sé diligente en esta obra.

3. Hará que la predicación pública sea más comprensible y más



estimada. Cuando los hayas instruido en estos principios, comprenderán mejor todo lo que dices. Una vez que conozcan los asuntos principales, captarán tus ideas. Esto prepara la mente y abre el camino al corazón; sin esto, tal vez pierdas la mayor parte del trabajo; y por mucho que te prepares, poco bien harás. Si no quieres echar a perder el trabajo público, sé fiel en la tarea privada.

4. Te ayudará a conocer a la gente y ganar sus corazones. Para los que tienen congregaciones muy grandes, la falta de este conocimiento es un gran impedimento para el éxito de la labor. La distancia y falta de conocimiento fomentan abundantes errores entre pastores y feligreses; por otra parte, la familiaridad suele fomentar el amor que abrirá sus oídos a una mayor instrucción. Además, cuando los conoces bien, se sentirán libres para expresar sus dudas. Pero cuando el pastor no conoce a sus feligreses o los trata como si no los conociera, será un gran estorbo para hacer bien alguno.

5. Conocerás mejor su estado espiritual, y podrás cuidarlos mejor. Sabrás cómo predicar y tratarles una vez que conozcas su temperamento y sus objeciones principales, y por eso, lo que más necesitan oír. Podrás celarlos "con celo de Dios" (cf. 2 Co. 11:2), y sabrás contra qué tentaciones guardarlos. Sabrás lamentar y gozarte con ellos y orar mejor por ellos. El que quiere orar eficazmente por sí mismo debe conocer sus propias necesidades y los males de su propio corazón; de igual manera, el que quiere orar eficazmente por los demás debe conocerlos en la medida de lo posible.

6. Este conocimiento de los feligreses te ayudará a admitir a la gente a participar en la Santa Cena. Sin duda, el pastor puede pedir a sus ovejas que acudan a él en el momento oportuno para dar cuenta de su fe y conocimiento, y para recibir instrucción; esto puede servir como preparación a la Cena del Señor. Pero los pastores han puesto el peso de este examen en la mera necesidad de ser aptos para recibirla, y no en su deber común de cuidar del estado y conocimientos de cada miembro del rebaño en

cualquier momento, ni en el deber de la gente de someterse a la dirección de sus pastores en todo momento. Por eso han hecho que la gente se resista a este examen por ignorancia. Así podrás descubrir si son aptos o no de una manera que no suscitará problemas, y de forma mucho más eficaz que un examen parcial antes de admitirlos a la mesa del Señor.

7. Mostrará la verdadera naturaleza del oficio pastoral y hará que la gente lo tenga en mejor estima de lo normal. Con demasiada frecuencia la gente cree que el pastor solo tiene que predicar, bautizar, presidir la Cena del Señor y visitar a los enfermos. Por ello no se someten a más; y demasiados pastores desconocen su propio oficio hasta el punto de no hacer más. Me ha dolido con frecuencia observar lo poco que algunos predicadores capacitados hacen por salvar las almas fuera del púlpito, y de lo poco que sirve lo que hacen a causa de esta negligencia. Tienen centenares de miembros con los cuales nunca han hablado personalmente para su salvación, y si juzgamos por su costumbre, no lo consideran parte de su deber. Lo que más incita a los pastores a dejar de lado esta vigilancia es la negligencia del aspecto privado de la labor por parte de otros. Tan pocos lo hacen bien, y la omisión se ha hecho tan común entre los piadosos y capacitados, que la desgracia se ha visto aminorada a causa de su capacidad. Hoy en día uno puede abandonarlo sin llamar la atención ni atraer oprobio. El pecado reina en una congregación o estado cuando ha ganado una buena reputación, o por lo menos no supone gran deshonor para el pecador ni ofende a los observadores. No me cabe duda de que, por la misericordia de Dios y la restauración de esta práctica de vigilancia, se convencerán muchos pastores de que forma parte de su trabajo tanto como lo que hacen ahora, y tal vez los despierte para ver que el pastorado es muy distinto de lo que muchos predicadores excelentes creen.

Hermano, dedícate a esta obra con diligencia, aunque lo hagas en silencio y sin dirigir ni una palabra a los negligentes; estoy seguro de que los presentes vivirán para ver el día en que el abandono de la vigilancia personalizada y en privado de todo el rebaño se considere una omisión escandalosa y odiosa que

avergüence a los culpables, como antes se consideraba el predicar solo una vez al día. El maestro de escuela debe tomar cuenta personalmente de sus alumnos, o hará poco bien. Si el médico solo da conferencias en público sobre la medicina, de poco servirá a sus pacientes; tampoco el abogado asegurará tus bienes si te lee una conferencia sobre las leyes. Igualmente, la tarea del pastor exige el trato personal. Demuéstralo ante el mundo en la práctica, porque la mayoría ya no atiende a las palabras.

La verdad es que se ha dañado gravemente a la Iglesia en este aspecto a causa del extremo opuesto de los papistas, que exigen que todos hagan la confesión auricular. Al derribar este error, hemos ido al extremo opuesto y llevado a nuestros feligreses mucho más allá. Me turba leer en los escritos de un historiador ortodoxo que la dispación y el deseo de evitar la interrogación estricta por parte de los sacerdotes en la confesión fomentaron en gran manera la Reforma en Alemania. Probablemente sea cierto que los que rechazaban otros aspectos de la Reforma se unieran a la denuncia del clero romano por parte de hombres mejores, por este motivo. No me cabe duda de que la confesión auricular, tal y como la practican los papistas, es una novedad pecaminosa desconocida por la antigua Iglesia. Pero tal vez alguno se extrañe de que diga que el abandono de la instrucción personal es mucho peor, considerando la confesión en sí y no con respecto a sus vínculos doctrinales con la expiación y el purgatorio. Si alguno cometiera el grave error de pensar que ha cumplido con todo cuando ha predicado, muéstrale en la práctica que queda aún mucho por hacer; y que "mirar por el rebaño" es mucho más de lo que se imaginan los pastores negligentes y perezosos. Si uno cree que su deber principal no es tal, no cumplirá con él ni la negligencia suscitará contrición alguna.

8. Ayudará a la congregación a comprender y cumplir mejor su deber para con el pastor. Esto no sería tan importante si fuera solamente por tu conveniencia, pero importa mucho para su salvación. La triste experiencia me convence de que no es el menor de los estorbos para su salvación y la verdadera reforma de la Iglesia que la gente no comprenda la obra pastoral y su propio deber para con el pastor. Suelen pensar que el pastor no

tiene más que hacer que predicar, administrar la Santa Cena y visitar a los enfermos; y que después de escucharle y participar de los medios de la gracia, no le deben mayor obediencia ni él puede exigírsela. No se dan cuenta de que el pastor es para la congregación como un maestro de escuela; debe enseñar y tomar cuenta de cada individuo, y todo cristiano debe ser discípulo o alumno en alguna escuela. No se dan cuenta de que el pastor es para la congregación como un médico en la ciudad. Todos pueden recurrir a él en busca de consejo personal para curar sus males. "Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley; porque mensajero es de Jehová de los ejércitos" (cf. Mal. 2:7). No consideran que todas las almas de la congregación, por su propia seguridad, deben recurrir personalmente al pastor para resolver sus dudas, buscar ayuda contra el pecado y la dirección en el deber, y para profundizar sus conocimientos de la gracia redentora; y que los pastores están en la congregación para este fin, preparados para aconsejar y ayudar al rebaño.

Si los fieles conocieran su deber, acudirían a ti de buena gana para ser instruidos y dar cuenta de sus conocimientos, fe y vida. Vendrían sin que se mandara a buscarlos y llamarían frecuentemente a tu puerta en busca de ayuda y consejo para sus almas, diciendo: "¿Qué debo hacer para ser salvo?". Desgraciadamente, ahora creen que el pastor no tiene nada que ver con ellos; y si los amonesta, o se ofrece para instruirles en el catecismo, o pide cuentas de su fe y provecho, le preguntan con qué autoridad hace estas cosas. Lo toman por un metomentodo pragmático a quien le encanta inmiscuirse en los asuntos de los demás cuando no tiene nada mejor que hacer, o un soberbio que quiere mandar sobre su conciencia. Igualmente podrían preguntar con qué autoridad predica, ora o preside la Santa Cena. No se dan cuenta de que la autoridad pastoral atañe a la obra y te capacita para el deber, que es para con ellos; de manera que es la autoridad de hacerles bien. Es como si discutieran con aquel que quiere ayudarles a apagar un incendio en su propia casa, preguntándole con qué autoridad lo hace. Si das dinero a los pobres, ¿acaso te preguntarán los que lo reciben, con qué autoridad les obligas a aceptarlo? Si tiendo la mano a uno que se ha

caído para levantarlo, o a uno que se ahoga para sacarlo del agua, ¿me preguntará con qué autoridad lo hago?

Lo que ha hecho a los cristianos tan ignorantes de su deber es la costumbre. Hablando con franqueza, los pastores son los culpables, porque no han acostumbrado ni a los feligreses ni a sí mismos a hacer más que el bien común público. Ya se ve la fuerza que tiene la costumbre. Entre los papistas que tienen la costumbre, la gente no duda en confesar sus pecados al sacerdote; pero los protestantes se resisten a ser instruidos en el catecismo porque no es costumbre. Se asombran como si fuera algo extraño, diciendo: "Esto nunca se ha hecho antes". Si puedes conseguir que este deber sea tan común como otros, lo aceptarán con mucha más facilidad que ahora. ¡Ojalá que vivas para ver el día en que sea tan corriente que la gente de todas las edades acuda a sus pastores en busca de consejo personal y ayuda para la salvación, como lo es hoy en día que acudan a la iglesia para oír un sermón o recibir la Santa Cena! La manera de conseguirlo es la diligencia en esta tarea.

9. Los gobernadores de la nación tendrán un concepto más correcto del ministerio cristiano, de manera que prestarán más ayuda. Es un impedimento lamentable para la reforma de la Iglesia y la salvación de las almas que en las grandes ciudades haya solamente uno o dos hombres para cuidar de muchas miles de almas, de manera que no hay obreros suficientes para la obra. Les resulta imposible cumplir razonablemente con el deber personal que incumbe al pastor fiel para con el rebaño. A menudo digo que es gran parte de la desgracia de la nación esta hambre espiritual en las grandes ciudades del país, aunque sean insensibles a ella, considerándose bien cuidados. Se ven multitudes de pecadores ignorantes, carnales y sensuales: familias, calles y pueblos enteros. El corazón se conmueve porque su necesidad clama a voces por un alivio rápido y diligente, de forma que el que tiene oídos para oír, a la fuerza la ha de oír. Pero por mucho que queramos, no podemos ayudarlos, no solo por su obstinación sino por falta de oportunidad. Hemos visto por experiencia que aunque tuviéramos tiempo para hablar con ellos y descubrirles su pecado y peligro, poco bien se puede

hacer para muchos que sacan poco provecho de la enseñanza pública. No se puede llegar a ellos a causa de la labor más necesaria. No se puede hacer dos cosas a la vez, y se da preferencia a la obra pública porque trata con muchos a la vez. La tarea pública es el máximo que muchos pueden llevar a cabo, o poco más; si se resta tiempo al sueño y las comidas, además de debilitar el cuerpo no se gana mucho tiempo para hablar con uno entre muchos. De manera que nos vemos obligados a observar con gran dolor cómo se pierden, sin poder hablarles siquiera para intentar rescatarlos. Es triste para una nación que se jacta de poseer la plenitud del Evangelio. El inconverso lo negará, pero creo que aquel que cree en la vida y la condenación eternas no responderá así.

Sacaré un ejemplo de mi propia experiencia. Somos dos copastores con un tercero que se ocupa de una pequeña capilla, dispuestos a dedicar todo nuestro tiempo a la obra de Cristo. Antes de emprender esta tarea ya estábamos muy ocupados, pero ahora hemos apartado dos días enteros de la semana para la instrucción privada en el catecismo, de manera que se ve claramente que hay que desatender los trabajos que antes hacíamos en aquellos días. Nos vemos obligados a acudir a la predicación pública con poca preparación, compartiendo el mensaje de Dios de manera tan cruda, confusa y falta de la dignidad necesaria para cubrir las necesidades de las almas, que nos duele mucho, y crea grandes dificultades. Pero es forzoso que así sea; no hay remedio. Si no quitamos la instrucción personal, habrá que acudir al púlpito sin prepararnos; y no nos atrevemos a quitarla por ser una obra tan vital. Después de incurrir en todas estas dificultades, como mucho podemos visitar a las ochocientas familias que componen la parroquia una vez al año. Lo que es peor, hay que acortar las visitas de manera que se trata de manera muy ineficaz a unas quince familias por semana. Es triste poder hablar con ellos solo una vez al año y forzosamente de manera muy superficial, comparado con lo que pide la necesidad. Sin embargo, esperamos ver fruto de este poco; pero habría mucho más fruto si pudiéramos hablarles en mayor detalle cada trimestre, como se puede hacer en las congregaciones más pequeñas. Muchos pastores del país tienen

diez veces el número de feligreses que yo, de manera que si emprenden esta obra solamente podrán visitar a todos los feligreses una vez cada diez años. Mientras se espera la oportunidad de hablar con ellos, se sabe que uno tras otro se ha muerto, y con gran dolor hay que acompañarlos al cementerio antes de poder decirles ni una palabra en persona en preparación para el gran cambio. ¿Cuál es la causa de esta gran desgracia? La administración no considera necesario más de uno o dos pastores por parroquia, de manera que no se han provisto fondos para este fin. Algunos se han alejado mucho de la Iglesia —y el Señor quebrante a todos aquellos que han consentido en esto, no vaya a destruir la nación al final—, dejando esta hambre en grandes zonas del país. Resulta fácil apartarse de la multitud y crear iglesias nuevas, dejando salvarse quien pueda de los demás. Si no se salvan por la predicación en público, les dejan condenarse; pero no creo que sea difícil saber si este comportamiento es lo más cristiano y caritativo.

¿Cómo se permite que los gobernadores sabios y piadosos sean la causa de tanta desgracia sin que el clamor los despierte a la compasión? ¿Tan ignorantes son, que no se dan cuenta de estas cosas? ¿Se han vuelto crueles para con las almas, o traidores de los intereses de Cristo, pensando minar así su Reino? Espero que no sea ninguna de estas cosas. Por lo que he observado, los pastores responsables de mantener el Evangelio son los culpables. Aquellos que tienen congregaciones pequeñas y bien podrían hacer esta parte privada de la obra no lo hacen, o por lo menos pocos lo hacen. Los que están en grandes ciudades, que algo podrían hacer si no pueden lograrlo todo, no hacen más de lo que casualmente les cae entre manos, que es casi nada. Así, la administración no observa ni se da cuenta de la importancia de la tarea. Y si comprende su utilidad, viendo que los pastores son perezosos y descuidados, considera que no sirve de nada dar fondos para la obra, ya que sería mantener a unos zánganos. Entonces los administradores creen que cumplen con su deber al nombrar suficientes pastores para la predicación pública; de manera que los mismos pastores les hacen participar de este pecado terrible. Pero si todos se dedicaran de corazón a esta obra, demostrarían a los administradores que

forma una gran parte necesaria del trabajo, y que si se permitiera se haría a fondo, y de haber manos suficientes se podría hacer. Cuando vean los administradores el éxito feliz de la labor, sin duda, si tienen temor de Dios y aman su Verdad y las almas, echarán una mano y no dejarán perecer las almas por falta de uno que hable con ellos. De alguna manera recaudarán los fondos necesarios para nombrar obreros en proporción a la población y las exigencias de la obra. Si ven que los pastores se entregan a la obra y que prospera en sus manos —y sin duda prosperará si se hace de manera eficaz—, sin duda, con la bendición de Dios, sus corazones se conmoverán para apoyarla. En lugar de unir distritos para disminuir el número de maestros, o los dividirán o nombrarán a más maestros por distrito. Pero si ven que los pastores carnales forman mucho ruido para conseguir mejores sueldos para sí mismos en lugar de buscar ayudantes para la obra de Dios, estos mundanos los tientan a perjudicar a la Iglesia por dar comodidad a algunos particulares.

10. Facilitará en gran manera la obra pastoral en las generaciones venideras. Ya he dicho que la costumbre tiene mucho peso para la multitud, y los primeros en romper una costumbre dañina aguantarán el peso de su indignación. Alguien tiene que hacerlo. Si no lo hacemos nosotros, lo tendrán que hacer nuestros sucesores. ¿Podemos estar seguros de que serán más fuertes, decididos y fieles que nosotros? Hemos visto los juicios del Señor a sangre y fuego en la nación. Hemos pasado por el crisol, y deberíamos estar refinados. Estamos obligados por nuestros juramentos y pactos, por las maravillosas liberaciones, experiencias y misericordias de todo tipo recibidas. Si les damos la espalda por temor y los traicionamos, ¿cómo esperaremos que nuestros sucesores lo hagan mejor, si no se ven azotados por el mismo látigo ni atraídos con las mismas cuerdas? Pero si resultan mejores que nosotros, les caerá con aumento el odio y oposición que nosotros evitamos por nuestra negligencia. La gente les dirá que nosotros, sus predecesores, no hacíamos esas cosas. Si rompemos ahora el hielo para nuestros sucesores, sus almas nos bendecirán y verán el feliz fruto de nuestra labor todos los días de su ministerio. La gente se someterá de buena gana a la

instrucción y el examen en privado, y aun a la disciplina, porque se lo hemos dado a conocer y quitado el prejuicio, rompiendo con la mala costumbre de nuestros predecesores. Podemos hacer mucho para salvar a miles de almas en las generaciones venideras tanto como en la nuestra.

11. Conllevará mayor orden en las familias, y mejores maneras de emplear el Día del Señor. Una vez que se consiga que los padres de familia prometan examinar a sus hijos y criados cada domingo, haciéndoles repetir parte del catecismo y algún pasaje de las Escrituras, buscarán maneras provechosas de emplear el tiempo que de otra manera se malgastaría. Muchos padres de familia que saben poco ellos mismos harán esto para los demás, enseñándose de esta forma a sí mismos.

12. Servirá a muchos pastores que tienen una tendencia excesiva al ocio, malgastando su tiempo con conversaciones, negocios, viajes y recreaciones innecesarias. Les hará ver que no hay tiempo para enredarse en tales cosas. Cuando se ocupen de cosas tan altas e importantes se curará su ociosidad y pérdida de tiempo. Además, se evitará el escándalo que estas suelen conllevar, porque la gente suele decir: "Tal pastor tiene tiempo para jugar a la petanca y otros deportes, o para charlar de cosas vanas. ¿Acaso no podemos hacer lo mismo?". Seamos todos diligentes en este aspecto de la obra, y tendremos poco tiempo para la vida ociosa, sensual y mundana.

13. Será de gran beneficio personal, ya que ayudará a aplacar la corrupción propia y ejercer las virtudes. Traerá mucha paz y consuelo al corazón en el momento de examinar la vida pasada.

Fomentar el arrepentimiento y la espiritualidad de los demás ayudará a fomentarlos en tu propio corazón. Denunciar el pecado de los demás y ayudarlos a vencerlo te ayudará a sentir vergüenza de tus propios pecados; tu conciencia no te permitirá seguir practicando lo que tanto te esfuerzas por alejar de los demás. El empleo constante en las cosas de Dios y el ejercicio de la mente y la lengua en contra del pecado y a favor de Cristo y de la santidad, te ayudarán mucho a vencer las tentaciones de la

carne, tanto por la mortificación directa como por la distracción, de manera que la imaginación no tenga tiempo para su antiguo pasatiempo. Las antiguas austeridades de los monjes y ermitaños que practican la soledad inútil, pensando salvarse al dejar de tener compasión de los demás, no obran tanto a favor de la verdadera mortificación como esta diligencia fructífera por Cristo.

14. Evitaré que pastores y feligreses caigan en controversias inútiles y asuntos de poca importancia para la edificación espiritual en la fe. Si te ocupas en la enseñanza y tus feligreses en aprender los fundamentos del Evangelio, las mentes y lenguas no tendrán tiempo para las cosas de menor importancia, curándose así muchas de las contenciones entre pastores y congregación. Se hace lo innecesario por no cumplir diligentemente con el deber.

15. Extenderé los distintos beneficios a toda la gente del entorno. La obra está pensada para reformar y salvar a todos los que viven en la parroquia. No se excluirá a los que están dispuestos a instruirse, y aunque no se puede esperar que todos se vean salvados y reformados como resultado de la obra, hay motivos para esperar que si el esfuerzo abarca a todos, el éxito será más generalizado que lo anteriormente visto en otras obras. Estoy seguro de que se asemeja más al espíritu y preceptos del Evangelio que Cristo nos manda predicar a toda criatura, prometiendo la vida eterna a todos los que lo aceptan por la fe. Dios "[...] quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad" (cf. 2 Ti. 2:4). Como Rector y Benefactor del mundo, ha demostrado la voluntad de que todos se salven si están dispuestos, aunque dispone esta voluntad en sus elegidos. Entonces, seguramente se debe ofrecer la salvación a todos, intentando llevarlos al conocimiento de la Verdad. Si Cristo murió por todos los hombres, debemos predicar su muerte a todos. Esta obra es más excelente que las conversaciones eventuales con algún que otro particular. He observado que en esta clase de conversación ocasional el pastor suele contentarse con decir alguna buena palabra, sin hablar con la franqueza

necesaria para convencer a su interlocutor de la desgracia del pecado y la misericordia de Dios, como se suele hacer en una obra planeada para ese fin.

16. La obra no quedará aquí, sino que se extenderá por toda la nación. Aunque actualmente se pase por alto, supongo que se debe al mismo motivo; esto es, la pereza e irresponsabilidad que lamento aquí, y especialmente la idea de que la gente no se somete a ella. Pero cuando se les recuerde este gran deber, verán que en gran parte es factible si se hace de común acuerdo, y sin duda emprenderán de buena gana esta bendita tarea; porque son siervos del mismo Dios, igualmente sensibles a los intereses de Cristo y compasivos para con las almas. Son igualmente concienzudos, abnegados y dispuestos a trabajar o sufrir para estos fines excelentes como nosotros. Considerando, por tanto, que tienen el mismo espíritu, gobierno y Señor, no faltaré a la caridad como para dudar que todos los piadosos del país —o por lo menos la mayoría— se unirán a la obra de buen grado. ¡Qué bueno será ver esta unión por Cristo! ¡Que todo el país reciba el llamamiento serio de Cristo de emprender el camino al Cielo! Creo que la mera idea debería hacer saltar el corazón de alegría; que tantos siervos fieles de Cristo se dirijan a todos los pecadores de la nación con una insistencia que apenas admite el rechazo. Casi veo a todos los pastores del país emprendiendo ya la obra y abrazando unánimes esta oportunidad.

17. En último lugar, el peso y la excelencia del deber recomendado son tales que la mayor parte de la reforma de la Iglesia, en términos de los medios, consiste en ello. Es el medio principal de responder a los juicios y misericordia divinos, a las oraciones, promesas, esfuerzo, gastos y sangre de la nación. Sin esto no se podrá efectuar la reforma deseada, ni se lograrán estos hermosos fines. La Iglesia seguirá en declive y los intereses de Cristo abandonados; Dios aún tendrá contención con la nación y, sobre todo, con los pastores como máximos culpables de la situación.

Se ha hablado mucho de la reforma, diciendo y haciendo grandes cosas a su favor y jurando profunda y devotamente

efectuarla en nuestras propias vidas; pero a fin de cuentas la hemos dejado de lado de manera vergonzosa hasta el día de hoy. Los pastores se portan como si no supieran en qué consiste la reforma prometida. Los hombres carnales a veces emprenden la vida cristiana, profesando con confianza su fe en Cristo y aceptando la salvación; y tal vez luchan por Cristo. Pero a pesar de todo, no quieren nada con Él, sino que perecen al rechazarlo sin haber ni siquiera soñado que lo rechazarían; y todo porque no comprendieron en qué consiste la salvación y cómo se vive en ella, sino que sueñan con una salvación que no mortifica la carne ni requiere la abnegación y renuncia del mundo y el pecado; sin santidad ni grandes esfuerzos por su parte para someterse a Cristo y al Espíritu Santo. Igualmente, muchos pastores y particulares hablan, escriben, oran y luchan, anhelando la reforma sin poder creer a aquel que se atreve a decirles que a pesar de todo sus corazones están en contra de dicha reforma, y que los mismos que oran, ayunan y pasan por ríos de sangre por ella nunca la aceptarían, sino que ellos mismos la rechazarían y destruirían. Pero así es, y se ha visto demasiado claramente. ¿De dónde proviene este extraño engaño de los corazones que evita que los hombres piadosos se conozcan a sí mismos? Está claro: se imaginan una reforma dada por Dios, no labrada en ellos mismos y llevada a cabo por sí mismos. Anhelan la bendición sin considerar los medios para conseguirla. Es como si esperasen que todo se arreglara sin esfuerzo suyo, o que el Espíritu Santo descendiera milagrosamente de nuevo y cada sermón convirtiera a miles, o que un ángel o un nuevo Elías viniera para restaurar todas las cosas, o que todos se convirtieran por decreto del Parlamento y la espada de los magistrados. No han imaginado una reforma que debe lograrse con su propia diligencia y trabajo incansables, la predicación e instrucción sinceras, y el cuidado de todo el rebaño por mucho trabajo y reproches que conlleve. No imaginaron que una reforma a fondo multiplicara su trabajo. Todos hemos tenido ideas demasiado carnales, pensando que cuando tuviéramos entre manos a los impíos estaría todo hecho; que conquistarlos era convertirlos, o que se les podría llevar al Cielo por el temor. La verdad es muy distinta; de haber sabido entonces cómo se logra una verdadera reforma,

tal vez algunos fueran más fríos en la obra. Pero sé que incluso el trabajo planeado parece poca cosa a distancia, mientras aún se habla de ello; y cuando se ponen manos a la obra, y se viste la armadura para enfrentar las peores dificultades se prueba la sinceridad y la fuerza de los corazones, y se verá el fruto de sus promesas y propósitos.

La reforma es para muchos cristianos como lo fue el Mesías para los judíos. Antes de su llegada lo anhelaban, se jactaban de él y se gozaban en la esperanza; pero cuando llegó no lo aceptaron sino que lo odiaron y no quisieron creer que Él era quien decía ser. Por eso lo persiguieron y lo mataron, para maldición y confusión de la mayor parte de su pueblo. “[...] Y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos. ¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia” (cf. Mal. 3:1-3). Los judíos esperaban otra clase de Mesías, uno que les trajera riquezas y libertad; hasta el día de hoy dicen que nunca creerán en otro. Este es el caso de muchos en cuanto a la reforma. Anhelaron una reforma que les trajera más riquezas y honra ante la gente, con poder para obligarles a hacer su voluntad; y ahora se encuentran con una reforma que les obliga a trabajar y humillarse más que nunca. Soñaban con tener a los que se oponen a la santidad bajo sus pies, y ahora descubren que deben rogarles humildemente y poner sus propias manos bajo los pies de ellos para hacerles bien, suplicando a aquellos que en tiempos buscaron quitarles la vida e intentando ganarlos con la bondad y el amor. ¡Cuántas ilusiones carnales se vienen abajo así!

ARTÍCULO 2

Los motivos sacados de las dificultades de la obra

Una vez planteados los motivos sacados del beneficio de esta obra, trataré los que se sacan de las dificultades inherentes. Confieso que si se trataran aisladamente, resultarían más una

fuerza de desánimo que de motivación, pero en conjunto con los que preceden y siguen, el resultado es muy distinto, ya que las dificultades suscitan mayor diligencia en una obra tan necesaria.

Se hallan muchas dificultades tanto por parte del pastor mismo como de los feligreses; pero son tan obvias que el pastor experimentado no puede dudar de ellas, de manera que las resumiré en pocas palabras.

1. Consideremos primero las dificultades del propio pastor.

(1) Todo pastor padece gran torpeza y pereza que obstaculizan la fidelidad en una labor tan difícil. Como el indolente que sabe que debe levantarse de la cama, pero permanece acostado todo el tiempo posible, la naturaleza humana corrupta esquiva todo deber que le resulta desagradable. Esta tarea exigirá todos tus esfuerzos, pero la pereza atará las manos de muchos.

(2) El ser humano se inclina a querer agradar a los hombres. Por eso se arriesga a dejar perecer a las almas antes de perder su amor, dejándolas ir tranquilas al Infierno para que no se enfaden con aquel que busca su salvación. Estamos más dispuestos a arriesgar la ira de Dios y la perdición eterna de la congregación que a soportar un desaire. Hay que resistir esta tendencia con toda diligencia.

(3) Muchos pastores padecen una timidez sosa, de manera que les cuesta mucho hablar francamente con los fieles. Son tan modestos que les abochorna hablar de Cristo, o contradecir al diablo, o salvar las almas; desgraciadamente, se avergüenzan menos de actos menos dignos.

(4) Son tan carnales que los intereses de la carne les hacen infieles a la obra de Cristo, por no perder ingresos, crearse problemas, antagonizar a la gente, etc. Resistir todas estas cosas requiere gran diligencia.

(5) La debilidad en la fe es el mayor estorbo de todos. Muchos pastores, cuando deben esforzarse al máximo para ayudar a uno a entregarse a Cristo, aunque no tengan dudas sobre la existencia del Cielo y el Infierno, padecen una fe tan débil que apenas gozan de aquel celo amable, decidido y constante. Todos sus actos resultan débiles por la debilidad de su fe. Entonces,

por el bien de su trabajo y sus propias almas, los pastores deben cultivar una fe sana y viva, especialmente en cuanto al asentimiento a la verdad de las Escrituras sobre el gozo y el tormento de la vida venidera.

(6) En último lugar, es muy común la falta de capacidad y preparación para la obra. Pocos saben tratar con los ignorantes y mundanos para llevarlos a la conversión. Tocar los corazones y ganarlos, adaptar las palabras a su estado y temperamento, escoger los asuntos más adecuados y desarrollarlos con una santa mezcla de seriedad, temor, amor, mansedumbre y atracción evangélica: ¿quién podrá hacer estas cosas? Declaro con toda seriedad que, por experiencia, me parece tan difícil tratar correctamente con los carnales para su transformación como predicar en público, y aún más. Estas dificultades propias deben despertar en ti el deseo de una santa determinación, preparación y diligencia para no dejarte vencer por ellas ni estorbar la obra.

2. Una vez notadas las dificultades inherentes en el propio pastor, quisiera tocar algunas que se encuentran entre los fieles.

(1) Muchos se obstinan en rechazar la instrucción. Desdeñan acudir, considerándose demasiado buenos para el catecismo, o demasiado viejos para aprender. Tendrás que tratarlos con sabiduría tanto en público como en privado, estudiando la mejor manera de vencer su obstinación por la fuerza del razonamiento y el poder del amor.

(2) Muchos de los dispuestos son tan torpes que apenas pueden aprender una página del catecismo en mucho tiempo. No acuden por vergüenza de su ignorancia. Hay que invitarlos con sabiduría y diligencia.

(3) Cuando acuden, algunos resultan tan ignorantes y poco comprensivos que te costará mucho hacerles entender lo que dices. Si no conoces bien el arte de la explicación clara, los dejarás como antes.

(4) Te costará aún más dejar grabadas las cosas en sus corazones de manera que efectúen aquel cambio salvador que es la meta sin la cual todo el trabajo se pierde. ¡El corazón carnal y endurecido parece de pedernal! Se resiste a las persuasiones

más poderosas, y escucha hablar de la vida y muerte eternas como si nada. Entonces, si no te expresas con sinceridad y fervor sobre estos asuntos tan vitales, ¿cómo puedes esperar hacer algún bien? Habiendo hecho todo, el Espíritu de gracia ha de obrar. Al igual que el hombre, Dios suele escoger instrumentos adecuados para la tarea o el fin. El Espíritu de sabiduría, vida y santidad no suele obrar a través de instrumentos necios, muertos y carnales, sino con persuasiones de luz, vida y pureza que se parecen a Él mismo y a la obra que quiere efectuar.

(5) En último lugar, cuando hayas causado alguna impresión favorable en los corazones, si no cuidas de ellos con esmero, sus corazones pronto se volverán a endurecer, y sus antiguos compañeros y tentaciones volverán a destruir toda la obra. En resumen, te esperan todas las dificultades de la obra de la conversión que quieres efectuar entre tus feligreses.

ARTÍCULO 3

Los motivos sacados de la necesidad de la obra

La tercera clase de motivos se saca de la necesidad de la obra. Si no fuera necesaria, las dificultades antes mencionadas desanimarían a los perezosos en lugar de alentarlos. He escrito más largamente de lo que pretendía, de manera que seré breve al indicar algunos de los aspectos generales.

1. La tarea es necesaria para la gloria de Dios. El propósito de todo cristiano es vivir para la gloria de Dios, de manera que asumiré de buen grado todo aquello que mejor la fomenta. Todos quieren alcanzar sus propósitos. Hermano, si se emprendiera esta labor en todas las congregaciones del país y se consiguiera el asentimiento de los feligreses para luego llevarla a cabo con habilidad y celo, se daría gran gloria a Dios. Si se eliminara la ignorancia común, y en lugar de la vanidad y la pereza la gente se dedicara a estudiar su manera de vivir, de manera que los habitantes de cada hogar se dedicaran a aprender las Escrituras y el catecismo y a hablar de la Palabra y las obras de Dios, seguramente Dios se contentaría con las ciudades de esta nación. Se deleitaría en morar en nuestros hogares. La gloria de Cristo brilla en sus santos, y la gloria de ellos es la suya. Por eso, aquello

que los honra en cantidad o excelencia le honra al Señor. La gloria de Cristo se verá de maravilla en la Nueva Jerusalén, cuando descienda en las nubes con el esplendor y la magnificencia descritos en el Apocalipsis. Entonces, si puedes aumentar el número o la fuerza de los santos, se aumentará la gloria del Rey de los santos, ya que recibirá servicio y honor donde antes había desobediencia y deshonor. Cristo también se honrará con los frutos de su sangre derramada, y el Espíritu de gracia en el fruto de sus obras. Tales fines importantes exigen la diligencia en el empleo de los medios a tu alcance.

Todo cristiano está obligado a hacer lo posible para la salvación de los demás, pero el pastor está doblemente obligado a ello por estar apartado para el Evangelio de Cristo; debe entregarse totalmente a la obra. No hay que cuestionar esta obligación cuando sabes que la obra es fundamental para la conversión y salvación de la gente, y que se nos manda, en general, hacer todo lo necesario y posible para conseguir este fin. Espero que no quepa duda de que los inconversos necesitan convertirse. El que esta tarea sea un medio muy necesario de conseguirlo queda fuera de duda por la experiencia. Que aquellos que más se esmeran en público examinen a sus parroquianos, y verán que muchos de ellos siguen tan ignorantes y descuidados como si nunca hubieran escuchado el Evangelio. Personalmente, me esfuerzo por hablar de la manera más clara y conmovedora posible, lo cual es siempre mi mayor empeño además de decir la verdad. Sin embargo, a menudo me encuentro con personas que me han escuchado durante ocho o diez años sin saber si Cristo era Dios u hombre, y se asombran cuando les cuento la historia de su nacimiento, vida y muerte como si nunca antes la hubieran oído. De los que conocen el relato del Evangelio, pocos saben en qué consisten la fe, el arrepentimiento y la santidad que exige; tampoco conocen sus propios corazones. La mayoría tienen una confianza infundada en Cristo, esperando que les perdone, justifique y salve a la vez que el mundo domina sus corazones y viven para la carne. Y tienen esta confianza por una fe justificadora. He visto por la experiencia que algunos ignorantes, que durante mucho tiempo han sido oidores inútiles, han crecido más en el conocimiento y arrepentimiento en media

hora de charla personal que en diez años de oír sermones públicos.

Sé que la predicación pública del Evangelio es un medio excelente, porque se habla a muchas personas a la vez. Pero normalmente resulta mucho más eficaz predicar en privado a un pecador en particular, ya que al hombre más sencillo del mundo le costará hablar en público con la llaneza suficiente para que le comprenda, mientras en privado se puede conseguir mucho más. En público no se pueden usar expresiones tan caseras, ni las repeticiones necesarias para vencer la torpeza, como en privado. Los discursos públicos son largos y se agotan su atención y memoria, dejándoles confusos de manera que no te pueden seguir. Una frase borra otra de la memoria, de manera que al final no recuerdan nada de lo dicho. Pero en privado puedes trabajar de forma gradual, lo cual permite al oyente seguirte de cerca. Por medio de preguntas y respuestas podrás comprobar lo que ha comprendido y lo que te queda por hacer. En público, su atención se distrae a causa de las muchas palabras y lo largo del discurso; cuando participa como interlocutor, presta más atención. Además, podrás responder más fácilmente a sus objeciones y sacarle promesas antes de dejarlo, lo cual no sería posible en público. Por eso digo que la predicación en público no es suficiente, porque aunque sea un medio eficaz para la conversión de muchos, no serán tantos como nos aseguran la experiencia y el uso de otros medios escogidos por Dios. Si menoscabas este deber, podrás predicar durante mucho tiempo con pocos resultados.

2. Esta tarea es necesaria para el bien de la congregación.

Hermano, ¿acaso puedes mirar con fe a tu congregación desgraciada sin oír su clamor por socorro? Debes tener tanta compasión de la situación de cada pecador que estés dispuesto a hacer mucho más que esto para aliviarla. ¿Acaso podrás ver a un herido junto al camino, y pasar de largo sin ayudarlo (cf. Lc. 10:30-37)? ¿Podrás oírles clamar como el macedonio en la visión de Pablo: "Ven y ayúdanos" (cf. Hch. 16:9) y negarles tu ayuda? Sería como estar encargado de un hospital con un moribundo en un rincón, y en otro un enfermo que gime y clama:

“¡Ayúdame, ten lástima de mí, por el amor de Dios!”; otro que está loco de atar y amenaza con quitarse la vida a sí mismo y a ti; y, sin embargo, te quedaras quieto sin hacer nada. Con razón Juan dice del que se niega a prestar ayuda material: “Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?” (cf. 1 Jn. 3:17). ¡Con cuánta más razón se puede decir esto de aquel que niega la ayuda espiritual! No eres un monstruo de corazón endurecido; tienes compasión del leproso, el desnudo, el prisionero, y el afligido. Tienes compasión de aquel que está atormentado con enfermedad o dolor; ¿no la tendrás del pecador ignorante y duro de corazón? ¿Acaso no sientes compasión por aquel que se verá excluido de la presencia del Señor y padecerá su ira sin remedio a no ser que se arrepienta cuanto antes? ¡Qué corazón no tendrá lástima del tal! ¿Cómo sería ese corazón? Un corazón de piedra o de amianto; un corazón de tigre, o mejor dicho, de pagano. Si uno cree en la desgracia de los impenitentes, no podrá menos que tenerles compasión. No podrás proclamar desde el púlpito que la gente se condenará sin falta a no ser que se arrepienta, sin tener compasión de ellos una vez proclamado el peligro. Si realmente tienes lástima de ellos, harás lo posible por su salvación.

¡Cuántos a tu alrededor corren a ciegas hacia la perdición mientras tu voz ha sido designada como el medio de despertarlos y reclamarlos! El médico no tiene excusa; está doblemente obligado a aliviar a los enfermos, cuando aun sus vecinos deben ayudarlos. Hermano, imagina que los pecadores clamaran tras de ti en las calles: “¡Señor, ten misericordia de mí, dame tu consejo! Temo la ira eterna de Dios. Sé que pronto he de dejar este mundo, y temo ser desgraciado en el mundo venidero”. ¿Podrás negar tu ayuda a los pobres pecadores? Imagina que acuden a la puerta de tu despacho y ruegan tu ayuda, negándose a marchar hasta que les explicaras la manera de escaparse de la ira de Dios. ¿Acaso serías capaz de echarlos sin darles ningún consejo? Seguro que no. Pero estas personas son menos desgraciadas que los que no piden ayuda siquiera. El pecador endurecido no agradece tu ayuda, por más que la necesite. El que no tiene suficiente vida para darse cuenta de que está muerto, ni luz sufi-

ciente para ver el peligro que corre, ni el sentido suficiente para tener lástima de sí mismo, es el más digno de lástima.

Mira a tus vecinos, y piensa cuántos necesitan tu ayuda ante el peligro de condenarse eternamente. Imagina que escucharas a todos los impenitentes que conoces clamando por tu ayuda: "Si alguna vez has tenido compasión de los pobres infelices, tenla de nosotros, no vayamos al tormento de las llamas del Infierno. Si tienes un corazón de carne, ten compasión de nosotros". Haz por ellos lo que harías si de verdad te siguieran con este clamor. ¿Cómo puedes andar, hablar, y alegrarte entre tales personas cuando conoces su estado? Creo que si los miras a la cara y piensas en su desgracia eterna, debes prorrumpir en lágrimas como el profeta cuando miró a Hazael (cf. 2 Reyes 8:11) y exhortarlos con apremio. Cuando visites a los enfermos te dolerá el corazón al verlos listos para partir a la condenación antes de haberles hablado seriamente de la conversión. Por el amor del Señor y de las pobres almas, ten compasión de ellos, levántate, y no escatimes esfuerzos para llevarlos a la salvación.

3. Esta labor es necesaria para tu propio bien tanto como el de tus feligreses. Se te juzgará según esta obra, entre otras. No podrás ser salvo sin la diligencia y fidelidad pastorales, de la misma manera que ellos no podrán ser salvos sin la diligencia y fidelidad cristianas. Entonces, si no te importan los demás, por lo menos mira por ti mismo. ¡Es terrible tener que dar cuentas por haber descuidado tal cargo, y es un grave pecado traicionar las almas! ¿Acaso no tiembles bajo la amenaza? "Cuando yo dijere al impío: De cierto morirás; y tú no le amonestares ni le hablases, para que el impío sea apercebido de su mal camino a fin de que viva, el impío morirá por su maldad, PERO SU SANGRE DEMANDARÉ DE TU MANO" (cf. Ez. 3:18, mayúsculas del autor). No me cabe duda de que se acerca el día en que los pastores infieles desearán no haber estado a cargo de las almas. Desearán haber sido mineros, barrenderos o cacharrereros antes de pastores del rebaño de Cristo, si además de sus otros pecados tienen que dar cuenta de la sangre de tantas almas. La muerte espera a todos, pastores y pueblo; y es tan terrible para el pastor infiel como los demás. Todos sabemos que moriremos sin

remedio, que ni el ingenio, ni la erudición, ni los aplausos de la gente podrán evitar ni postergar la muerte, sino que, dispuesta o no el alma, ha de partir a un mundo que nunca hemos visto. Allí no se respetan personas ni intereses mundanos. Entonces, ojalá que puedas decir con la conciencia tranquila: “No viví para mí mismo sino para Cristo; no escatimé esfuerzos, ni escondí mi talento. No tapé la desgracia ajena, ni oculté la salida”. Hermano, toma el tiempo mientras dispones de él, para trabajar entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar (cf. Jn. 9:4). Ahora es el momento para nosotros; al hacer bien a los demás, nosotros seremos beneficiados. Si quieres prepararte para una muerte feliz y una recompensa grande y gloriosa, allí está la cosecha delante de ti. Ciñe los lomos de tu entendimiento y trabaja como un valiente, para que puedas acabar tus días con estas palabras triunfantes: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día [...]” (cf. 2 Ti. 4:7-8). Si quieres compartir la bienaventuranza de los que mueren en el Señor, esfuérzate ahora para hacer tales obras que quieres que te sigan, y no aquellas que te horrorizarán al recordarlas.

ARTÍCULO 4

La aplicación de estos motivos

Una vez examinados los motivos poderosos que nos incitan en esta obra, procedo a su aplicación como fuentes de humillación y ánimo.

1. Tenemos motivos de sobra para lamentarnos ante el Señor por el abandono de esta gran obra durante tanto tiempo; por haber sido pastores del Evangelio durante tantos años y haber hecho tan poco para la salvación de las almas a través de la instrucción personalizada. De haber emprendido la tarea antes, ¿quién sabe el número de almas que habrían venido a Cristo, y lo felices que serían hoy nuestras congregaciones? Podríamos haberla empezado antes sin dificultad. Reconozco los grandes impedimentos que había y aún hay, y los habrá mientras haya un diablo para tentar a la gente y un corazón corrupto en el

hombre para resistirse a la luz. Pero el mayor impedimento está en nosotros mismos, en nuestras propias tinieblas interiores, en nuestra torpeza y desgana para la labor, en la división y la falta de preparación para la obra de Dios. Sin esto, creo que se podría haber conseguido mucho antes. Antes teníamos el mismo Dios que nos manda, los mismos desgraciados que compadecer, la misma libertad administrativa que ahora. Hemos pecado sin justificación, y el pecado es grave por la gravedad del deber, de manera que debíamos temer ofrecer excusa alguna. ¡Que nos perdone el Dios de la misericordia y todos los pastores del país, y que no nos acusen de esta ni de las demás negligencias ministeriales! Ojalá Dios cubriera toda nuestra infidelidad y nos limpiara con la sangre del pacto eterno de la sangre de las almas, de manera que cuando el gran Pastor aparezca podamos estar en su presencia en paz, sin ser condenados por dispersar el rebaño. Ojalá que Dios deje de lado la contienda que tiene con los pastores de su Iglesia y no los maltrate por nuestra culpa, ni permita que los perseguidores los dispersen como ellos han permitido que se dispersen sus ovejas. Ojalá no nos tenga Dios en tan poco como nosotros hemos tenido las almas, ni nos escatime la salvación como hemos escatimado el trabajo y sufrimiento para salvar a los demás.

Nos hemos arrepentido muchos días por los pecados de la nación y los juicios acarreados; espero que oigamos que Dios humille aún más al ministerio, haciendo que lamenten su negligencia y aparten unos días en todo el país para este fin. Que no crean suficiente lamentar los pecados de los demás, pasando por alto los propios, y que Dios no aborrezca el arrepentimiento nacional porque lo dirijan directores impenitentes. Primero debemos buscar el perdón de Dios para nosotros mismos; luego seremos más capacitados para rogar el perdón para los demás.

Ojalá nos deshiciéramos de la inmundicia del orgullo, las contiendas, el egoísmo, y la pereza, no vaya Dios a desechar nuestros sacrificios por inmundos y a nosotros mismos por los más viles de la Tierra, como últimamente ha desechado a muchos como aviso para nosotros. Espero que nos pongamos de acuerdo para enmendarnos antes de sentir un acicate más agudo para ello.

2. Ahora, hermano, en el futuro debes negar la carne perezosa y echar mano al trabajo que tienes delante. La mies es mucha y pocos los obreros; hay muchos holgazanes que estorban, y las almas son preciosas. La desgracia de los pecadores es grande, y mucho más la desdicha eterna que se acerca. El gozo del Cielo es inconcebible, y no es poco el consuelo del pastor fiel; el gozo del éxito amplio será recompensa más que suficiente. Colaborar con Dios y su Espíritu no es poca cosa; tampoco lo es ofrecer la sangre derramada de Cristo por los hombres para su salvación. Hace falta mucha capacidad y diligencia para dirigir las huestes de Cristo en medio del enemigo y llevarlas sin peligro por el desierto temible, o guiar las barcas a través de tempestad, rocas, arenas y arrecifes hasta llegar a puerto seguro. Los campos ya están blancos para la siega, y ya se nos han hecho grandes preparativos. Tenemos más tranquilidad para el trabajo que la mayoría de las épocas anteriores. Hemos perdido demasiado tiempo; el presente se pasa presto. Mientras perdemos el tiempo, la gente se muere. ¡Qué rápido entran en el otro mundo! ¿No hay nada que nos despierte al deber, ni que nos anime a la diligencia incansable? ¿Acaso crees que uno puede exagerar el cuidado con todos estos motivos y compromisos? ¿Acaso un ciego podrá iluminar a los demás, o el inconsciente despertar a otros? Tú que eres sabio, ¿eres tan torpe como la gente común? ¿Acaso hace falta acumular palabras para persuadirte a emprender el deber ya conocido? Se diría que bastaría enseñarte una sola línea de la Palabra de Dios para que emprendieras la labor, al ver allí la prueba de que es su voluntad y que la labor fomenta la salvación de los demás. Se diría que bastaría mirar a tus vecinos desgraciados para despertar toda tu compasión en el esfuerzo de ayudarlos. Si un tullido descubre sus llagas y te muestra sus miembros inútiles, te conmoverá sin palabras; ¿acaso no te conmueven las almas que se acercan a la condenación? Dichosa la Iglesia si los médicos se curaran a sí mismos, y si tú lo hicieras de la excesiva infidelidad y torpeza contra las cuales predicas a diario, y te convencieras de lo que intentas persuadir a los demás, dejándote afectar profundamente por las maravillas que predicas a los demás.

Si las cosas gloriosas que predicamos a diario dejaran huella

clara y profunda en nuestras propias almas, se vería un gran cambio en nuestros sermones y forma de vivir. Es una desgracia tanto para la Iglesia como para los pastores que prediquen el Cielo y el Infierno antes de creer de corazón que existen, ni sentir el peso de las doctrinas predicadas. Se asombraría cualquier sensato de lo que predicamos y hablamos: del alma que sale de la carne y se presenta ante el Dios justo para luego entrar en el gozo o el tormento eternos. Los moribundos meditan estas cosas de manera asombrosa. ¡Cómo predicar y tratar estos asuntos! Requieren seriedad, diligencia incesante, y sensatez. No sé lo que opinan los demás, pero por mi parte, me avergüenza mi torpeza, y me asombro de que no trate mi propia alma y las demás como aquel que espera el gran Día del Señor. ¿Cómo puedo dar lugar a otros pensamientos y palabras, sin dejar que estos asuntos asombrosos absorban totalmente mi mente? Me asombro de que pueda predicarlas con frialdad y ligereza, dejando a la gente en sus pecados sin acudir a ellos y rogarles por el amor de Dios que se arrepientan, cualquiera que sea su reacción y por mucho que me cueste. Cuando bajo del púlpito, casi siempre me duele el corazón por no haber sido más sincero y fervoroso. No me acuso de la falta de elegancia, ni de usar mal una palabra, sino que me pregunto: “¿Cómo pudiste hablar de la vida y la muerte con un corazón así? “¿Cómo pudiste predicar sobre el Cielo y el Infierno de esa manera tan adormilada y descuidada? ¿Acaso crees lo que dices? ¿Hablas en serio o en broma? ¿Cómo puedes describir el pecado a la gente, y la desgracia que les espera, sin dejarte afectar por ello? ¿Acaso no deberías interrumpir tu discurso con las lágrimas? Deberías clamar a voces y mostrarles sus transgresiones, rogándoles por sus vidas”. Así clama la conciencia en mis oídos, pero mi alma adormecida no se despierta.

¡Qué terrible es el corazón duro e insensible! Señor, sálvanos de la peste de la infidelidad y la dureza de corazón. Si no lo haces, no seremos instrumentos dignos para salvar a los demás. ¡Obra en nuestras almas aquello que quieres que obremos en las de nuestros prójimos! Me asombra la diferencia que existe entre el concepto que tengo de la vida venidera en el lecho de la enfermedad y el que tengo en el púlpito; qué poca cosa me parece

ahora lo que en aquel momento parecía tan asombroso. Sé que volverá a ser así cuando la muerte se me acerque, y aun ahora cuando pienso que el momento se acerca; pero estas meditaciones no captan el sentimiento vivo. O hermano, seguramente si hubieras tratado tan frecuentemente como yo con nuestra vecina, la muerte, y hubieras recibido frecuentemente su sentencia sobre tu vida, tendrías o bien una conciencia intranquila o una vida reformada, en cuanto a la diligencia y fidelidad pastorales; algo en ti te movería a plantear frecuentemente preguntas como estas: "¿Es esa tu compasión por los pecadores perdidos? ¿No haces nada por buscarlos y salvarlos? Muchos de tu entorno siguen siendo visiblemente marcados para la condenación. ¿Morirán e irán al Infierno antes de que les hables una sola palabra seria para evitarlo? ¿Habrán allí de maldecirte eternamente porque no hiciste más en su momento para salvarlos?". Tales clamores de la conciencia resuenan a diario en mis oídos, y el Señor sabe lo poco que he hecho en respuesta. Que me perdone el Dios misericordioso, y que me despierte a mí y a sus otros siervos que han sido así de negligentes. Me avergüenza confesar que pocas veces oigo tocar la campana anunciando una muerte sin que mi corazón me pregunte: "¿Qué has hecho por salvar esta alma antes de que dejara el cuerpo? Uno más que acude al Juicio; ¿qué has hecho tú para prepararlo?". Sin embargo, la pereza y la timidez me han estorbado para ayudar a los supervivientes. Es difícil evitar pensar durante el entierro de alguno: "Aquí yace el cuerpo; y el alma, ¿dónde está? ¿Qué he hecho por ella antes de su partida? Estaba a mi cargo; ¿y qué cuenta puedo dar de ella?". Hermano, ¿acaso te parece poca cosa responder a tales preguntas? Tal vez ahora parezca que sí, pero llegará la hora en que no lo sea. "Pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios [...]" (cf. 1 Jn. 3:20), y nos reprenderá mucho más, y de otra manera distinta a la del corazón. La voz del corazón es una voz callada, y su sentencia es suave en comparación con la voz y sentencia de Dios. El corazón ve muy poco de nuestro pecado y desgracia en comparación con lo que Dios ve. Lo que tu alma ve ahora como granitos de arena, entonces se verán como montañas. Lo que ahora ves como motas en los ojos, si las vieras con mejor luz, resulta-

rían vigas. No me atrevo a decir que así las ve Dios. Nos resulta fácil excusarnos a nuestro propio corazón, sobornarlo o aguantar la sentencia que dicte; pero no es tan fácil tratar con Dios ni soportar su dictamen. "Así que, recibiendo nosotros —y predicando— un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor" (cf. He. 12:28-9). No quiero que digas que te asusto con fantasmas, ni que te cuento peligros y terrores que no existen, de manera que te demostraré la certidumbre de la condenación que sobrevendrá a los pastores negligentes, especialmente a los muchos que estarán dispuestos a levantarse contra ti y calumniarte si desprecias voluntariamente esta gran obra.

(1) Te condenarán tus padres, que te destinaron al ministerio, diciendo: "Señor, lo entregamos a tu servicio, y lo despreció y se sirvió a si mismo".

(2) Te condenarán los maestros y tutores que te instruyeron y las universidades y escuelas donde has vivido, y todos los años que dedicaste a los estudios te juzgarán y te condenarán, ya que todo esto fue para la obra de Dios.

(3) Te condenarán tu erudición, conocimientos y dones, ya que participamos de ellos únicamente para la obra de Dios.

(4) Te condenará el haber asumido voluntariamente el cargo de las almas, porque todo hombre debe ser fiel al cargo que asume.

(5) Se levantarán para juzgarte todo el cuidado de Dios por su Iglesia y todo lo que Cristo ha hecho y padecido por ella si eres infiel y negligente, y te condenarán porque por esta negligencia destruiste a aquellos por quienes Cristo murió.

(6) Te condenarán todos los preceptos y mandamientos de las Sagradas Escrituras, y las promesas de ayuda y recompensa, porque Dios no ha hablado en vano.

(7) Te condenarán todos los ejemplos de los profetas, apóstoles y predicadores que se leen en las Escrituras, todo ejemplo de los siervos fieles y diligentes de Cristo en estos tiempos y en nuestro entorno, porque están para ser imitados y para estimularnos a la santa emulación de su fidelidad y diligencia pastorales.

(8) La Santa Biblia que tienes abierta delante, y todos los libros en tu despacho que te revelan directa o indirectamente tu deber, condenarán al siervo perezoso y sin provecho, porque no en vano tienes tantas ayudas.

(9) Los sermones que predicas para persuadir a los hermanos a ocuparse en su salvación con temor y temblor, aferrarse con violencia a la corona de vida, arrebatarse el Reino de los cielos, esforzarse para entrar por la puerta estrecha, y correr de tal manera que lo obtengan, se levantarán para condenar al infiel. Si es tan importante ocuparse de la salvación, ¿acaso no te incumbe a ti que los tienes a tu cargo ser también violento, esforzado e incansable para fomentar su salvación? ¿Acaso merece su labor y paciencia, y las tuyas no?

(10) Los sermones que predicas para demostrar el mal del pecado, el peligro del estado natural, la necesidad de un Salvador, el gozo del Cielo, los tormentos del Infierno, y la verdad de la fe cristiana juzgarán a los infieles y los condenarán. Será triste para ti mirar atrás y verte obligado a pensar: "¿Cómo pude relatarles tales peligros y esperanzas en público sin hacer más en privado para ayudarles? ¿Cómo pude hablarles diariamente de la condenación y dejarles caer en ella tan fácilmente? ¿O hablarles de la gloria sin decirles una palabra personalmente para ayudarles a entrar en ella? ¿Acaso eran asuntos tan importantes para mí en la iglesia, y tan despreciables una vez en casa?". Es terrible condenarte por tu propia boca.

(11) Los sermones que predicas para alentar a la gente a cumplir con su deber —por ejemplo, que los vecinos se exhorten mutuamente a diario, y los padres y maestros enseñen a los niños y criados el camino al Cielo— juzgarán a los infieles y los condenarán. ¿Cómo puedes persuadir a otros a hacer lo que tú mismo no haces en lo posible? Cuando los amenazas por descuidar el deber, amenazas a tu propia alma.

(12) Si eres infiel, te condenará el sueldo que recibes por tus servicios. ¿Quién paga a un criado para estar de fiesta, quedarse ocioso o trabajar por su cuenta? Si recibes los vellones, seguramente podrás cuidar del rebaño; y al aceptar el sueldo eres obligado a cumplir con el trabajo.

(13) El testimonio que has dado contra los pastores escanda-

losos y negligentes de nuestros tiempos y tus esfuerzos por expulsarlos de sus cargos condenan a los infieles. Dios no hace acepción de personas (cf. Hch. 10:34). Si cometes el mismo pecado, has hablado todo eso en tu propia contra; si tú los condenas, Dios y los hombres te condenarán a ti si los imitas. Aunque no seas tan malo como ellos, será triste parecerte a ellos.

(14) Todos los juicios de Dios sobre los pastores negligentes de nuestros tiempos que has atestiguado condenarán tu infidelidad. Los pastores perezosos y zánganos sensuales son una peste en las narices del pueblo. ¿Acaso Dios te honrará si eres perezoso y sensual? Los ha expulsado de sus moradas y púlpitos, teniéndolos por muertos en vida; son burla y escarnio en toda la nación. ¿Acaso te atreves a imitarlos? Todos sus sufrimientos deben servirte de lección; que todo lo que les ha ocurrido te sirva de ejemplo. Creo que hemos visto lo suficiente para despertar a los pastores a la abnegación y la diligencia. ¿Acaso habrías imitado al mundo antiguo de haber visto el diluvio que lo destruyó? ¿Habrías participado en los pecados de Sodoma (esto es, la pereza, soberbia y glotonería) de haber sido testigo de las llamas que la consumieron? Nadie quisiera ser un Judas de haberlo visto ahorcarse y reventar. Tampoco sería hipócrita sacrílego y mentiroso aquel que fuera testigo de la muerte de Ananías y Safira. Cualquiera que hubiera visto a Elimas cegado temería contradecir el Evangelio. ¿Cómo pueden los pastores ser perezosos y egoístas cuando hemos visto cómo el Señor expulsó a tales personas de su Templo, barriéndolos como suciedad al canalón? ¡No lo quiera Dios! Entonces su condenación sería grande y multiplicada¹.

(15) En último lugar, todos los días de ayuno y oración que se han hecho en el país en los últimos años a favor de una reforma se levantarán para juzgar a los no reformados que no se pueden persuadir a participar de la parte difícil de la obra. Confieso que es una agravante tan grande del pecado que me hace temblar. ¿Qué otra nación en la Tierra ha seguido tan solemnemente a Dios con ayuno y oración como esta? Antes de iniciarse el Parlamento, se oraba con gran frecuencia y fervor en secreto. Después, durante muchos años el Parlamento instituyó un

ayuno público mensual además de frecuentes ayunos públicos y privados en otras ocasiones. ¿Para qué? Cualquiera que fuese el motivo puntual, el fin de toda oración era la reforma de la Iglesia, y dentro de ella, un pastorado fiel y el ejercicio de la disciplina eclesiástica. ¿Acaso se nos ocurrió a nosotros o a nuestros feligreses imaginar que cuando tuviéramos todo lo deseado y la libertad de esmerarnos al máximo y ejercer la disciplina deseada, nos limitaríamos a predicar en público sin esforzarnos a instruir personalmente a los fieles en el catecismo, ni ejercer parte considerable de la disciplina? Esto me asombra. "Engañoso es el corazón más que todas las cosas" (cf. Jer. 17:10). ¿Aún los corazones de los piadosos? Confieso que entonces dije a muchos soldados y otros carnales que aunque luchaban por la reforma, estaba convencido de que la aborrecerían y serían enemigos de ella una vez que la experimentaran. Creía que el yugo de la disciplina les pesaría en el cuello y que, una vez tratados personalmente y amonestados por su pecado en público y en privado, llevados a la confesión y el arrepentimiento públicos o expulsados por impenitentes, lo rechazarían todo y considerarían el yugo de Cristo una tiranía. No me imaginaba que los pastores lo dejaran caer todo y no impusieran casi nada de esto, dejándolos tranquilos por temor a disgustarlos y permitiendo que todo siguiera como antes.

He escuchado muchas oraciones fervorosas por un ministerio esmerado y por la disciplina. Oraban como si lucharan por la salvación misma. Se solía llamar la disciplina "el Reino de Cristo, o el ejercicio de su oficio real en la Iglesia", y se predicaba y oraba por ella como si la institución de la disciplina fuera a establecer el propio Reino de Cristo. No me imaginaba que rechazarían instituir la una vez que tuvieran la oportunidad. ¿Acaso el Reino de Cristo ahora les es indiferente?

Si el Dios del Cielo, que escudriña los corazones, en medio de tanta oración y clamor en uno de los ayunos mensuales hubiera respondido con voz terrible en medio de la asamblea: "¡Pecadores de corazón engañoso! ¿Qué clase de hipocresía es esta, que me cansan con clamar por algo que no quieren aunque se lo diera, levantando la voz por algo que sus almas aborrecen? ¿Qué es la reforma sino instruir y persuadir a los pecadores a

dar entrada a mi Cristo y a la gracia divina que se les ofrece, y el gobierno de mi Iglesia según mi Palabra? Pero no se les puede persuadir a esta obra una vez que descubren que es molesto y poco agradecido. Cuando les haya liberado, no me servirán a mí sino a ustedes mismos. Tengo que importunarles tanto para persuadirles a reformar la Iglesia y cumplir con su deber, como lo son ustedes para que les dé la libertad de reformarla. Y al final lo dejarán todo sin hacer; tardarán mucho en persuadirse a hacer mi obra". Si el Señor o un mensajero suyo diera tal respuesta, ¿no nos asombraría? Nos parecería increíble que nuestros corazones fueran tal y como resultan ser. Habríamos dicho con Hazael: "¿Qué es tu siervo, este perro, para que haga [tales] cosas?" (cf. 2 Reyes 8:13). O con Pedro: "Aunque todos se escandalicen, yo no" (cf. Mar 14:29). Hermano, la triste experiencia ha revelado nuestra debilidad. Hemos rechazado el aspecto difícil y costoso de la reforma por la que oramos, pero Cristo se vuelve y nos mira con compasión. Ojalá tuviéramos corazones dispuestos a salir y llorar amargamente y no seguir nuestros antiguos caminos, no vaya a sucedernos algo peor. Sigamos a Cristo, hasta ahora rechazado, aunque sea con trabajo y sufrimiento hasta la muerte.

Así he demostrado el resultado si no te dedicas fielmente a esta obra a la cual estás tan obligado y comprometido. Dejarla de lado sería imperdonable y nos expone a una grave condenación. De verdad, hermano, si no comprendiera la gran importancia de esta obra para ti, para tu congregación, y para el honor de Dios, no te molestaría con tantas palabras ni tanta franqueza. Pero cuando se trata de un asunto de vida y muerte, se suele olvidar la reverencia, la urbanidad y la educación. Yo comprendo que es una de las obras mejores y más importantes que he emprendido en mi vida. Creo que si compartes mi opinión, no estimarás mis palabras demasiado agudas ni abundantes. Recuerdo la seriedad con que abogaba yo por la reforma de los asuntos de ceremonia; si me enfriara en cuanto a este asunto tan importante, mi celo parecería desordenado y exagerado. ¿Cómo se puede creer que se ha logrado la reforma al eliminar unas pocas ceremonias y cambiar los vestidos, gestos y formas? Lo nuestro es convertir y salvar las almas. Este es el principal

aspecto de la reforma que aprovecha más y fomenta la salvación de la gente.

Ahora, hermano, tienes el trabajo por delante. Consiste en la instrucción personalizada de todo el rebaño al igual que la predicación. Otros han hecho su parte y asumido la carga; ahora te toca a ti. Podrás ver fácilmente lo importante que es, y lo que se perderá si escatimas la labor. Si tu trabajo vale más que las almas y la sangre de Cristo, quédate quieto y no te preocupes por los ignorantes e inconversos. Busca tu propio placer y ocúpate de los asuntos terrenales, o descansa. No disgustes a los pecadores ni a tu propia carne, sino deja a tu prójimo salvarse como pueda. Si no le basta la predicación pública, que perezca. Pero si no es así, mejor será poner manos a la obra.

SEGUNDA PARTE

Las objeciones a este deber

Ahora responderé a algunas objeciones que se pueden plantear a esta práctica.

OBJECCIÓN 1: Ya enseñamos a la gente en público. ¿Entonces por qué estamos obligados a enseñarlos individualmente?

RESPUESTA: Oras por ellos en público. ¿Acaso no lo haces también en privado? Pablo enseñaba y exhortaba a todos, tanto en público como en privado, por las casas, de día y de noche, con lágrimas. ¿Qué más hay que decir cuando la experiencia ya ha hablado? Me asombro a diario ante la ignorancia lamentable de muchos cristianos que han parecido escucharme con atención durante diez o doce años, mientras he hablado con toda la franqueza y sencillez posibles. Algunos no saben que cada persona de la Trinidad es Dios; ni que Cristo es Dios y hombre; ni que llevó su naturaleza humana al Cielo; ni lo que deben hacer para conseguir el perdón y la salvación, ni otros principios fundamentales de la fe. Algunos que acuden constantemente a las reuniones privadas padecen una ignorancia profunda, pero después de una hora de instrucción privada, parecen comprender más y retener mejor lo aprendido que en toda su vida anterior.

OBJECCIÓN 2: Toda la parroquia no forma parte de la congrega-

ción, ni tengo cargo pastoral de ellos; entonces no creo que deba esforzarme tanto con ellos.

RESPUESTA: No tocaré la pregunta de si toda la parroquia se debe considerar parte de la congregación, ya que en algunos lugares es así, y en otros no. [a] El sueldo percibido por la mayoría de pastores es por enseñar a toda la parroquia, aunque no estás obligado a tomar a todos por miembros de la congregación. [b] No hay que buscar un vínculo más fuerte que el que une a todos los cristianos para fomentar la obra de la salvación, el bien de la Iglesia y la honra de Dios en la medida posible, junto con el vínculo que une a todos los pastores para fomentar estos fines con la mejor enseñanza pastoral posible. La obra es buena, y parece ser muy provechosa para las almas. ¿Acaso no te ves obligado a desempeñarla?

OBJECIÓN 3: La obra ocupará tanto tiempo que no tendré tiempo de proseguir mis estudios. La mayoría de nosotros somos jóvenes e inexpertos. Necesitamos mucho tiempo para mejorar nuestra capacidad y profundizar en el conocimiento, lo cual no podremos hacer si proseguimos con esta obra.

RESPUESTA (1): Supongo que todo aquel al que quiero persuadir a emprender esta obra comprende los fundamentos de la fe, y es capaz de enseñarlos a los demás. La adición de cosas inferiores o menos necesarias no se debe anteponer a la comunicación vital de los principios fundamentales de la fe. Valoro mucho el conocimiento común, y no quiero que nadie lo menosprecie; pero valoro más la salvación de las almas. La obra que fomenta nuestro gran propósito debe cumplirse, cualquiera que sea lo que dejemos sin hacer. Es muy deseable que el médico tenga mucha formación en su arte y pueda ver los motivos de practicarlo, resolviendo las controversias difíciles que surjan. Pero si está encargado de un hospital o vive en una ciudad asolada por la peste, no debe dedicarse a estudiar la fermentación, la circulación de la sangre, las ampollas, etc. —siendo en sí mismos asuntos tan excelentes—, en lugar de visitar a sus pacientes y salvar vidas. Si llega a negarse a atenderlos y permitir que mueran, diciendo que no tiene tiempo para aconsejarlos porque ha de proseguir sus propios estudios, le consideraría un estu-

dante ridículo que prefiere los medios remotos a los fines de esos estudios. De hecho, le tendría por una especie de asesino civilizado. Se pueden salvar las almas sin saber si Dios predeterminó todos los actos de la criatura, o si el entendimiento necesariamente predetermina la voluntad, o si Dios obra la gracia por vía causativa física o moral; o en qué consiste el libre albedrío; o si Dios tiene *scientiam mediam*¹, o decretos positivos en cuanto a la culpa por los actos malos; y cien preguntas parecidas que probablemente sean las cosas que estudiarías cuando debías estar salvando almas. Entra bien en el Cielo, y ayuda a tu congregación a llegar allá. Comprenderás en un instante todo esto y mil cosas más que no podrás entender por mucho que estudies ahora. ¿No es este el camino más rápido y seguro a la sabiduría?

(2) Si no creces extensivamente en el conocimiento, por esta práctica diligente sí obtendrás un crecimiento más intensivo y excelente. Si no sabes tanto como otros, conocerás las cosas más importantes mejor que ellos. El trato serio con los pecadores a favor de su salvación te llevará a una comprensión mucho más profunda de los principios redentores de la fe de lo que se puede conseguir de alguna otra manera. Un poco más de conocimiento de estas cosas vale más que toda la ciencia del mundo. Cuando miro al Cielo, hacia la luz inaccesible, y aspiro al conocimiento de Dios, viendo mi propia alma tan oscura y distante, estoy dispuesto a decir: “No conozco a Dios. Está muy por encima de mí, y no lo alcanzo”. Cambiaría de buena gana todos mis conocimientos por un ápice más del conocimiento de Dios y de la vida venidera. ¡Ojalá nunca hubiera aprendido ni una palabra de lógica ni metafísica, ni otras cosas que enseñan los eruditos, con tal de tener una chispa más de aquella luz que me mostrará todas las cosas que veré en breve. Por mi parte, veo que al hablar seriamente de las cosas eternas y enseñar el Credo o el Catecismo Menor se puede crecer en el conocimiento —aunque no en el conocimiento de más cosas— y resultar mucho más sabio que si se pasa el tiempo estudiando las cosas corrientes o curiosas, aunque menos necesarias.

Tal vez resulte, antes de terminar, que este trabajo capacita más a los pastores de la Iglesia que los estudios en privado. El

médico, abogado o teólogo más hábil es aquel que suma la experiencia práctica a los estudios. Pero aquel que rechaza el servicio de Dios toda la vida bajo disfraz de prepararse para ello, resultará un zángano inútil que deja perderse las almas mientras finge estudiar la manera de rescatarlas, o capacitarse mejor para ayudar y salvarlas.

(3) Permíteme añadir que aunque considero esta labor más importante, quisiera ver tus conocimientos aumentados, ya que las ciencias inferiores son muy útiles. Por eso digo que se puede encontrar tiempo suficiente para ambas cosas si no se pierde con recreos y trabajos vanos. No duermas en exceso ni pierdas un momento. Haz lo que tengas que hacer con todas tus fuerzas, y verás que tendrás tiempo suficiente para todo. Si apartas dos días a la semana para esta gran obra, podrás encontrar tiempo para los estudios comunes en los otros cuatro.

Después de pasar cuatro años en la universidad, ¿acaso no son cuatro días a la semana proporción justa para estudiar las controversias y componer sermones? Aunque mi debilidad me quita mucho tiempo, y dedico de seis a ocho porciones de mi tiempo a las obras extraordinarias, bendigo a Dios porque encuentro el tiempo para predicar dos días a la semana sin contar los dos que dedico a la instrucción personalizada. Para aquellos que no se ven cargados con trabajos extraordinarios —me refiero a la escritura y distintas vocaciones, además del trabajo pastoral normal—, no me cabe duda de que, si están dispuestos, podrán hallar por lo menos dos medios días a la semana para ello.

(4) Los deberes deben combinarse. Hay que dar preferencia al más importante sin abandonar todo lo que se puede hacer. No hay que menoscabar uno a favor de otro, sino que cada uno tenga su lugar. Pero en caso de necesidad, si no se puede continuar el estudio a la vez que se instruye a los ignorantes, prefiero desechar todas las bibliotecas del mundo en lugar de ser culpable de la perdición de una sola alma. Por lo menos sé que este es mi deber.

OBJECIÓN 4: Perderé la salud si me gasto continuamente de esta manera, sin permitir el tiempo necesario para el recreo. Me

veré totalmente aislado del trato amistoso de los demás. Nunca podré salir de casa ni disfrutar de un día con los amigos para relajar la mente. Pareceré tosco y poco cortés a los demás. Me cansaré mucho; el arco siempre tensado corre el riesgo de partirse.

RESPUESTA (1): Aquí la carne busca su propio interés. "Dice el perezoso: El león está fuera" y "no ara a causa del invierno" (cf. Pr. 20:4 y 22:13). Si consultas la carne en cuanto a cualquier deber importante y abnegado, te dará muy buenas razones para no hacerlo. Si valiera este razonamiento, ¿quién iría a la hoguera por Cristo? ¿Quién sería cristiano siquiera?

(2) Podemos tomar el tiempo necesario para el recreo sin dejar esta obra. Un paseo de una hora o media hora antes de la comida es todo el recreo necesario para la salud de los estudiantes más débiles. Tengo mucha experiencia de esto. He padecido gran debilidad corporal durante años, y mis enfermedades han sido tales que requieren el mismo ejercicio que la mayoría de este mundo. He visto que el ejercicio físico ha sido el medio principal de mi conservación hasta ahora; por eso tengo tantos motivos como el que más para abogar a su favor. Pero he observado que la proporción mencionada ha sido una bendición de preservación para mí, aunque sé que de haberme ejercitado más tendría mejor salud. No conozco a un pastor entre cien que necesite tanto ejercicio como yo. Conozco a muchos que apenas lo practican, aunque no los elogio por ello. No me cabe duda de que debemos ejercitarnos en lo necesario para conservar la salud, según las exigencias de nuestro trabajo; si no, por cada día de trabajo se perdería la oportunidad de muchos más. Pero se pueden hacer ambas cosas. En aquellos dos días a la semana que se dedican a la obra, nada dice que no puedas dedicar una hora o dos a un paseo para ejercitar el cuerpo, y más en otros días.

En el caso de aquellos que no limitan su recreo a horas fijas, sino que quieren gratificar la carne sin intentar armonizarlo con su trabajo, mejor estudien la naturaleza de la fe y aprendan el peligro de vivir para la carne, mortificándose y abnegándose más antes de predicar a los demás. Si tanto anhelas tu placer, mejor no haber entrado en un oficio que exige que tu deleite

sean Dios y su servicio, apartándote de tus placeres carnales. ¿No te comprometiste en el bautismo a luchar contra la carne? ¿No sabes que gran parte de la guerra espiritual consiste en la lucha entre la carne y el espíritu? Esta es la diferencia entre el cristiano y el inconverso; uno vive para el espíritu y mortifica los deseos y actos de la carne, y el otro vive para la carne. Estás llamado a predicar todo esto a los demás; ¿y a la fuerza has de tener tus placeres? Entonces deberías avergonzarte; deja de predicar el Evangelio y de profesar la fe cristiana. Profesa lo que eres. "Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción" (cf. Gá. 6:8). Pablo nos dice: "Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado" (cf. 1 Co. 9:26-7). Los pecadores como nosotros tenemos aún más necesidad de hacerlo. ¿Cómo podemos mimar el cuerpo y darle gusto en placeres innecesarios, mientras Pablo tenía que someter el suyo a servidumbre? Lo hizo por temor a ser eliminado a pesar de toda su predicación; ¿acaso no tenemos nosotros más motivos de temer? Sé que algo de placer es lícito, cuando sirve para ayudarnos en el trabajo. Pero si uno está tan enamorado del placer que pierde el tiempo inútilmente y desatiende la obra de la salvación, excusándose como si fuera necesario, esta clase de maldad no es consistente con la fidelidad común del cristiano, cuanto menos de un pastor de Cristo. Tales infelices son "amadores de los deleites más que de Dios" (cf. 2 Ti. 3:4), y podrán esperar recibir de Él el mismo amor. Deben ser expulsados de la congregación en lugar de ocupar los puestos principales, porque se nos manda en el v. 5: "a estos evita". El recreo del estudiante debe centrarse en el ejercicio corporal; ya tiene deleites de sobra para la mente. El recreo debe emplearse como el segador emplea la afiladora: solamente lo necesario para el trabajo. No hay que perder el tiempo precioso, sino limitarlo al máximo.

(3) No es probable que la labor nos robe la salud. Es verdad que es seria, pero eso nos alentará en vez de agotarnos. Se puede hablar todo el día sin perjudicar la salud; entonces podemos hablar de la salvación sin arriesgarla.

(4) Poseemos tiempo y fuerza para usarlos para Dios. La vela está hecha para arder. De todas formas nos gastaremos; mejor hacerlo para indicar el camino al Cielo y trabajar para Dios que en vivir para la carne. Poca diferencia hay entre el placer de una vida corta y otra larga al final de ambas. ¿Acaso te consolará en el momento de la muerte saber que has alargado tu vida escatimando el trabajo? El que trabaja mucho, vive mucho. La vida se valora por sus propósitos y tareas, no por su extensión. Séneca dijo del zángano: "Allí yace, no vive; mucho tiempo moró sin vivir". Será un consuelo mucho mayor en el momento de la muerte repasar una vida corta y fiel en lugar de una vida larga e infiel.

(5) En cuanto a las visitas y cumplidos sociales, si resultan más útiles que el trabajo pastoral, ya podrás profanar el Día del Señor para ello, dejar la predicación y la obra personalizada también. Si no es así, ¿cómo te atreves a usarlos para desatender esta gran obra? ¿Acaso tiene Dios que ceder el lugar a tus amistades? Aunque sean grandes señores o príncipes, ¿los servirás en lugar de servir a Dios? ¿Acaso crees que su ira o censura sean más peligrosas que las de Dios? No creas que Dios va a excusar tu descuido porque te disculpes así: "Señor, habría empleado más tiempo en la evangelización, pero tal amigo o caballero se habría enfadado mucho si no le atendiera". Si buscas agradar a los hombres, ya no eres siervo de Cristo. El que se dedica a complacer a la carne y a los hombres es más valiente que yo. Aquel que pierde el tiempo con cumplidos sociales no se da cuenta del trabajo que tiene. ¡Ojalá pudiera yo aprovechar el tiempo según mis convicciones en cuanto a su valor! El que ha visto la muerte cara a cara con la frecuencia que lo he hecho yo, y sigue valorando así su tiempo, no tendrá las gracias de mi parte. Me asombran los pastores a quienes les sobra el tiempo para cazar o jugar a la petanca u otra cosa durante dos o tres horas, y aun todo el día; aquellos que pueden charlar una hora entera de cosas vanas, o pasar el día haciendo visitas sociales, o viajes del estilo. ¡Dios mío! ¿En qué piensan mientras tanta gente clama por el socorro y la muerte no descansa? No saben el poco tiempo que tal vez les quede con sus congregaciones. La más pequeña les puede dar trabajo que requiera toda su diligencia noche y día.

Hermano, espero que no te importe mi franqueza. Si no comprendes el valor de las almas y lo precioso de aquella sangre que se derramó por ellos, la gloria a la cual irán y la desgracia que arriesgan, no eres cristiano y, por ende, no eres apto para ser pastor. Si lo comprendes, ¿cómo tienes tiempo para el recreo innecesario, las visitas y las charlas vanas? ¿Te atreves a perder el tiempo con vanidades y chismorreos cuando tienes esta obra preciosa por delante? ¡Qué precioso es el tiempo, y qué pronto pasa! ¡Pronto no quedará nada! ¿Qué son cuarenta años de vida? Aunque cada día durara un mes, creo que no daría lugar a todo el trabajo de un día. Ya perdimos demasiado tiempo en la vieja vida. Siempre que atiendo a un moribundo que no sea totalmente estúpido, veo que aprecia el valor del tiempo. De buena gana reclamaría el tiempo a voces, o daría todo su dinero por ello. Sin embargo, nos permitimos dilapidar el tiempo, nos excusamos por desatender las grandes obras de Dios. El pecado es muy engañoso, distrayendo a los supuestos eruditos. ¿Cómo es posible que el hombre compasivo y honrado que tenga algún cuidado de su deber pastoral y se dé cuenta de la necesidad de dar cuenta estricta de ello, tenga tiempo para el ocio y las vanidades?

Además, te digo que si otro toma el tiempo para un placer innecesario, eso no te da a ti licencia para hacerlo. Te has comprometido (*) a esmerarte más que otros. Durante una epidemia, el médico no puede permitirse más descanso ni ocio de lo estrictamente necesario para mantener la vida cuando tantos claman por su ayuda entre la vida y la muerte. Su placer no vale la vida de un hombre; mucho menos el tuyo vale la de las almas. Supongamos que una ciudad está sitiada por un enemigo que busca por un lado la forma de asaltarla por sorpresa, y por otro la forma de destruirla con bombardeos. Te ruego que me respondas: si ciertos hombres se comprometen a vigilar las entradas y otros a apagar los posibles incendios en las casas, ¿acaso se les permitirá descansar mientras peligre la ciudad? El fuego arderá sin remedio si relajan la vigilancia. ¿Excusarías a uno de estos oficiales si deja el trabajo diciendo: "Solo soy de carne y hueso, tengo que descansar un poco?". Como mucho se les permitiría el mínimo de descanso.

No te enfades por esto, diciendo: "Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?" (cf. Jn. 6:60). Es una virtud, y estarás bien si reconoces tu bienestar. Te lo demostraré al responder a la próxima objeción.

OBJECIÓN 5: No creo que sea necesario que el pastor sea un esclavo. Si predica con diligencia, visita a los enfermos y cumple con su deber pastoral, haciendo el bien al conversar ocasionalmente con los demás, no creo que Dios exija que se comprometa de esta manera a la instrucción personal de cada miembro, haciendo de su vida una esclavitud insoportable.

RESPUESTA: Ya he demostrado la utilidad e importancia de esta obra, y que está ordenada por Dios. ¿Acaso crees que Dios no te manda hacer todo el bien posible? ¿Cómo podrás quedarte parado, viendo morir a los pecadores, y decir: "Dios no me exige hacerme un esclavo para salvarlos"? ¿Es esta la voz de la compasión cristiana y pastoral, o la de la pereza carnal y la crueldad diabólica? Dios te ha dado un trabajo que hacer; ¿no crees que quiere que lo hagas? ¿Es esta la voz de la obediencia, o de la rebelión? Da igual que la carne te convenza para negar la obediencia al deber reconocido, diciendo claramente: "No haré más de lo que guste", o que te haga rechazar voluntariamente las pruebas que demuestran que es tu deber, diciendo: "No creo que sea mi deber si no me gusta". El hipócrita crea una religión propia de la parte más fácil del servicio de Dios que armoniza con sus propósitos y gustos carnales, rechazando lo que sea inconsistente con ellos. Esta objeción suma a las palabras hipócritas palabras de impiedad grosera. ¿Es una grave calumnia contra el Dios Altísimo llamar esclavitud a su servicio! ¿Qué opinión tendrán tales hombres de su Señor, su trabajo y su recompensa: la del creyente, o la del incrédulo? ¿Crees que los tales honrarán a Dios o fomentarán su servicio si opinan así? No se deleitarán en la santidad si la consideran esclavitud. Si consideran monótona la diligencia para salvar las almas, ¿acaso creen realmente en la desgracia del pecador? Cristo dijo que aquel que no se niega a sí mismo, renunciando a sus posesiones y tomando la cruz para seguirle, no puede ser su discípulo (cf. Lc. 14:26-33). Pero estos hombres consideran esclavitud el trabajar duro

en su viña, negándose el ocio cuando tienen toda comodidad y ánimo. ¡Distan mucho de renunciar a todo lo que poseen! No pueden ser aptos para el pastorado los que son tan enemigos de la abnegación y, por tanto, de la verdadera fe cristiana.

Por eso me veo obligado a decir que en esto estriba la principal desgracia de la Iglesia: **QUE TANTOS LLEGAN A SER PASTORES ANTES DE SER CRISTIANOS.** Si hubieran visto la diligencia de Cristo al hacer el bien, dejando de comer para charlar con la samaritana o atender a las multitudes, seguramente habrían compartido la opinión de sus amigos carnales que quisieron echarle mano diciendo: "Está fuera de sí" (cf. Mar 3:21). Le habrían dicho a Cristo que estaba esclavizado, y que Dios no exige tanto. Si le hubieran visto pasar el día predicando y la noche orando, me imagino que le habrían censurado por ello. Solo puedo aconsejar a tales hombres que escudriñen sus propios corazones para ver si realmente creen la Palabra que predicán. ¿Realmente crees que la gloria espera a aquellos que mueren en el Señor, y el tormento a los que mueren inconversos? Si es así, ¿acaso el trabajo te parece excesivo para lograr tales fines? Si no, dilo claramente y sal de la viña; ve con el hijo pródigo a cuidar cerdos, y no te dediques a pastorear el rebaño de Cristo.

¿No sabes, hermano, que escatimas tu propio provecho? Mientras más trabajes, más recibirás; mientras más gastes, más ingresarás. Si no conoces esta paradoja cristiana, no debes intentar enseñarla a los demás. Actualmente los ingresos de paz y vida espiritual suelen llegar por vía del deber, de manera que el que tenga más deberes tiene más de Dios. La virtud aumenta al ejercerla. ¿Qué clase de esclavitud es estar más con Dios y recibir más de Él que otros hombres? El mayor consuelo del alma en estado de gracia es hacer el bien, y recibe su recompensa al hacerlo. Le alientan las cosas divinas que tiene en el corazón. Además, se prepara para una mayor recompensa. Al mejorar sus talentos, recibe intereses, haciendo diez de cinco y siendo puesto sobre diez ciudades (cf. Lc. 19:17). ¿Acaso es esclavitud comerciar con los confines de la Tierra y cambiar naderías por oro y joyas? Estos hombres intentan justificar lo profano al llamar esclavitud a la piedad diligente; la reprochan por ser una vida exigente y tediosa, diciendo que creen que uno se puede

salvar sin todo eso. Llegan a decir lo mismo del pastorado. Toman la diligencia por tedio innecesario y creen que uno puede ser un buen pastor sin tanto esfuerzo.

Es un pecado odioso ser negligente en un asunto tan importante, pero aprobar la negligencia de manera impenitente, tratando el deber como si no lo fuera cuando debían entregarse enteramente a salvar almas, y diciendo: "No creo que Dios exija tanto", es una agravante tan enorme del pecado que si la necesidad de la Iglesia no nos obliga a emplear a tales hombres por falta de mejores, solo los considero dignos de ser desechados como basura, como la sal que se ha hecho insípida. "Ni para la tierra ni para el muladar es útil; la arrojan fuera. El que tiene oídos para oír, oiga" (cf. Lc. 14:35). Si tales pastores se hacen escándalo y afrenta, solo podrán agradecérselo a sí mismos; su propio pecado es lo que les degrada. Al deshonestar así el servicio de Cristo, se deshonestan a sí mismos, y preparan una mayor humillación al final.

OBJECIÓN 6: Se necesitaba mayor diligencia en la época de Pablo que en la nuestra. La Iglesia aún se estaba formando, y había muchos enemigos y persecuciones. Ahora no es así.

RESPUESTA: Este argumento lo plantea aquel que se ha encerrado en su despacho y desconoce el mundo. ¡Dios mío! Nos rodean multitudes que no saben si Cristo es Dios u hombre, ni si su cuerpo está en la Tierra o en el Cielo, ni lo que ha hecho por nuestra salvación, ni en quién confiar para obtener el perdón y la vida eterna. Hay miles que se ahogan en su propia presunción, seguridad y sensualidad. Cuando hayamos hecho todo lo posible desde el púlpito, no nos comprenderán ni sentirán. Hay tantos borrachos, egoístas, mundanos, y burlones que odian la santidad; la muerte les dejará sin remedio. Hay muchos ignorantes, torpes y escandalosos que profesan la fe cristiana, tantos facciosos, lujuriosos y contenciosos dentro de la Iglesia. ¿Acaso nuestra época es tan buena que podemos dejar de lado la instrucción personal porque ya no hace falta? La fe y la experiencia bien pueden responder a esta objeción. Confírmate en la fe y contempla mejor a los desgraciados. Seguro que no verás motivos para escatimar el trabajo, ni te faltarán necesidades que

lo fomenten. El pastor concienzudo siempre encuentra trabajo suficiente para ocupar el año entero aunque no tenga cien almas a su cargo. ¿Es el incrédulo menos desgraciado por fingir ser cristiano, o más?

OBJECIÓN 7: Si impones una ley tan severa para los pastores, la Iglesia se quedará sin ellos. Nadie escogería una vida tan dura. Los padres tampoco impondrán tal carga a sus hijos. La evitarán por la severidad del trabajo y el riesgo para sus conciencias si no la desempeñan bien.

RESPUESTA (1): No yo, sino Cristo ha impuesto esta ley que consideras tan severa. Si la callo o interpreto mal, eso no la relaja, ni te disculpa a ti. El que la hizo sabe por qué la hizo, y espera ser obedecido. No podemos poner en tela de juicio la bondad infinita ni decir que impone leyes malas o despiadadas. Al contrario, su misericordia nos impone este gran deber. Si los médicos se vieran obligados a emplear toda la diligencia posible en los hospitales o lazaretos para salvar las vidas de sus pacientes, habría más misericordia que rigor en dicha ley. ¿Acaso debe Dios dejar perecer las almas de tus prójimos por ahorrarte trabajo y sufrimiento, por misericordia de ti? ¡El mundo sería muy desgraciado si el hombre ciego y egoísta tuviera el gobierno!

(2) En cuanto al número de pastores, Cristo se encargará de eso. El que impone el deber tiene la plenitud del Espíritu y puede dar a los hombres corazones dispuestos a cumplir con sus leyes. Cristo no permitirá que todos sean tan crueles, despiadados, carnales y egoístas como tú. Aquel que emprendió en su propia carne la obra de la redención y llevó sobre sí nuestras transgresiones ha sido fiel como Pastor supremo de la Iglesia, y no echará a perder todo su trabajo y sufrimiento por falta de instrumentos para la obra. Tampoco volverá a bajar en persona para hacerlo porque nadie quiera; levantará hombres para ser siervos y maestros que aceptarán el cargo de buena gana. Se gozarán en la labor, considerándose felices de la vida con aquello que a ti te parece una tarea tan gravosa, y no la cambiarían por todo tu ocio y placeres carnales. Con tal de salvar las almas y propagar el Evangelio se contentarán con llevar la carga y el calor del día, cumpliendo en su carne lo que falta de las afliccio-

nes de Cristo. Trabajarán mientras sea de día, haciendo lo que les viniere a la mano según sus fuerzas. Serán siervos de todos, no complaciéndose a sí mismos sino edificando a los demás. A todos se harán de todo, para que de todos modos salven a algunos. Lo soportarán todo a causa de los elegidos, gastando su vida y sus bienes por sus semejantes, aunque les tengan menos amor cuanto más amor demuestren, y se hagan sus enemigos porque les digan la verdad. Cristo levantará pastores según su propio corazón para su pueblo, que les apacienten con ciencia y con inteligencia. Serán hombres que no buscan lo del pueblo de Dios, sino al pueblo (cf. 2 Co. 12:14). ¿Acaso crees que Cristo se quedará sin siervos si la gente como tú se vuelve al mundo presente, como Demas, dejando su servicio?

Si te disgusta su servicio, ya puedes buscar algo mejor si lo hay, y jactarte de tu provecho al final; pero no amenaces a Dios con perder tu servicio. Ha hecho estas leyes que tú llamas severas para los que quieren salvarse tanto como para sus pastores. Todo aquel que quiere llamarse discípulo suyo ha de negarse a sí mismo —mortificando la carne y crucificándose al mundo—, tomar la Cruz a diario y seguirle. A Cristo no le han de faltar discípulos, ni oculta estas condiciones de su servicio, que te parecen tan duras, para atraer a la gente con engaño. Él les deja ver lo peor para que elijan seguirle o no, como quieran. Les aconseja calcular el precio de antemano, y les dice claramente: “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza” (cf. Mt. 8:20). No les llama para darles paz y prosperidad según el mundo, sino para que sufran y también reinen con Él (cf. 2 Ti. 2:12). Con su paciencia ganarán almas (cf. Lc. 21:19), y vencerán para ser coronados y sentarse con Él en su trono. Cristo hará que sus elegidos hagan todo esto. ¿Has llegado con Cristo al punto que llegaron los israelitas con David, cuando dijeron: “¿Os dará también a todos vosotros el hijo de Isaí tierras y viñas? ¡Israel, cada uno a sus tiendas!” (cf. 1 S. 22:7, 2 Cr. 10:15)? Si dices: “¡Ahora mira por tu propia casa, oh Hijo de David!”, puedes estar seguro de que lo hará. Entonces mira por la tuya como puedas, y ya me dirás en la hora de la muerte y el Juicio cuál fue el mejor trato, y si Cristo te necesitaba a ti más que tú a Él.

En cuanto a los escrúpulos y el temor de fracasar, nótese lo siguiente. En primer lugar, Cristo no tomará a mal las imperfecciones involuntarias, sino la falta de fidelidad y diligencia. En segundo lugar, no servirá de nada huir de la viña por temor a no poder hacer el trabajo debidamente. Cristo podrá seguirte y alcanzarte como alcanzó a Jonás, con una tempestad que te llevará al seno del Seol. Abandonar el deber porque no puedes cumplirlo fielmente será una pobre disculpa al final. Si apreciáramos bien de antemano la diferencia entre lo terrenal y lo eterno y lo que se gana y se pierde con Cristo, teniendo aquella fe que es "la convicción de lo que no se ve" (cf. He. 11:1) y viviendo por la fe y no el razonamiento, pronto se resolverían todas estas objeciones. Todo intento de hacer valer los intereses de la carne parecerá cosa de niños, o de hombres insensatos.

OBJECCIÓN 8: ¿De qué sirve todo esto cuando la mayoría no se somete a ello? No acuden para aprender el catecismo, y me dicen que ya no tienen edad de estudiar. Es mejor dejarlos tranquilos que molestarles a ellos y a mí mismo.

RESPUESTA (1): No se puede negar que mucha gente se obstina en la maldad, y que —como dice la Palabra— los simples aman la simpleza, los burladores se deleitan en burlar, y los insensatos aborrecen la ciencia (cf. Pr. 1:22). Mientras peor sea su caso, más triste es y más dignos son de lástima; y más diligente debes ser en su recuperación.

(2) Ojalá que no fuera por culpa de los pastores que gran parte de sus feligreses sean tan obstinados y despreciativos. Ojalá ardiéramos y brilláramos ante ellos como es debido, convenciéndonos tanto con los sermones como con nuestra forma de vivir y esforzándonos en hacer todo el bien posible, cueste lo que cueste. Si fuéramos más mansos, humildes, amables y caritativos, haciendo ver la poca importancia que damos a las cosas mundanas en comparación con la salvación de ellos, podríamos lograr mucho más de lo que hacemos ahora, y muchos se verían obligados a callar. Aunque los impíos seguirán haciendo el mal, habría más dispuestos a escucharnos, y los impíos serían menos y más moderados que ahora. Tú me dices que algunos de los pastores más capacitados y piadosos de la nación han tenido

feligreses tan desdeñosos e intratables como los demás. Yo te respondo que algunos de estos pastores capacitados y piadosos han sido demasiado altivos y reservados, y otros demasiado mundanos y poco caritativos, evitando las buenas obras que les resultaran más costosas. Algunos han hecho poco en privado en comparación con su excelente obra pública, estorbando así el fruto de su labor. Donde no existen estos impedimentos, la experiencia demuestra que se tiene mayor éxito al someter y tranquilizar a la gente, disponiéndola a la enseñanza. Aún así, no podemos esperar que todos sean tan razonables.

(3) La obstinación de la gente no te exculpa de cumplir el deber. Si no les ofreces tu ayuda, ¿cómo sabes que la rechazarán? A ti te toca ofrecerla, y a ellos aceptar. Si no ofreces tu ayuda, les das una disculpa, porque no la pueden rechazar; pero tú te quedas sin excusa. Si rechazan la ayuda ofrecida, has hecho lo posible y has liberado tu alma.

(4) Si algunos rechazan tu ayuda, otros la aceptarán. El éxito entre ellos tal vez recompense el trabajo, por muy duro que sea. No todos se verán afectados por la predicación en público; pero no por eso debes dejarla por imposible.

OBJECCIÓN 9: No es probable que se convierta la gente por este medio si no se convierte por la predicación de la Palabra, que es el medio principal establecido por Dios para este fin. "Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios" (cf. Ro. 10:17).

RESPUESTA (1): Ya se han demostrado las ventajas de esta obra, y no las repetiré aquí. A aquel que piense que le estorbará la obra a la predicación, digo que además de los beneficios ya mencionados, es una gran ayuda para la predicación. La mitad del trabajo del médico consiste en identificar la enfermedad; de igual manera, cuando conozcas bien el estado de tus feligreses, sabrás mejor cómo predicar. Podrás sacar muchos asuntos útiles para sermones de una hora de conversación con un pecador ignorante u obstinado. Será tan útil como una hora de estudio, ya que descubrirás qué asuntos necesitas recalcar y las objeciones a rebatir.

(2) Espero que no seas tan ignorante como para creer que estas conferencias no son una forma de predicación. El número

de personas presentes no es una condición para la predicación; con un solo interlocutor basta. Se puede predicar tan eficazmente a uno como a mil. Ya hemos dicho que si examinas la Palabra verás que la mayoría de la predicación registrada en el Nuevo Testamento se hacía por medio de conferencias o conversaciones entre dos o tres, muchos o pocos según la oportunidad. Cristo mismo solía predicar de esta manera. Además, hay que tener en cuenta el nivel de nuestros oyentes si queremos tener éxito en la labor.

Por lo tanto, no hay nada en Dios, ni en su Palabra, ni en el razonamiento normal para hacerte dudar de la obra ni resistirte a ella. Pero surgirán muchas cosas del mundo, la carne y el diablo, y tal vez mucho más de lo esperado. Podrás recurrir a Dios frente a toda tentación, mirando por una parte la gran obligación y los efectos esperados, y por otra el gran galardón que esperamos. Verás entonces que hay pocos motivos para echarte atrás ni desmayar.

Examinemos el patrón sacado del capítulo 20 de los Hechos que nos enseña el deber. ¡Qué gran lección, y qué mal la han aprendido aquellos que siguen cuestionando su deber! Confieso que se me han presentado tan a menudo algunas de estas palabras de Pablo que se han quedado grabadas en mi corazón, convencíndome de la negligencia del deber. Creo que este pasaje merece doce meses de estudio mejor que otras cosas a las cuales los jóvenes dedican su tiempo. ¡Hermano! Escríbelo en las puertas de tu despacho; cópialo y tenlo siempre a la vista. ¡Si llegáramos a aprender bien dos o tres líneas de esta cita, qué grandes predicadores seríamos!

Este pasaje nos enseña:

[a] La tarea en general: [...] SIRVIENDO AL SEÑOR CON TODA HUMILDAD, Y CON MUCHAS LÁGRIMAS (cf. v. 19).

[b] La obra en particular: POR TANTO, MIRAD POR VOSOTROS, Y POR TODO EL REBAÑO [...] (cf. v. 28).

[c] La doctrina: [...] ACERCA DEL ARREPENTIMIENTO PARA CON DIOS, Y DE LA FE EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO (cf. v. 21).

[d] El lugar y la manera de enseñar: [...] NADA QUE FUESE ÚTIL HE REHUIDO DE ANUNCIAROS Y ENSEÑAROS,

PÚBLICAMENTE Y POR LAS CASAS (cf. v. 20).

[e] La diligencia, seriedad y amor: [...] DE NOCHE Y DE DÍA, NO HE CESADO DE AMONESTAR CON LÁGRIMAS A CADA UNO (cf. v. 31).

Eso es lo que debe ganar las almas, y preservarlas.

[f] La fidelidad: PORQUE NO HE REHUIDO ANUNCIAROS TODO EL CONSEJO DE DIOS (cf. v. 27).

[g] La falta de interés propio y la abnegación por el Evangelio: NI PLATA NI ORO NI VESTIDO DE NADIE HE CODICIADO: ANTES VOSOTROS SABÉIS QUE PARA LO QUE ME HA SIDO NECESARIO A MÍ Y A LOS QUE ESTÁN CONMIGO, ESTAS MANOS ME HAN SERVIDO. EN TODO OS HE ENSEÑADO QUE, TRABAJANDO ASÍ, SE DEBE AYUDAR A LOS NECESITADOS, Y RECORDAR LAS PALABRAS DEL SEÑOR JESÚS, QUE DIJO: MÁS BIENAVENTURADO ES DAR QUE RECIBIR (cf. vv. 33-35).

[h] La paciencia y perseverancia: PERO DE NINGUNA COSA HAGO CASO, NI ESTIMO PRECIOSA MI VIDA PARA MÍ MISMO, CON TAL QUE ACABE MI CARRERA CON GOZO, Y EL MINISTERIO QUE RECIBÍ DEL SEÑOR JESÚS [...] (cf. v. 24).

[i] La oración: [...] OS ENCOMIENDO A DIOS, Y A LA PALABRA DE SU GRACIA, QUE TIENE PODER PARA SOBREDIFICAROS Y DAROS HERENCIA CON TODOS LOS SANTIFICADOS (cf. v.32).

[j] La limpieza de conciencia: POR TANTO, YO OS PROTESTO EN EL DÍA DE HOY, QUE ESTOY LIMPIO DE LA SANGRE DE TODOS (cf. v. 26).

Graba todo esto en tu corazón y te hará a ti y a la Iglesia mayor bien que veinte años de estudio de las cosas menores que —aunque te pueden conseguir los aplausos del mundo—, si se separan de estas cosas, harán de ti un “metal que resuena, o cimbalo que retiñe” (cf. 1 Co. 13:1).

La gran ventaja de los pastores de corazón sincero es que la gloria de Dios y la salvación de las almas son su único propósito. Por tanto, no hay sufrimiento ni trabajo que basten para frenarlos ni hacerlos tornar atrás; uno lucha por sus propósitos, cueste lo que cueste. Aunque olviden todo lo demás, retienen

esta lección: MAS BUSCAD PRIMERAMENTE EL REINO DE DIOS Y SU JUSTICIA (cf. Mt. 6:33). Por eso Pablo dice en 1 Co. 9:16: “[...] Me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciar el evangelio!”. Esto facilita mucho la labor, quitando el peso de las cargas y haciendo tolerable el sufrimiento. Te atreverás a arriesgarlo todo con tal de ganar almas para Cristo. Lo que antes me servía de lema en otra batalla sigo usando en esta, aunque según mis intenciones aún no la he transformado del todo. Por una cara dice mi estandarte: “El que halla su vida, la perderá” (cf. Mt. 10:39), y por la otra: “No estropees la causa por salvar tu vida”. El que sabe que sirve a un Dios que nunca dejará que salga perdiendo por su causa no ha de temer los riesgos tomados en ella. El que sabe que busca un premio que —una vez obtenido— recompensará con creces lo gastado, arriesgará todos sus bienes, vendiéndolo todo para comprar la perla. Hermano, no gastaré más palabras para exhortar a los sabios mercaderes a comprar esta ganga, ni explicar a los maestros estas verdades tan comunes. Si he dicho más de lo necesario, me alegro. Espero poder dar por sentado que estás decidido a emplear la mayor diligencia y fidelidad posibles en esta obra. Siendo así, te ofreceré ahora algunas directrices para el manejo correcto de ella.

TERCERA PARTE

Las instrucciones para este deber

Tenemos por delante una tarea tan grande que sería una gran lástima malograrla en su nacimiento, de manera que se nos muriera entre las manos. Aunque sé que la generación actual es dura de tratar, y que ninguno puede transformar el corazón carnal sin la operación eficaz del Espíritu Santo, Dios suele emplear los medios que tiene a mano y bendecir los buenos esfuerzos de sus siervos. Entonces, no puedo menos que pensar que se lograrán grandes cosas, y que el reino de las tinieblas recibirá un duro golpe a través de esta obra, si no se malogra por culpa de los pastores mismos. El peligro principal surge de la falta de diligencia o de habilidad. Ya he hablado extensamente del primer peligro. En cuanto al segundo, estoy tan consciente de mi propia falta de destreza que solo me considero adecuado para

dirigir a los más jóvenes y menos experimentados. Por eso espero que juzgues bien mis palabras y tengas presente que solo me dirijo a estos. Pero quiero decir algunas palabras sobre este asunto dado el gran número de los tales. Me temo que el bienestar de la Iglesia y la nación dependen en gran medida de la buena dirección de esta tarea.

Debes ser solícito en dos aspectos:

Llevar a tu congregación a someterse a un curso de catecismo o instrucción privada. Si se niegan a acudir a ti ni a recibirte, no podrán recibir ningún bien.

Cumplir con la tarea de la manera que redunde en mayor éxito.

ARTÍCULO 1

Primero, quiero proporcionar algunas instrucciones para llevar a tu congregación a someterse a un curso de catecismo e instrucción.

1. El medio principal para conseguir esto es comportarte en tu vida y ministerio, en general, de manera que les convenzas de tu capacidad, sinceridad y amor para con ellos. Si te consideran un ignorante, menospreciarán tus enseñanzas y se considerarán tan sabios como tú. Si te consideran egoísta, hipócrita o deshonesto, sospecharán de todo lo que digas y hagas, y no te tomarán en serio. Mientras que si están convencidos de que sabes lo que haces y tienen una alta opinión de tu capacidad, te respetarán y seguirán tus consejos de mejor grado. Si perciben tu rectitud, sospecharán menos de tus actos; y si ven que no buscas tu propio interés sino su bienestar, serán más fáciles de persuadir. Ya que se supone que me dirijo a pastores menos capacitados que tal vez crean que nunca serán reverenciados por su formación, les digo que tienen mayor necesidad de estudiar por ello. La falta de capacidad ha de suplirse con otras cualidades; y entonces tus consejos tal vez tengan el mismo éxito que otros.

Si el pastor se contenta con comprar el amor de sus feligreses a mayor precio para su propia carne, tratándoles con amistad, afecto, prudencia y buenas obras según su capacidad, podrá conseguir mucho más que ahora con los miembros. No debe buscar su amor para consigo como un fin en sí mismo, sino para

poder fomentar el interés de Cristo y su salvación. De no ser por eso, daría igual que te amaran u odiaran. ¿Pero qué comandante puede conseguir algo con un ejército que le odia? No puedes creer que tomarán en serio tus consejos si odian o desprecian a la persona que se los ofrece. Esfuérzate entonces para ganar la estima y el respeto de tus feligreses para poder convencerlos con mayor facilidad.

Tal vez alguno pregunte: "¿Qué debe hacer el pastor que descubre que ha perdido el amor de su congregación?". Mi respuesta es esta: Si la gente es tan vil que le odian, no por una debilidad ni pecado suyo, sino por buscar el bienestar de la gente, odiarían igual a cualquiera que hiciera lo mismo. "Que con mansedumbre corrija [el pastor] a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad" con paciencia y mansedumbre (cf. 2 Ti. 2:25). Si se encuentra en esta situación debido a una debilidad propia o controversia de opinión por asuntos menores, que se esfuerce primero en quitar el prejuicio de la congregación con todos los medios lícitos a su disposición. Si no lo consigue, que diga a los miembros: "No trabajo para mí mismo, sino para todos. Ya que no quieren recibir de mí la Palabra, les ruego que nombren a otro que pueda hacerles el bien que yo no pude hacer". Y entonces que les deje, y comprueben ellos si otro les sirve mejor, y él sirva a otra congregación. El ingenuo no se podrá quedar al mando de la congregación contra la voluntad de esta. El sincero tampoco se quedará en un lugar donde dé poco fruto para su propio provecho si así estorba el bien que pudieran recibir de otro que disfrute de su amor y respeto.

2. Una vez hecha esta preparación general, hay que usar los medios más eficaces para convencerlos del provecho y la necesidad de este ejercicio para sus propias almas. La mejor manera de ganar el consentimiento de la gente es probar el provecho que pueden sacar de ella. Hay que predicar de antemano, por tanto, algunos sermones convincentes con este fin, demostrando el beneficio y la necesidad de conocer las verdades divinas en general y los primeros principios en particular. Hay que mostrarles que los ancianos tienen la misma necesidad y deber que

los demás, y en cierto aspecto más. "Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido" (cf. He. 5:12). Esta cita suscita varias observaciones adecuadas para este fin. Por ejemplo:

- (1) Las profecías de Dios deben ser las lecciones del hombre.
- (2) Los pastores deben enseñarlas, y la gente debe aprenderlas de ellos.
- (3) Las profecías de Dios comparten algunos principios fundamentales que debe conocer todo aquel de desea ser salvo.
- (4) Hay que aprender estos principios primero; este es el orden correcto.
- (5) Es razonable esperar que la congregación crezca en el conocimiento según los medios de instrucción que posea; si no lo hace, es un gran pecado.
- (6) Si uno lleva mucho tiempo en la congregación disfrutando de los medios de instrucción y sigue ignorante de los principios fundamentales, debe aprenderlos, cualquiera que sea la edad que tenga.

Todo esto se ve claramente en Hebreos 5:12. Tenemos una buena oportunidad y muchas razones convincentes para demostrar lo siguiente. Primero: la necesidad de conocer las profecías de Dios. Segundo, y más especialmente: la necesidad de conocer los principios fundamentales. Tercero: los más ancianos ya han perdido mucho tiempo, prometiendo arrepentirse a la vejez. Ya debían ser los maestros de los jóvenes. Su ignorancia es doble pecado y vergüenza. Les queda poco tiempo para aprender, ya que están tan cerca de la muerte y el Juicio; ellos tienen almas que salvar o perder al igual que los demás. Convénceles de que es imposible emprender el camino al Cielo sin conocerlo, habiendo tantos enemigos y estorbos. Uno no puede hacer sus negocios mundanos sin conocimiento, ni puede aprender un oficio sin estudiarlo. Convénceles de que es una contradicción ser cristiano y negarse a aprender. ¿Qué es un cristiano, sino un discípulo de Cristo? ¿Cómo puede hacerse discípulo de Cristo si se niega a aprender de Él? Aquel que se

niega a aprender de su pastor se niega a aprender de Cristo. Cristo no bajará del Cielo para enseñarlo de su propia boca, sino que ha nombrado a pastores para enseñar bajo su mando. Entonces, negarse a ser enseñado por el pastor, es negarse a ser enseñado por Cristo. Es lo mismo que negarse a ser discípulo de Cristo; por tanto, no es cristiano.

Deben comprender que no es un asunto arbitrario de invención propia, sino que estás obligado a ello. Si no miras por todo el rebaño según tu capacidad, tal vez perezcan en su iniquidad; pero Dios requerirá su sangre de tu mano. Entonces Dios, y no tú, ha inventando e impuesto la obra. Por eso, al rechazarla culpan más a Dios que a ti. Pregúntales si son tan crueles con su pastor como para querer que pierda su propia alma voluntariamente por temor a molestarlos al intentar impedir la condenación de la congregación. Hazles conocer a fondo la naturaleza del oficio pastoral, y la necesidad que tiene la Iglesia de ello. Muéstrales que consiste en enseñar y guiar a todo el rebaño, y que deben acudir a la congregación como los estudiantes a la escuela. Deben estar contentos de dar cuentas de lo aprendido y aceptar la instrucción individual. Muéstrales que esto es para su propia salvación; aprovecharán el tiempo y se evitará mucha maldad y vanidad. Una vez que descubran que es para su propio bien, cederán de mejor grado.

3. Después será necesario dar una copia del catecismo a cada familia de la congregación, sean ricos o pobres, para que no tengan excusa. Si dejas que ellos se responsabilicen de comprarlo, la mitad tal vez no lo haga. Una vez que tengan los libros en mano, será una especie de compromiso para aprender el contenido. Si leen solamente la exhortación —y es probable que por lo menos eso hagan—, tal vez los convenza a someterse. Será mejor que el pastor anuncie la entrega del catecismo de antemano en la congregación, para luego llevarlo a las casas y aprovechar la oportunidad de persuadirlos a la obra. A la vez, podrá hacer una lista de todos los miembros de las familias que han llegado a una edad de discreción para saber de cuántos ha de cuidar e instruir, y a quién esperar cuando llegue su turno. Al distribuir otros libros entre los miembros, en ocasiones he pedi-

do que acudan al rectorado para retirarlos, pero ha creado mayor confusión. Este me parece el mejor método. En las congregaciones más pequeñas, cualquiera de los dos puede servir.

En cuanto al precio de las copias, si el pastor puede sufragar el gasto, será mejor que lo haga. Si no, los más entregados de los miembros acomodados deben compartirlo. O bien en un día de contrición en preparación para la obra, que se haga una colecta para comprar el catecismo para los más pobres, pidiendo a los miembros que sean más liberales que de costumbre. Si algo falta, lo podrán suplir algunos miembros bienintencionados.

Será necesario admitir a las familias una a una, un mes o seis semanas después de la entrega del catecismo, para dejar tiempo para aprenderlo. Estarán más dispuestos a acudir a la cita todos juntos, y los más reacios sentirán vergüenza de quedarse atrás.

4. Asegúrate de tratarlos con compasión, evitando toda clase de desánimo.

(1) Diles públicamente que si ya han aprendido otro catecismo, no les obligarás a aprender este si no lo desean. La sustancia de todo catecismo ortodoxo es la misma, pero les has ofrecido este por su brevedad y plenitud, para poder enseñarles el máximo posible en pocas palabras y facilitarles la labor. Si alguno prefiere aprender otro catecismo, permítele escoger.

(2) Los ancianos suelen tener la memoria débil; no les queda mucho tiempo en este mundo, y se suelen quejar de que no se acuerdan de las palabras. Diles que no esperas que se fatiguen mucho por ello, sino que lo escuchen leer a menudo para ver si lo comprenden, grabando así la materia en sus mentes y corazones. Podrán hacer esto aunque no se acuerden de las palabras exactas.

(3) Trata a los primeros con suavidad, convicción y amor de manera que se corra la voz para alentar a los demás.

5. En último lugar, si todo esto no sirve para someter a algunos en particular, no los expulses, sino exhortalos, y pregunta por sus motivos. Convéncelos del pecado y del peligro de rechazar la ayuda ofrecida. El alma es tan preciosa que no se debe perder ni una por falta de esfuerzo. Síguela mientras quede esperanza,

y no lo dejes por imposible hasta que no quede remedio. Antes de abandonarla, esfuérgate al máximo para que su rechazo obstinado sea el único motivo de hacerlo. El amor es sufrido; todo lo espera.

ARTÍCULO 2

Una vez empleados estos medios para que la gente acuda y se someta a la instrucción, hay que considerar la manera más eficaz de llevar a cabo el ejercicio. Debo repetir que me parece mucho más fácil componer y predicar un buen sermón que instruir a un ignorante en los principios esenciales de la fe. Por mucho que algunos menoscaben esta obra, sin duda pone a prueba los dones y el espíritu del pastor, revelando la diferencia entre pastores mejor que la predicación. Aquí transcribo para este fin las palabras de un hombre muy erudito, ortodoxo y piadoso, el arzobispo Ussher¹, en su sermón ante el rey Jacobo en Wanstead (Inglaterra) sobre Efesios 4:13: “No se puede elogiar en exceso el cuidado de Su Majestad al ordenar que en el ministerio normal se prediquen y expliquen con diligencia los puntos principales del catecismo en toda la nación. Ojalá se hiciera en todas partes con la piedad que pretendió Su Majestad.

“Los grandes eruditos tal vez piensen que no les halaga rebajarse hasta dedicar gran parte de su tiempo enseñando estos rudimentos y principios fundamentales de la doctrina de Cristo. Deben considerar que colocar hábilmente los cimientos es vital para cualquier edificio, de manera que es la obra maestra de los más sabios. El gran Apóstol Pablo ha dicho: “Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento [...]” (cf. 1 Co. 3:10). Por mucho que se esfuerce el más sabio de todos, verá que para poner bien este fundamento —esto es, adaptarse a la capacidad del interlocutor corriente, haciendo que el ignorante comprenda estos misterios en alguna medida— probará su capacidad y le costará más que si discutiera una controversia o tratara un punto sutil en las universidades. Cristo dio también apóstoles, profetas y evangelistas tanto como pastores y maestros normales, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios (cf. Ef. 4: 13). PASAR ESTO POR ALTO FRUSTRARÁ TODA LA OBRA

DEL MINISTERIO. Por muchos sermones que prediquemos a la gente, se pierde el trabajo si no se ha puesto el fundamento ni enseñado los principios básicos sobre los cuales toda otra doctrina ha de edificarse”.

Creo que las instrucciones para llevar a cabo el ejercicio con éxito son las siguientes:

1. Cuando acuda una familia o más, empieza con un breve comentario para tranquilizarlos y evitar toda posible ofensa, indisposición o desánimo, y prepararlos para recibir la instrucción. Podrías decir: “Amigos míos, tal vez les parezca que les pido algo extraño y molesto, pero espero que no les parezca innecesario. De haberlo considerado así, nos habría ahorrado esta labor a todos. Pero mi conciencia me dicta, y Dios también dice en su Palabra de manera solemne, en qué consiste cuidar de las almas, y que requerirá la sangre de los que perecen de las manos del pastor que las descuida. Yo no me atrevo a ser culpable de esto como hasta ahora. ¡Ay! En este mundo nuestra ocupación consiste en llegar al Cielo. Dios ha llamado a los pastores para guiar a su pueblo hacia allá con seguridad. Si esta tarea queda bien, todo está bien; y si no, se perderán para siempre. El Señor sabe que tal vez nos quede poco tiempo para estar juntos; por eso, nos incumbe hacer todo lo posible para asegurar la salvación de todos antes de dejar este mundo. Todo lo demás en este mundo es como un sueño en comparación con esto. Todo su trabajo diario solo sirve para mantener la vasija de barro que es el cuerpo, mientras el alma corre hacia la muerte y el Juicio; puede que estén a la puerta. Por eso espero que se alegren mis hermanos de recibir mi ayuda en esta obra tan necesaria, y que no les parezca excesivo que se lo pida yo. Ya sabemos que conseguir las cosas del mundo cuesta un esfuerzo mucho mayor”. Palabras como estas podrán ayudar a disponerlos a escucharte y recibir la instrucción, de manera que puedas inquirir algo sobre su conocimiento y costumbres.

2. Cuando hayas hablado así con el grupo reunido, habla con cada uno en privado, sin que escuchen los demás. Algunos no

se sentirán libres de hablar delante de los demás, y otros no soportan ser interrogados en el grupo porque les da vergüenza que oigan sus respuestas. Tal vez los que saben responder mejor hablen de lo que han oído en la reunión cuando se marchen, burlándose de aquellos que no han sabido responder como ellos y desanimándolos. Esto daría pretexto a los tímidos para dejar el ejercicio, diciendo que no quieren acudir para servir de risa a los demás. Por eso hay que tener mucho cuidado para eliminar todos estos impedimentos. Por mi experiencia he visto que la gente suele aceptar mejor el tratar de su pecado, desgracia, y deber individualmente que delante de terceros. Si no tienes la oportunidad de explicarles la Verdad y hablar libremente de lo que pasa en su corazón, todo quedará frustrado. Entonces, busca un lugar conveniente; si puedes, haz que todos los demás se queden en una habitación mientras hablas con cada uno en otra. Sin embargo, para evitar el escándalo, debes hablar con las mujeres en presencia de un tercero; si se pierde alguna ventaja por ello no queda más remedio. Es mejor evitar ocasiones para los maliciosos de destruir toda la obra con sus reproches. Esfuérzate, aun en presencia de terceros, por hablar de los asuntos más delicados en voz baja, para que no se enteren; para ello se les puede pedir que se sienten en un lugar algo apartado. Por lo menos, solo deben estar presentes miembros de la misma familia, ya que se conocen bien y es menos probable que se reprochen mutuamente. Trata con mayor firmeza y examina más a fondo a los ignorantes, arrogantes y viciosos para despejar el terreno y para que al oírlo se despierten los observadores que tal vez no se den por aludidos directamente. Estos detalles merecen tu atención, porque se trata de una tarea muy importante; los pequeños errores pueden estorbar mucho el bien.

3. Empieza por averiguar lo que cada uno ha aprendido del catecismo y oír su respuesta a cada pregunta. Si no pueden responder, averigua si han memorizado el Credo y los Diez Mandamientos.

4. Escogiendo algunos de los puntos más importantes, comprueba con tus preguntas si han comprendido lo aprendido.

Presta atención a las siguientes cosas:

(1) No empieces por las cosas menos necesarias, sino con las que la persona considera que le tocan más de cerca. Por ejemplo: "¿Qué crees que ocurre cuando uno se muere? ¿Qué será de nosotros después del fin del mundo? ¿Tú crees que el pecado está en ti, o que naciste en pecado? ¿Qué merece todo pecado? ¿Qué remedio ha previsto Dios para salvar a las almas pecaminosas y desgraciadas? ¿Alguien ha asumido nuestro pecado, o debemos padecer por ello nosotros mismos? ¿A quién perdonará Dios? ¿Quién será salvo por la sangre de Cristo? ¿Qué cambio debe sufrir todo aquel que quiere salvarse, y cómo se efectúa este cambio? ¿Dónde estriba nuestra mayor felicidad? ¿En qué debes fijar tu corazón?", y preguntas por el estilo.

(2) Evita las preguntas delicadas, innecesarias, dudosas y muy difíciles, aunque se trate de asuntos muy importantes. Algunos arrogantes ocupan su tiempo con tales preguntas que ellos mismos no saben responder, criticando a los pobres que tampoco pueden, como si se tratara de un asunto de vida o muerte.

Si preguntas: "¿Qué es Dios?", ¡considera lo difícil que a ti te resulta responder! Es más fácil decir lo que no es antes de lo que es. Considera esta pregunta: "¿Qué es *el arrepentimiento, o la fe, o el perdón de los pecados?*". Podrás preguntar a muchos pastores antes de recibir una respuesta correcta; ¡si no, no habría tanta controversia al respecto! Será igual si pides una definición de *la regeneración o la santificación*. Tal vez digas: "Si uno no sabe qué es Dios, o la fe, la conversión, la justificación o la santificación, ¿cómo podrá considerarse un verdadero cristiano y ser salvo?". Yo respondo que es una cosa poder definir las con exactitud, y otro conocerlas por sus efectos y naturaleza, aunque sea un conocimiento más general y difuso. Una cosa es *saber* en qué consisten y otra es poder explicarlas. El nombre más común de estas cosas tiene sentido y expresa en qué consisten sin definiciones. Uno puede comprender en parte lo que significa la palabra aunque no pueda explicártelo en detalle, lo mismo que sabe arrepentirse, creer y ser perdonado. Uno sabe lo que significan estas cosas sin poder definir las; tal vez intenten responder como los palurdos: "Bueno, arrepentirse significa arrepentirse, y ser

perdonado es ser perdonado". No quiero disuadirte totalmente de hacer tales preguntas, pero hay que usarlas con cuidado si crees que son muy ignorantes del asunto, especialmente en cuanto a Dios mismo.

(3) Formula las preguntas de manera que perciban el significado, y sepan que no buscas una respuesta sofisticada, sino sencilla. No seas exigente en cuanto a las palabras empleadas, sino su significado. Permítales incluso responder con un "sí" o "no" sin más, o simplemente escoger entre dos descripciones que tú mismo provees. Por ejemplo: "¿Qué es Dios? ¿Es de carne y hueso, como nosotros; o es un Espíritu invisible? ¿Es un hombre, o no? ¿Tuvo algún principio? ¿Puede morir? ¿Qué es la fe? ¿Consiste en creer toda la Palabra de Dios? ¿Qué significa creer en Cristo? ¿Es lo mismo que hacerse un verdadero cristiano, o creer que Cristo es el Salvador de los pecadores, y confiar en Él como tu Salvador personal para perdonarte, santificarte, gobernar tu vida y glorificarte? ¿Qué es el arrepentimiento? ¿Consiste solamente en lamentar el pecado, o es más bien dejar el pecado y volverse a Dios? ¿O acaso consiste en ambas cosas?"

(4) Cuando percibas que no comprenden la pregunta, hay que buscar un equivalente, o hacer una pregunta aclaratoria. Si esto no sirve, intercala la respuesta en la pregunta, de forma que puedan responder con un "sí" o un "no". He preguntado a personas muy ignorantes: "¿Cómo crees que se podrán perdonar tus pecados que son tantos y tan graves?". Me responden: "Por arrepentirme y cambiar mi vida", sin mencionar para nada a Jesucristo. Les pregunto: "¿Crees que tu cambio puede recompensar a Dios o expiar los pecados del pasado?". Responden: "Espero que sí; si no, no sé como hacerlo". Se diría que tales personas no tienen conocimiento alguno de Cristo, ya que no lo mencionan. Cuando les relato la historia de Cristo, lo que es, e hizo, y padeció, se quedan maravillados. Algunos dicen que nunca habían oído tal cosa, aunque acuden todos los domingos a la iglesia. Otros responden de esta manera porque no han comprendido bien el alcance de la pregunta, suponiendo que doy por sentado la muerte de Cristo y que solo les he preguntado: "¿Qué es lo que puedes hacer para satisfacer a Dios, bajo Cristo?". Pero también aquí revelan una ignorancia penosa.

Cuando pregunto si sus buenas obras merecen algún premio de Dios, me responden que no, pero que esperan que Dios las acepte. Si pregunto: "¿Puede uno salvarse sin la muerte de Cristo?", responden que no. Si insisto: "¿Qué ha hecho y padecido por ti?", responden: "Murió por nosotros" o "derramó su sangre por nosotros" e insisten en que confían en esto para su salvación.

Muchos tienen las ideas sin madurar, y a causa de la falta de formación y costumbre, no saben expresar lo que han comprendido. Aquí se ve la necesidad de tratarlos de manera amistosa y compasiva, ya que la dificultad de expresión no significa ignorancia si están dispuestos a aprender y aprovechar la oportunidad. Incluso los ancianos más piadosos a veces no saben expresar sus ideas, ni aprender las expresiones que se les ofrecen. Algunos de los ancianos más piadosos, experimentados y aprobados que conozco se quejan con lágrimas de no poder aprenderse las palabras del catecismo. Cuando considero sus ventajas—que han disfrutado de las mejores ayudas, el deber constante y la mejor compañía durante cuarenta, cincuenta o sesenta años—, comprendo mejor a los pobres ignorantes que nunca disfrutaron de tales compañías y conversaciones durante una semana seguida; y no los rechazo con la prontitud de algunos creyentes altivos e impetuosos.

(5) Si ves que no son capaces de responder a las preguntas, no insistas demasiado, preguntando una y otra vez, no vayan a pensar que quieres confundirlos y burlarte de ellos. Cuando veas que no pueden responder, quítales la carga y responde tú mismo a la pregunta en detalle, explicando toda la verdad para que comprendan lo enseñado antes de partir. Suele ser necesario volver al principio y explicarlo todo ordenadamente hasta llegar al asunto en cuestión.

5. Una vez comprobada su comprensión, instrúyelos tú mismo según su capacidad. Si la persona comprende los principios fundamentales de la fe, dedícate a lo que ves que más necesita; bien explicando en mayor detalle alguno de los misterios del Evangelio, bien poniendo el fundamento de algún deber sobre el cual tiene dudas. Puedes mostrar la necesidad de algo que ha dejado de lado, o indicarle algún error o pecado de manera con-

vincente y edificante. Por otra parte, si es muy ignorante, dale un resumen sencillo de la fe cristiana en pocas palabras. Aunque ya figura en el catecismo, las palabras llanas tal vez le ayuden a comprender. Podrías decir: "Ya sabes que desde la eternidad existió un solo Dios, sin principio ni fin, que no tiene un cuerpo como el nuestro sino que es un ser espiritual perfecto que todo lo sabe y todo lo puede. Tiene toda bondad y perfección en sí mismo. Este Dios es uno en tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, de manera incomprensible para nosotros. Este Dios único hizo el mundo entero por su Palabra. Hizo los cielos para ser el lugar de su gloria, e hizo multitud de ángeles para servirle. Algunos de estos cayeron de su estado sublime a causa de la soberbia u otro pecado, y se hicieron demonios que serán desgraciados eternamente. Cuando creó la Tierra, creó al hombre como su criatura más noble. Creó a un hombre y una mujer: Adán y Eva; los creó perfectos y sin pecado. Los puso en el huerto del Edén y les prohibió comer del fruto de uno de los árboles, diciendo que si lo comían, morirían. Pero Satanás, que ya había caído, les tentó a pecar y cedieron a la tentación, cayendo bajo la maldición de la Ley de Dios. Pero Dios, en su infinita sabiduría y misericordia, envió a su propio Hijo, Jesucristo, para ser su Redentor. En la plenitud de los tiempos se hizo hombre y nació de una virgen por el poder del Espíritu Santo. Vivió en la Tierra entre los judíos unos treinta y tres años, predicando el Evangelio en persona y haciendo muchos milagros para probar su doctrina. Sanó a los tullidos, los ciegos y los enfermos, resucitando a los muertos por su poder divino. Al final murió en la Cruz como sacrificio por nuestros pecados y llevó la maldición en nuestro lugar.

"Ahora si los pecadores creen en Él y se arrepienten de sus pecados, Cristo perdona libremente el pasado y santifica su naturaleza corrupta, llevándolos luego a su Reino y gloria celestiales. Si desprecian la gravedad de su pecado y la misericordia divina, los condenará eternamente al Infierno. Cristo, que resucitó al tercer día de entre los muertos, mandó a sus Apóstoles predicar este Evangelio en todo el mundo. Cuando les hubo encomendado esta labor, ascendió a los cielos ante su vista, donde ahora está con su humanidad en gloria, con Dios el

Padre. Al final de este mundo, volverá en forma humana y resucitará a los muertos para que todos comparezcan ante Él "[...] para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo" (cf. 2 Co. 5:10). Entonces, si quieres ser salvo, tienes que creer en Cristo como único Salvador de la ira venidera; debes arrepentirte de tus pecados y ser nueva criatura. Si no, no hay salvación para ti". Un resumen así de los principios de la fe, explicado de la manera más llana posible y con una aplicación final, es necesario cuando tratas con los muy ignorantes. Si ves que no te han comprendido, repásalo y pregunta si lo comprenden, intentando fijarlo en su memoria.

6. Sean ignorantes o no, si sospechas que son inconversos, averigua prudentemente su estado. La mejor manera y la menos ofensiva de prepararles para esto es empezar por decir algo que los tranquilice y convenza de la necesidad de esta comprobación. Aprovecha algún inciso del catecismo para tocar su corazón. Por ejemplo: "Ya ves que el Espíritu Santo alumbra con la Palabra la mente humana y abre y reblandece el corazón, volviéndola del poder de Satanás hacia Dios a través de la fe en Cristo. Purifica para sí mismo un pueblo propio (cf. Tit. 2:14), y solo ellos participarán de la vida eterna. Aunque no tengo deseo alguno de inmiscuirme en los asuntos privados de la gente, es parte del oficio pastoral aconsejar a sus feligreses en cuanto a la salvación. Es peligroso errar en cuanto a la vida y la muerte eternas, de manera que te ruego que me respondas abiertamente. ¿Ha ocurrido ya este gran cambio en tu corazón? ¿Ha entrado el Espíritu de Dios por la Palabra en tu mente con vida nueva y celestial, haciendo de ti una nueva criatura? El Señor, que escudriña los corazones, sabe si es así; di la verdad entonces, te lo ruego".

Si se considera convertido —todos somos pecadores— y lamenta sus pecados, etc., explícale en mayor detalle algunas de las señales más claras de la verdadera conversión para renovar y reforzar la indagación. Por ejemplo: "Ya que va en ello tu salvación o condenación, quiero ayudarte un poco para que no yerres en un asunto tan importante sino que descubras la ver-

dad antes que sea tarde. Dios nos juzgará de forma imparcial, y tenemos la Palabra delante para poder juzgarnos a nosotros mismos. Esta Palabra explica claramente quién irá al Cielo y quién al Infierno. Las Escrituras dicen que el estado del inconverso es el siguiente: no encuentra gran felicidad en el amor y la comunión con Dios en la vida venidera que aparte su corazón de este mundo, sino que vive para la carne. El propósito de su vida es que le vaya bien en esta Tierra. Guarda las formas religiosas con la esperanza de evitar la condenación cuando ya no pueda seguir en este mundo, pero el mundo y la carne gozan de toda su estima y tienen el lugar principal en su corazón. Dios y su gloria son muy inferiores; su servicio a Dios consiste en darle lo que sobra del mundo y la carne. Así es todo inconverso; su estado es desgraciado en extremo. Pero en el alma del verdadero converso brilla la luz de Dios; le ha mostrado la gravedad de su pecado y su desgracia, y su alma ha notado la carga. Le ha mostrado a Cristo y lo que Él ha hecho por los pecadores, haciéndolo admirar las riquezas de la gracia de Dios en Él.

“Le son buenas nuevas que queda esperanza para los pecadores perdidos como él, y que se perdonan tantos pecados graves. Este perdón se ofrece a todo aquel que lo acepte. ¡Con qué gozo acepta este mensaje y ofrecimiento! Para el futuro se entrega a sí mismo y todos sus bienes a Cristo como totalmente suyo, para que disponga de él para la gloria eterna prometida. Ahora ha captado la visión de los santos en gloria, de manera que tiene el mundo presente por basura e inmundicia en comparación. Atesora la felicidad y sus esperanzas en el Cielo, considerando todos los asuntos de esta vida como ayudas o estorbos en el camino a la gloria. El propósito de su vida es alegrarse en la vida eterna. Así es todo aquel que es realmente convertido y salvo. ¿Es este tu caso, o no? ¿Has experimentado un cambio como este en tu alma?”

Si responde que sí, entra en detalle, como sigue: “Te ruego entonces que me respondas dos o tres preguntas. (1) ¿Puedes decir sinceramente que lamentas de corazón todos los pecados del pasado, y que comprendes merecer la desgracia eterna por su causa? Bajo esta pesada carga, ¿reconoces que estás perdido,

y te has acogido únicamente al Salvador para recibir el perdón a través de su sangre?”.

(2) “¿Puedes decir sinceramente que tu corazón está tan apartado del pecado que odias los pecados que antes amabas, y amas aquella vida santificada que antes no apreciabas; y que ahora no practicas voluntariamente el pecado reconocido? ¿No queda en tu corazón pecado alguno que no estés dispuesto de corazón a abandonar, cueste lo que cueste, ni deber que no estés dispuesto a cumplir?”.

(3) “¿Puedes decir sinceramente que disfrutar eternamente de Dios es toda tu felicidad y ocupa mayor lugar en tu corazón, tus emociones, deseos y cuidados; y que estás decidido a dejar todo lo que tengas en este mundo, con la ayuda de la gracia divina, por no perderlo? ¿Es este tu propósito diario? ¿Puedes decir sinceramente que, a pesar de tus fallas y pecados, tu vida entera está encaminada a agradar a Dios y disfrutar de Él eternamente, que das al mundo lo que a Dios le sobra, por así decirlo; que tu vida en este mundo es como la del viajero que busca provisiones para el camino, y que el Cielo es tu verdadero hogar?”.

Si responde estas preguntas afirmativamente, explícale lo importante que es aborrecer el pecado de corazón y hacer tesoros de felicidad en el mundo venidero, viviendo en este mundo para el mundo invisible. Anímalo a que sea así su caso. Examina entonces algunos de los artículos del catecismo que tratan aquel deber que sospechas que más omite. Pregunta si cumple con tal y cual deber, como por ejemplo la oración familiar o en privado, y el buen uso del Día del Señor.

Sin embargo, te aconsejo que tengas cuidado de no censurar de forma absoluta ni impetuosa a tus feligreses, porque no es tan fácil afirmar que uno carece totalmente de la gracia como creen algunos. Podrás cumplir muy bien con tu trabajo sin llegar a estas conclusiones absolutas.

7. Sin embargo, si has descubierto por su enorme ignorancia o por la postrera indagación de su estado espiritual que probablemente es inconverso, entonces debes emplear toda tu habilidad para convencerlo de su estado deplorable. Por ejemplo: “Amigo

mío, el Señor sabe que no deseo empeorar tu estado ni causarte problemas ni temores infundados. Supongo que me tendrías por un enemigo traidor y no un pastor fiel si te halagara sin decirte la verdad. Si acudes al médico a causa de una enfermedad, querrás que te diga la verdad, por muy dura que sea. ¡Cuánto más en este caso! El reconocimiento de una enfermedad física puede aumentar el mal a causa del temor, pero hay que conocer la enfermedad espiritual para poder recuperarse. Mucho me temo que no participas de la vida cristiana. Si realmente fueras converso, tu corazón estaría puesto en Dios y la vida venidera, y te ocuparías en prepararte para la felicidad eterna. No te atreverías ni quisieras seguir pecando voluntariamente, ni pasar por alto un deber conocido.

“¡Ay! ¿Qué has hecho? ¿Cómo has pasado tu tiempo hasta ahora? ¿No sabes que tienes un alma que salvar o perder? Has de vivir en el Cielo o en el Infierno eternamente. Tu vida y tiempo en este mundo sirven principalmente como preparación para vivir en el otro. ¡Ay! ¿Qué has hecho durante toda tu vida para seguir tan ignorante y poco preparado para la muerte si llegara en este momento? Si tuvieras tan presente el Cielo como la Tierra, te habrías dedicado más a conocerlo y hacer más por ello, preguntando por el asunto con mayor diligencia de lo que lo has hecho. Sabes llevar los asuntos de este mundo. ¿Por qué no puedes aprender más de la voluntad de Dios si te esfuerzas? Tus vecinos pudieron aprender más, teniendo tantas ocupaciones como tú y tan poco tiempo disponible. ¿Acaso crees que el Cielo no merece el esfuerzo, o que puedes llegar allá sin esfuerzo alguno? Las cosas de este mundo no se pueden conseguir así, y Dios te ha mandado buscar primero su Reino y justicia. ¡Ay de ti, amigo mío, si hubieras muerto inconverso antes de este momento! ¿Qué sería ahora de ti, y dónde estarías? ¡Qué cruel eres contigo mismo al arriesgar tu estado eterno tan desesperadamente! ¿En qué estás pensando? ¿Acaso no te has dado cuenta hasta ahora que morirás en breve, y serás juzgado según tu estado en ese momento? ¿Acaso tuviste cosas más importantes que hacer que atender a tu salvación eterna? ¿Crees que tus bienes mundanos te consolarán en el momento de la muerte, comprarán la salvación, o suavizarán los tormentos del Infierno?”.

↑

⋮

Plantea estas ideas con toda sinceridad; si no se alcanza el corazón, no se consigue nada. Lo que toca el corazón no se olvida fácilmente.

8. Termina con una doble exhortación práctica: primero, el deber de creer en Cristo, y segundo, de emplear los medios externos de la gracia en el futuro y evitar el pecado del pasado. Por ejemplo: "Amigo mío, lamento tu estado deplorable, pero más lamentaría dejarte así. Te ruego por el amor del Señor y de ti mismo que tomes en serio mis palabras en cuanto a la vida eterna. Por su misericordia, el Señor no te ha dejado morir inconverso; te queda tiempo en esta vida, y hay un remedio para ti en la sangre de Cristo. Se te ofrece el perdón, la santificación y la vida eterna al igual que a los demás. Dios no ha dejado que el hombre pecaminoso se destruya sin remedio, como hizo con los demonios. Tampoco hace acepción de personas a la hora de ofrecerte el perdón y la vida eterna.

"Si tu corazón ardiera a causa del pecado y pudieras acudir a Cristo con fe para tu redención, entregándote a Él como tu Salvador y Señor, serías un hombre nuevo a partir de ahora. El Señor perdonaría tus pecados por su gran misericordia, y salvaría tu alma eternamente. Debo decir que es una gran obra de la gracia divina cambiar así un corazón. Si te perdona y salva, se efectuará este gran cambio en ti. Te hará lamentar tus pecados como una enorme carga odiosa que te hace digno de su ira y maldición. Te hará ver que estás perdido y que solo te queda la condenación eterna si no recibes el perdón a través de la sangre de Cristo y la santificación por su Espíritu. Te hará comprender que necesitas a Cristo, y que toda tu esperanza y vida están en Él. Te revelará la vanidad de este mundo y todo lo que ofrece, y que toda tu felicidad está en Dios y la vida eterna en el Cielo, donde podrás contemplar su gloria junto con los santos y ángeles, viviendo en su amor y alabanza. Quiero decirte que hasta efectuarse este cambio en ti, eres un desgraciado; y si mueres antes de efectuarlo, te perderás para siempre. Se te ofrecen la ayuda y esperanza ahora; entonces ya no las tendrás.

"Por eso te ruego por amor a tu propia alma: Primero, que no te quedes en tu estado actual. No te quedes tranquilo hasta efec-

tuarse el cambio redentor en tu corazón. Cuando te levantes por la mañana, piensa: “¿Y si este día fuera el último de mi vida, y la muerte me sorprendiera inconverso?”. Piensa mientras trabajas: “¿Me queda mucho por hacer para reconciliar mi alma con Dios, y santificarme por su Espíritu!”. Piensa mientras comes, o bebes, o contemplas tus bienes: “¿De qué me sirve todo esto si vivo y muero como enemigo de Dios y desconocedor de Cristo y su Espíritu, y muero para siempre?”. Que estos pensamientos te acompañen día y noche hasta transformar tu alma. En segundo lugar, te ruego que consideres seriamente la vanidad de este mundo, y que pronto estarás en el sepulcro frío y el tormento eterno si no tienes mejor tesoro. Considera lo que será vivir en la presencia de Dios y reinar con Cristo como los ángeles. Esta es la vida que Cristo ha comprado para ti; te la prepara y ofrece si la quieres aceptar. ¿No es una locura despreciar la gloria eterna a favor de estos sueños y sombras carnales? Acostúmbrate a estas meditaciones en la soledad. En tercer lugar, te ruego que aceptes esta felicidad sin más demora y te acojas a este Salvador. Acepta la vida eterna que el Señor Jesucristo te ofrece con gozo y gratitud, como única fuente de felicidad. Entonces podrás creer que Él borra todos tus pecados. En cuarto lugar, deja atrás tus pecados antiguos. Descubre aquello que contamina tu vida y corazón y recházalo como si fuera un veneno, aborreciendo la idea de caer de nuevo en ello.

“Mi última petición es que uses con diligencia los medios de la gracia hasta efectuarse este cambio, y continúes su uso hasta que seas confirmado y finalmente perfeccionado. (1) Ya que tú mismo no puedes efectuar este cambio de corazón, acude a Dios diariamente en oración y ora, por tu vida, que Dios perdone tus pecados y cambie tu corazón, revelándote las riquezas de su gracia que está en Cristo y la gloria de su Reino. Sigue a Dios día y noche con esta petición. (2) Huye de la tentación y las ocasiones de pecado, abandonando las malas compañías y acudiendo a los que temen a Dios y te ayudarán en el camino al Cielo. (3) Ten especial cuidado de pasar el Día del Señor de manera santa tanto en público como en privado, sin perder ni un cuarto de hora. Dios te ha dado este tiempo precioso especialmente para fijar la mente en Él y dejarte instruir para prepararte para el fin.

¿Qué me dices? ¿Lo harás en la medida que te sea posible? ¿Me prometes hacerlo, e intentarás cumplir tu promesa?"

Asegúrate de conseguir la promesa si puedes, comprometiéndole a un cambio y especialmente el empleo de los medios de la gracia y cambio de amistades, apartándose del pecado. Estas cosas están a su alcance, y abren el camino para la gran transformación que aún no se ha producido. Recuérdale solemnemente que está presente el Dios que oye las promesas, y esperará que se cumplan. Más tarde, recuérdale su promesa cuando tengas la oportunidad.

9. Al despedirlos, haz dos cosas:

(1) Tranquiliza sus mentes con algunas palabras para evitar toda posible ofensa. Por ejemplo: "Les ruego que no tomen a mal el que yo les haya molestado con esto, o por mi franqueza. Me complace tan poco como a ustedes. Si no supiera que estas cosas son verdaderamente necesarias, me habría ahorrado el trabajo y a ustedes la molestia. Sé que estamos en este mundo por poco tiempo; casi estamos ya en el mundo venidero. Por eso es hora de mirar alrededor y asegurarnos de estar preparados cuando Dios nos llame".

(2) Ya que tal vez no tengas pronto la oportunidad de volver a hablar con las mismas personas, anímalas a seguir con la tarea emprendida. Pide al padre de familia que los miembros de la familia le repitan cada domingo lo aprendido del catecismo, hasta que todos lo hayan aprendido de memoria. Una vez memorizado, deben repetirlo regularmente para no olvidarlo. Aún para los más sabios será de gran ayuda tener en la memoria el resumen de la fe cristiana.

En cuanto a los padres de familia o aquellos que tienen amos que no quieren ayudarlos, si han aprendido solo una parte del catecismo, anímalos a volver a visitarte —aun sin cita— cuando hayan aprendido lo demás, o bien acudir a un vecino experimentado para repetírselo. Aprovecha la ayuda de tales amigos cuando tú mismo no puedas atenderlos por falta de tiempo.

10. Guarda una lista de los miembros de la congregación, y anota los que te visitan para repetir el catecismo y los que no

quieren venir. Anota asimismo aquellos que no deben recibir la Santa Cena y otros sacramentos a causa de su ignorancia. Reconocer las necesidades de cada uno te ayudará a tratar con ellos en el futuro. En el caso de los que son tan obstinados que se niegan a acudir ni a ser instruidos, en cuanto a los medios confirmadores de la gracia, trátalos como es debido a los que desprecian la instrucción; evítalos. No deben participar de la Santa Cena ni otros sacramentos santos y familiares. Algunos reverendos hermanos están dispuestos a recibir a los hijos de tales personas para el bautismo —y se han ofendido conmigo por contradecirles—, pero yo no puedo hacer lo mismo, ni me atrevo a hacerlo por motivos de la fe de sus antepasados ni de la fe dogmática de los padres rebeldes.

11. A lo largo del ejercicio, asegúrate que tanto la manera de hacerlo como la materia sean adecuadas para los fines deseados. Observa bien estos aspectos:

(1) Debes tratar a cada uno de acuerdo con su carácter. Con los jóvenes, hay que destacar más el peligro de la sensualidad, mostrándoles la necesidad y la naturaleza de la mortificación. Con los ancianos, hay que destacar más la poca importancia del mundo presente de manera que se den cuenta de la proximidad de la muerte y la gravedad del pecado si muriesen impenitentes o ignorantes. Se puede tener mayor libertad en el trato con los humildes y los jóvenes, reservando mayor reverencia para los ancianos y superiores. Hay que revelar a los ricos la vanidad de este mundo y la necesidad y la naturaleza de la abnegación. Muéstrales que es digno de condenación el preferir el mundo presente al venidero, y la necesidad de mejorar sus talentos para provecho de los demás. Revela a los pobres las grandes riquezas de gloria que se les ofrecen en el Evangelio, y que bien pueden pasar sin el consuelo material a cambio del gozo eterno. Asimismo debes hacer hincapié en los pecados que más acosan a cada cual según su edad, sexo, temperamento o empleo en el mundo. En el caso de las mujeres, subraya la locuacidad, la maledicencia, el mal genio, la malicia y la soberbia; en el de los hombres, la embriaguez, la ambición, etc.

(2) Sé tan franco, amistoso y sencillo como sea posible con los débiles.

(3) Provee el respaldo de las Escrituras para todo lo que dices, para que vean que Dios les habla a través de ti.

(4) Lleva todo el ejercicio con la mayor seriedad posible, especialmente en cuanto a la aplicación. Mi mayor temor es que algún pastor descuidado haga la obra de forma superficial y sin vida, destruyendo este deber con todos los demás al cumplirlo como un mero formalismo. Plantean algunas preguntas frías y ofrecen dos o tres consejos con frialdad, sin vida ni sensibilidad. De esta manera no creo que produzcan sensibilidad alguna en sus oyentes. Seguramente aquel que valora las almas y reconoce la gran oportunidad que se le brinda llevará a cabo el ejercicio con gran seriedad, como tratándose de un asunto de vida o muerte.

(5) Para este fin, me parece muy necesario que prepares a fondo tu propio corazón, antes y durante la tarea, para fomentar y reforzar tu fe en la verdad del Evangelio y en la gloria y desgracia venideras. Sé que esta tarea pondrá a prueba la fuerza de la fe. El cristiano superficial que no tiene una raíz sana verá que le falla el celo, especialmente cuando la tarea se hace una carga por falta de fe en los asuntos a tratar. Un fervor fingido e hipócrita no aguantará mucho ante esta tarea. Servirá más en el púlpito que en el trato con las pobres almas ignorantes. El púlpito sirve de escenario al pastor hipócrita; allí, en la prensa o en los actos públicos hay sitio para la ostentación, y allí podrá dar lo mejor que tiene, e incluso todo. La tarea que tenemos entre manos ahora exige otra clase de hombre.

(6) Por eso es muy necesario prepararte por medio de la oración en secreto. Si tienes tiempo y se reúnen muchos, es bueno empezar y terminar la sesión con una corta oración.

(7) Lleva todo el ejercicio, aun las conversaciones más serias, con un evidente amor para con sus almas, haciéndoles sentir en todo momento que solo buscas su salvación. Evita el lenguaje duro y desalentador.

(8) Si no hay tiempo suficiente para tratar a cada uno en el detalle deseado, por lo menos no pases por alto lo más importante. Reúne a varios amigos que no divulgarán las debilidades

de sus compañeros, y háblales de aquellos asuntos que los incumben a todos. Solo es necesario tratar en privado e individualmente el examen de su conocimiento y estado espiritual, la convicción del pecado y las instrucciones especiales. No caigas en la superficialidad perezosa ni acortes la conversación sin verdadera necesidad.

12. En último lugar, con la ayuda de Dios, extiende tu ayuda a los más pobres antes de que se vayan. Ofréceles algo de ayuda material para compensar el tiempo perdido del trabajo y alentar a los más esforzados. Promete lo mismo a los demás cuando hayan aprendido el catecismo. Sé que no puedes dar lo que no tienes, pero me dirijo aquí a los más pudientes.

Así termino con estos consejos, y te dejo a la práctica. Aunque los soberbios los reciban con desprecio, y los egoístas y perezosos con disgusto o indignación, no me cabe duda de que Dios los empleará, a pesar de la oposición del pecado y Satanás, para despertar a muchos de sus siervos al deber y para fomentar la obra de la correcta reforma. Su bendición estará sobre esta tarea para la salvación de muchas almas. Dará paz a los que la emprenden y alentará a sus siervos de toda la nación a ayudarte, aumentando la pureza y unidad de las congregaciones. *Amén.*

Introducción

¹Referente a este asunto, cf. J.I. Packer, "The Doctrine of Justification in Development and Decline Among the Puritans" *By Schisms Rent Asunder* (1969 Puritan Conference Report) ("La doctrina de la justificación: su desarrollo y declive entre los puritanos" en Separados por los cismas, informe de la Conferencia Puritana de 1969), pp. 25-28 (Londres 1970); C.F. Allison, *The Rise of Moralism* (El surgimiento del moralismo), pp. 154 ss. (Londres, 1966); William N. Kerr, "Baxter and Baxterianism" *The Encyclopedia of Christianity*, Vol. 1 ("Baxter y el baxterianismo" en La enciclopedia del cristianismo, tomo 1), pp. 599 ss. (Wilmington, 1964). En su obra *Vindication of the Protestant Doctrine Concerning Justification* (Una reivindicación de la doctrina protestante de la justificación), editado en 1692, Robert Triall destaca los siguientes errores básicos del planteamiento de Baxter: en primer lugar, el hecho de que no asimila el liderazgo representativo de Cristo planteado en Romanos 5:12 ss.; en segundo lugar, su irrealidad, dado que los pecadores no encuentran el alivio para la conciencia turbada al considerar su fe como justicia salvadora, sino al considerar la Cruz. El comentario de John Macleod sobre esta idea de Baxter es perfecto: "Se podría decir que en este asunto se ve el celo por las buenas obras y el temor de que la justificación por la fe invalidara la Ley. Parecía que en última instancia había que salvarle a Pablo de sí mismo..." J. Macleod, *Scottish Theology* (La teología escocesa), p. 139 (Edimburgo, 1943).

²Cf. Macleod, *ob. cit.*, p. 111; Hywel Jones, "The Death of Presbyterianism" (La muerte del presbiterianismo), *By Schisms Rent Asunder*, p. 37.

³Sobre los ideales eclesiásticos de Baxter, cf. Irvonwy Morgan, *The Nonconformity of Richard Baxter* (El independentismo de Richard Baxter), (Londres 1946); A. Harold Wood, *Church Unity without Uniformity* (La unidad de la Iglesia sin uniformidad), (Londres 1963).

⁴*Reliquiae Baxterianae* (RB), Parte III, pp. 61ss.

⁵Cf. Peter Toon, *The Emergence of Hyper-Calvinism in English Nonconformity 1689-1765* (El surgimiento del calvinismo extremo entre los independientes ingleses 1689-1765), capítulo 3 (Londres 1967);

Puritans and Calvinism (Los puritanos y el calvinismo), capítulo 6 (Swengel, Pennsylvania, EE.UU., 1973).

⁶RB, Parte I, p. 21.

⁷P. 84 ss.

⁸P. 86.

⁹ *Works* (Obras), II.47 (Londres 1771).

¹⁰ RB, Parte I, pp. 93 ss.

¹¹ "Cada jueves por la tarde los vecinos se reunían en mi casa. Allí uno de ellos repetía el sermón, y después se planteaban las dudas que tuvieran en cuanto al sermón u otro caso de conciencia, y yo resolvía sus dudas; para terminar, pedía a uno u otro que orara" (RB, Parte I, p. 83).

¹²Cf. la presente edición del texto, pp. 72 ss., 150 ss.

¹³Baxter describe su propia costumbre en detalle en la presente edición del texto, pp. 143 ss.

¹⁴La portada se reproduce frente a la p. 51 de la edición de J. T. Wilkinson de *The Reformed Pastor* (Londres 1939).

¹⁵ RB, Parte I, p. 115.

¹⁶ Cf. Wilkinson, ob. cit., p. 27. La mayoría de las citas siguientes provienen de la introducción a esta obra escrita por Wilkinson.

¹⁷ Ob. cit., p. 30.

¹⁸ J. Horsfall Turner, ed., *The Rev. Oliver Heywood, B.A.: His Autobiographies* (El Revdo. Oliver Heywood, B. A.: sus autobiografías), 1.177 (Brighouse 1882).

¹⁹ RB, Parte I, p. 115.

²⁰ Cf. Wilkinson, p. 38.

²¹ Cf. Wilkinson, pp. 39 ss.

²² Thomas Jackson, *Life of Charles Wesley* (Vida de Charles Wesley), II:119 ss. (Londres 1841).

²³ Cf. la presente edición del texto, p.

²⁴ Cf. Wilkinson, p. 42.

²⁵ Cf. Wilkinson, p. 44.

²⁶ C.H. Spurgeon: *The Early Years* (C.H. Spurgeon: los primeros años), p. 417 (Londres, 1962).

²⁷Cf. Wilkinson, p. 47.

²⁸Cf. de Wilkinson, p. 45.

²⁹Cf. la presente edición del texto, p. 171 s.

³⁰Cf. la presente edición del texto, p. 165 s.

³¹Cf. la presente edición del texto, pp. 195-217

(*) En el s. XVII los estudios de los universitarios ingleses se centran principalmente en la Teología (N.T.).

Capítulo 2

¹Gregory, *Pastoral Care* (El cuidado pastoral), libro IV.

² Un soldado persa estuvo a punto de matar a Cresos, rey de Lidia (s. VI a. C.). Por terror al ver esto se soltó la lengua del hijo mudo de Cresos, que gritó: "Hombre, no mates a Cresos". A partir de ese momento el joven recuperó el habla.

Capítulo 3

¹En el año 692 se hizo un sínodo en el salón de bóveda ("trullus") del Palacio Imperial de Constantinopla para terminar la obra disciplinaria del sexto consejo general de 680.

(*) Cf. La Introducción de J. I. Packer en cuanto a estas diferencias de opinión. (N. T.).

(*) Este comentario, que puede resultar extraño para el lector moderno, estriba en el hecho de que en la época de Baxter (s. XVII), la mujer inglesa acomodada solía aportar una dote o "porción" al matrimonio que le aseguraba una renta durante su vida (N. T.).

Primera parte

(*) Recuérdese que el material presentado en este libro fue preparado para una reunión de los pastores del condado de Worcester, cf. *Introducción* (N. T.).

Artículo 4

¹Aunque estamos convencidos de que Inglaterra nunca fue bendecida con pastores tan fieles, diligentes y piadosos como en la época en que Baxter escribió este libro, es digno de notar que los temores que expresa aquí se cumplieron al poco tiempo de manera muy penosa. Por medio del Decreto de Uniformidad aprobado poco después de la restauración de Carlos II, unos 2000 de estos hombres excelentes fueron expulsados de sus congregaciones, Baxter entre ellos. "Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué no se hará?" (cf. Lc. 23:31) (*Nota del Editor original*).

Segunda parte

¹ "Conocimiento mediato": término empleado por Molina, teólogo jesuita, para armonizar el libre albedrío humano con la precognición divina.

(*) Se refiere al acuerdo firmado por los pastores de su región (cf. *Introducción*) (N. T.).

Artículo 2

²El sermón se predicó en junio de 1624 cuando Ussher era obispo de Meath (Irlanda). Se hizo arzobispo de Armagh (Irlanda) en 1625. Jacobo I dio órdenes de que se editara el sermón.